

eTerciopelo

49

Y MÁS ALLÁ



ISABEL CORTIJO

eTerciopelo

# 49 Y MÁS ALLÁ



ISABEL CORTIJO

# 49 y más allá

Isabel Cortijo



TERCIOPELO

# 49 Y MÁS ALLÁ

## Isabel Cortijo

### ACERCA DE LA OBRA

Sara Elsa es una mujer de hoy, un compendio de mujeres reales e imaginarias, una mujer renovada a la que los sucesos sufridos pocos años antes de llegar a los cincuenta le han hecho dar un giro a sus prioridades. 49 y más allá es una novela que, salpicada de vis cómica, emotividad y sensorialidad, invita a reflexionar sobre la pareja tradicional, los encorsetamientos sociales y educativos, dando una visión abierta y libre dentro del respeto a los demás. Una mujer que vive con intensidad la relación con dos hombres, totalmente diferentes, que llegan a su vida cuando no esperaba nada del amor y el sexo. La renovación personal, la resiliencia, la amistad, el dolor, el sexo, el deseo, el amor... Es una novela de corte romántico que fantasea con la posibilidad de que nunca es tarde para vivir la pasión del amor a pesar del reloj biológico.

La vida no acaba a los cincuenta... es más, incluso puede empezar.

### ACERCA DE LA AUTORA

**Isabel Cortijo** nació y vive en Valencia. Compagina su trabajo de técnica de la Administración con la escritura. Ha participado en la antología de relatos Grafomanías, de Bibliocafé (2018) y en la de «101 casos de la Valencia más negra» de Vinatea Editorial (2019). Galardonada con el segundo premio del IV Concurso de Relato Erótico Dialogasex (2018). Primer premio del XIX Certamen de relato de Declaraciones de amor del Área de cultura del Ayuntamiento de Málaga en su modalidad nacional (2019).

# Índice

Portadilla
Acerca de la autora
Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 23 Bis
Capítulo 23 Tris
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49 y más allá  
Créditos

## Capítulo 0

La ventana de la habitación se encontraba entreabierta y el aire, que hasta hacía unos días había sido tan agradable sentir por la mañana, me obligaba a estirar de la sábana y arrojarme hasta el cuello.

Dormía en un colchón de uno cincuenta. Una cama en la que podía dar vueltas de lado a lado sin encontrar obstáculos, porque desde hacía más de seis años no compartía con nadie besos, abrazos y gemidos.

Era una mujer de cuarenta y nueve años y mi vida, en aquella época, transcurría apaciblemente entre mi trabajo, mis hijos, mis amigos y mi madre. Atrás quedó mi separación, el duelo por la muerte de mi padre y mi cáncer de mama.

Me había divorciado de Víctor y, salvo los dos primeros años después de la separación, en los que tuvimos bastantes asperezas, nuestra relación era cordial. Durante mi enfermedad me prestó una gran ayuda. Se comportó como el mejor padre y atendió a los chicos con la mayor dedicación. Sabía que necesitaba gran parte de mi energía para curarme y asumió lo que yo no podía sobrellevar; eso hizo que olvidara rencores y volviera a sentir un verdadero afecto por él.

En apariencia, mi vida no había cambiado mucho, pero solo en apariencia, porque esos acontecimientos vividos en los últimos años me marcaron y me hicieron mirar con otros ojos mi presente. A veces tenía la sensación de que, antes de esas situaciones traumáticas, mi vida no era la mía. A excepción del nacimiento de mis hijos, me dejé guiar por los caminos que te lleva la inercia, y aquellos choques emocionales me habían hecho despertar, hacer un *stop*, mirar a mi alrededor y darme cuenta de que mis pasos, quizá, me condujeron a donde no quería ir.

Existía un antes y un después, una especie de línea divisoria que separaba a «la Elisa de antes» de vivir aquellos sucesos de «la Elisa de después». La nueva Elisa ya no se dejaba llevar por inercias y había aprendido a tomar decisiones, reduciendo los miedos que se agrandan en la mente y que dejan poco espacio para volar.

Estaba experimentando lo que Julia me contaba: «Los golpes de la vida me han dado otra perspectiva de las cosas y me han enseñado a distinguir la morralla de lo que de verdad es importante».

Y lo sentía así, a pesar de que en algunas ocasiones a «la Elisa de después», en el trasiego de lo cotidiano, también le enrabiataran las pequeñas contrariedades, aunque le fuera difícil mantener el enfado cuando se percataba de que carecía de sentido enojarse por una nimiedad.

Después de la destrucción y pasado el duelo, la reconstrucción me estaba haciendo sentir más viva y fortalecida, renovada tras desprenderme de la piel muerta. Consciente de la brevedad y la fragilidad de la existencia, quería saborearlo todo. Degustaba las cosas más sencillas, los pequeños detalles, intentaba compartir más momentos con las personas que quería y consideraba todo aquello como un regalo de la vida... Sí, disfrutaba de casi todo, salvo de una parcela que pensaba que se había borrado para siempre.

No había vuelto a retomar mi vida en el plano sentimental. Esa parte la suprimí. Tenía la sensación de que en el terreno sexual y amoroso todo estaba acabado para mí. Había recibido alguna que otra proposición y aceptado alguna que otra cita, aunque no sabía muy bien por qué lo hacía. ¿Quizá con la idea de que surgiera algo? Pero cuando llegaba o se insinuaba el «algo más», no quería ni podía continuar hacia adelante. A veces me dejaba dar algún que otro beso para ver si el sapo se convertía en príncipe, y no, no había príncipes para mí. La última proposición fue la de Pedro.

Pedro era el asesor fiscal de la empresa en la que trabajaba. Un viudo tan solo unos años mayor que yo, de buena presencia, con los hijos ya independizados y la vida resuelta económicamente.

Empezó a frecuentar la oficina. Se mostraba siempre dispuesto a personarse en la empresa ante cualquier contrat tiempo y a resolver el más mínimo problema, aunque a veces parecía que los creaba él para justificar su presencia. Nieves y Rosario, que eran mis ayudantes, me lo decían: «Elisa, que este busca algo».

Yo no le prestaba atención hasta que un día me invitó a cenar. Me pilló con el día tonto y le dije que sí.

Pedro tenía un ático al final de la avenida del Oeste, enfrente del Mercado Central. Era un piso de esos que te dejan con la boca abierta: más de doscientos metros y una terraza espectacular desde la que se divisaba la Valencia monumental, con sus tejados, torres y cúpulas. Un escenario único, embellecido con la cálida iluminación nocturna de la ciudad.

Era una noche de verano y en la terraza había preparada una mesa adornada, vestida con un mantel blanco de ligeros bordados, un jarrón de cristal con flores frescas, velas perfumadas con llamas que temblaban ligeramente a cada golpe de brisa, y una vajilla y cristalería muy vistosas y coloristas. Colgaban por la pared, enredadas en algunas plantas, ristras de diminutas lucecitas que creaban una atmósfera con un cierto toque navideño. Todo un entorno que parecía sacado de la mejor revista de decoración.

El conjunto estaba predispuesto con todos los detalles para abandonarse a los sentidos. Él mismo se molestó en preparar personalmente la cena. Se deshacía en atenciones. La velada estaba siendo agradable, hasta que empezó a intentar algún que otro acercamiento que me llevó a «hacer la cobra», buscando distancia física. A cada aproximación, yo iba levantando una barrera más alta, no una simple valla que se cae con el viento, sino un verdadero muro que me separaba del deseo de sentir el cuerpo de aquel hombre.

El problema no era que no me hiciera tilín, el problema era que no me hacía tilín ningún hombre. Me había convertido en una especie de «eunuca» sexual, ajena a todo lo que suponía una atracción por el otro sexo, incluso se podría decir que sentía rechazo. En lo relacionado con el deseo estaba muerta y enterrada.

Los acercamientos físicos para intentar besarme habían sido frustrados, por lo que Pedro optó por las palabras. Me cogió la mano que tenía lánguidamente apoyada sobre la mesa y me la apretó con la suya.

—Elisa, te quiero decir que llevo bastante tiempo pensando en ti, no sé si te habías dado cuenta.

—Sí, me he dado cuenta de que pasabas a menudo por la oficina sin una necesidad real.

—Había una necesidad: la de verte.

Estaba viviendo una situación incómoda. Su mujer había fallecido hacía dos años y él no era ningún picaflor; me estaba desnudando su corazón y yo, en lo que se refería a la piel, era una *cyborg*.

Pedro continuó hablándome.



—Me gustaría tener una relación contigo. Me gustas. Me apetece rehacer mi vida, compartirla con una mujer como tú. Creo que eres idónea para mí. En honor a la verdad, me sentí atraído por ti antes de quedarme viudo, pero respetaba demasiado a mi mujer como para haberte insinuado algo.

Yo escuchaba atenta su discurso que, tras una pausa, como para tomar aliento, continuó.

—Si te digo que empezaste a gustarme cuando estabas en pleno tratamiento y llevabas la peluca... Iba alguna vez por la oficina, te veía por el cristal de tu despacho y Nieves me decía que apenas faltabas al trabajo y que tu talante era el de una mujer positiva y luchadora; y eso, precisamente, es lo que empezó a gustarme de ti: me parecías una mujer fuerte. A mi mujer la quise mucho, pero se quejaba por todo y la menor contrariedad le superaba.

—No soy tan fuerte, no lo creas. El cáncer lo viven cientos de hombres y mujeres y seguro que con más valentía que yo. Por suerte, el mío lo cogieron a tiempo y no fue muy virulento, pero he de confesarte que tuve bastantes momentos de debilidad. Aunque me resulta curioso lo que dices, que te sintieras atraído por mí cuando entonces, físicamente, estaba hecha un adefesio.

¡Vaya, también era un hombre sensible! ¡¿Qué más se podía pedir?! No sabía qué decir para no herirle. Era encantador y poseía muchas cualidades: todavía guapo, con buena conversación, con un agradable perfume a Acqua di Parma y me miraba con los ojos embelesados. Cualquier mujer se hubiera sentido halagada y estaría saboreando esos momentos. Desde luego, el problema debía estar en mí.

—Pedro, no sé qué decirte —le contesté—. Yo, de momento, no me veo compartiendo mi vida con un hombre.

—No digas eso, Elisa. Eres una mujer todavía joven y atractiva —me dijo con una expresión indefinida, supongo que intentando disimular su decepción al escuchar mis palabras.

No le expliqué que, para tener una relación, lo primero que había que sentir eran ganas y yo había dejado de tenerlas.

Ya no me apetecía meterme en la cama con un hombre. Recordaba los últimos encuentros sexuales con Víctor. Por decirlo de alguna manera, él hacía el amor por un lado y yo por otro, es decir, no lo hacíamos. Esos encuentros se convirtieron en una sucesión de movimientos mecánicos, desapasionados y sin conexión que buscaban la propia satisfacción sin pensar ya en el otro, o eso es lo que me parecía a mí. Pero ¿qué sentiría él cuando me venía a buscar y yo, simplemente, me dejaba hacer? Seguro que percibía mi falta de ganas..., pero nunca lo hablamos; ya había demasiadas cosas rotas entre nosotros que no tenían reparación alguna.

Incluso esos encuentros sexuales llegaron un día a terminarse e inicié una especie de hibernación, un letargo sexual. Dormía en el larguero de la cama evitando cualquier contacto que supusiera un comienzo de la ceremonia sexual. El calor se esfumó y en nuestra cama se formaban témpanos; podían construirse iglús.

Seguro que todo eso me había dejado huella, pero ¿por qué no pusimos remedio antes a aquella situación? ¿Tal vez no había tenido buen sexo y para mí empezar una nueva relación era como retomar más de lo mismo? ¿Existía el buen sexo? ¿Podría volver a recuperar el deseo? ¿Quería volver a recuperarlo? ¿Para qué lo necesitaba? ¿Por qué crearme una necesidad que no tenía?

Acabamos la cena y el pobre Pedro, en los meses siguientes, insistió alguna que otra vez más, hasta que desistió, y yo me alegré.

## Capítulo 1

Al levantarme, antes incluso de pasar por el aseo, iba derecha a poner la cafetera. Me gusta el café de cafetera italiana. Hasta me resulta agradable escuchar su pitido y ver cómo sale el vapor cuando empieza a subir. Mi madre me había regalado una de cápsulas que solo usaba cuando venía de visita. Se empeñaba también en traerme de vez en cuando las dichas cápsulas, pero yo se las regalaba a mi amiga Julia y hacía como que las gastaba para que no sospechara que seguía prefiriendo el olor y el sabor del café de mi cafetera italiana. Qué mentirijillas tan absurdas usamos los humanos; todo para no herir su corazón cuando se enterase de que su regalo no me había gustado y no tenía ninguna intención de darle uso.

Al olor del café aparecía Rocco, reclamando también su desayuno. Un poco de pienso y arreglado. El siguiente paso era la emisión de unas cuantas voces combinadas con la apertura de las puertas de las habitaciones de mis hijos para invitar a Violeta y Marcos a levantarse. Al poco tiempo, aparecían por el pasillo, somnolientos, dirigiendo entre bostezos sus pasos a la cocina, que se convertía en el primer lugar de encuentro familiar al empezar el día.

Violeta estaba a punto de cumplir los dieciséis y Marcos tenía veinte. No eran ningunos niños, pero su madre, que era yo, les seguía preparando las tostadas y su vaso de leche, con la intención de que se fueran bien desayunados a clase. Cosas de las madres.

Ellos tomaban el desayuno en la mesa, pero yo había cogido la costumbre de dejar el mío sobre la encimera de la cocina. De pie, agarraba mi taza de café y, entre sorbo y sorbo, ponía el lavavajillas o hacía cualquier otra cosa de logística doméstica. Esos eran mis desayunos diarios salvo los fines de semana, en los que me acercaba a la terraza del bar de al lado y me sentaba, sin mirar el reloj, a tomar un capuchino y leer la prensa acompañada de Rocco. Le encantaba bajar conmigo el sábado y el domingo por la mañana. Se tumbaba en el suelo con paciencia y, cuando lo miraba, me parecía que pensaba: «¡Oh!, qué bien estamos en este momento tú y yo, a solas, sin prisas y sin que nadie nos moleste».

Creo que Rocco pensaba eso, y he de decir que yo también.

Ya estaba establecido que era yo quien bajaba al perro por la mañana. Había optado por dejar de reñir con mis hijos; desgastaba más el entrar en debates mañaneros sobre a quién de los dos le tocaba sacarlo que madrugar un poco más y bajarlo sin batallas. Después de ducharme ya lo tenía detrás de mí porque sabía que era la encargada de su paseo matutino.

Desayunados, duchados y vestidos salíamos de la casa para afrontar el día, dejando a Rocco como guardián del hogar.

Tardaba en llegar a mi lugar de trabajo unos veinte minutos a pie; había decidido hacer el trayecto andando para disfrutar de un paseo mientras aspiraba el aire de la mañana y, de paso, hacer un poco de ejercicio. Usaba zapato plano para hacer el recorrido, pero en la taquilla de mi despacho siempre guardaba dos pares con algo de tacón, unos negros y otros marrones, que me calzaba en ocasiones para ir por la oficina.

Siempre había trabajado en el mismo lugar, en una empresa de importación y exportación que en principio era familiar, pero que con el tiempo se dividió y constituyó un grupo de empresas vinculadas, en la que cada una de ellas se había especializado en una actividad dentro del sector del mueble y la decoración.

La mía, en concreto, se dedicaba a la tapicería y a las alfombras y, básicamente, suministrábamos género al mercado ruso. En esa empresa entré al poco de terminar mi carrera y eso que pensaba que no me cogerían porque una de las preguntas era sobre mi estado civil. Yo contesté que tenía novio y los novios de entonces solían llevarte al altar. No querían casadas porque teníamos hijos y, según ellos, eso era incompatible con una dedicación completa a la empresa. Pero ¿qué harían las empresas si no pariéramos?! Les convenció mi inglés más o menos fluido, consecuencia de mi época de *au pair* en Londres.

Me esperaba un día como tantos otros. Mientras cruzaba por la calle peatonal próxima a mi lugar de trabajo, en la que se encontraba la terraza de un pequeño bar, me fijé en un escaparate de prendas de vestir en el que colgaba un cartel que ponía «Liquidación». Continué andando con la cabeza girada hacia el escaparate. La trayectoria de mis pasos era diametralmente opuesta a la de mi vista, por lo que no me percaté de que una de las sillas del bar estaba mal colocada y bastante separada de la mesa. Tropecé de la manera más torpe, mi tobillo se torció y caí todo lo larga que era. No me podía levantar del suelo. ¡Qué dolor! Estaba a punto de marearme, pero en ese instante escuché una voz grave y varonil que a cualquier mujer le hubiera parecido seductora, pero, tal y como me encontraba yo, me hubiera sugerido lo mismo la voz más garrula del mundo.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra bien? —preguntó el de la voz radiofónica.

Se agachó y, aunque no podía verle la cara porque todavía tenía la mía casi empotrada en el adoquinado de la calle, pude percibir su olor. Creo que empecé a recuperarme con ese aroma. Una fragancia con un ligero toque a lavanda, difícil de catalogar.

Levanté, giré un poco la cabeza y, no sé por qué, me quedé impresionada. Era de mediana edad y normalmente tomaba el desayuno en aquel bar, un hombre al que había visto infinidad de veces sin fijarme en él. Uno de esos hombres opacos que, a esa corta distancia, estaba ganando atractivo de una manera increíble.

Sus ojos eran azules, pero sin transparencias, y su boca, de esas que parece que están hechas para besar y ser besadas. Tuve una sensación de ansia por besarlo y no lo acababa de entender. Yo pensaba que mi libido se había ido de vacaciones o, más bien, que se había marchado para siempre.

Me ayudó a levantarme y a sentarme en una de las sillas. Mi tobillo empezó a ponerse como una bota, no podía apoyar el pie.

—¿Dónde le duele? —me preguntó mientras con sus manos lo recorría, palpándolo una y otra vez.

Me pidió un agua y yo empecé a observarlo desde el nuevo ángulo, con más detalle. Mi cara debía estar pálida porque me miraba con preocupación y me volvía a preguntar una y otra vez cómo me encontraba. Me di cuenta de que con la caída se habían desabrochado dos de los botones de mi camisa que dejaban al descubierto parte de mi escote y mi sujetador. ¡Mierda!, era el sujetador de color carne que estaba bastante manido de tantos lavados.

Me recompuse rápidamente y me abroché los botones. Percibía que él me observaba. Alcé la vista y, de nuevo, ahí estaba esa mirada penetrante.

—La tengo que acercar a algún hospital —me dijo con seguridad, sin interrogación alguna.

—No, no se preocupe, descansaré un poco y me iré a trabajar, tengo mi oficina aquí cerca.

—Lo tiene muy hinchado, no va a poder. No parece una fractura, pero tiene toda la pinta de ser un esguince.

—Por favor, no se moleste, tendrá cosas que hacer, su trabajo.

—No, yo trabajo por las noches.

Me quedé pensando: «¿Médico o enfermero?». Parecía tener muy claro el alcance de mi lesión; pero no, los sanitarios tienen turnos y había dicho por las noches, es decir, todas las noches. ¿Qué haría ese por las noches? No lo veía de guardia jurado ni de *drag queen*. Me despertó cierta curiosidad.

Seguía conmigo e hice un intento de levantarme y apoyar el pie que resultó fallido, apenas podía dar un paso. Sí, debía de ser un esguince, pero no sabía de qué grado, por lo que acepté que aquel señor de mirada profunda que, para mi asombro, me había perturbado tanto, me acompañara a las urgencias del hospital más cercano.

Cogimos un taxi y durante el trayecto me comuniqué con Iván para ponerle al tanto del motivo de mi ausencia en el trabajo.

Iván era uno de los compañeros de mi oficina con el que trabajaba mano a mano. Un chico mucho más joven que yo, que llevaba poco en la empresa, apenas un par de años, pero con el que había congeniado a las mil maravillas a pesar de la diferencia de edad. Era fresco y alegre, de esas personas que despierta simpatía nada más conocerla porque hace sentir especial a cualquiera que tenga una relación con él, por breve que sea.

Mientras hablaba con Iván por el móvil, seguía aspirando el perfume de mi acompañante. Desde luego, ese aroma debía de resultarme más intenso que mi dolor, porque hubo un momento en el que ni me acordé del tobillo.

Llegamos al hospital, me sacaron la silla de ruedas y él la empujó hasta llegar a la recepción. Me resultó chocante. Al parecer, se había propuesto no separarse de mí hasta que me vendaran el tobillo.

Tenían que hacerme unas radiografías. Un enfermero me preguntó si podía estar embarazada. Aquello me sonó a música celestial: que me hiciesen esa pregunta, aunque fuese por precaución sanitaria, a un mes de cumplir los cincuenta, era todo un piropro.

Nos sentamos en la sala de espera, él frente a mí. De forma involuntaria, se me iba la vista al vello de su pecho que asomaba por el cuello del polo. ¡Me estaba resultando tan sugerente! Si hubiera dejado mi mano suelta se habría acercado sola, como abducida, a tocar ese vello que me parecía tan suave y mullido. Me hubiera gustado acariciarlo un instante, solo un instante, de una manera fugaz.

La espera se alargaba y, por fin, nos presentamos. Se llamaba César; me agradó el nombre. Yo le dije que el mío era Elisa y él me contestó que le parecía bonito. El futuro diría si le iban a gustar más cosas de mí, porque yo ya me sentía atraída por él. Por primera vez en mucho tiempo, e inesperadamente para mí, estaba sintiendo interés por un hombre. ¿Era eso a lo que llaman «química»? ¿Era un flechazo? ¿Por qué ese hombre del que no sabía nada y que había conocido de la manera más tonta? Lo único que tenía claro era que me atraía y que quería conocer más de él. Sin saber por qué, intuía que nuestra relación iría más allá de un encuentro de tropezón y hospital.

## Capítulo 2

*P*or fin me vendaron el tobillo. Mi acompañante no se equivocó en el diagnóstico: fue un esguince de grado dos. Traducido: reposo y pie en alto durante unos cuantos días. No sabía qué iba a hacer; la campaña para el invierno no estaba cerrada todavía y tenía que contactar y suministrar género a algunos de los clientes.

No fue aquella una buena semana con respecto a la salud. En mi última revisión ginecológica me detectaron una úlcera en el cuello del útero que me habían cauterizado hacía unos días. Por suerte, en aquella ocasión, no se detectaron células cancerígenas en la biopsia. Temblaba ante una nueva revisión. Aunque estaba limpia del cáncer de mama, siempre estás en un ay. Vamos, que entre unas cosas y otras no me encontraba para tirar cohetes.

César me acompañó hasta el portal de mi casa y nos despedimos con un par de besos de cortesía. Se iba sin haberme dado su número de móvil y no podía permitirlo. Así que, a pesar de que me resultaba algo cortante, me lancé para intentar conseguirlo.

—Perdón —alcé la voz—, le quería decir que ha sido muy amable.

—Por favor, vamos a tutearnos.

—Claro, no sé por qué nos hemos estado hablando de usted todo el tiempo. Bueno, has sido muy amable.

—Gracias, pero tú hubieras hecho lo mismo.

—No, no todo el mundo hubiera hecho lo mismo. Si me has acompañado hasta mi casa... En agradecimiento por tus atenciones, cuando me recupere un poco, me gustaría invitarte a tomar algo.

—No tienes por qué.

—Que sí, insisto. Si me das tu número, te hago una perdida y ya tienes también el mío. Así, en cuanto esté mejor, te llamo.

Nos intercambiamos los teléfonos, nos volvimos a despedir y él se marchó. Ya en el ascensor me puse a mirar con curiosidad su foto de perfil de WhatsApp: decepción, era un paisaje. A la mayoría de mis amigos les había dado últimamente por la naturaleza: que si mar con rocas, sin rocas, dunas, montañas... Pero ¿tan complicado es poner el «careto» para identificarnos rápidamente y no tener que leer?

Cuando llegué a casa localicé un taburete para poner el pie en alto, me senté en uno de los sillones del salón y llamé de nuevo a Iván para ponerle al tanto de la situación.

—Iván, hola. Que lo que tengo es un esguince y tengo que guardar reposo.

—¡Qué faena! Bueno, lo digo principalmente por ti, no por los rusos.

—Ya, si lo sé, pero a ver cómo nos arreglamos. Hoy y mañana me quedaré en casa, pero pasado quiero ir.

—Tómalo con calma, no te preocupes. Ya sé que a esos clientes los llevas tú personalmente desde hace años, pero puedes delegar en mí, ya lo sabes.

—Lo sé, pero he decidido ir.

—Bueno, lo que quieras. Si necesitas algo, dímelo por favor. Sabes que me tienes.

—Que sí, que sé que cuento contigo. Gracias, chao.

—Chao.

A los dos días volví al trabajo. Nada más llegar, Iván apareció por el despacho. Me tenía preparado un reposapiés muy cuco; me resultó muy tierno.

—¿Cómo sigue mi jefa favorita?

Yo le sonreí.

—Mejor, pero no sabes lo importante que es cada parte del cuerpo y lo que la echas de menos cuando te falla. Me cuidas mucho. Si no te conociera, diría que eres un pelota. Pero gracias por el reposapiés.

—De nada mujer. ¡Ah!, y no quiero que te muevas. Si quieres un café, un sándwich o lo que sea, pídemelo, que estoy a tu servicio.

—Gracias, caballero, es usted muy amable —le contesté con un tono burlesco y con una ligera reverencia.

Me puse al día en el trabajo. Conversaba por teléfono en inglés con los rusos. Iván hablaba ruso a la perfección. Su abuelo fue uno de los niños que estuvo en Rusia durante la Guerra Civil y se empeñó personalmente en que su nieto aprendiera el idioma que él habló en su infancia y su juventud en un país que al final consideró suyo. Ese fue uno de los motivos por el que lo contraté hacía dos años.

Era una especie de jefa en la empresa. El consejo de administración había delegado en mí la contratación de nuevo personal, y cuando entrevisté a Iván me bastaron poco más de cinco minutos para darme cuenta de que tenía el perfil idóneo. Siempre me gustó aprender, y en vez de mostrarme recelosa de que él me superara con el tiempo, prioricé que sería un buen candidato y que podía aportar muy buenas ideas. Él me decía que le gustaba como jefa, porque no notaba el aliento vigilante en su nuca y contaba cien por cien con la opinión del equipo. Y es cierto, las ideas de los otros puede que sean mejores, por lo que está bien considerarlas y llevarlas a cabo si es el caso. En realidad, había una admiración mutua en el trabajo, y creo que también en lo demás. Pensé que, si Iván hubiese tenido unos años más o yo unos menos, tal vez, me hubiese gustado tener algo con él. Estaba claro que el encuentro con César me había empezado a resucitar como mujer.

Pasaron los días. Yo me iba recuperando y, de vez en cuando, me venía a la mente la imagen de César. No lo podía evitar. Aunque no me había llamado siquiera para preguntar cómo estaba, yo pensaba en él. Igual, ni le gusté. Una semana después del esguince, estando en el trabajo, miré el WhatsApp por si mis hijos habían intentado comunicarse conmigo. Siempre lo tenía en silencio cuando estaba en la oficina y si querían algo urgente sabían que me podían llamar al hijo.

Cuál fue mi sorpresa cuando me encontré un mensaje de César. Sí, sí, era de él, creo que se me iluminó la cara. Menos mal que no había nadie cerca, porque me salió sonrisa de tonta. Pero solo me decía: «¿Qué tal te encuentras?». Si llega a decirme «Me molas, nena» igual hubiera pegado un salto a pesar de mi pata coja.

Enseguida le contesté con un simple: «Mejor, gracias», y él me respondió al instante: «Me alegro, chao».

¿Cómo que «chao»?!... Chao... ¿y ya está?

¿Por qué ese hombre me había revolucionado tanto? Me había despertado de mi letargo sexual en un plis plas con sus ojos, su boca y su olor.

Aquello no se iba a quedar así. Me decidí a seguir la conversación por WhatsApp y a invitarle a tomar algo como le sugerí cuando me acompañó a casa. Pero cuando entré de nuevo en el chat vi que me estaba escribiendo.

César: Oye, si te encuentras mejor, te vendría bien tomar esa copa que me ofreciste... ¿El jueves noche?

Elisa: Claro, estoy casi recuperada.

Le contesté ansiosa y quedamos en un garito del centro para tomar la copa prometida.

## Capítulo 3

Llegó por fin el jueves. Me pasé todo el día pensando qué ponerme y al final opté por un vestido negro de satén tipo «lencero», con el que me encontraba muy atractiva, y unos zapatos de tacón. Dudé si serían adecuados por el esguince, pero decidí, a pesar de todo, usarlos. No soy mucho de tacones, pero creí que aquella ocasión lo merecía. Siempre te hacen una figura más estilizada y, después de nuestro primer encuentro, me apetecía causarle una mejor impresión y potenciar de alguna manera mis encantos.

Habíamos quedado a las nueve y media, y allá que me fui con mis taconazos. Tenía que salir con bastante antelación, porque aparte de no dominar las alturas, mi reciente lesión me impedía ir demasiado deprisa. El lugar de la cita era un café de los de siempre, un local de tarde y noche que se encontraba en una de las callejuelas del centro histórico. Al llegar, miré al frente y allí estaba él, esperándome en la puerta. Sí, César, y qué guapo me pareció. No lo recordaba tanto. Debía de tener unos cincuenta y cinco bien llevados, con el pelo ligeramente largo y canoso. Vestía una guayabera que le caía por encima del pantalón... ¡Humm!

Mis pasos se dirigieron a él y nuestras miradas se encontraron. Me parecía que no había nada más en aquella calle que su presencia y creo que a él le pasaba lo mismo. Cuando llegué a su altura y fui a darle dos besos, me encontré con sus labios en mis labios, su lengua en mi boca, mis pechos apretados al suyo y sus manos en un abrazo de película. Todo me resultó inesperado, pero ¡qué bien me supo!, ¡qué grato a los sentidos! Estuvimos así un rato, besándonos, entrelazando sin tregua nuestras inquietas lenguas en la pequeña cueva que se hizo única. Perdí el sentido del tiempo; seguíamos y seguíamos sin separarnos ni un milímetro. Fue su boca, esos besos que me gustaron más de lo que pensé, su arrolladora sexualidad, la manera en la que me envolvió con sus brazos, su respiración que parecía que iba a aspirarme en cualquier momento y hacerme desaparecer. ¡Cómo deseé a aquel hombre!

Entramos en el local. Era uno de esos sitios acogedores con una decoración un tanto barroca. Colgaban del techo varias lámparas de brazos de bronce con lágrimas de cristal. Cuadros realistas y jarrones con flores frescas, uno de ellos abarrotado de lirios que perfumaban todo el ambiente. Sobre los poyetes empotrados en las paredes, composiciones de naranjas y limones, bodegones realizados con mimo y bastante gusto, algunos de ellos, reposando sobre tapices que reconocí al instante: eran los brocados y adamascados que nosotros vendíamos, de los cuales solo una pequeña parte se quedaba en España. Y mira por dónde, aquel era un bonito sitio para disfrutarlos.

Nos sentamos y él se situó próximo a mí, me cogió una mano, la entrelazó con la suya y las apoyó sobre mi rodilla. Así transcurrió casi toda la velada.

Llamó al camarero y me preguntó:

—¿Qué te apetece tomar?

—No sé, ¿tú que tomas? —le devolví la pregunta con otra.

—Pues soy de *gin-tonic*.



—Bueno, pues otro para mí.

—¿De qué lo quieres?

Yo, la verdad es que no tomaba nunca *gin-tonic* y no tenía ni idea de las ginebras de moda. Me había quedado en el Larios con vaso de tubo y no estaba puesta en las marcas que se servían en copa de balón y con sofisticadas bolitas, semillas o gominolas.

—Pues, ¿tú tienes alguna marca que prefieras?

—Sí, G'Vine.

—Pues, no se hable más, dos G'Vine.

Empezamos a hablar de todo un poco, de cosas intrascendentes, de otras más profundas; nos salía la risa floja constantemente. Me dijo que estaba también divorciado y me habló de su hija, que vivía en París y a la que veía poco. César era hijo de madre francesa y padre español, lo que le hizo vivir su infancia a caballo entre los dos países. Me comentó que regentaba un local de noche con un socio. Se trataba de un antiguo club de *jazz* al que habían dado un giro y en el que desde entonces sonaba música de varios estilos, pero sin dejar de lado la música en vivo, ofreciendo una actuación en directo todas las semanas. Yo le hablé de mis dos hijos, de mi trabajo, incluso de mi ex, pero aparte de su ascendencia hispanofrancesa y de su hija, poco más me dijo de su pasado. Parecía que evitaba hablar de él, como si le resultara doloroso.

Así iba transcurriendo el tiempo y casi al final de la cita cambió la expresión de sus ojos. Apareció de nuevo la chispa del deseo y me hizo otra pregunta, y esta no era sobre si me apetecía otra copa, aunque también estuviera relacionada con los apetitos.

—Elisa —dejó mi nombre como suspendido—... ¿Vamos a un hotel?

¡Dios, Dios, Dios! ¡A un hotel! ¡¿Sería para follar?! Me recorrió un no sé qué por todo el cuerpo y me quedé con cara de... No sé con qué cara me quedé. Quería dar la impresión de que el hecho de que me pidiera un hombre ir a un hotel era algo que me pasaba a menudo; pero nada más lejos de la realidad. Mis citas habían sido contadas. Las insinuaciones que había recibido de otros hombres siempre fueron muy caballerosas y ninguno se atrevió a proponerme tener sexo en la primera cita. Por otro lado, nunca daba lugar a una segunda. La época en la que los hombres estaban de más y mi falta de interés por ellos en el ámbito sexual había sido muy larga. Y yo, ilusa, pensando que nunca me volvería a atraer la piel de un hombre. Estaba comprobando mi equivocación. Llevaba años sin tener sexo y, de golpe, este me decía que si me iba con él a pegarme un revolcón. Pero... ¡Si ya no me acordaba ni de cómo se hacía! Aunque lo inesperado no era que me lo pidiera sin mucho preámbulo, estamos en el siglo XXI. Lo que me resultaba sorprendente era que en realidad me apeteciera... Y ¡cómo me apetecía!

Intenté disimular mi turbación lo mejor posible. Me hubiera ido con él sin dudarlo un momento, pero me habían recomendado que me abstuviera de relaciones sexuales durante un tiempo por mi intervención ginecológica. Total, después de haber pasado años sin hacerlo, tenía claro que podía esperar un poco más.

Se lo dije, le conté lo que me pasaba, pero le dejé claro que no era por falta de ganas, que era temporal y que cuando estuviera bien no tendría ningún inconveniente. Creo que a él le sonó un poco a excusa. Me dijo que no le importaba, que determinadas cosas no las haríamos, pero yo me negué en rotundo. Después de tanto tiempo, cuando me enfrentara de nuevo al sexo quería disfrutarlo segura y en plenitud.

Al final lo aceptó, seguimos la conversación sin asperezas y a la hora de la Cenicienta salimos del café. Nada más salir me cogió por la cintura y de nuevo me envolvió con sus brazos y otra vez me besó. Me besó como no recuerdo que ningún hombre de los que han pasado por mi vida me

hubiera besado. No todos los besos son igual, ni todos los abrazos. Los besos y los abrazos de César me sacaban de la realidad, mi mente quedaba en blanco y no me importaba nada, nada más que el placer de sentirlo.

Me acompañó hasta casa y nos despedimos en la puerta. Nos dijimos adiós sin hablar de cuándo nos volveríamos a ver ni de lo especial de la noche, que desde luego para mí sí lo fue. En el ascensor recordaba la cita. Volvía a mi mente su mirada cuando llegué sobre mis tacones a su encuentro. Era una mirada de deseo, entre lasciva y depredadora; se podría decir que un tanto salvaje. El deseo tiene mucho de salvaje. Esa mirada me hizo sentir como un animalillo «masoca» que, aun sabiendo que iba a ser comido, estuviera deseando ser devorado. Creo que, a pesar de lo vivido, no había sentido nunca una mirada como aquella, una mirada que me vaciaba y me llenaba de él.

## Capítulo 4

Al día siguiente esperaba un mensaje de César. Algo, quizá, sobre qué le había parecido o cómo se había sentido la noche anterior. Pensaba mandárselo yo, pero prefería esperar. Apenas le conocía e igual todo estaba en mi mente, aunque me había dado la impresión de que él también había disfrutado. Pero ¿y si era solo una percepción mía?

Pasaba la mañana y no se comunicaba conmigo. «No le habré gustado tanto —pensaba—, igual me lo tengo que quitar de la cabeza». Por fin, a mediodía, recibí un mensaje suyo: «Besos, que disfrutes el fin de semana».

Besos, que disfrute el fin de semana. Toda la mañana esperando a que me dijera algo y... ¿solo me dice eso? No me dieron ganas de contestarle. «Pero qué esperabas Elisa, que te dijera que había sido maravilloso, que había sido una noche muy especial, que le había encantado estar contigo, que cuándo podíais volver a quedar porque estaba deseando verte... Nada de nada...». Mi conciencia me decía: «Este es un picaflor, seguro que pasa con otra el fin de semana. Años muerta y me voy a fijar en... Yo qué sé en quién», porque sabía bien poco de él.

«Que disfrute el fin de semana. Será imbécil, y seré imbécil yo por pensar que le había gustado. Que se vaya a la mierda. Claro que voy a disfrutar del fin de semana. No me hace falta él para nada».

Después de cinco o seis horas decidí responderle con un triste «Igualmente». Me salió eso de ser una chica educada y le contesté.

Pasaban los días y no sabía nada de él. Estaba claro que llevar tanto tiempo fuera del mercado me hacía estar como pez fuera del agua.

Se me ocurrió cambiar la foto de perfil del WhatsApp. La que tenía ya la llevaba casi un año. Fue entonces cuando volvió a aparecer.

César: Muy atractiva en la foto.

Elisa: Gracias, tampoco es para tanto.

La modestia de mi respuesta era fingida, por supuesto.

César: ¿Todo bien?

Elisa: Sí.

César: Me alegro. Un beso. Chao.

Elisa: Chao.

«Pero... no me ha dicho ni de quedar —No entendía nada—. Sí, debe ser que llevo tiempo fuera del mercado. Será por ser de otro siglo, aunque él también lo es, pero debe tener más práctica que yo. ¿Es que ahora funcionan las cosas de otra manera? ¿Soy yo la rara, o lo es él?».

Seguían pasando los días sin saber de César, de ese hombre que me tenía en ansia. No podía aguantar más y pensé en pedirle yo la cita mandándole un mensaje. A primera hora de la mañana se lo envié.

Elisa: Hola, César. ¿Cómo te va?

Al rato contestó.

César: Bien. ¿Qué tal tú?

Elisa: Bien... Oye, ¿te apetece quedar a cenar? Hay un sitio nuevo en el centro que tiene muy buena pinta. Una de mis amigas ha ido y dice que el ambiente y la comida es de lo mejor. Es comida libanesa.

César: Es que estoy muy liado.

«¡Me está poniendo excusas! Me comía la última vez que nos vimos y ahora se está haciendo el remolón». Yo insistí.

Elisa: Será un par de horas, tampoco creo que sea mucho tiempo. Pero..., tú mismo.

César: Bueno, ya te digo algo.

Todo el día tuve el móvil a mi lado con el tono lo suficientemente alto para poder escuchar su mensaje. Ante cualquier sonido volaba, me lanzaba a cogerlo por si se trataba de él. Un mensaje, otro, otro y ninguno suyo, nada de nada. Pasaban las horas... y me estaba poniendo de los nervios. Entraba en su chat y veía que se conectaba, pero no me decía nada. «¿No querrá volverme a ver? ¿Qué pasa?». De repente caí: a lo mejor estaba casado o tenía pareja. ¡Qué imbécil!

Pasó la mañana y la tarde se me estaba haciendo un tanto pesada en el trabajo, no dejaba de pensar en él. «Quizá debería haber sido más moderada. ¿Para qué se me ha ocurrido invitarlo, si igual ni siquiera pensaba en mí y lo único que estaba haciendo era ponerle en un compromiso?».

Casi a las siete, a punto de salir del trabajo, de nuevo escuché el sonido de la recepción de un mensaje. Ya no quería mirarlo. Llevaba todo el día pensando en ese tío que no era nada en mi vida y que, a pesar de mi premonición, igual tampoco iba a ser nada en el futuro. Pero, «¿cómo había pasado de la nada al todo?» me preguntaba. No podía ser que me sintiera tan inquieta, que tuviera tanta necesidad de volver a verlo, de sentirlo a mi lado.

Cerré el ordenador, recogí un poco la mesa e hice ademán de guardar el móvil en el bolso. Pero no, opté por mirarlo, y sí, era él. Y me contestaba que sí, que quedábamos. ¡Oh! Otra vez la sonrisa de tonta. Me analicé y pensé: «Vuelvo a parecer una adolescente».

## Capítulo 5

*E*l restaurante estaba ubicado en una calle peatonal del centro histórico, silenciosa y ajena al tránsito. Una de esas calles como desgajada del resto de la ciudad, en la que se respira tranquilidad y desde la que es difícil creer que el bullicio de las gentes y el ruido se encuentran tan solo a unos pocos pasos. Yo aparecí primero y él un segundo después. Al llegar, no dijo ni hola, fue directamente a devorarme y yo le correspondí. ¿Tanta pasión a nuestra edad? O quizá era porque teníamos esa edad por lo que teníamos tanta pasión.

La cena fue maravillosa, aunque la comida se eternizara en los platos carente de interés comparada con el juego de las miradas y el roce de nuestras manos, que se prodigaban en caricias.

Sin embargo, yo no podía dejar de preguntarle por qué había estado tan escurridizo para quedar. Si me deseaba y yo le deseaba a él, ¿por qué tanto remilgo?

Y se lo pregunté directamente, a lo que me contestó:

—Elisa, yo, en este momento, no me planteo una relación emocional, no la quiero, no quiero establecer pautas, no quiero que nos empecemos a ver y esto vaya en un bucle emocional ascendente. Ya no quiero compartir determinadas cosas con una mujer, no quiero enamorarme. Yo quedo con mujeres para tener sexo y no deseo nada más y tú has dicho que no quieres.

—Yo no he dicho que no quiera, he dicho que no puedo durante unos veinte días, más o menos; cuando me den el alta, podré. Pero bueno, un hombre que no desea quedar conmigo porque no hay cama me decepciona bastante. Un cóctel con poco alcohol también puede estar muy bueno. Es que los besos que nos acabamos de dar, ¿no son sexo? Y, por otro lado, mi cabeza, ¿no vale? ¿No es lo suficientemente interesante para ti?

—No me vengas con que si no me vale tu cabeza. Te lo repito, no quiero nada más allá de sexo, de quedar con una mujer para acostarme con ella. Es lo que hay, no te voy a engañar, por eso no te he llamado.

—Entonces, si hubiera estado dispuesta a acostarme contigo, ¿me hubieras pedido una nueva cita?

—Sí, claro.

Hay hombres y mujeres que solo buscan sexo en las relaciones. No entraba a juzgarlo, pero me di cuenta en aquel momento de que me había quedado en eso del romanticismo de las hermanas Brontë y en mi «yo» interno sabía que me resultaría muy difícil meterme con un hombre en la cama y dejar el corazón fuera, porque yo, el corazón, siempre lo llevaba puesto.

Intenté que esa parte de la conversación no me agudara la fiesta y seguimos hablando de otros temas. Sí, me sentía a gusto con aquel hombre. No podía ser que solo quisiera tener sexo y que le dejara indiferente mi forma de ser, mi sentido del humor, mi sensibilidad... No me podía creer que diseccionara y cogiera solo lo que le interesaba: el sexo.

Terminada la cena nos dirigimos a la calle. Yo me adelanté y él me siguió. Al salir me rodeó con sus brazos por detrás, en un abrazo que, según los estudiosos del lenguaje no verbal, significa protección. Pero yo no lo percibí así y creo que él tampoco, porque me pareció increíblemente

sensual. Sentía su cuerpo pegado a mi espalda, su aliento en mi oreja. Llevaba el pelo retirado de la cara, recogido en una cola de caballo, y él me besaba sin parar, desde la mejilla a la nuca arrastrando los labios. Estiré el cuello inclinando la cabeza hacia atrás para sentirlo con más intensidad. Palpaba mi cuerpo con sus manos como si no fuera vestida, como si las pasara por un cuerpo desnudo. Las introdujo por el escote hasta llegar a mis pechos y los masajeó una y otra vez. No me importó nada ni nadie, no era consciente de si pasaba alguien o no. Podría haber dado el mayor espectáculo erótico en la calle, me hubiera dado igual. Ese hombre me llevaba al séptimo cielo y yo nunca había subido tan alto, porque creo que en otras ocasiones me había quedado, como mucho, en el tercero.

## Capítulo 6

*H*abía pasado una semana desde nuestro último encuentro. César estaba en mi pensamiento a todas horas, pero me daba la impresión de que no era recíproco, porque él no hacía nada para comunicarse conmigo.

Me echaba para atrás contactar con él por lo que me había dicho: que solo buscaba sexo en las relaciones con las mujeres. En realidad, no era exactamente eso lo que me molestaba. Aunque él había sido claro, me enfadaba que se hubiera puesto una barrera de protección para no dar lugar a sentir más... ¿Eso era posible? Parece que se metía en camas ajenas desnudando su cuerpo con facilidad, sin el menor pudor, pero pretendía cubrir su lado emocional con pijama de franela. Mi parte juiciosa me decía que olvidara a aquel hombre. A pesar de ello, me parecía que el juicio se me había ido a tomar viento. Por mucho que lo intentaba, él ya se había instalado en mi cabeza.

Decidí no escribirle, que fuera él quien lo hiciese. No iba a estar detrás de un hombre que tenía tan claro lo que buscaba en una relación. Pero... ¿qué buscaba yo en una relación?

Esa mañana fue especialmente pesada. Estuve trabajando codo con codo con Rosario. Hubo una partida defectuosa suministrada a uno de nuestros mejores clientes y estábamos tratando de arreglar las cosas lo mejor posible para no perderlo.

Iván los había llamado por teléfono para suavizar los ánimos. Estaban muy enfadados. El pedido, a su vez, ya lo habían vendido y tenían que entregarlo en una fecha determinada que era imposible cumplir. Iván hablaba en ruso. Yo observaba cómo se manejaba en la conversación y, aunque no le entendía, percibía por momentos que los estaba convenciendo con su labia para que siguieran con nosotros. Tenía una habilidad especial en las relaciones públicas. Intuía que no estaría mucho en la empresa, que en poco tiempo se le quedaría pequeña. Permanecí un rato mirándole embobada. Desde luego, era un joven atractivo en todos los sentidos.

Rosario fue a por dos cafés. Cuando llegó, antes de que los tomásemos, miré el móvil. ¡Uf! Un mensaje de César y solo ponía dos palabras. Solo dos. Nada más y nada menos que dos palabras que calentaron e hicieron temblar todo mi cuerpo.

«TE DESEO».

Rosario notó que me había cambiado la cara, aunque intenté disimular.

—¿Pasa algo, Elisa?

—No, no, qué va, no es nada.

¿Cómo que no pasaba nada? Nunca me habían dicho que me deseaban. El «te amo», el «te quiero», llevaban implícito el deseo. Había sido afortunada: varios hombres a lo largo de mi vida me habían dicho esas palabras, incluso estando con Víctor. Pero nadie me había dicho «te deseo». Nadie me había hablado de atracción física exclusivamente. Y he de decir que me pareció maravilloso. Aquellas palabras me resultaron tan perturbadoras que no hacía falta vestirlas con nada, ni aderezarlas con la guinda del amor.

Me había subido fuego por todo el cuerpo y necesitaba sofocarlo. No podía tomarme el café caliente, hubiera estallado.

Fui al servicio para refrescarme y poderle contestar a solas, y no se me ocurrió otra cosa que decir: «Me desarmas».

Él se conectó al instante y comenzó el wasapeo sexual.

César: Qué ganas de descubrir y poseer tus pechos.

Yo no daba crédito, nunca había tenido ese tipo de mensajes, pero me lancé.

Elisa: Y yo me muero porque los descubras y los poseas.

Me parecía que los dedos que contestaban a esos mensajes no eran los míos. No me reconocía. ¿Había sacado ese hombre mi lado más sexual? ¿Dónde lo tuve tanto tiempo escondido?

César: Quiero hacerte mía ya, no puedo aguantar más tiempo, te deseo.

Elisa: No sabes las ganas que tengo yo también de sentirte, de sentirte dentro de mí... Solo quedan unos días. Espera, *please*.

César: No puedo, necesito acariciar tu piel con mis manos, olerte, saborearte, comerte. Besar, lamer y morder todo tu cuerpo... todo.

Elisa: Me muero porque lo hagas, tiemblo solo de imaginarlo.

César: Quedemos ya, Elisa... Te recojo a la salida.

Elisa: Por favor espera, solo serán unos días.

César: Bueno, me parece que no te voy a convencer, eres dura de pelar. Un beso, Elisa. Chao.

Elisa: Besos, chao.

Me quedé fatal, al final estuvo cortante. «¿Por qué soy tan tonta?». Deseaba estar con él y no era una niña. Hubiéramos tenido otro tipo de sexo, qué idiota. Pero tampoco entendía, después de toda la semana sin saber nada de él, esa insistencia repentina. No acababa de calarlo.

Dos días después, a las dos del mediodía, recibí un mensaje suyo.

César: Estoy abajo, ¿quieres comer conmigo?

¡Me invitaba a comer! Como la gente «normal» que busca una relación. No tardé en contestarle, pasé de hacerme la remolona.

Elisa: Sí, bajo.

Salí del portal de la oficina y allí estaba César, tan atractivo, sentado en el interior de un Mercedes clásico de los años setenta que se asemejaba a una limusina. De esos que me decía mi padre que se compraban los toreros cuando empezaban a ganar dinero. Un Mercedes blanco que parecía que se había fabricado para él. Nunca le di valor a las cosas materiales —las cosas materiales no se abrazan—, pero viéndolo en aquel automóvil, daba la impresión de que su relación con el coche iba más allá de la ostentación, que era más bien sentimental.

Rodeé el automóvil y me senté en el lado del copiloto. Tenía los asientos de piel color mostaza. Cuando me acomodé y me llegó el olor del cuero, me recordó al instante a él: ya sabía a qué olía. El olor de César era una deliciosa fusión de la fragancia que usaba, su piel y la de su coche. ¡Increíblemente personal!

Giró la cabeza para mirarme y retiró de sus ojos unas Ray-Ban que parecían de la misma época que el coche. Se acercó y nos besamos. ¡Cuánto me gustaban los besos de aquel hombre! Me imaginaba cómo sería acostarme con él. No sabía si hacer el amor podría superar la intensidad



que sentía solo con besarlo, no sabía si me estaba creando yo misma demasiadas expectativas. A veces, la imaginación supera a la realidad, pero yo me moría porque fuera la realidad la que superara a la imaginación.

Me llevó a comer a un sitio precioso, en medio del campo. Las gallinas se movían en libertad alrededor del mesón, que era también hostel, y paseaban ajenas al hecho de que de vez en cuando alguna que otra acabara en la cazuela. El paisaje era idílico, alejado de Valencia ciudad. Tuve que llamar al trabajo fingiendo una jaqueca; no lo hacía nunca, pero no podía interrumpir la cita, no quería hacerlo. Cuando estuvimos en los postres, César me insistió.

—Elisa, he reservado una habitación.

—¿Y?

—Para los dos.

—Y ¿por eso me has traído tan lejos? En el centro también hay hoteles.

—Necesito estar contigo. No sé qué me está pasando, pero hace tiempo que no sentía tanto deseo por una mujer.

—César, no soy una quinceañera. La semana que viene tengo que ir a mi ginecóloga y cuando me diga que todo está bien, me acostaré contigo. Yo también tengo ganas y no creas que voy a ir con remilgos.

—Respetaré lo que no podamos hacer.

—No insistas, por favor. No te lo he contado, pero hace unos tres años tuve un cáncer de mama, como tantas mujeres. Me intervinieron. Aunque me los has tocado, no los has visto todavía; mi pecho izquierdo es ligeramente más pequeño y no por la asimetría natural. Me dieron quimio y luego radio. Ya te comenté que en mi última revisión me detectaron una úlcera que no tenía buena pinta. No quiero jugarme la salud por unos días y quiero estar en plenitud contigo, entiéndelo.

—De acuerdo, no insisto. Lo entiendo. No sabía lo de tu cáncer. Discúlpame por tanta insistencia. De verdad que lo siento.

El resto de la velada transcurrió gratamente y después me acompañó a casa en su estupendo Mercedes. Sentada a su lado, solo nos faltaba la música de los setenta para imaginar que nos habíamos trasladado a otra época.

Nos besamos al despedirnos. En algún momento me volvió a pasar por la cabeza que quizá tuviera pareja y que lo que me decía solo era un disfraz para ocultármelo. De ahí las excusas para quedar conmigo y la falta de información. Quería pensar que me decía la verdad y que, en esa etapa de su vida, por los motivos que fueran, huía del compromiso con una mujer, y quería descartar en mi mente que ese compromiso ya lo tuviera con otra.

Decidí creer en sus palabras.

Sigo teniendo un punto de ingenua que no quiero perder, porque me parece muy triste ir siempre en guardia pensando mal de todos. Pero, ¿cuándo lo volvería a ver? Ni una palabra de la siguiente cita. En ocasiones me despedía de él y pensaba que aquella sería la última vez; que pasado un tiempo, tendría la impresión de que ese hombre que me había hecho vibrar de aquella manera solo había existido en mis sueños.

## Capítulo 7

*M*i relación con César se supone que había empezado, pero era un hombre muy raro, demasiado, y yo seguía sin saber bien de qué iba. Me atraía, y mucho. Creo que después de tantos años, era con él con quien estaba sintiendo de verdad lo que era eso del deseo. Sí, existía, aunque hubiera estado cincuenta años sin haberlo sentido con la intensidad que lo percibía entonces. No, no se daba solo en las novelas eróticas o románticas. Solo con acercarme a él quería que me comiera o comerle la boca; era un imán al que era difícil resistirse.

No sabía si quizá me estaba empezado a cegar por un hombre al que apenas había visto unas pocas veces, que solo quería tener sexo conmigo y no pretendía ningún otro tipo de relación. ¿Estaría dejando mi dignidad y mi orgullo a mínimos? Posiblemente, porque poco me hubiera importado ser la concubina más fea de su harén y recibir de vez en cuando sus migajas, porque con él era capaz de saborear lo «poco» con una intensidad que, con seguridad, no tiene la abundancia.

Aquel día había comida familiar. Mi familia no era muy extensa. Mi padre había muerto y solo quedaban mis hijos, mi madre y una hermana nueve años menor que vivía en Londres con su marido y sus dos hijos gemelos de quince años.

Venían un par de veces al año y, cuando llegaban, era como si fueran las celebraciones de Navidad. Nos reuníamos en casa de mi madre: ellos cuatro, mis hijos, los dos únicos primos hermanos que teníamos, que rondaban los cuarenta, con sus respectivas parejas, Michel, Julia y su hija Ana, mi madre y yo.

Michel y Julia eran mis amigos de toda la vida. Los dos eran hijos únicos y sus padres habían fallecido, así que su familia éramos nosotros y, para nosotros, ellos también eran nuestra familia. Cada vez que aterrizaba mi hermana en España nos juntábamos en esa comida que se había institucionalizado y a la que ninguno ponía excusas para no asistir. Esa celebración era prioritaria y dejaba a la cola el resto de las obligaciones.

Siempre había buen ambiente. Mi madre preparaba su exquisito cocido y los demás comprábamos algo para el aperitivo, el postre, unas botellas de vino... Mi madre era una señora de setenta y bastantes, muy moderna para su edad, que había ejercido de maestra. En mi adolescencia era la envidia de mis amigos; Julia y Michel me lo recordaban constantemente. Tener una madre tan liberal era la leche, todos me decían que les hubiera gustado una madre como la mía.

Solía venir también la pareja de Michel, pero ese mes estaba fuera por motivos de trabajo. Las que estábamos sin pareja en aquel tiempo éramos Julia y yo. Julia, viuda, y yo, divorciada. Bueno, y mi madre, pero ella tenía meridianamente claro que ya no iba a iniciar ninguna relación. No por el supuesto respeto a mi padre, sino porque no se lo pedía el cuerpo.

La velada se desarrolló como se esperaba, hasta llegar a los cafés. Todavía no había salido el manido tema de mi soltería y la de Julia, por lo que no me extrañó que empezara Peter, mi cuñado, con la cantinela.

—Oye, y ¿para cuándo un cuñado? O dos. Julia ¿tú qué dices?

Julia no dijo nada y yo tampoco, por lo que siguió mi hermana.

—Bueno —dijo mirando a mis hijos y haciendo referencia a mi ex—, me he enterado de que Víctor ya tiene pareja. —Los chicos asintieron con la cabeza.

—Chicas —dijo uno de mis primos—, que ya es hora de que rehagáis vuestras vidas, no vais a estar siempre solas.

Y remató su mujer.

—No sé, un hombre para acompañaros. Seguro que hay hombres que están solos y que quieren una mujer para compañía.

Aquel comentario, aunque sé que lo hizo con la mejor intención, me hizo estallar. Miré la cara de Julia y su expresión se parecía mucho a la mía. Si hubiera sido una chimenea creo que no hubiera salido solo humo, sino llama, porque era como me sentía. Ardía por el tema machacón y recurrente en todas las reuniones, como un día de la marmota en el que se repitiera lo mismo una y otra vez. Qué empeño en que rehiciéramos nuestras vidas, y rehacer nuestras vidas parece ser que era tener a un hombre a nuestra vera, aunque fuera para compartir momentos tan románticos como ver la televisión juntos.

En apariencia tranquila y disimulando mi ardor, dije:

—Agradezco mucho vuestra preocupación y que consideréis la necesidad de tener siempre una pareja al lado con ese rollo de las medias naranjas, pero he de deciros que yo no quiero, ni necesito un hombre para compañía. Para compañía, ya están mis hijos y Rocco. ¿Sabéis para qué quiero yo un hombre? Pues os lo diré, yo quiero un hombre para follar, ¿os habéis enterado todos? —enfaticando de nuevo la palabra, repetí—. Para FOLLAR.

Las risas de mis hijos y mis sobrinos fueron instantáneas, pero a los demás les costó un poco más reaccionar y echar una carcajada. Nunca pensé que pudiera pronunciar esa palabra con tanto descaro, expresando lo que pensaba. No sé por qué se empeñan en creer que a una cierta edad no estás viva. ¿No serán ellos los que están muertos? ¿Se acuerdan de cuando se enamoraron? ¿De la última vez que sintieron deseo de verdad? ¿O no lo han sentido? ¿O lo han olvidado?

## Capítulo 8

*M*i grupo de amigas lo formaban Julia, Ángeles, Mayte y Cristina. Salvo Julia, a la que que conocía de la infancia, fue en estos últimos tiempos, ya con los hijos mayores, cuando la amistad con las demás se consolidó con más fuerza, aunque fuéramos amigas desde hacía bastantes años.

Éramos unas mujeres con ganas de disfrutar. La que más y la que menos habíamos vivido circunstancias en la vida que nos habían hecho saber lo efímera y quebradiza que es. Demasiados corsés que nos impiden degustarla, para acabar al final todos en la fosa. Conocedoras de que los años vuelan y percibiendo que nos quedaban todavía algunas primaveras para vivirlas en plenitud, intentábamos no perdernos nada. Éramos unas sinvergüenzas a las que se nos había ido quitando la timidez, desprendiéndose con los años, como si se tratara de las capas de una cebolla.

Mayte había sufrido una caída en el gimnasio mientras estaba haciendo un ejercicio con la pelota gigante, con tan mala suerte que perdió el equilibrio y fue a dar con sus huesos sobre uno de los aparatos. Le diagnosticaron un desgarró muscular y dos costillas rotas.

Vivía sola y no tenía familia cerca. Su estado civil era el de soltera y no había sentido nunca eso del instinto maternal, ni la necesidad de un hombre para todos los días. Nunca convivió con una pareja más allá de tres o cuatro meses y en muy contadas ocasiones. Era la más liberal de nosotras en lo que se refería al sexo. Años atrás nos escandalizaba en cierta manera, pero a estas alturas todas estábamos curadas de espanto.

Sí, Mayte era la excepción, porque el resto de nosotras había vivido en pareja muchos años, y en algún periodo de esa convivencia más o menos largo habíamos disfrutado de tener un hombre al lado que te miraba con ojos tiernos y que te decía: «Cielo, ya lo hago yo». Un hombre con el que amanecer, al que buscabas cuando te sentías vulnerable y con el que en las noches frías juntabas tus pies con los suyos para recibir calor y en su abrazo te sentías segura, envuelta entre su cuerpo y su alma.

Fuimos a ver cómo estaba Mayte. Cristina tenía llaves, pero llamamos de todas formas para que supiera que llegábamos. Al entrar, la encontramos postrada en la cama, recostada y engullida entre almohadones. Veníamos ya con la compra hecha. Le dimos un beso y nos dividimos las tareas de la casa como si fuéramos un equipo totalmente organizado, como en la serie de *Los hombres de Harrelson*: TJ, al tejado; Street, puerta de atrás; Luca, escalera de incendio... Esas éramos nosotras: Ángeles, a la plancha; Cristina, a la lavadora; Julia, a preparar la comida, y yo, a la aspiradora.

Y cuando terminamos, «las mujeres de Harrelson» nos sentamos a los pies de la cama. Mayte no solo estaba mal por su situación física: anímicamente se encontraba en una de esas infinitas rupturas de pareja, rupturas que cada vez llevaba peor, le pesaban más y de las que le resultaba más difícil reponerse.

Su última relación había sido con el treintañero que le puso el alicatado en el cuarto de baño. Estuvo poniendo baldosas una semana y, entre azulejo y azulejo, parece que hubo más de una mirada con intención y algún que otro roce que acabó en la cama. Duró cuatro meses, cuatro meses

en los que le fue sacando el dinero con poco disimulo, hasta que un día desapareció sin decir adiós y sin pagarle ni un euro de lo prestado.

La papelera estaba hasta arriba de pañuelos mojados con mocos y lágrimas y, Mayte entre sollozos, nos decía:

—¿Sabéis qué os digo?, que paso ya de los hombres. El próximo que venga, que bese por donde piso, y sino, puerta —empezó a contarnos.

—Eso lo dices ahora porque es muy reciente —dijo Julia.

—Mayte, si todas sabemos que no puedes estar sin tener una relación con un hombre —comentó Ángeles.

—No lo digo ahora porque sea reciente. Estoy harta, el mercado está muy mal y ya tenemos una edad. ¿Dónde se encuentra a un hombre normal? ¿En las redes sociales? ¿Dónde están? ¿Con su pareja? ¿Viendo la televisión en sus casas?

—Eso mismo digo yo: ¿dónde están? Porque yo no encuentro —dijo Ángeles.

—En el fondo me entrego en cada relación. A veces, me entredo en nuevas relaciones para olvidarme de las anteriores y me he cansado de esta vida. Como voy de independiente, durante años creí que, principalmente, lo que buscaba era satisfacer la parcela sexual, pero me he dado cuenta de que de lo que tengo ganas es de cariño, del cariño de un hombre. No quiero ya *folleteos* gimnásticos sin más.

—Pero eso es lo que quiero yo también —volvió a intervenir Ángeles.

Lloriqueando, Mayte continuó con su discurso:

—No necesito que sea muy inteligente, ni que tenga dinero, ni que profesionalmente sea la leche. Solo con que me haga feliz en la cama y tenga corazón, me basta. Estoy cansada de los bicéfalos que pretenden separar el sexo del sentimiento con la precisión de un bisturí; de los que se pavonean con su éxito profesional o su dinero y son huecos de alma; estoy harta de los consumidores de personas que te usan y te tiran cuando ya no les sirves; de los minusválidos emocionales; de los falsos y mentirosos que te dicen una cosa cuando están pensando otra y de los cuadrículados y cobardes que no arriesgan nada, a los que no les gusta que la vida les sorprenda porque les aterra alejarse un centímetro de la senda que se marcan, salirse de ese mullido espacio de confort en el que se sienten seguros, aunque en realidad no sea tan confortable.

—Deja de gimotear Mayte. Olvídate un poco de los hombres, mira las cosas buenas que tienes en tu vida y no te martirices —dijo Cristina interrumpiendo el largo discurso de su amiga.

—Pues claro que dejo de llorar, no se merecen ni una de mis lágrimas los hijos de puta y cabrones que me he encontrado por el camino.

—Hija, tampoco es eso, todos no son igual —intervino de nuevo Cristina.

—¡Ah, claro! Está tu Juan y el difunto de Julia. ¿Y qué? ¿Los canonizamos? ¿Ahora tengo que filtrar lo que pienso? Estoy hablando con vosotras, no hay ningún tío delante; pues digo lo que me sale del coño.

—Sí, claro, mujer. Puedes expresarte como quieras —dijo Ángeles.

—Es que creo que no he tenido mucha suerte. Ya sé que todos no son iguales, si es eso lo que digo, que en este momento de mi vida lo que quiero es «un Juan». Lo que busco es que me quiera, que me quiera un hombre sencillo, que sepa cómo amarme y darme calor, que sea generoso y no piense solo en su propia satisfacción y en cubrir sus necesidades, que quiera conocerme y se interese por lo que hago y lo que soy, que cuando le mire a los ojos me haga sentir especial. Un hombre que cuando le diga «Ven» solo me dé una respuesta, solo tenga una palabra: «Voy».

En el ambiente flotaba demasiada rabia contenida y tristeza existencial, por lo que decidí

cambiar de tercio y echar unas risas que borrarán en cierta medida el estado anímico de Mayte.

—Ya sabéis que estoy en puertas de tener mi primera relación sexual después de unos cuantos años. Bueno, pues ayer se me ocurrió entrar en algunas páginas de internet, simplemente por curiosidad, para ver si algo había cambiado, aunque imaginaba que habría pocas novedades.

—Y qué, ¿algo destacable? —dijo Ángeles.

—El caso es que entré en una página que explicaba los once pasos para realizar una felación satisfactoriamente.

—Pero satisfactoria ¿para quién? —comentó Julia.

—Pues, supongo que para los dos. Bueno, creo que para él. Yo la verdad, he de confesar que no me gustaba mucho, no sé si es que no sabía saborearlo, y nunca mejor dicho.

—A lo mejor no te gustaba con tu pareja —dijo la experta de Mayte.

—Pues el caso es que el ordenador se me ha infectado de virus, se me bloqueó y solo pude leer dos o tres pasos que decían que no había que poner la boca hueca y hablaba sobre la presión justa de los labios. Los pasos siguientes no los pude leer.

—Pero, Elisa, ¿por qué no me lo has dicho a mí y yo te lo cuento? ¿Para qué están las amigas experimentadas? —intervino de nuevo Mayte.

—Sí, podría habértelo preguntado, pero me dio por ahí. Después de tanto tiempo sin hacerlo quiero estar bien, resolutiva en la cama, que se note que no se me ha olvidado, aunque haga tiempo que no monto en bicicleta. Pero he de deciros que cuando me dejó de funcionar el ordenador me cabré bastante. Igual ni me acuesto con él. Y yo estropeando mi material electrónico.

Mayte, con mi historieta, dejó de llorar. Básicamente eso era lo que pretendía y al rato empezamos a hablar y reír por naderías, pero el sexo siguió ocupando un espacio privilegiado en las conversaciones. Salvo Cristina, que era la más reservada, las demás contábamos nuestras experiencias con naturalidad y sin el menor pudor.

—Oíd, chicas. Hablando de estos temas... ¿os acordáis de Marta? —dijo Mayte.

—Sí, la jovencita del gimnasio —confirmó Cristina.

—Pues es fisioterapeuta y se ha especializado en el suelo pélvico. Vino la semana pasada a hacerme un reconocimiento, para ver mi estado —volvió a intervenir Mayte.

—Pero ¿qué estado? —pregunté.

—Elisa, ¿recuerdas cuando fuimos a nuestra ginecóloga y nos estuvo explicando los ejercicios que había que hacer para contener la orina? —hizo otra pregunta Julia.

—Sí, y recuerdo que cuando salimos de la consulta me dijiste con guasa: «Si hay que hacerlos todos los días, para eso... ¡me meo!».

—No desvariemos, estaba todo bien, pero con respecto a la vagina me dijo que usara el consolador sobre todo en la parte derecha, porque tenía una contractura —continuó Mayte.

Todas nos empezamos a reír.

—Pero ¿se tienen contracturas en la vagina? —dijimos algunas de nosotras con cara de extrañeza.

—Pues claro, es un músculo que hay que ejercitarlo, y me dijo que le diera uso, que si no se atrofia. Me prescribió por lo menos un orgasmo diario.

De nuevo risas.

—Sí, no os riáis tanto, me comentó que si mis amigas querían hacerse un reconocimiento que se lo preguntara, y vamos, tú Julia y Elisa, no sé qué prescripción os dará cuando os reconozca, pero debéis de tener unas cuevas con derrumbe y pinturas rupestres intactas porque seguro que no entra la luz en ellas desde tiempos inmemoriales.

—No te burles —dijimos las dos al unísono, como si lo hubiéramos ensayado.

—Si vierais de qué guisa vino Marta... Había roto con su antiguo novio y había quedado con el nuevo. Iban de cena y luego a pasar la noche juntos. Era su primer encuentro sexual, venía con una minifalda y medias con liguero, y así se puso a hacerme el reconocimiento. Me estaba realizando la exploración y se le subía la falda. Eso sí, muy profesional, con su guante de látex, aunque cualquier ojo ajeno que hubiera presenciado la escena, no sé lo que hubiera pensado.

Risas de nuevo y Mayte continuó hablando.

—Es patético, soy patética —empezó de nuevo a gimotear—. Cuando habéis llamado a la puerta, casi me pilláis con el vibrador en la mano. No sé si haré mucho caso de las prescripciones, creo que la libido la tengo por los suelos.

Durante los quince días siguientes, las «mujeres de Harrelson» nos repartimos la atención de Mayte. Y a pesar de su nefasto estado anímico y físico, el hecho de vernos pulular por su casa todos los días, atendiéndola y mostrándole nuestro cariño, y el saber que contaba con nosotras incondicionalmente le dio un halo más positivo.

«¡Ojalá que mi amiga encuentre ese hombre que le haga feliz!».

## Capítulo 9

Quedé con César dos o tres veces más, aunque nunca por la noche. Me dijo que para él la noche tenía un componente sexual muy fuerte e intentaba evitar cualquier encuentro nocturno porque sabía que le era mucho más difícil mostrarse contenido. Eso fue lo que me dijo, pero de nuevo volvía a pensar que quizá le esperaba su pareja en casa y me estaba contando una milonga. ¿Debía creerle? No, no podía tener pareja. En la primera cita me pidió ir a un hotel por la noche, aunque, quizá... ¿Tenía pareja y todavía no había convivencia diaria o solo pretendía echar un polvo rápido aprovechando que su mujer se iba de cena con las amigas? A veces íbamos de la mano o cogidos de la cintura por la calle. Si realmente tuviera una pareja, habría evitado hacerlo por si era visto. ¿Acaso vivía en otra localidad, en un adosadito fuera de Valencia? No sabía dónde vivía, no quise preguntárselo, esperaba que me lo dijera él. Yo misma contestaba a mis preguntas con la respuesta que más me gustaba, pero lo cierto es que apenas le conocía.

En principio, aceptó no tener sexo y dejó de mostrarse insistente. Pero aun sabiendo que no habría «final feliz», empezó a sorprenderme el hecho de que me buscara. Era él el que propiciaba los encuentros. Me mandaba un mensaje cuando sabía que se acercaba la hora de terminar mi jornada laboral matutina y nos veíamos. Nunca hacía planes, nunca me dijo al terminar una cita cual sería la próxima vez que nos volveríamos a ver. No estaba acostumbrada a aquello, pero terminé aceptándolo sin objetar nada. Él decidía cuando nos veíamos y yo accedía sin oposición, como si fuera una sumisa.

Tenía la sensación de que era un pez escurridizo entre mis manos, aunque precisamente eso añadía un plus que me hacía saborear sus besos y sus caricias con mayor vehemencia.

Aquel día nos dirigíamos a comer a un sitio cercano. Tenía que estar de vuelta en el trabajo sobre las cuatro y no podía estar ausentándome con la excusa de una jaqueca tarde sí y tarde también.

Íbamos paseando abrazados, había conseguido que por la calle pareciéramos una pareja sentimental. Con César todavía no había estado en la cama, pero sabía por Mayte y por alguna que otra amiga que el hecho de establecer esa tajante línea divisoria entre el sexo y el sentimiento daba lugar, en ocasiones, al absurdo de que te puedan meter una enorme polla hasta el fondo del gznate pero que, antes o una vez terminado el ritual sexual, cualquier gesto de afecto, un simple beso o una caricia, no sea considerado procedente.

Con César no sabía muy bien lo que tenía. ¿Una relación sexual, sin sexo?

Después de comer, mientras me acompañaba al trabajo, nos sorprendió un incidente.

Nos detuvimos al instante al contemplar a una mujer joven con una protuberante barriga apoyada en el quicio de la puerta de un bar, con la cara desencajada y resoplando.

César se separó de mí y se acercó a ella. Mientras se aproximaba y sin llegar todavía a su encuentro, me dijo con una voz contundente:

—Elisa, llama al 112, ya.

Yo le obedecí como un autómatas.



Le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Tranquila, ¿cómo estás, puedes hablar?

—Estoy fatal.

Con la voz entrecortada, por el aparente dolor y continuando con sus resoplidos, siguió hablando apenas sin aliento.

—Vengo del aseo, he dejado allí las medias. Estaba toda mojada y noto algo que me está saliendo.

—Me permites que te reconozca, solo quiero ayudarte.

Levantó la falda de la chica y lo que vimos fue la cabeza de un bebé, sujeta por las bragas de la joven. No era el momento, pero si cualquier aficionado a subir un vídeo a YouTube lo hubiera grabado y colgado en la red, hubiera arrasado en visualizaciones.

—Tranquila —le volvió a decir—, el bebé está naciendo, ya tiene la cabeza fuera. Te voy a tumbar en el suelo, así podré ayudarte mejor.

Se quitó el abrigo y lo tiró en la acera, la tumbó sobre él, le levantó la falda, le quitó las bragas, le posicionó las piernas y se remangó los puños de la camisa.

La gente empezó a arremolinarse alrededor y César me dijo al instante:

—Elisa, por favor, dispersa a esta gente, la madre tiene que estar tranquila. E insiste otra vez con la ambulancia.

Yo volví a obedecer las órdenes de César sin rechistar, se notaba que manejaba totalmente la situación.

Colocó los dedos en el cuello del bebé, extrajo uno de los hombros y, suavemente tirando hacia arriba, sacó el otro y, al momento, el resto del cuerpecito. Acto seguido el niño iniciaba el llanto.

Lo colocó, en principio, encima del vientre de la madre, pero al segundo siguiente lo cogió y, tras desabrochar un poco la blusa de la joven, se lo acercó al pecho, supongo que para que notara su calor. Después me pidió el abrigo y cubrimos a la joven y a su bebé con él. Era un niño precioso, con un montón de pelo en la cabeza, y al que la humedad del alumbramiento le había formado un gracioso flequillo pegado a la frente con el que parecía el mismísimo Napoleón.

César, durante todo el tiempo que asistió a la joven, le habló con cariño, diciendo palabras tranquilizadoras.

—Lo has hecho muy bien, muy bien. Tienes un niño precioso, descansa que vienen ya a llevarte al hospital —le dijo cuando terminó.

Ella le preguntó, entre lágrimas de alegría.

—¿Cómo te llamas?

—César.

—Mi hijo se llamará César. Muchísimas gracias por todo, gracias de verdad.

La ambulancia llegó y se encargaron del resto. César se dirigió al médico y le puso al tanto de todo lo sucedido.

Yo estaba realmente impactada. Había estado increíblemente resolutivo, controlando la situación en todo momento, sin dudar en nada. Era evidente que no era la primera vez que asistía a un parto, es más, podría decir sin equivocarme lo más mínimo viendo su forma de actuar, que lo había hecho infinidad de veces. Pero me sorprendió también la calidez con la que trataba a la joven. Le decía con cariño las palabras adecuadas para tranquilizarla, y yo me preguntaba por qué escatimaba y rehuía tanto las manifestaciones emotivas, si me estaba demostrando ser la ternura misma. Mi hombre enigmático era una auténtica caja de sorpresas. Más tarde, me contó el porqué de su soltura.

Se acabó de limpiar las manos y los brazos con uno de nuestros abrigos. Ya, qué más daba. Nos abrazamos y nos besamos, pero con un intenso beso que desde luego supo a mucho más que deseo. Y nos fuimos de allí con el espíritu ancho y nuestros abrigos mojados, colgados del brazo.

## Capítulo 10

Aquella tarde quedé con Julia. Tenía que ir por fin a mi revisión. Imaginaba que todo había ido bien, pues no tenía molestias, e iba positiva. Julia y yo teníamos la misma ginecóloga desde hacía años. Nos había asistido en nuestros embarazos y en los partos, y la confianza en ella era total. Julia, aunque le dije que no hacía falta, quiso acompañarme.

Estábamos solas en la sala de espera y le conté al detalle el alumbramiento sorpresa que había sucedido en la calle y lo resuelto que había actuado César. Julia no salía de su asombro.

—Pero ¿cómo hizo todo eso con esa decisión? ¿No dices que tiene un local nocturno? A mí me pasa eso y no sé cómo reaccionar.

—Después me lo contó. Él es enfermero y ejerció la profesión durante años trabajando en varias ONG. Estuvo en Ruanda, República del Congo, Sudán... En África básicamente, sobre todo en campos de refugiados.

—¿Por qué lo dejó?

—Parece que tuvo una crisis existencial. Para trabajar en países en conflicto se tiene que ser de otra pasta. No era Dios, y tanta muerte y desolación le hicieron replantearse su vida y tomar la decisión de empezar algo nuevo, más tranquilo, alejado de lo anterior. Llegó un momento, según me contó, que le superó y necesitaba un paréntesis, un descanso, para tal vez, poder retomarlo. Pero vamos, me lo ha contado someramente, en tres frases y sin profundizar.

Entramos en la consulta y nos recibió Francis, la ginecóloga, con una sonrisa. Le narré también lo del parto y, en vista de los datos que le estaba dando, concluyó que desde luego era todo un experto y que la ejecución había sido impecable.

—Tuvo suerte aquella chica de que se encontrara cerca —recalcó.

Pasé a que me reconociera y enseguida me dijo que todo estaba perfecto, que ya podía hacer vida normal. Me alegré desde luego por mi salud, pero también por tener, por fin, un encuentro sexual con César. Tenía unas ganas locas de estar con él en la intimidad.

Fui con Julia a merendar y a celebrarlo de alguna manera.

Julia era para mí como una hermana, nos sabíamos todos nuestros secretos o, más bien, no había ni un secreto entre nosotras. Ahí estábamos una al lado de la otra, en los buenos y en los malos momentos. Actuábamos por osmosis, como vasos comunicantes, cuando una mostraba debilidad era empujada por la fuerza de la otra.

Había perdido hacía unos años a su marido y fue un apoyo muy importante cuando falleció mi padre. Ella ya había experimentado la cercanía de la muerte. Había vivido la muerte, como decía. Supo actuar como la mejor psicóloga: el duelo lo había sentido en carne propia y sabía perfectamente cómo consolarme. También fue de gran ayuda durante mi enfermedad. A veces me vienen los recuerdos bastante recientes del tiempo de la quimio. No sé por qué, la división del tiempo, cuando pienso en aquel periodo de mi vida, la hago en función de qué gotero me suministraban en cada momento. Asocio mis recuerdos pensando que aquello pasó cuando me pusieron el segundo gotero, el quinto o el número seis.

Me acuerdo de un día que iba llorando por la calle, sería por el quinto gotero. Era uno de esos días en los que todo te pesa. Aunque era una mujer positiva, estaba hasta «los mismos» de seguir con el malestar y las angustias, con el desagradable sabor a metal en la boca, con tener que pedir ayuda en determinadas ocasiones, con mi aspecto físico y con no saber lo que iba a pasar. Y me dio por llorar, porque me daba la gana, porque estaba muy cansada de ir de fuerte.

No me había puesto ni la peluca. Estaba harta. Llevaba un sombrero que tapaba mi cabeza y me encontré con Ana, la hija de Julia. Ana para mí era como mi sobrina. Era tres años mayor que mi hijo Marcos y lo pasó muy mal con la muerte de su padre. No me di cuenta de que cruzó a mi lado, pero ella sí me vio, volvió sobre sus pasos y se dirigió a mí.

—Elisa, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

No podía disimular, mi estado era evidente.

—Sí, sí... Nada, un poco de «bajoncillo», pero nada, ya se me pasa.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que tomemos un café?

Ana era muy joven, apenas pasaba de los veinte, pero sabía del dolor.

—No, de verdad, no te preocupes. Dale recuerdos a tu madre y no le digas nada más.

Pero parece ser que no me hizo caso. Llegué a casa, empecé a cambiarme para ponerme cómoda y al instante sonó el timbre. Abrí la puerta del portal desde el telefonillo y la de mi casa sin preguntar, y ahí estaba Julia, mi querida amiga Julia, con un delantal lleno de pintura blanca con un gran bolsillo en medio del que sobresalían unos guantes de goma. Llevaba manchadas las manos, la cara y el pelo. A Julia, cuando empezó a superar la muerte de su marido, le dio por pintar no solo las paredes de blanco, sino también los muebles. Hizo un curso de bricolaje y restauración y empezó a lacar todos los muebles de ese color. Para ella era una necesidad vital que de nuevo entrara la luz en su casa después de tanto tiempo de duelo y sombras. A veces pensaba que, cuando fuera a su apartamento, hasta a su hija le habría dado unos cuantos brochazos y la encontraría sentada en un sillón blanco, totalmente nívea, semejando una especie de estatua viviente callejera.

Ana la llamó por teléfono nada más dejarme y le contó mi estado. Julia no perdió ni un instante y salió de su casa a coger un taxi, tal cual iba, sin importarle que su vestuario no fuese el adecuado para salir a la calle. Y así, de esa guisa, embadurnada de pintura hasta las cejas, se presentó en mi piso para cobijarme entre sus brazos porque sabía perfectamente que me estaba sintiendo como un conejillo asustado. Me dio un abrazo con la intensidad de los abrazos de verdad, percibí la energía que fluye y tuve la sensación, no, la seguridad, de que nuestras almas se tocaron.

## Capítulo 11

*E*l mismo día que Francis me dio el OK para poder tener relaciones sexuales seguras, se lo comuniqué a César. Le mandé un mensaje.

Elisa: Hola, César. Ya estoy operativa. Acabo de salir de la consulta de mi médica y ya podemos tener sexo. *Please*, dime lo mucho que me deseas porque lo necesito para poder invitarte a pecar.

César: Te deseo.

Elisa: Pero ¿solo un poquito?

César: No, mucho.

«¡Qué poco entusiasmo! Le tengo que poner las palabras en la boca», pensé. Creía que me diría: «Espera que voy a tomarte, quedamos ya». Pero nada, se me quitaron las ganas de continuar con el wasapeo.

Pasaron los días y no sabía nada de él. Me seguía pareciendo el hombre más raro del mundo: «Tantas ganas de estar conmigo y ahora parece que se está rajando». Decidí llamarle por teléfono.

—Hola, ¿te pasa algo?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Es que, después de todo, no veo mucho entusiasmo en ti para que quedemos.

—Bueno, es que estoy muy liado, estamos organizando las actividades del trimestre, los contratos de las actuaciones.

Me sonó todo a evasiva, excusas. No entendía nada, pero aun así le pedí una cita que, después de remolonear bastante, aceptó.

Quedamos en el mismo lugar que la primera vez. Estaba nerviosa. Apenas habíamos hablado el resto de la semana, pero me dirigí al restaurante con la clara intención de que esa noche por fin acabaría en la cama con él.

En realidad, tenía cierto recelo de mi primer encuentro sexual con César. ¿Tendría alguna peculiaridad? Temía que el hecho de que solo buscara sexo me hiciera sentir como una muñeca hinchable y que una vez terminado el acto se limpiara la corrida y no hubiera un abrazo, una mirada cálida, un dulce beso o una caricia. Que tuviera la sensación de que, en el espacio recortado por las cuatro paredes de la habitación, alguno de los dos estuviera de más, convirtiendo el calor del pretérito inmediato en un frío polar que congelara todo mi ser. Pero tenía claro que quería aventurarme con él, lo deseaba demasiado.

Llegué primero y, mientras estaba mandando un mensaje diciéndole que ya estaba allí, apareció detrás de mi espalda.

—Hola.

—Hola —le devolví el saludo girándome para encontrarme de frente con él.

Se acercó y me besó. Sí, me dio un beso en la boca que me supo tan fraternal que me dejó descolocada. Yo pensaba que me besaría con pasión, como se besa cuando el deseo te lleva

irrefrenablemente a buscar la boca del otro y a saborearla.

Pero... ¿qué pasaba? ¿Por qué me había dado ese beso tan neutro? La última vez que nos vimos me comió la boca, sus manos iban locas a encontrar mis pechos y a repasar mi cuerpo, su cara entonces era la de un hombre que se moría de deseo por mí. ¿Qué había sucedido en esos últimos días? ¿Cuál era la explicación de tanta frialdad? ¿En una semana había dejado de sentir deseo por mí? ¿Con quién se estaría acostando?

Entramos en el local. El café estaba medio vacío, gran parte de las mesas se encontraban libres. Pero en vez de escoger un sitio íntimo, César eligió una mesa cerca de la puerta, en un lugar en el que, seguro e inevitablemente, nos iban a interrumpir las entradas y las salidas de la gente. Al coger la silla para sentarse, no se aproximó para situarse lo más cerca de mí, sino que se colocó justo enfrente. Me dio la sensación de que no pretendía ni rozarme. Yo cada vez me sentía peor. El hombre que había estado ocupando mi mente todo ese tiempo y con el que imaginaba el encuentro sexual más pasional, se me aparecía como una especie de extraño que establecía distancias físicas cuando hasta hacía unos días buscaba la cercanía de mi cuerpo. Qué raro me parecía todo. Nunca había tenido una relación con un hombre tan peculiar como él.

Pedimos un *gin-tonic* de G'Vine y empezó a hablar como para romper el hielo.

Hablamos un rato de cosas sin la menor enjundia, hasta que ya le dije:

—¿Qué pasa César? ¿Por qué esta frialdad?

El semblante de su rostro se tornó más serio y empezó a hablar despacio, espaciando las sílabas, como para dar más solemnidad.

—Elisa..., yo no soy el hombre que te conviene.

Siguiendo con su discurso y dejando la lentitud de sus primeras palabras, dijo:

—Yo no puedo tener en estos momentos una relación emocional con una mujer. Tú quieres un compañero fiel con el que compartir tu vida y yo no puedo ser ese hombre.

Y volvió a decir, enfatizando y cerrando los ojos como si su voz saliera de lo más hondo de su ser: «No puedo».

—No te entiendo, César, no te estoy pidiendo nada emocional. Pero ¿esto no iba de sexo? ¿No querías solo sexo?, pues tengamos sexo. No he tenido una relación estrictamente sexual con un hombre dejando el corazón a un lado, pero no tengo ningún inconveniente en probarlo. Si me ofreces solo sexo, lo cojo. No hablaremos de amor, quedaremos para follar y que dure hasta que termine.

—Es que yo no puedo contigo, eres... ¿Cómo diría? Eres demasiado pura para mí.

—Me tratas como si fuera una nena. ¿Me tienes que decir tú cuál es el hombre que me conviene? Tú crees que yo quiero lo que no quiero. ¿Qué sabes tú lo que quiero? Yo solo sé que deseo sentirte. No quiero plantearme nada más. Hace mucho tiempo que no sentía nada por un hombre. Cuando me besas y me abrazas, vibro, y eso es lo que yo quiero: ¡¡vibrar!! He vivido años ausente del deseo. ¡Oh, el deseo! ¡Me parece tan maravilloso desearte!

—No puedo, Elisa, yo follo sin pensar en el alma o en la mente de las mujeres con las que me acuesto, y de ti ya conozco parte de tu alma y de tu mente. Te vuelvo a repetir: no puedo hacerlo contigo, ya no puede ser solamente sexo. A mí me pone follar a una mujer, disfrutar del sexo por el sexo, sin pretender nada más y sin que ella me vaya a pedir nada, porque no le voy a dar más allá de un polvo. He aprendido a sentir solo a través de la piel, porque en el tema sentimental con las mujeres estoy desahuciado, creo que no sé amar, soy incapaz de sostener una relación emocional y sexual al mismo tiempo. Siempre lo estropeo, antes o después la cago, y sé que tú no eres una mujer solo para follar.

—No sé de qué me estás hablando. Ni tú eres el lobo feroz, ni yo soy Caperucita; no soy ninguna adolescente. Pero ¿qué ha pasado? ¿Que no has disparado a la primera a la gacela y después de rondarte y verle sus cándidos ojos no puedes agarrar la escopeta, apretar el gatillo y lanzar el cartucho? ¿Es eso?

Se hizo una pausa, un silencio espeso. César apretó los labios y ladeó la cara, girándola como para evitar mis ojos, dirigiendo la mirada a un punto indefinido. En ese momento no sabíamos qué decir ninguno de los dos, pero fui yo la que empezó de nuevo a hablar.

—Pero ¿qué piensas? ¿Que soy del tipo de mujer que cuelga todo el peso de su felicidad sobre la espalda de un hombre? ¿Que no tengo vida propia?

—Elisa, sé que eres muy independiente, en todo, pero es que son varias cosas. Es todo más complicado, yo no soy el hombre adecuado para ti —repitió una vez más—. Aparte de eso, me parece que te decepcionaría en la cama. Creo que tienes unas expectativas que igual yo no puedo cumplir, igual el sexo que te ofrezco no es el que querría una mujer como tú.

—Otra vez con lo que tú piensas que yo quiero.

Yo no daba crédito a sus palabras, y siguió.

—Si me acuesto contigo, ya te digo, lo estropearé todo y me gustaría conservarte en mi vida. Me gustaría. Quiero de alguna manera tenerte en mi vida y si tengo que prescindir del sexo, prescindiré, porque si me acuesto contigo te perderé totalmente, lo sé.

—Es que yo no quiero prescindir del sexo. Sabes lo que te digo: ¡que te vayas a la mierda! Llevo años sin desear a un hombre como te deseo a ti, y ahora me vienes con estas. Amigos ya tengo. Y, por cierto, muy buenos. No necesito otro más. Lo que yo quiero es follar contigo. La gacela quiere follar con el cazador, ¿te enteras? Eso es lo que quiero: ¡sexo! Entonces tu plan, ¿cuál es? ¿Mandarnos una felicitación por WhatsApp en Navidad con algún que otro emoticono? ¿Vernos de vez en cuando para tomar un café mientras que tú follas con otras? Creo que ese plan igual te gustará a ti. Desde luego, a mí no.

—Lo estás planteando... —No le dejé terminar, interrumpí sus palabras con las mías.

—Que lo estoy planteando... ¿Cómo lo estoy planteando? Me has estado calentando con tus palabras, con esas palabras tan eróticas a las que yo no estaba acostumbrada, con tus besos, con esos besos que me has dado en los que sentía tu lengua que llegaba hasta mi galillo, con tus manos, que me las has metido hasta no quiero decir dónde, y ahora que podemos tener sexo completo, que no hay impedimento alguno, ¿lo pones tú, te echas para atrás y me vienes como una hermanita de la caridad? A ver con qué argumentos explicas tu comportamiento. Yo te lo diré, con ninguno, porque es inexplicable. Sí, ya estoy viendo que gestionas mal las emociones, no cabe la menor duda, las emociones y las relaciones en general, igual que un elefante en una cacharrería.

—Estás siendo muy dura.

—¿Dura? Para duro, tú. Me he pasado por la peluquería, vengo a verte deseosa, duchada y perfumada, con un vestido tan estrecho que me está cortando la respiración y un exagerado escote que realza mis pechos y que me parece que, al menor movimiento y de un momento a otro, se me va a salir alguno. Vengo así, con la única intención de que nada más verme te volvieras loco por mí. Y, en lugar de eso, me encuentro con un hombre frío, totalmente ajeno a mis encantos, porque si no tuviera la edad que tengo y mi autoestima me estarías haciendo sentir como la mujer menos atractiva del mundo.

—Elisa, por favor.

—Por favor, ¿qué? Siento haberme mostrado como soy, siento no haber sido muda y haberme expresado con sinceridad. También siento haber tenido interés por ti, sí, haber pretendido saber un

poco más de la cabeza del dueño de la polla que en principio iba a entrar hasta el fondo de mi sexo. Lo siento.

Y, en un arrebato, me levanté de la silla como dando un brinco y con tal ímpetu que casi se cae para atrás. Parecía que me quemaba el trasero al permanecer sentada.

—Siéntate y tómate la copa, relájate —me dijo.

De pie cogí mi copa, le di un largo trago sin llegar a terminarla y la volví a dejar sobre la mesa.

A mi compostura la había mandado a tomar viento. Odiaba a aquel hombre. En ese momento, el odio superaba con creces mi deseo por él y quería hacérselo saber sin filtrar ni una palabra. No iba a suavizar nada. Lo detestaba.

—Por mí te puedes tomar el resto de mi G´Vine y el tuyo, pero solo. Te puedes meter las dos copas por donde te quepan porque no quiero ni que me folles ni tener nada con un hombre como tú.

Cogí mi bolso y mi abrigo y salí sin mirar atrás, tan rápido como pude. Si yo hubiera sido la mujer de Lot saliendo de Sodoma y Gomorra, desde luego que no me hubiera convertido en estatua de sal, porque no hice el más mínimo ademán de volver la cabeza para mirar a aquel hombre al que hubiera abofeteado de la rabia.

Llegué a la calle y aspiré el aire frío de la noche. Intentaba tranquilizarme, respirar profundamente porque sentía que me faltaba el oxígeno. Me había puesto «monísima» para él. Llevaba ropa interior de encaje negro comprada para la ocasión, estaba preparada para acostarme con un hombre después de seis largos años de virginidad e imaginaba, como decía la canción de Raphael, que iba a ser *Mi gran noche*. Me había ofrecido en bandeja para él, pero lo cierto es que me había desdeñado y estaba intentando digerir su rechazo.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue quitarme la ropa con la misma rabia que se hubiera quitado el traje de boda una novia a la que hubieran dejado plantada en el altar. Tiré la lencería fina a la basura. No quería volver a verla, no quería recordar ni por un momento que me la había comprado para que fueran las manos de César las que me la quitaran; dulce o salvajemente, me hubiera sido indiferente, porque iba preparada para todo.

Me quedé desnuda y saqué de la vitrina una copa de vino de cristal de bohemia del ajuar de mi boda. Le limpié el polvo y la llené con un reserva que guardaba para las grandes ocasiones. Y aquella, desde luego, era una de ellas. Dirigí mis pies descalzos hacia la pequeña terraza de mi piso y me senté en el sillón de mimbre tipo pavo real, sin el menor decoro y al puro estilo «Emmanuelle». Bebí degustando la calidez del vino en mi paladar, sintiendo que me inundaba en cada trago. Y bebí y bebí hasta que se agotó la botella. Intentaba matar el ardor de mi cuerpo y mi desilusión. Despacio, el vino me proporcionaba un estado de serenidad y placidez que me hacía observar, como si se tratara de algo interesante, los posos que quedaban en el fondo de mi copa vacía. Envuelta en la luz de la luna, saboreando la sensorialidad de la noche y el calor del vino, me iba consolando de mi decepción.

Si hubiera tenido la posibilidad de desdoblarme y una parte de mí se hubiera convertido en un voyerista, que mirara ajeno a aquella mujer que en esos momentos se encontraba sentada, desnuda, con las piernas ligeramente abiertas y sin el menor pudor, no hubiera reconocido, ni por asomo, que era la misma Elisa de unos meses atrás. La metamorfosis se había completado y esa nueva mujer desprendía sensualidad y transmitía las ganas de reclamar a la vida el volver a sentir a través de la piel.

El encuentro sexual no llegó. Yo, tonta de mí, temía sentirme como una muñeca hinchable. En lugar de eso, César hizo que me sintiera como una muñeca de porcelana, de mirar y no tocar.



Pensé, para salvar mi orgullo, que de alguna manera me quería y temía romperme. ¿O quizá temiera romperse él al iniciar una relación conmigo?

Parece ser que se conformaría con ¿amistad? Pero ¿cómo se limita una relación solo a la amistad, cuando existe el deseo por parte de los dos?

Tal vez tuviera razón y no fuera el hombre conveniente para mí, pero ¿cómo me gustaba lo inconveniente! Él quería prescindir del sexo para tener «otra cosa» conmigo y yo estaba dispuesta a prescindir de todo lo demás para tener solo sexo con él. César para mí era el deseo en estado puro.

## Capítulo 12

*P*asaron los días. Lo sucedido me había dejado un sabor ácido. Intentaba concentrarme en cualquier cosa que no fuera él, pero, irremediablemente, a mi pensamiento volvía una y otra vez su imagen.

Esa tarde, después del trabajo, cogí el coche para hacer unos recados. La zona estaba próxima a la academia donde Violeta daba clases de inglés. Ya que estaba cerca, le mandé un mensaje y le dije que la recogería en coche. Todavía faltaba media hora para que terminara, por lo que pensé tomar una horchata en la cafetería de al lado para hacer tiempo. Esa cafetería era mi perdición. Se habían especializado en dulce de leche y en la elaboración de gran variedad de tartas, y no había vez que no cayera en la tentación de probar algún trozo de pastel.

Encontré un sitio para aparcar y, antes de salir del coche, miré por la ventanilla y vi cruzar a César. Sí, era él, pero no iba solo, le acompañaba una mujer.

Permanecí en el asiento observándolos. Se pararon en un portal, ella introdujo la mano en su bolso, sacó unas llaves, abrió la puerta y entonces..., entonces la besó, la besó con uno de esos besos como los que me había dado a mí. La apretó contra su pecho como lo hacía conmigo. ¡Dios, qué dolor! Ella era una mujer que me pareció incluso mayor que él, nada agraciada y con poco gusto en el vestir. Pero la prefería. La prefería a mí.

Me hería verlos pegados, sin embargo mis ojos, sin parpadear ni un instante, no podían dejar de mirarlos. Por suerte entraron enseguida en el portal y dejé de ver aquella escena que me trepanaba el cerebro. La imaginación se estaba apoderando de mí y el dolor no cesaba, porque tenía claro que subirían al piso y ya sabía para qué, para hacer lo que a mí me había negado.

¿Por qué prefería a aquella mujer? ¿Sería la pareja que ocultaba? ¿Se trataba de un encuentro ocasional? ¿La conoció antes que a mí? ¿Qué le daría ella que pensaba que conmigo no podía tener? Me hacía una pregunta detrás de otra, preguntas sin respuesta. En ese momento, mi autoestima estaba bajo mínimos, porque lo cierto es que me sentía como si mi cuerpo estuviera recorrido por asquerosas y pestilentes pústulas y yo fuese la mujer más horrenda y menos deseada de todo el universo. Él, el hombre al que, a pesar de todo, deseaba como no recordaba haber deseado nunca a otro, había elegido acostarse con aquella mujer, llenar aquel vientre y dejar el mío vacío. Y no era tanto el hecho de que se fuera a la cama con ella, lo que me era más duro de aceptar era que no quiso hacerlo conmigo y decidió derramar sus ganas en otro cuerpo.

Deshecha por la congoja agarré el volante con las manos, desplomé mi cabeza sobre él, como si me pesara y me fuera imposible sostenerla sobre mis hombros, y no pude hacer otra cosa que estallar en llanto.

A los pocos días recibí un mensaje de César.

César: Hola, Elisa. ¿cómo estás?

Elisa: Hola, bien... Estoy bien.

César: Siento todo lo sucedido.

Elisa: Y yo.

César: Pero ya te he dicho que yo no soy un hombre para ti. No te haría feliz. Yo no sé hacer feliz, simplemente creo que no estoy a tu altura.

Elisa: ¿De qué altura hablas? Solo te pedía que estuvieras a la altura de mis besos.

César: Pero luego me pedirías más e igual yo no podría dártelo. Creo que te decepcionaría.

Elisa: Por favor, déjalo ya. No hagas más difíciles las cosas. Sé que tienes otras alternativas y parece ser que a tu medida. Te vi el jueves pasado por la calle Jesús, cerca de la finca Roja, entrando en un portal con una mujer y te vi besarla... Déjalo ya, por favor.

César: No voy a negarlo, sería estúpido. Siento que lo hayas visto.

Elisa: Voy a cortar ya. No quiero seguir esta conversación. Ha sido una lástima. Esto se ha terminado antes de empezar. Chao, César.

César: Espera... Quisiera volver a hablarlo contigo. Este no es el medio.

Ya no contesté y él no insistió.

Había estado demasiado tiempo ajena al deseo por el cuerpo de un hombre y justo cuando lo encontraba, él me despreciaba.

Me parecía que todas esas ganas que sentía siempre habían estado dentro de mí, como encapsuladas; esa cápsula se había roto de forma imprevisible de una manera explosiva. Había reventado de golpe, inundándome por completo.

El elevado muro de hormigón que me separaba del sexo se había resquebrajado y derrumbado a mis pies, se había caído a plomo de una forma inesperada. Pero detrás de ese muro no había nadie, nadie que pudiera llenar toda mi ansia; me encontraba insatisfecha, frustrada, vacía y perdida.

## Capítulo 13

*H*abían transcurrido unos días desde la visión de César con aquella mujer. Estaba pasando la semana con mis hijos, lo que fue una bendición porque mi mente estaba más ocupada. Esa semana disfruté al máximo el estar con ellos. Aunque a veces me den inevitables quebraderos de cabeza, me siento dichosa por tenerlos a mi lado. En esos días fueron una especie de bálsamo para mí. Después de cenar, veíamos alguna película en la tele, sentados en el sofá pequeño, acurrucados, sintiéndolos como si todavía fueran unos niños. Y Rocco tumbado en el sofá grande. No había manera de que utilizara su cama de perro, él quería ser humano. Después de reñirle infinidad de veces para evitar que se subiera al sofá, y aunque de vez en cuando perdiera alguna batalla, al final ganó la guerra: el sofá grande era suyo.

Aquella era tarde-noche de chicas. Cristina había reservado para pasar la tarde en un *hammam*. Yo tenía pocas ganas de baño turco, pero la reserva estaba hecha desde hacía tiempo. Éramos un grupo cerrado de cinco personas, nos hacían un precio especial y el local lo abrían solo para nosotras. Aunque me planteaba poner alguna pega para no ir, al final decidí no hacerles el feo.

Les había contado someramente lo sucedido con César, pero por unas u otras razones no habíamos tenido la oportunidad de vernos y me imaginaba cuál sería el tema a comentar esa tarde.

Quedamos directamente en el *hamman*. Alguna vez que otra íbamos a un *spa* y salvo Cristina, que estuvo con su marido en Marruecos hacía unos años, las demás no teníamos claro en qué consistía eso del baño árabe. Aunque Cristina nos había contado algo, creíamos que estaría más occidentalizado y no sería igual.

Fuimos llegando al local y nos esperamos unas a otras. Cuando estuvimos todas, una señora marroquí nos condujo a los vestuarios y nos entregó una especie de tangas de usar y tirar con un tejido que se asemejaba más al papel que a la tela. Empezamos a ponernos los susodichos, la parte más ancha delante y la tira del tanga detrás, todas monísimas en cueros, solo con un triste tanga. Nos lo colocamos bien, a excepción de Mayte que se lo puso al revés y no hizo el menor ademán de quitárselo y volvérselo a poner correctamente. La tirita del tanga apenas tapaba la hendidura de su pubis, resultando el contraste con las demás de lo más cómico.

Vestidas con el tanga, la señora nos condujo a una habitación con calor húmedo como el de una sauna. En el recinto había una ducha que nos dijo que utilizáramos si teníamos mucho calor, una larga bancada de mármol blanco, caliente en la encimera, y dos asientos individuales, también de la misma piedra.

Y empezó el ritual. Nos hizo sentar en uno de los asientos para bañarnos una a una, mientras las demás contemplábamos desde la bancada de mármol cómo se desarrollaba la escena del baño.

La primera fue Mayte. La embadurnó con un jabón negro, y con una manopla frotaba y frotaba. El enjuague del jabón que quedaba en la piel era a base de lanzamiento de cubos y barreños; nada sofisticado. Y si a eso le añadimos que igual un «cubazo» era de agua fría y el siguiente de caliente, nos pareció totalmente justificado el estruendoso «coño» que soltó Mayte.

Así pasamos una detrás de otra. Sentadas en el asiento donde nos bañaba parecíamos unas nenas, nenas de cincuenta años, porque ninguna bajábamos de esa edad, pero dejándonos bañar como si tuviéramos dos. A veces poníamos cara de «si no lo veo no lo creo». No estábamos acostumbradas. Como no fuera una ducha erótica con alguna pareja, ¿desde cuándo no nos lavaba alguien? Ni lo recordábamos, aunque nos desinhibimos. Creo que dejarnos lavar nos condicionaba más que la propia desnudez.

No tardó, en aquella sauna, sentadas y ligeras de ropa, en salir el tema, que sabía que saldría.

—¿Estás mejor Elisa? —empezó Ángeles.

—Mejor, ¿de qué? —me hice la tonta.

—¿De qué?, ¿de qué? Ya lo sabes, de lo de ese hombre que ocupaba tu cabeza.

—Bueno, mejor. Ya os conté por encima. Lo cierto es que tenía ganas de estar con él, de sentirlo. Es como si a un niño le dicen que abra la boca, le acercan la chuche que más le gusta y antes de dejársela dentro se la retiran sin que llegue a saborearla; como si le subieran a un ti vivo y sin empezar a girar y subir y bajar en el caballito, le bajarán bruscamente.

—¡Joder, Elisa!, tú y tus metáforas y comparaciones. Con que digas que tenías ganas de que te metiera la polla hasta lo más hondo te hubiéramos entendido igual —intervino Mayte.

—Tú, Mayte, siempre tan bruta —dijo Julia.

—Pues sí, eso es lo que quería, Mayte, lo has explicado mejor que yo. Nunca me había sentido así. He estado como una gata en celo con el trasero levantado y maullando lastimera. No sé lo que me pasaba, pero ya se ha terminado, estoy haciendo un esfuerzo para borrarlo de mi mente.

—Igual ese hombre no era para ti, ya aparecerá otro —intervino Cristina.

—Otro, otro... Como si fueran como setas. ¿Aparecerá otro al que desee? Vosotras sabéis que he pasado de los hombres mucho tiempo. ¿Cuántas veces hemos ido por la calle y habéis empezado a mirar a alguno, haciendo el comentario de lo bueno que estaba, y yo no he hecho ni el más mínimo movimiento para mirarlo? No sé por qué he tenido tanta necesidad de este. Me ha despertado el deseo de una manera feroz. No sé si es que tuvimos algo en otra vida...

—Olvidalo, no se merece una mujer como tú. Seguro que no está a tu altura y se ha cagado o tiene pareja o las dos cosas. Que le den —dijo Mayte.

—Ni siquiera has vivido con él, lo conoces de poco tiempo. ¿Os habéis visto nueve o diez veces? Eres una mujer valiente, ¿ahora te vas a mustiar por ese hombre? —intervino Cristina.

—Los que se supone que son fuertes también tienen derecho a algún que otro momento de debilidad —comenté.

—Bueno, te ha propuesto amistad ¿no? Y ¿qué tiene de malo? Siempre decimos que los hombres solo buscan lo mismo y para uno que propone otra cosa... —añadió Ángeles.

—Qué va, ahora no sé qué pasa con los hombres, no sé si será la contaminación, pero me parece que la testosterona les ha bajado en general —comentó Mayte.

—Bueno, en realidad, sí, me ha propuesto amistad. Creo que es eso lo que quería decirme, aunque me parece que no lo sabe ni él. Pero yo no quiero amistad, os tengo a vosotras. Aunque, no os lo he contado todo. Hace unos días iba con el coche y lo vi entrando en un portal con una mujer a la que besó. Yo deseaba su piel, pero parece ser que él no deseaba tanto la mía: tiene otra u otras pieles para saciarse.

—¡Joder con César! ¿Qué, era una mujer atractiva? —preguntó Mayte.

—Si he de decirte la verdad, a mí no me lo pareció. Es más, hasta la vi un poco «choni». Aunque igual no era tan «choni» y quise verla así para sentirme por encima y que no me doliera tanto; la mente usa sus recursos.

—Pues, ¿a ver si era una puta? —volvió a intervenir Mayte.

—No le des más vueltas. Digo lo que Mayte: que le ha dado miedo una relación contigo y prefiere mujeres menos complicadas, que sepa gestionar. Quizá con las que él se sienta por encima física e intelectualmente, o las dos cosas, a saber —dijo Cristina dando su parecer.

—No sé, yo no soy complicada, aunque igual él piensa que le puedo complicar la vida. Es demasiado hermético. La cuestión sería adivinar qué le pasa por la cabeza y las técnicas de adivinación todavía no las domino. Me mosqueó también que me dijera que igual el sexo que me ofrecía no me iba a gustar.

—Tal vez es de los que busca un sexo sin demasiados preliminares, un tanto agresivo, intenso y rápido o con algunas peculiaridades, y prefiere tenerlo con desconocidas para no implicarse emocionalmente. Y contigo sabía que ya no lo podía tener —volvió a intervenir Cristina.

—No sé qué decirte, Elisa. Si es lo que dice Cristina, no te veo como la protagonista de *Cincuenta sombras de Grey* —dijo Julia.

—Ya..., aunque si me lo hubiera pedido, hubiera hecho cualquier cosa con él. Creo que le he deseado demasiado.

—Yo creo que lo que le pasa es que tiene una edad. Igual haría un gatillazo o le tendrías que dar un vasito de agua antes de meteros en la cama para poder tragar la Viagra.

Todas nos reímos. Mayte y sus ocurrencias.

—Bueno, dejemos ya de hablar de él, demasiado protagonismo está teniendo esta tarde. Quiero empezar a olvidarlo y no voy a hablar de él ni quiero que lo saquéis más en la conversación. Tema zanjado.

—De acuerdo, como quieras —dijeron.

Y seguimos con nuestro baño turco. Después de una buena exfoliación en la que casi nos arrancan la piel, llegó el masaje. Los masajistas eran un hombre y una mujer. Yo solicité los servicios del hombre. Al menos, que me masajearan y recorrieran mi cuerpo las manos de un hombre, aunque no acabara en «final feliz».

Por último, un té; y de ahí, con la piel como la de un bebé, nos fuimos a cenar y al karaoke.

Nada más entrar en el local, sin habernos sentado, Mayte se adelantó a pedir la primera canción. Al rato vimos la canción en la pantalla. Éramos nosotras, «Las Estupendas», como nos llamábamos en el grupo de WhatsApp. Pidió una canción de Gloria Estefan, *Abriendo puertas*, y salimos a cantarla, pero antes Cristina me la dedicó.

—A nuestra querida amiga Elisa, para que vaya abriendo puertas, que las hay, y vaya cerrando alguna que otra herida.

Empezó la canción. La música, por un lado, la letra por otro y nosotras a nuestro aire. El karaoke, totalmente acelerado, se había vuelto loco y Las Estupendas éramos incapaces de seguir la letra. A Julia y a mí nos entró la risa floja, pero el resto empezó a poner las caras descompuestas. A mitad de la canción, dejamos los micrófonos y bajamos de la tarima lo más dignas que pudimos. Aquello era totalmente insalvable.

Un joven que estaba presenciando la actuación nos dijo con sorna:

—Nenas, perdón, Estupendas, que hay que aprenderse la letra.

Todas le miramos al mismo tiempo. Le hubiéramos fulminado.

Antes de sentarnos, de nuevo Mayte se dirigió a la barra, donde se encontraba el *disc-jockey*, a pedir otra canción para quitarnos el mal sabor de boca. Con veinte años, nos hubiéramos metido debajo de la mesa o ido del local con el rabo entre las piernas, pero a nuestra edad no nos iba a amilanar la mala actuación anterior ni el comentario del «niñato». Poco tiempo después nos

arrancamos con la de Alaska, *A quién le importa*, que esa es muy socorrida. Bailamos las cinco como locas en el escenario, alzábamos la voz como si nos fuera la vida en ello. Qué bien está prescindir del sentido del ridículo... ¡Qué liberador!

## Capítulo 14

*E*se día, Nieves había contratado un *catering* para compartir con nosotros la próxima celebración de su boda, que se festejaría en un par de semanas en su pueblo, una pequeña localidad de Galicia. Nieves rondaba los sesenta, pero había decidido casarse precisamente con Pedro, mi pretendiente de hacía algún tiempo.

A base de teléfono, visitas y *mails*, parecía que había surgido el amor. Los ojos embelesados de Pedro estaban dedicados a Nieves. Me había borrado. Estaba claro que se había olvidado de mí por completo como posibilidad amorosa.

Se les veía a los dos muy contentos, contando lo que iban a hacer y a dónde irían de viaje. Me alegraba por ellos, por comprobar que la vida no se acaba a ninguna edad, mientras te muestres abierto a enamorarte y a disfrutarla. Pero, por otro lado, me entró una congoja irrefrenable al acordarme de César. Después de tanto tiempo, había encontrado un hombre por el que me sentía intensamente atraída, pero él no estaba dispuesto a aventurarse a tener algo conmigo.

Al poco rato, tuve que abandonar el evento porque no podía controlar las lágrimas. Me dirigí al aseo. No dejaba de llorar. Incluso hubo un momento en el que empecé a gemir sin consuelo, en un bucle emocional ascendente. No sé hasta qué punto provocado por la pena de no poder estar con César y, quizá, acrecentado por mis hormonas menopáusicas.

Aquello iba a más, no podía ni quería evitarlo. No era el lugar para llorar, me podían oír, pero poco me importaba.

Eso ocurrió. Al rato escuché la voz de Iván. Empezó a dar golpecitos en la puerta con los nudillos.

—¡Elisa, Elisa! ¿Qué te pasa?

—Déjame, Iván. Por favor, quiero estar sola.

Él insistía y yo, al final, decidí abrir la puerta. Me encontraba con los ojos enrojecidos y las mejillas mojadas por el llanto, pero dejé de llorar al verlo. Nos miramos y no hablamos. Pasaron unos segundos mudos. No sabíamos qué decir ninguno de los dos. Llevó sus manos a mi cara y empezó a enjugarme las lágrimas con ellas, como si fuera un ritual. Suave, con delicadeza, no podía quitar mis ojos de los suyos. Empezó a besarme la cara con pequeños besos, como si fuera una niña y tuviera que consolarme. Los pequeños besos se fueron transformando en otros más apasionados, hasta que encontró mi boca y los besos inocentes dejaron de serlo. Empecé a notar sus manos por todo mi cuerpo, su respiración jadeante. Estábamos inmersos en una locura de besos. De repente paré en seco y aparté mi cuerpo del suyo.

—Iván, ¿sabes que podría haberte parido?

Él sonrió con sorna, los ojos le hacían chiribitas.

—Sí..., pero no lo has hecho.

Y volvimos a enredarnos de una manera feroz. Me empezó a desabrochar la blusa y a recorrer mi cuello con los labios hasta bajar a mis pechos; mis pezones se pusieron erectos por las caricias de su lengua, y notaba su mano abierta intentando separar lo más rápido posible cualquier



obstáculo que le impidiera llegar a mi sexo. Murmuraba mi nombre entre gemidos una y otra vez. Yo me deshacía, pero de nuevo volví a parar, le cogí de los hombros y le aparté.

—¡Iván!

—Sí, ¿qué pasa ahora? Por favor, no pienses, no pienses —me susurró en voz baja y suplicante.

Respiré hondo y le dije con decisión:

—Vamos a tu apartamento, no quiero hacerlo aquí.

Sonrió de nuevo y me dijo con guasa y como en tono militar.

—A sus órdenes, jefa.

Me agarró de la mano y me sacó de allí como si volara. Tardamos poco en llegar al portal, ubicado tan solo a tres calles del edificio de la empresa. Nos dirigimos al ascensor, pero se encontraba en el último piso, por lo que Iván, ni corto ni perezoso, me tiró del brazo para invitarme a subir corriendo por las escaleras. Y allá que fui detrás de él como una cría. En cada descansillo me volvía a embestir como si fuera un toro. ¡Qué energía!

Por fin llegamos. Abrió la puerta y, sin darme apenas cuenta, fue desprendiendo la ropa de mi cuerpo con una habilidad que, a pesar de su juventud, demostraba que lo había practicado unas cuantas veces. Casi me arrancó la camisa, me subió la falda hasta la cintura y me destrozó las medias y las bragas. Ya no servirían para otra vez. Me cogió de la cintura y me sentó sobre una mesita en la que había colocado un jarrón *vintage* que ya se puede uno imaginar a dónde fue a parar, aunque ninguno de los dos nos detuvimos a recoger los pedazos.

Esta vez ya no hubo parones, todo fue rodando en un sinfín de besos, caricias y gemidos. No me quedé atrás y, ¡hala!, su camisa fuera. Desabroché su cinturón y la cremallera. Él me ayudaba para aligerar, mientras que yo tocaba su carne prieta y algo musculada, que, aunque depilada, también me gustó. Estiré de su pantalón bajándoselo, después los *boxer* y allí apareció como por sorpresa una enorme... ¡Dios! ¡Qué iba a hacer yo con eso!

Todo se desenvolvía como en una tópica y recurrente escena de película, pero era real y la estaba viviendo con una vehemencia que me estaba sorprendiendo. Mi cuerpo no era como el de una mujer de treinta años, pero poco me importó, me desinhibí hasta un extremo que me parecía que no era yo. Se lo comí y me lo comió todo en una vorágine de canibalismo sexual.

Al terminar el tsunami erótico quedamos exhaustos sobre la cama. Nos mirábamos con ternura y empezó a recorrer con la yema de los dedos mi vientre desde el pubis hasta el ombligo, acariciaba el ligero surco de las estrías provocadas por mis embarazos. Paseaba sus dedos con suavidad y dulzura, de abajo arriba, de arriba abajo. Después dirigió sus labios a la cicatriz que tenía debajo del pecho y la lamió despacio y sin prisa. Yo entendí que me decía con sus gestos: «Me gustan los tatuajes de tu vida».

Hizo que me sintiera deseada y especial, como nos gusta a las mujeres que nos haga sentir un hombre al que te entregas sin reservas.

De nuevo, su sonrisa.

—¿Tienes hambre?

—Pues, he de decirte que, con tanto ejercicio, sí, se me ha abierto el apetito. Aunque ha estado todo muy bueno, también tengo hambre de comer otras cosas.

Con una carcajada por el comentario, pegó un salto de la cama y se dirigió hacia la cocina. El apartamento era pequeño, diáfano; las únicas puertas, la de la entrada y la del baño. Todo lo demás era un espacio abierto, por lo que desde la cama divisaba todos sus movimientos. Se ató a la cintura un minúsculo delantal que cubría sus partes íntimas y, con su culito al aire, se puso a

hacer unos huevos fritos con chorizo de los que su madre le había traído del pueblo en su última visita.

Enseguida vino con la comida preparada sobre una bandeja en la que había colocado también una flor de geranio de la maceta de su balcón.

—Espero que le guste, señorita.

—Gracias, caballero, es usted muy atento. Por cierto, el modelito que lleva puesto, hummm, le sienta muy bien.

Encima de la cama nos pusimos a degustar esos manjares tan sofisticados. Y ahí estaba yo, desnuda, comiendo huevos con chorizo, sentada a lo indio sobre una cama que no era la mía, con un hombre que podía ser mi hijo, sin pensar ni un instante en César... ¡Y tan feliz!

Terminamos de comer e Iván recogió la bandeja y la depositó en el suelo. Se abalanzó sobre mí y me besó en el ombligo. Luego levantó levemente la cabeza y me miró con esos ojos tan vivos que expresaban las ganas de iniciar un nuevo ritual sexual. Esta vez fue más despacio, casi a cámara lenta. Los besos largos saborearon cada rincón de nuestras bocas, las caricias, eternas. No había prisa, sabía que no le apartaría porque mi mirada le alentaba. Qué forma tan diferente de hacer el amor, porque con él sentía de verdad que hacía el amor. Qué versátil era ese chico.

Al acabar el segundo asalto, nos quedamos relajados y empezamos a hablar del día que nos conocimos.

—Tengo una curiosidad —dije.

—Dime.

—¿Por qué te quedaste a trabajar en la empresa? Me llegó información de que tenías otras ofertas y he de decir que me parecían más interesantes esas sociedades que la nuestra. Tenían más proyección, en especial, para un chico joven como tú.

—Sí, tuve otras ofertas. Pero ¿sabes realmente qué me hizo tomar la decisión?

—Pues no.

—Tú.

—No. ¿Yo? —dije incrédula, alargando el yo.

—Sí. Me sentí atraído por ti al momento. Tu tono de voz, tu forma de hablar, cómo te expresabas, lo que decías, tu lunar en el escote. Los labios, que los llevabas sin pintar, me parecieron tan apetecibles... Eran tan sonrosados que me imaginé enseguida el color de tus pezones y sentí ganas de morderlos. Intenté disimular y quedar como un profesional, pero los ojos se me iban a tu boca, al lunar de tu escote...

No pude reprimir la risa cuando sacó la punta de la lengua y la paseó por mi lunar, acercando después su boca a mis pezones para mordisquearlos con suavidad.

—De todas formas, no fue solo eso lo que me hizo tomar la decisión —continuó.

Yo pensé que, por fin, iba a decir algo a nivel profesional, pero no.

—Lo que me hizo tomar la decisión definitivamente fue tu risa, tu risa espontánea. Cuando vi cómo captaste mi sentido del humor, pensé: «Me apetece trabajar con una jefa que se ría y que no sea un autómata».

—Vamos, que todos esos rollos que me contaste de que querías trabajar en este sector... No sabía que te ponían tanto las maduritas.

—Y no me ponen. Me pones tú. Y tú, ¿qué pensaste de mí?

—Si te soy sincera... nada sexual. Entonces era una muerta en vida en lo que se refiere al deseo. Te vi un chico preparado, pero muy joven. Supongo que me autocastraría. No quería sentir.

—Pero ahora, ¿me deseas?

—Después de todo esto —le dije con gesto incrédulo—, ¿me lo preguntas? ¿Tú qué crees?

—Pues dímelo, dímelo, quiero oírlo.

—Te deseo, te deseo, te deseo, te deseo... —repetí una y otra vez, empezando por un susurro, subiendo cada vez más el tono y acabando a voz en grito. Me sentía plena, como una jovencita en su primer encuentro sexual con el chico de sus sueños.

Después de tanta actividad nos quedamos dormidos. Cuando abrí los ojos por la mañana con el ruido del despertador, me costó un rato ubicarme. Iván se encontraba abrazándome, pegado a mí, haciendo la cucharita. Ni siquiera oyó el despertador. Me solté con suavidad de su brazo, apagué el chisme y le dejé descansar unos minutos más. Teníamos tiempo de sobra para llegar al trabajo.

Me dirigí al aseo. Cuando me estaba duchando, abrió la puerta de la mampara para compartir ese momento conmigo. Me enjabonó. Con sus manos recorrió todo mi cuerpo. Llevó una de ellas a mi sexo y la deslizó de arriba abajo, impregnada de agua y jabón, una y otra vez en un vaivén de exquisito placer. Me desarmaba. Solo quería que siguiera. «Sigue, sigue, sigue...», le decía susurrando. No recordaba la última vez que lo hice en la ducha, pero seguramente sería por el Pleistoceno, por lo que todo aquello me sabía a gloria.

Salimos abrazados del apartamento. Mientras caminábamos por la calle, bien arrimados el uno al otro, nos besábamos de vez en cuando. Yo me sentía pletórica rodeada por un *yogurín* de veintitantos. Así iba yo: tan chula, sin medias ni bragas, pero con tres polvos a mis espaldas.

## Capítulo 15

Justo antes de llegar a la empresa me separé de su brazo. Él hizo un gesto interrogante de sorpresa.

—¿Por qué te separas? —preguntó.

—No te molestes, pero no quiero que nos vean entrar juntos al trabajo cogiditos de la mano.

—Pero ¿qué problema tienes? ¡Que les den!

—Ya, pero no tengo ganas de comentarios. Es simple protección, no quiero cuchicheos. No te enfades.

—Como quieras. Ha sido una noche demasiado especial para cagarla ahora por una tontería.

—Entonces, ha sido especial para los dos —Nos sonreímos.

Al entrar por la puerta de la oficina nos dedicamos una cariñosa mirada y cada uno se fue a su despacho. En la antesala del mío estaban las dos mesas en las que trabajaban Nieves y Rosario, las más cotillas de toda la empresa. Me dieron un buen repaso cuando llegué. Iba sin pantis a finales de noviembre y con la misma ropa del día anterior. En veintiséis años que llevaba allí trabajando nunca había repetido modelo dos días seguidos —manías de cada cual y fondo de armario—, por lo que la extrañeza en sus caras era evidente. Menos mal que no se podían percatar de que no llevaba bragas. Aunque las dos usaban gafas, parecía que, por suerte, todavía no tenían ninguna aplicación de escáner de rayos X.

A las diez, comenté que bajaba a tomar un café. En lugar de ir a la máquina, salí a la calle y me dirigí a la tienda más cercana para comprar ropa interior y unas medias. A las once teníamos reunión y había que estar presentable. Venían los directores comerciales de las otras sociedades del grupo con sus adjuntos. De la nuestra, los convocados éramos Iván y yo. Seríamos en total ocho personas.

Estaba claro que, aunque se seguía demandando mueble de lujo y de calidad, los gustos habían cambiado. La apuesta por un mueble moderno y de diseño, el estudio de la nueva línea a seguir y lo que podría suponer en el mercado fue un trabajo realizado entre los dos, aunque era yo la que iba a comentar nuestras ideas y a solicitar el apoyo de las demás sociedades para seguir una tendencia al unísono.

La reunión se celebró en la sala de juntas, un despacho típico de oficina, pero con una mesa ovalada de madera de nogal digna de los mejores salones. Los invitados se situaron a ambos lados e Iván y yo en los extremos, uno enfrente del otro.

Lo tenía todo muy bien estudiado para convencerles con mis argumentos. Empecé mi disertación y todos me miraban. Iván, al estar en el lado opuesto de la mesa y en un extremo, no estaba en la línea de visión de los demás. Lo tenía enfrente y, a no ser que alguno de los presentes girara la cabeza hacia él, no se percataría de sus gestos.

Intenté que mi concentración fuera máxima. De repente, observé que empezaba a hacer una especie de muecas con la boca sin emitir el menor sonido. Yo seguía con lo mío, pero me distraía, aunque intentaba que no se me notara. «Pero ¿qué está haciendo este ahora?». Al poco tiempo, caí

en la cuenta de que estaba diciéndome algo. Continuaba con la exposición y de vez en cuando lo miraba y adivinaba qué me decía.

—Estoy cachondo.

«¿Cómo se le ocurre estar con estas pamplinas con lo importante que es esta reunión? ¡Claro!, si es que no deja de ser un crío».

Al rato:

—Cómo me pones.

Y de remate.

—Te como. —Abría la boca, insinuante, sacando la punta de la lengua y deslizándola lentamente por el labio superior como si se estuviera relamiendo de gusto.

Con el «te como», ya no pude resistirme más y en lugar de cabrearme con él me salieron unas risas que no pude reprimir.

—Perdón, perdonen —dije.

Y recurrí al tópico de siempre cuando te encuentras con risas inoportunas.

—Es que me estaba acordando de un chiste que me contaron anoche.

Uno de ellos, comentó:

—Pues no se corte, cuéntelo. Así nos sirve un poco de descanso y luego retomamos con más ganas.

Miraba la cara de Iván, descojonándose.

—Sí, Elisa, yo también lo escuché, era muy gracioso. Cuéntalo, seguro que les parece divertido —dijo Iván, guiñándome el ojo.

Y allá que me fui a buscar en el baúl de los recuerdos de la mente un chiste, porque lo de los chistes no era lo mío. Al final me acordé de uno e intenté contarle con la mayor gracia que pude. Pero al terminar, nadie reía, solo había silencio. «¡Tierra, trágame!». Menos mal que mi chico, para apoyarme y dado que él había provocado esa situación, soltó una descomunal y exagerada carcajada, a la que se sumaron los demás, con comentarios de «muy bueno, muy bueno».

Ya superado el incidente, proseguí con mi exposición. Al concluir, nos levantamos todos de la mesa y nos despedimos. Los invitados salieron primero y yo esperé a Iván en la puerta de la sala de juntas. Me acerqué a él y le dije en voz baja con tono de regañina de madre a niño que acaba de hacer una travesura:

—¡Te mato!

Él susurró con su humor característico y con la voz impostada, como si estuviera sintiendo en ese mismo momento el mayor orgasmo de su vida.

—¡Sí, sí, sí! ¡Oh, oh, oh! ¡Sí, sí, mátame, mátame!

Por eso me gustaba Iván. Era de esas personas que transmiten buenas energías y sacan lo mejor del otro. Tenía muchas cualidades: era inteligente, preparado, con don de gentes, amable, considerado, humano, transparente, positivo... Y también divertido. Algunas de esas cualidades las valoraba mucho más después de lo de César. Cuánto me estaba gustando aquel hombre que me hacía reír, tan diferente al oscuro César, que aunque me hizo vibrar en aquella corta relación, creo que en ella pesó más la pesadumbre que la alegría.

A Iván lo conocía desde hacía más de dos años, pero estaba descubriendo otras facetas de él que me estaban resultando deliciosas. Era el hombre que me hubiera gustado tener a mi lado para compartir la mayor parte de mi vida. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no nació unos años antes?

## Capítulo 16

La etapa con Iván fue una de las más felices de mi vida. Se podría definir así. Aunque nunca creí en eso que llaman «la felicidad», sí creía en los momentos de felicidad. Lo cierto es que, en el tiempo que estuve con él, disfruté de muchos de ellos.

Aprovechábamos cualquier rato para estar juntos y su sola presencia me alegraba. Era lo que se dice, una bocanada de aire fresco. En las semanas que no venían mis hijos, apenas pasaba por mi casa. Como su apartamento estaba cerca del trabajo, las dos horas que teníamos de descanso en la mitad de la jornada laboral las pasábamos allí. Preparábamos algo rápido para comer y después hacíamos el amor. Todos los días hacíamos el amor. No nos cansábamos. Teníamos ansia por sentirnos y gozar el uno del otro.

Así, como sin querer y en muy poco tiempo, Iván empezó a ser una parte importante de mi vida. Y también de la de mis hijos. Congeniaron muy bien. Hablaban de música, de conciertos, de lo último en informática y electrónica... Se entendían, y yo contenta. Tanto Marcos como Violeta respetaron el hecho de que su madre estuviera con un hombre más joven sin juzgarla. Para mí, aquello fue un signo de madurez y de mente abierta.

Llegó la Navidad y, aunque no era muy dada a toda esa parafernalia, entre su padre y yo siempre nos estirábamos un poco más en el gasto para la compra del regalo navideño para los chicos. Teníamos claro que ese año sería un ordenador nuevo porque hacía unos días que había muerto el que compartían. Como Iván sabía bastante de informática y yo, sinceramente, no estaba muy puesta, quedamos con ellos en una tienda especializada para comprar un portátil.

Casi a las cinco recibí una llamada de Iván.

—Hola, cariño, estoy aquí abajo, en tu puerta.

—Hola, ¿pues no habíamos quedado en la tienda a las seis?

—Sí, pero tenía ganas de verte antes, y nada, que estoy aquí.

—Me pillas en bata y fregando el suelo... Pero bueno, sube.

Por un momento pensé en cambiarme antes de que subiera, pero recapacité y me dije: «¿Por qué no me va a ver en mi faceta de ama de casa?».

Le abrí la puerta tal como iba: zapatillas con las suelas desgastadas, el pelo recogido en un moño y bata larga hasta los pies estilo Harry Potter, que medio tapaba una camiseta de algodón de Iron Maiden con más de un agujero que mi hijo ya no se ponía. Con esa pinta de espantapájaros solo me faltaba el mocho en ristre para encontrarme, lo que se dice, la mar de sexy.

Al verme, sonrió y me dio un beso.

—Pasa, siéntate en el sofá que termino en cinco minutos y me arreglo —le dije enseguida—. Pero la próxima vez me avisas, que no me gusta que me veas con tan poco glamur.

Me volvió a besar y me dijo:

—Cielo, yo te veo igual de guapa.

Sabía que no era cierto. Claro que no me veía igual de guapa que cuando iba toda puesta, pero me gustó que me dijera esa mentirijilla. Para mí era una manera de decirme que había empezado a

quererme.

Allí estaba mi chico, sentado en el sofá, mirándome sin rechistar. Y yo dale que te pego al mocho. Le hacía levantar los pies para pasarlo por debajo y retiraba sillas para limpiar bien todos los rincones. Se me iba la vista hacia él de vez en cuando, le sonreía y él me devolvía la sonrisa. Sentado como un niño bueno, al final abrió la boca para decirme algo tan profundo como:

—Elisa, nunca te he visto fregar el suelo.

A mí me hizo gracia ese comentario. Lo dijo como si fuera algo extraordinario y no una faena doméstica y rutinaria. Pero, aunque fuera un trabajo ingrato y nada especial, me estaba dando cuenta de que le estaba provocando verme como me desenvolvía en aquella tarea que nunca me había visto hacer. Le miré una vez más y reconocí en sus ojos esa mirada que ponía... cuando se «ponía».

«¡Está cachondo por verme fregar!». No me lo podía creer, pero el hecho de que estuviera notando su deseo estaba alimentando el mío.

—¿Qué piensas? —le pregunté, aunque lo sabía perfectamente.

—Lo mismo que tú —dijo él.

No esperé su iniciativa. Tiré el mocho al suelo y me lancé sobre él, con tal ímpetu que lo dejé tumbado en el sofá. Retiramos como pudimos los almohadones de la parte del respaldo sin dejar de besarnos y comenzamos el juego al que más nos gustaba jugar. Aquello se alargó. Mientras nos entregamos a los placeres de la carne se oía intermitente el sonido de los wasaps, a los que prestamos poca atención. Suponíamos que eran de mis hijos, increpándonos por la tardanza. Hacía más de media hora que las seis habían pasado.

Llegamos a la tienda casi una hora tarde. La cara de los chicos era... Sin palabras. Iván se inculcó, dijo que el retraso había sido por él, por haberle surgido un imprevisto. ¡Y vaya imprevisto! Total, que las miradas asesinas se dirigieron hacia Iván, aunque por suerte enseguida se eliminaron tensiones y empezamos a ver los dichosos portátiles. A los tres se les caía la baba hablando del microprocesador, la tarjeta gráfica, la CPU o la memoria RAM. ¡Qué poco me gusta el tema de la electrónica!

Salíamos alguna que otra vez con los chicos. Como ellos me llamaban mamá, Eli o mami, él empezó a llamarme «mami» cuando íbamos con ellos, pues sabía que a mí no me molestaba la gracieta.

Mis hijos e Iván iban desperdigados por la tienda, cada uno fijándose en lo que le resultaba más interesante. Al final, Iván eligió uno y desde la otra parte del recinto se dirigió a mí en voz alta.

—Mami, he visto uno que me gusta, me parece que está muy bien.

Se acercó al mostrador en el que me encontraba hablando con la dependienta, una chica también de unos veintitantos.

—Pues veo que su hijo sabe de ordenadores, es el mejor en relación precio-calidad. Lo estamos promocionando esta semana, pero la semana que viene subiremos otra vez el precio.

Iván me ciñó por la cintura y me atrajo hacia él dándome un apasionado beso en la boca, al que yo me presté sin la menor objeción.

Terminado el beso observamos a la joven dependienta que se encontraba boquiabierta, paralizada por el asombro.

Y yo, en lugar de excusarme y aclararle la escena, incestuosa a sus ojos, le seguí el rollo al «graciosillo» de mi chico.

—Hijo, pues mándale una foto a papá por WhatsApp y le explicas las características, que hemos quedado que lo pagaríamos a medias, y si le parece bien, lo compramos.

Con Iván tenía pasión, me reía y creo que estaba empezando a enamorarme. Sexo, humor y amor eran la combinación perfecta.



## Capítulo 17

*E*n Navidades, siempre había un día en el que me reunía con mis hijos y su padre para comer. Ese año había una novedad: vendría a comer con nosotros la nueva pareja de Víctor, Gloria, y su hijo, un par de años mayor que Marcos. El encuentro no me producía el más mínimo nerviosismo, porque no llevaba la idea de rivalizar. Quedaba poco de la Elisa que estuvo casada con Víctor.

Los chicos me contaron algunas cosas sobre ella. Al parecer, era encantadora y, en cierta manera, me resultaba grato el hecho de que Víctor hubiera encontrado una mujer que le alegrara la vida. Nuestro matrimonio había acabado como tantos otros. Fue él el que tomó la decisión de separarnos. Yo era incapaz. Mi cobardía de entonces me lo impidió. Me escudaba en los niños y en que no podía echar por la borda tantos años de relación. Justificaciones y, en definitiva, miedo. Pero lo cierto es que lo nuestro ya no tenía arreglo y separarnos fue lo mejor.

Quedamos en un pequeño restaurante italiano, regentado por un joven matrimonio de la Toscana, donde servían comida casera. Había estado varias veces y en aquella ocasión hice yo la reserva.

Cuando llegamos los chicos y yo, ellos ya se encontraban dentro del restaurante. Víctor hizo las presentaciones y nos sentamos a degustar los exquisitos platos que ofrecían. Gloria tenía unos cuarenta y tantos y vestía de manera informal, contrastando un poco conmigo, pues a mí siempre me gustaba ir muy arreglada, como para ir de boda. A pesar de ello, ninguna de las dos nos sentimos molestas por no haber coincidido en el protocolo. La comida estuvo bien, hablamos de cosas intrascendentes, de naderías, y nos sentimos a gusto, se percibía. A mi ex lo veía tan diferente... Se reía constantemente y tenía una luz en la mirada que, he de reconocer, perdió estando conmigo.

Al terminar los cafés, mis hijos, el de Gloria y Víctor se fueron a jugar al billar, en una pequeña habitación anexa al comedor del restaurante. Así que las dos mujeres nos quedamos solas y, a no ser que pasara un ángel detrás de otro, de algo teníamos que hablar.

Me arranqué yo.

—Me han dicho que das clases de Pilates.

—Sí, estudié Educación Física. Incluso estuve un tiempo practicando atletismo de competición, pero me destrocé las rodillas y decidí buscar una disciplina menos agresiva. Me ha dicho Marcos que tú lo practicas.

—Sí, empecé porque me lo recomendaron, demasiado tiempo sentada en la oficina. El Pilates tiene sus peculiaridades: la retroversión, la pelvis neutra... Cuando llega el momento en el que no tienes que dedicar tanta energía a procesar las órdenes para ejecutar los ejercicios, entonces es cuando puedes empezar a tener conciencia de tu cuerpo, pero me costó cogerle el tranquilo.

—Sí, la verdad es que estoy totalmente de acuerdo con lo que dices.

Se hizo un silencio. Parecía que no sabíamos ninguna de las dos con qué tema continuar, y entonces fue Gloria la que siguió con algo más personal.

—Me dijo Víctor que tenías pareja. ¿No ha podido venir?

—No, está fuera de la ciudad. Este fin de semana tenía un campeonato de ajedrez en Madrid. Le gusta el ajedrez, lo tiene como afición.

Era verdad que Iván estaba fuera, pero lo cierto es que, si no hubiera sido así, creo que tampoco lo hubiera invitado a la reunión familiar. El hecho de que viniera Gloria y su hijo fue una decisión de Víctor que yo acepté de buen grado, pero no veía necesario por mi parte hacerlo extensivo a mi pareja, por lo menos en aquella ocasión.

Nos relajamos y hablamos de todo un poco. Parecíamos ya dos amigas haciéndose confidencias, y yo le comenté:

—Oye, cambiando de tercio, te quería decir que me alegro de que estéis juntos. A Víctor se le ve feliz.

—Gracias, a vosotros también se os ve una pareja de ex muy bien avenida —dijo con una sonrisa que hizo sacar la mía.

—Bueno, no siempre fue así. Ahora ya no hay rencores ni reproches, creo que nos alegramos mutuamente cuando las cosas nos van bien. Yo he cambiado mucho con lo que me ha pasado en estos últimos años, y él también. Si este encuentro hubiera sido con la «Elisa de antes», igual ni se hubiera realizado. Y, si hubiéramos quedado, probablemente te hubiera despellejado viva. —Nos volvimos a reír las dos.

—Ya te digo que me da mucha envidia la buena relación que tenéis. Mi hijo es fruto de una unión pasajera, no de mi exmarido. Pasados unos años después de nacer el niño, me casé, pero aquello duró poco más de cuatro años y acabó como el rosario de la aurora. No sé nada de él ni del padre de mi hijo. Con Víctor todo es distinto. A veces pienso que es el único hombre del que me he enamorado de verdad. Creo que si realmente existe el hombre de mi vida, ese es Víctor.

—Igual os habéis encontrado en el momento justo de vuestras vidas. A veces aparecen personas que serían ideales, pero, por una u otra razón, no las reconocemos, no estamos libres o no nos sentimos preparados. El caso es que no se produce el encuentro y acabas tristemente en relaciones interesadas, etiquetadas e insulsas. Me alegro mucho de que estéis bien. Él se merece una mujer que le quiera y, por lo que sé de ti, tú también.

En plena conversación, irrumpieron los cuatro dando voces. Víctor había ganado todas las partidas y venía como triunfador. Parecía un niño. Había alzado las manos haciendo con los dedos la «V» de victoria y se le dibujaba en el rostro una amplia sonrisa.

Gloria y yo le dimos la enhorabuena al campeón, nos levantamos de la mesa y, todavía dentro del restaurante, nos despedimos con dos besos. Yo me quedé un poco rezagada al salir del recinto y Gloria, que iba al lado de Víctor, se volvió para buscarme.

—Me ha encantado conocerte —dijo.

—A mí también —Y nos volvimos a regalar un par de besos.

Víctor era un buen hombre. Nos casamos enamorados, o eso pensaba yo en su día, pero la convivencia lo desgastó pronto. Vegetamos demasiado tiempo en un matrimonio agonizante. No le supe amar y él tampoco me supo querer. Quizá éramos muy jóvenes e inexpertos y no nos mimamos lo suficiente. No sabría decir en qué momento nos empezamos a mirar de una forma diferente, cuándo dejé de ser comprensiva con sus errores y comenzaron a cansarme sus frases recurrentes que podía reproducir palabra por palabra, cuándo dejó de erizarme la piel y de interesarme casi todo lo que hacía o decía, cuándo nuestras conversaciones se limitaron a si el pantalón azul estaba en la lavadora o si había filete empanado para cenar y nos olvidamos totalmente de los verdaderos motivos que nos habían unido. Cuándo aquella convivencia se

convirtió en una losa que me aplastaba tanto que me impedía avanzar. No cuidamos nuestro amor y se perdió de tal manera, que dudamos de si existió alguna vez.

Las parejas que fracasan no son solo las que se separan. Las que de verdad fracasan son las que permanecen juntas cuando el amor y el deseo están bajo mínimos y la costumbre triunfadora ha arrasado con casi todo. Cuando permanece el compromiso, pero el amor se ha quedado prácticamente vacío, porque entonces, no solo fracasa la pareja, fracasa el individuo. Visto con la perspectiva de ahora y con distancia, lo único que le puedo decir a Víctor es: «Gracias, gracias y mil gracias por separarte de mí, porque con esa decisión nos diste la oportunidad a los dos de rehacer nuestras vidas y de sentirnos mucho más felices. Como pareja desaparecimos, pero nos reinventamos como personas. Gracias, Víctor».

## Capítulo 18

Se acercaba la Nochevieja y, en aquella ocasión, la iba a pasar con Iván y algunos de sus amigos, la mayoría de los tiempos de la Facultad y algún que otro del club que frecuentaba desde hacía casi dos años. Un club de *swing* en el que se bailaba *lindy hop*, un baile que le apasionaba y que, según él, le desestresaba bastante. A mí me iba más la salsa, pero también me gustaba el *lindy hop*. Según algunos de los amigos del club, eran incompatibles los dos tipos de bailes: si te gustaba uno no te podía gustar el otro. La salsa era más de «pulir la hebilla» y bailar *swing* parecía mucho más limpio. Pero yo, desde luego, no compartía esa opinión: me gustaban las cosas diferentes.

Iván lo tenía todo organizado. Cenaríamos en casa de uno de sus amigos y terminaríamos la noche en el club. Aunque ya conocía a la mayoría, lo de salir con gente tan joven me daba un poco de palo. Puede que no consiguiera estar a gusto, pero iba con la intención clara de disfrutar la noche y de que mi chico también lo hiciera.

Me preparé unas bailarinas, unas medias negras tupidas y saqué del fondo de armario una falda por encima de la rodilla con algo de vuelo, del año de la tos. Iván me había enseñado algunos pasos e iba preparada por si se terciaba bailar *lindy hop*.

No sé por qué, me vino a la mente, como en un *flashback*, una Nochevieja tres años atrás, muy diferente a la que me esperaba.

Aquel año la pasé con Michel, Julia y Ángeles. Fue muy especial. Ninguno queríamos quedar para celebrar nada, estábamos de capa caída, pero de alguna manera nos animamos unos a otros para reunirnos. Cenamos en casa de Michel, como de costumbre. Michel era el mejor anfitrión. Profesor de Literatura de secundaria, sus dos pasiones eran la cocina y dirigir y producir cortometrajes. Las cenas de fin de año solían ser espectaculares. Dedicaba dos o tres días a comprar y elaboraba unos platos dignos del mejor chef. Confeccionaba, incluso, una carta individual que colocaba en la mesa en el lugar donde se sentaba cada comensal. Nos tenía que dar la pertinente explicación del plato, porque, lo pusiera en francés o en español, no entendíamos en qué iba a consistir, pero siempre la sorpresa era muy grata.

A Michel le había dejado por Skype el que había sido su novio durante seis años, un ingeniero que estaba trabajando fuera de España. Iban a reunirse en unos pocos días, pero no esperó a decírselo en persona. Se lo soltó a las bravas, por la pantalla. Michel estaba destrozado, no se lo esperaba y lo recibió como un jarro de agua fría. Era su amor a largo plazo, el hombre que pensaba que estaría a su lado muchos años más. Fue el fondo lo que le dolió, por supuesto, pero también las formas. No se deja una relación de seis años por Skype y si te he visto no me acuerdo: es poco elegante.

Aquella noche, los manjares que solía preparar Michel no fueron tales. Faltaba o sobraba sal, se pasó con la pimienta en unos y con el ajo o el comino en otros. No fue una de esas cenas a las que nos tenía acostumbradas, pero se lo perdonamos todo. Ninguna hicimos comentario alguno que dañara su buena reputación de chef.

Con respecto a Ángeles, hacía poco tiempo que había sufrido una regulación de empleo. Estaba en la calle después de años trabajando en la misma empresa. A eso se sumaba su reciente separación, aunque fue liberadora. A su marido lo vimos en contadas ocasiones. Nunca iban juntos. Ella había padecido años de maltrato psicológico, aunque, por suerte, nunca le llegó a levantar la mano. Era una mujer anulada por su pareja, que apenas reía y que pensaba que no valía nada. Su marido se encargó de hacerla sentir así, de empequeñecerla, hasta el punto que se lo llegó a creer. Nos ocultó a todas su calvario. Fue muy buena actriz. No teníamos ni idea de lo que estaba pasando, ni la más mínima sospecha. Pensábamos que, simplemente, su carácter se había vuelto más melancólico e introvertido. Hasta que no se separó, no nos contó lo que había sufrido. Las frases más utilizadas por su marido cuando se dirigía a ella eran: «¡Estoy hasta los huevos de ti!», «¡Estás tonta!» o «¡Estás loca!». Qué diferente es la Ángeles de ahora. Al final tomó la decisión. No podía seguir con aquella situación. La separación fue su única vía. Hay hombres estupendos, pero por desgracia, el suyo no lo fue.

Por lo que se refería a Julia, en aquella Nochevieja se cumplían tres años del fallecimiento de su marido. Murió precisamente un día de Año Nuevo en un accidente de tráfico, cuando iba a recoger a sus padres para celebrarlo con ellos. Se fue y ya no lo volvió a ver vivo. La comida se quedó todo el día sobre el mantel: los huevos rellenos con espárragos, la quiche de verduras, las croquetas de bacalao, el embutido ibérico, las cortadas de queso curado y un par de botellas de Ribera del Júcar. Me acuerdo perfectamente porque fuimos Michel y yo los que retiramos la mesa al día siguiente. Me gustaría saber por qué extraña razón, el procesador de la mente me había hecho quedarme con algo tan trivial como ese menú de Año Nuevo cuando, en aquellos momentos, mi querida amiga sufría la tragedia más grande de su vida.

A Julia le estaba costando mucho superarlo. El suyo fue un matrimonio de esos especiales. Habían pasado muchos años juntos, pero se seguían queriendo, se amaban. El deseo había perdido intensidad, pero porque el deseo es más vivo con lo nuevo, lo inaccesible, lo prohibido, lo provisional... Todos esos factores que, por supuesto, cuando pasan los años desaparecen.

El deseo también tiene mucho que ver con lo que se pierde, y Julia volvió a desear a su marido con una pasión desmesurada que le parecía que nunca había sentido antes. A veces me contaba que soñaba que hacía el amor con él de una manera tan real que dudaba que fuera un sueño, que se había vuelto a enamorar de él perdidamente. Las veinticuatro horas del día pensaba en él, su mente la llenaba su recuerdo y le dolía en el alma saber que ya nunca volvería a tenerlo con ella.

Sentía tanto la falta de su pareja que me decía: «Echo de menos hasta sus defectos. Hasta algunas de las cosas que hacía que me sacaban de quicio, como dejar las ventanas abiertas en pleno invierno, o los pantalones en el suelo cada vez que se los quitaba para ir a dormir, no colocar nunca el inalámbrico en su sitio... Pero ojalá encontrara la casa fría al llegar del trabajo, ojalá no supiera dónde está el teléfono cuando lo necesitara y ojalá tuviera que recogerle los pantalones del suelo del dormitorio una y otra vez. Y mil veces si fuera preciso, porque me di cuenta de que también amaba sus deliciosas imperfecciones».

Cuántas pequeñas cosas que ya no se daban, detalles que le decían con voz muda: «Ya no está aquí». Aunque para ella, y en su corazón, siempre estaba en una eterna presencia invisible.

Volví a recordar los momentos que pasé con Julia cuando tanto le costaba continuar con la vida. También todos los que estuvo ella conmigo, aligerando el peso de mi enfermedad cuando, en ocasiones, me hundía en el dolor y era su fuerza la que me empujaba a proseguir con mis debilitados pasos.

Julia, aunque no era de supersticiones, había dejado de comer las uvas en Nochevieja. No se

creía que dieran buena suerte, pensaba todo lo contrario. Nosotros se las poníamos en un cuenco y allí se quedaban.

Y por último yo. Ese año estaba en pleno tratamiento de quimioterapia, llevaba ya cuatro sesiones. Hacía unos días que me habían puesto el último *chute* y parecía que empezaba a encontrarme mejor, pero mi aspecto dejaba mucho que desear. Mi cabeza estaba sin un pelo, ni de tonta ni de lista. Para taparla, compré la mejor peluca que encontré en el mercado pero, aun así, se notaba que era una peluca. «¿A dónde se ha ido mi sedoso pelo ondulado?! Por favor, ¡que me lo devuelvan!».

Y así, con ese panorama, la noche no pintaba nada bien. Los platos del pobre Michel se quedaron prácticamente llenos, entre los pocos ánimos que teníamos y que no estaban muy allá. Pero nos dio por beber con la intención de olvidar el dolor, el dolor que parecía que se había instalado en nosotros y no quería abandonarnos.

Para alegrarnos la noche a Michel le dio por ponernos el último corto que había realizado. Todos eran de temática social y aquel trataba sobre el sida en África. Vamos, que remató jornada.

Así seguimos, botella va y botella viene, riéndonos sin ton ni son, con risas locas por el alcohol, hasta que hubo un momento en el que las risas se convirtieron en llantos, en llantos con ton y son.

No sé por qué motivo, sin pensarlo dos veces, me quité la peluca y la coloqué en la cabeza calva de Michel. Todos nos reímos. Realmente estaba gracioso. Michel, ni corto ni perezoso, se levantó y se dirigió a mirarse en el espejo del salón, haciendo posturitas. Aunque él no tenía ninguna pluma, con la peluca puesta empezó a contonearse y a hacer infinidad de gestos que se suponían muy femeninos.

Seguimos con la velada y dejamos los llantos atrás. Michel iba con la peluca y con una buena borrachera. Se levantó de la silla y volvió a caer de nuevo sobre el asiento; su estabilidad dejaba mucho que desear. Decidió volver a intentarlo y con la voz un tanto gangosa e intermitente por el alcohol, dijo:

—Me cago en el puto «cán cer». —Hizo una pausa—. En los «desa mores»... Me «ca go» también en los putos «des pidos» y en los maltratadores. —Otra pausa—. Y me «re cago» y me vuelvo a cagar en el de la «gua daña...». He dicho.

Intentó sentarse de nuevo, pero como si cayera de un quinto piso y con tal mal cálculo que dio con el culo en el suelo.

Nos reímos, con una risa incontrolada que era imposible detener. Le ayudamos a levantarse, ya que él no había hecho el menor intento de moverse. Su estado de embriaguez no le permitía hacerlo y creo que se encontraba más seguro en esa posición. De ahí ya no se podía caer.

Entre risas y entre todas sentamos a Michel de nuevo en la silla y ocupamos cada una nuestros lugares a la mesa, pero nuestro amigo se arrancó otra vez. En esa ocasión agarró una botella de champán y nos invitó a coger una copa a cada una. Quitó el tapón —que emitió un fuerte estruendo— y de pie, levantó su copa y se dispuso a hacer un brindis, intentando ponerse lo más solemne que su estado le permitía.

—Mis «queri das», queridas... y «queri das» amigas. —Pausa—. «Brinde mos» porque esta vida, que a veces se «com porta» como una «verda dera» hija de «pu ta», no nos quite nunca... nunca... nunca... la sonrisa de la boca.

Todas nos levantamos a brindar con él, alzando nuestras copas, porque las palabras que pronunció eran las mismas que hubieran salido de cualquiera de nuestras bocas.

Una noche que había empezado con la mayor tristeza se convirtió en una noche de esperanza y de valorar lo afortunados que éramos, lo mucho que teníamos; la amistad y el cariño que

compartíamos. Apenas comimos de las viandas que nos preparó Michel, pero no nos importó, porque nos nutrimos de afecto. Vivimos una auténtica catarsis, olvidándonos de lo malo. Y terminamos aquella Nochevieja haciéndonos infinidad de selfis, yo con mi cabeza como una bola de billar y Michel con mi peluca puesta, pero... con una sonrisa en la boca.

## Capítulo 19

¡Por fin acabaron las Navidades! No es que tenga nada en contra de ellas, pero nunca me gustaron y desde la muerte de mi padre, menos.

Mi padre era muy diferente a mi madre, mucho más clásico, con una manera de pensar más tradicional. A veces no me explico cómo estuvieron tantos años juntos, pero lo cierto es que se llevaban bien, se respetaban y se habían acostumbrado a ceder uno u otro en sus continuas discrepancias.

Estudié Empresariales porque mi padre me animó a hacer algo que él entendía de provecho para ganarme la vida. Lo de Bellas Artes, a su parecer, no tenía futuro. Abandoné mi carrera de Bellas Artes a los dos años, pues pesó más la opinión de mi padre y la de Víctor, que era mi novio entonces. Pero tampoco tengo reproches para ellos. La última decisión la tomé yo y lo influenciable o no que fuera entonces es cosa mía. Asumo las responsabilidades de mis actos sin buscar culpables. De todas formas, tampoco se sabe lo que el futuro nos depara, porque cuando coges un camino desconoces por completo qué hubiera sucedido si hubieras elegido el otro, así que no tiene sentido especular a estas alturas.

Pero mira por donde, después de años de haber olvidado mis inquietudes artísticas, durante mi tratamiento, uno de esos días después de los goteros en los que me ausentaba del trabajo para recuperarme porque parecía que había pasado sobre mí una apisonadora, después de haber permanecido más de quince horas en posición horizontal, ajena a la salida o al escondite del sol, me levanté de la cama a las cuatro de la mañana. Recuperada de mis náuseas, sentí la necesidad de coger un pincel y empezar de nuevo a pintar. El problema era que no tenía ni pinceles, ni lienzo, ni lápices, ni óleos. Pensé en cómo había desterrado de mi vida esa inquietud artística que había sido tan importante para mí en la juventud.

Por la mañana me visitó mi madre, que se empeñaba con insistencia en que los días después del gotero los pasara en su casa para cuidarme. Pero yo era una cabezona y me gustaba ir de valiente. Cuando llegó, lo primero que le pregunté fue:

—Mamá, ¿podrías hacerme un favor?

—Claro, dime.

—Era por si puedes acercarte a comprar material de pintura.

Mi madre me miró con cara extrañada.

—Sí, hazme una lista.

—Pues pinceles, óleos...

—Bueno, pinceles tengo —me dijo.

Resultó que mi madre había conservado durante todos esos años mis pinceles. Me pareció enternecedor, aunque no sabía si me valdrían porque probablemente se les caerían las cerdas después de tanto tiempo sin usarlos. Mi madre siempre me sorprendía, ella fue la única que no quería que dejara mis estudios de Bellas Artes porque sabía que la pintura era mi pasión.

Y así, empecé de nuevo a pintar.



Recuerdo las noches de los fines de semana que pasaba con Iván en casa. Me levantaba a las tres o las cuatro de la madrugada y me sentaba en un taburete delante del caballete a manchar algún lienzo. Después de una noche de pasión, la pintura se convertía en la guinda.

Muchas veces, Iván se levantaba, se sentaba a mi espalda observándome y me decía lo mucho que le gustaba ver cómo mezclaba los colores. Generalmente en silencio miraba el ritual de manchar el lienzo. Otras veces, más hablador, me preguntaba por el nombre de los pigmentos, que poco después olvidaba: magenta, verde vejiga, ultramar, azul cobalto, bermellón, rojo carmín... De vez en cuando me pedía que sacara un color y yo mezclaba sobre la paleta un poco de aquel y un pizca del otro y obtenía el que me había pedido. Entonces me miraba con asombro, como si aquello fuera lo más maravilloso que hubiera visto.

Iván me animaba a seguir con la pintura. Veía que era una ilusión para mí. Incluso era tan temerario que me decía que dejara la empresa, cogiera un año sabático y me dedicara a eso del arte, que él me mantendría durante ese tiempo, como si fuera una especie de mecenas. Era un amor.

Pero yo le contestaba, un tanto conservadora:

—La vida tendría que ser más larga o tendríamos que tener varias vidas. Ahora ya es un poco tarde para empezar mi carrera como pintora; debería tener más tiempo y no lo tengo. Igual cuando los chicos se independicen, no sé, algún día me plantearé reunir un número de cuadros para poder hacer una exposición, aunque no venda ni uno y solo vayan a la inauguración los amigos.

—Elisa, eres una artista, lo sabes, y me siento afortunado de estar con una mujer como tú.

—Pero Iván, no es para tanto el hecho de que emborrone algún que otro lienzo.

—No es solo eso, es por todo. —Hizo una pausa—. Por todo —enfaticó.

## Capítulo 20

*E*stábamos ya a mediados de febrero. Tenía la sensación de que la vida me sonreía, todo funcionaba bien. Con Iván, genial. Con mis hijos y con Víctor también estaba pasando una etapa muy positiva. En la empresa, la última propuesta de seguir una línea más moderna en nuestros productos estaba funcionando a las mil maravillas —incluso hubo una subida de sueldo y se planteaban contratar a más personal—. Y de remate, seguía con la pintura. A veces pensaba que todo era demasiado bueno y eso me hacía barruntar que algo se estropearía, pero al mismo tiempo desterraba esos pensamientos y me decía: «¡Qué narices!, voy a disfrutar de lo bueno que estoy viviendo ahora».

Un viernes le dije a Iván que al día siguiente no quedaríamos por la tarde. Quería terminar el cuadro que estaba pintando y, entre unas cosas y otras, esos últimos días no había tenido tiempo de coger el pincel. Iván no me puso pegas, estaba entusiasmado con eso de ser el novio de una «artista».

En realidad, mi intención no era la de terminar el cuadro. Se me había ocurrido darle una sorpresa. A «graciosilla» no me iba a ganar él.

Aunque por la mañana estaría con su grupo del club, ya que me dijo que iban a bailar en la calle en uno de esos encuentros clandestinos. Sabía que pasaría la tarde en casa. Su cabezadita después de comer, aunque fuera corta, era sagrada, y no tenía ningún plan esa tarde aparte de jugar al ajedrez *online* y verse un par de películas.

Alrededor de las cuatro, me fui a dar una ducha y a arreglarme como siempre, con una diferencia, que mi único vestuario sería un abrigo gris sin botones que se cruzaba con un cinturón del mismo paño ceñido a la cintura a modo de lazada, unas medias negras con ligero y unos zapatos con maxitacón del mismo color. Lo que se me había ocurrido era presentarme de esa guisa en casa de Iván para darle una sorpresa. Lo había visto en alguna película, pero no recordaba cuál y meditando algún numerito erótico había optado por ese, descartando el recurrente de enfermera escotada con minifalda, cofia y ligero.

Lo de las medias con ligero al final lo desterré. Me pareció más impactante que, cuando llegara al apartamento de Iván, al quitarme el abrigo no llevara nada debajo; pero como era finales de febrero, ir por la calle sin medias podría verse un poco raro y quería pasar lo más desapercibida posible, así que me hice una raya a modo de costura en la parte de detrás de las piernas para aparentar que llevaba medias. Mis estudios de Bellas Artes, aunque no me sirvieran para vender un cuadro, si me valían para hacer una línea totalmente recta y muy aparente.

Me dispuse a ir en taxi porque mi coche estaba en el taller, en una de esas reparaciones del hijo tonto. Tenía bastantes años y pedía a gritos el cambio por uno nuevo.

Llegué a la parada de taxi más cercana y vi que no había ninguno. Esperé, mirando de vez en cuando a la calzada para ver si pasaba alguno. Transcurrieron cinco, diez, quince minutos, pero ni rastro. «¿Dónde se han ido todos los taxistas de la ciudad? ¿A echar la siesta?».

Al final decidí preguntar al del kiosco de al lado.

—Por favor, ¿sabe usted qué pasa esta tarde con los taxis? Llevo ya un buen rato y no hay ninguno en la parada, ni en la parada ni en ningún sitio.

—Señora, ¿no se ha enterado de que hoy hay huelga de taxis todo el día? A las siete se concentran en la plaza de San Agustín en protesta por la inseguridad en el trabajo.

De repente recordé la noticia del día anterior sobre el acuchillamiento de un taxista que por suerte no murió, pero aquel día no había leído la prensa ni había visto televisión, así que no estaba al tanto del acontecimiento.

Pensé en volver a casa. La opción que tenía era coger el autobús o ir andando, pero Iván vivía un poco lejos para hacer el trayecto con los *stiletos* que llevaba puestos, e ir en autobús... Aunque nadie sabía que no llevaba nada debajo, yo sí, por lo que me cortaba un poco subir en un bus lleno de gente.

Lo pensé unos instantes, pero ya que me había disfrazado, sí, iría a verle. Cogería el autobús. De pie, porque no había sitio, agarrada a uno de los asideros y con mi abrigo gris como único vestuario, haciendo de vez en cuando ademán de cruzarlo, saliéndome ese gesto de forma automática cuando me venía a la mente que debajo de ese abrigo, unido por un cinturón a modo de lazada, me encontraba en pelota picada.

Por fin bajé del autobús. A mitad de camino hacia el piso de Iván empezó a llover. No llevaba paraguas, ni siquiera había cogido el bolso. Nada, a excepción de mis zapatos y el abrigo, en cuyos bolsillos guardé las llaves, algo de dinero y unos pañuelos de papel.

La lluvia se intensificaba, y lo que empezó con cuatro gotas se convirtió en un auténtico diluvio. Llegué al portal de Iván como una sopa. No iba a llamar a su puerta, pues me había dado unas llaves, pero no llegué a utilizarlas porque un vecino entraba en ese mismo momento en el portal. Cogimos el ascensor, el vecino paró en el segundo y yo iba al cuarto.

Cuando salió, me miré detenidamente en el espejo y me vi con el rímel totalmente corrido. Toda yo empapada. Me fijé en la costura ficticia de las medias imaginarias y comprobé que se había emborronado. «¿Qué hago? —me dije de nuevo—. Como me vea con esta pinta no sé si le voy a poner». Porque esa era la única intención con la que iba, ponerle a cien.

De nuevo valoré unos instantes qué hacer. Me limpié un poco la cara con el pañuelo y otra vez me dije: «Adelante, Elisa».

Salí del ascensor y me encontré en el descansillo del cuarto piso. Tan solo había dos puertas. Una era la del apartamento de Iván y en el lado opuesto había un piso en el que no vivía nadie, por lo que estaba dispuesta a hacer mi *striptease* en el mismo momento en el que Iván abriera la puerta y antes de entrar en su casa.

Por eso, aunque llevaba las llaves, llamé. Él abrió sin preguntar quién era. Cuando me vio, se extrañó y se dispuso a acercarse para besarme.

—¡Cómo vienes! ¡Estás calada!

Extendí el brazo y abrí la mano, como frenándolo, para que se alejara y me pudiera contemplar bien. Agité mi melena con garbo propagando algunas gotas que llegaron directas a su cara. Puse la mirada más insinuante y los labios más sensuales que pude. Me desabroché la lazada del abrigo y lo dejé deslizar a lo largo de mi espalda hasta caer a la altura de mis taconazos. Eché mis hombros hacia atrás arqueando la espalda ligeramente para empujar mis pechos hacia delante con la única intención de que parecieran más firmes y levantados. Y así dejé al descubierto toda mi desnudez y a Iván con los ojos fuera de las órbitas.

Todo hubiera sido perfecto, pero en el momento en que interpretaba mi escena, oí que alguien estaba abriendo la puerta del piso de enfrente. ¡Había alguien! Giré la cabeza de forma instintiva y

me encontré con el rostro pasmado y la boca abierta de un abuelo de unos ochenta años que dijo:

—Perdón.

Es lo único que el pobre hombre se atrevió a decir. Yo le contesté con las primeras palabras que me vinieron a la boca. Aunque estaba en cueros, seguía siendo una chica educada.

—Disculpe, perdone usted.

En aquel rellano me encontraba desnuda como mi madre me trajo al mundo y en medio de dos hombres de diferentes generaciones, pero ambos con la misma expresión en la cara.

Parecía que el señor hacía bastantes años que no veía a una mujer mucho más joven que él desnuda y tan de cerca. Con haber dado un paso y estirado el brazo podría haberme tocado con la mano.

En una fracción de segundo volví a girar la cabeza hacia Iván y oí la puerta de enfrente. El abuelito había vuelto sobre sus pasos entrando por donde había salido. En el mismo instante Iván me cogió la mano y tiró de mí, de una manera rápida y algo brusca, haciéndome pasar a su piso, cerrando la puerta con precipitación.

El abrigo se quedó en el suelo del rellano, empapado por el aguacero, y yo entré solo con mis tacones y tiritando de frío. Mi chico me atrajo hacia él, me abrazó y pegó su cuerpo al mío, envolviéndome con su ropa. Mis pechos se quedaron planos con la presión del suyo y así, con sus brazos y su cuerpo, me hizo el mejor de los abrigos, el más cálido que pudiera imaginar.

Y entre besos, risas y abrazos me repetía una y otra vez:

—Te quiero, te quiero, te quiero...

¡Oh, qué bien me sonaron aquellas palabras! Desde hacía algún tiempo, sabía que me quería, porque me lo demostraba en cada gesto. En cada acto adivinaba su amor por mí, pero era la primera..., la primera vez que me lo decía.

Yo no quise responder un «y yo también», ya que esperaba encontrar el momento para confesárselo y darle más protagonismo a esas palabras. Aunque no se lo dije entonces, lo cierto es que me había enamorado perdidamente de aquel chico.

## Capítulo 21

*P*asaba el fin de semana con Iván. Los chicos y Rocco estaban con Víctor, por lo que me acomodé en su pequeño apartamento. Nos levantamos tarde. Aunque saboreaba las mañanas de los fines de semana con mi compañero de cuatro patas dando nuestro paseo matutino y tomando el café en una terraza, también me apetecía eso de gandulear de vez en cuando y no tener que levantarme tan pronto por las necesidades ineludibles de mi irracional amigo.

Desayunamos, recogimos un poco la casa y salimos a aprovechar el día. Hacía una mañana soleada y, desde hacía tiempo, era capaz de disfrutar de un simple rayo de sol, tan simple y tan grande al mismo tiempo.

Paseábamos por la calle, sin prisas, sin reloj. Curioseábamos en algún escaparate en el que veíamos algo que nos suscitaba interés y me sentía dichosa solo por ir caminando abrazada a Iván.

Me daba cuenta de que, en mi día a día, ya no tenía tan presente su edad. Dejaron de importarme algunas miradas ajenas que con escaso disimulo fijaban sus ojos en nosotros cuando íbamos por la calle y nos besábamos y abrazábamos sin el menor pudor. Para mí, simplemente, era el hombre al que amaba y con el que compartía mi vida. Solo éramos un hombre y una mujer que se querían.

Comimos fuera, en un pequeño y acogedor restaurante del casco antiguo, y luego nos fuimos a echar la siesta a casa. Me encantaba la siesta con Iván. Acurrucarme y dormitar entre sus brazos después de un buen polvo era maravilloso.

Aquella noche me había comentado que iríamos al club a bailar. Estaba empezando a integrarme en el grupo de *swing*. Aparte de las clases particulares que me daba Iván, iba todos los jueves a un cursillo intensivo de *lindy hop* para mejorar mi estilo. La mayoría eran jóvenes, pero había gente de todas las edades. En concreto, el mayor del grupo rozaba los setenta y precisamente era el que mejor bailaba.

Después de la siesta nos pusimos un rato a practicar el baile. Había que vernos: nada de faldita, los dos íbamos desnudos y pegando saltos. Estábamos muy cómicos. Mis pechos se movían en un vaivén vertical y su miembro con un campaneo genital, un sube y baja tal, que daba la impresión de que su pene bailaba de modo independiente. A su falo le pusimos de nombre «Júnior» y a veces hablábamos de él como si tuviera vida propia. En ocasiones lo parecía. Lo que se llamaría, en términos intelectuales, de pensamiento libre e independiente.

Y bailando, giro aquí, giro allá, sonó el timbre de la puerta. Iván no esperaba a nadie y así me lo dijo. Sé quedó con cara interrogante y le dije que simplemente preguntara quién era.

Bien, pues era su madre. ¡Horror!

Su madre era una mujer tan solo ocho o nueve años mayor que yo. No la conocía, pero él me había hablado mucho de ella. Era un tanto conservadora y, aunque me la imaginaba, cuando me disponía a averiguar la opinión que tenía sobre lo nuestro, en cierto modo, se notaba que Iván buscaba evasivas que me decían claramente que ella no lo veía con buenos ojos. Incluso podía adivinar escudriñando en sus palabras y leyendo entre líneas que le estaba costando un verdadero disgusto.

A pesar de todo, mi chico había intentado presentármela en varias ocasiones, pero era yo la que siempre ponía alguna excusa para evitar el encuentro. No tenía animadversión hacia la buena señora, pero, aunque pudiera entenderlo, me echaba para atrás saber que yo no era la nuera que ella quería para su ojito derecho.

Vivía en un pueblo de Albacete y venía de vez en cuando, pero siempre previo aviso. No sabíamos qué habría pasado esa vez.

Iván era el pequeño de dos hermanos y su madre tenía verdadera devoción por él. Era de los zalameros con mamá. Tenían una pequeña bodega en el pueblo. El mayor de los hermanos se había encargado del negocio familiar y, según me decía Iván, lo gestionaba bastante bien. Había conseguido buenos clientes fuera de España e introducido una variedad de uva francesa que estaba dando muy buenos resultados. La bodega les permitía vivir con bastante holgura económica. La idea de la familia era que entre los dos hermanos llevaran el negocio. Su hermano era enólogo; e Iván hubiera sido ideal para las relaciones con los clientes extranjeros.

Se llevaban bien y hubieran formado un buen equipo, pero mi chico prefirió salir del pueblo, viajar y ver otras formas de vivir y entender la vida. A su madre, aunque lo aceptó y se sentía orgullosa de su pequeño, se le quedó una espinita por el hecho de no tenerlo más cerca, debajo de sus faldas, como ella hubiera deseado.

Nos vestimos de prisa para recibirla y al poco apareció por la puerta.

Iván hizo las presentaciones y no me quedó otra que hacer el papel. Hiciera el que hiciera, presentaría que no le gustaría a su madre y no iba a cambiar su opinión sobre mí.

Me saludó y me dedicó una hipócrita sonrisa y unas hipócritas palabras.

«Encantada de conocerte», me dijo.

¿Encantada?!... ¡Qué falsaaa! Seguro que si hubiese sabido hacer vudú me hubiera llenado de alfileres. Sabía lo que pensaba: «Pero ¿qué hace mi hijo, tan guapo y tan listo, con esta señora tan mayor?».

Eso es lo que me transmitía su mente por telepatía cuando me decía «encantada de conocerte». No estaba ni mucho menos encantada. Pensaba que su nene podía estar con cualquier jovencita mona y de su edad que le diera un par de hermosos nietos de los que presumir, pero había cometido un error, había elegido a una mujer que no le convenía.

Yo le devolví el saludo, he de decir que también hipócritamente.

—El gusto es mío.

Tampoco era el gusto mío. Cuando percibes que alguien no te quiere de antemano y sin conocerte, no es grato.

Me daban ganas de decirle: «Señora, no se preocupe, amo a su hijo intensamente, y no sé cuánto tiempo duraremos. Sé que él es muy joven y yo ya tengo mis años. No sufra sin necesidad, porque seguro que más adelante encontrará la mujer a la que usted le dé el beneplácito». Para continuar: «Pero, señora, ¿le ha preguntado a su hijo lo feliz que es ahora, lo que me quiere, lo que yo le quiero? ¿O quizá eso no es importante para usted?».

Pero no le dije nada de lo que pensaba. El ambiente no dejó de ser tenso en ningún momento, y yo me culpó, porque no hice nada para que eso cambiara.

Por suerte para mí, se iba ese mismo día. Había venido al entierro de un pariente al que Iván no conocía y se volvía al pueblo en coche con los mismos familiares con los que había llegado.

Tan solo estuvo un par de horas, pero me dejó mal sabor de boca. No le había hecho ningún daño a su niño, todo lo contrario, pero ella pensaba más en mi edad y en los inconvenientes que veía en nuestra relación que en todo lo bueno que le estaba aportando a su hijo. Una lástima.

Se podría opinar que no estaba pensando como madre. Si fuera mi hijo el que dentro de unos años estuviera con una mujer mucho mayor, ¿cómo me lo tomaría entonces?

Creo que, por suerte, mi pensamiento se había vuelto más crítico, en el sentido de que algunas de las opiniones de la vida cotidiana que se suelen aceptar como buenas, para mí habían dejado de serlo. Me sentía más allá de ciertos prejuicios sociales. La consciencia de la provisionalidad de la vida me hacía disfrutar más del presente. Nunca sabes cómo será el mañana y, en algunas ocasiones, los ingredientes que en principio piensas que harán un buen guiso, a veces, no hacen el mejor caldo.

## Capítulo 22

Sonó el teléfono. Eran las dos de la mañana. Cuando no estaba con mis hijos, siempre dejaba el móvil en la mesita de noche. Lo cogí sobresaltada. Era Michel.

—Dime, Michel, ¿pasa algo?

—Estoy mal, Elisa. Jaime se ha ido, me ha dejado.

Jaime era su pareja en aquel momento. Llevaban un par de años juntos. De su último desamor remontó mejor de lo que esperaba, pero otra vez, parece ser, le habían dejado.

—Voy —le dije sin más.

—¿Qué sucede, Elisa? —preguntó Iván medio adormilado.

—Nada, duérmete. Es Michel, le han vuelto a dejar. No se encuentra bien. Me voy a verle, sigue durmiendo, es muy pronto.

Le besé, me vestí y cogí un taxi que me llevara al piso de Michel.

Michel era mi amigo desde la adolescencia. Cuando le conocí era difícil salir del armario. Yo me sentía atraída por él, era un chico con una extraordinaria sensibilidad. Tenía la impresión de que le atraía sexualmente, pero en aquella época era una tonta. Con el tiempo me lo confesó y empecé a atar cabos respecto a su comportamiento conmigo. Mi ex estuvo celoso por un tiempo. Me decía que le parecía que era bisexual y que yo le gustaba, pero se equivocaba: Michel era homosexual de los pies a la cabeza.

Cuando llegué, me abrió la puerta al mismo tiempo que apuraba las últimas gotas de *whisky* que quedaban en su vaso. Me encontré a un hombre destruido, con la barba de varios días, ojeroso, abandonado y maloliente, pero le abracé igualmente.

Hice un barrido visual del escenario, al puro estilo CSI. Dos bolsas repletas de basura y tres pares de zapatos en la entrada. La manta del sofá en el suelo. Sonando mensajes en el móvil, pero sin pretensión alguna de cogerlo y varios de sus Madelman desparramados por el suelo, como si hubieran terminado alguna batalla (Michel era un auténtico coleccionista friki de los muñequitos). Conté cuatro botellas de *whisky* y de ron vacías, dos de ellas sobre la mesa de centro, junto con restos de alcohol derramados sobre la superficie, y otras dos tumbadas debajo de la ventana. Seguro que habían ido rodando por el suelo hasta encontrar el freno de la pared. Parecía que el alcohol no había sido de mucho alivio.

Nos sentamos en el sofá del salón y, desde esa posición, vi enmarcada y colgada de la pared la foto que le regalé hacía muchos años, cuando me reveló que era gay. Era una fotografía en sepia de la segunda mitad del siglo XIX, que junto con otras tenía mi madre en una de esas cajas que nunca se abren. Se trataba de un retrato de dos hombres jóvenes y anónimos, vestidos de militar y con buenos mostachos, sentados uno al lado del otro, en dos butacas contiguas con amplios apoyabrazos sobre los que descansaban sus manos entrelazadas. En las múltiples mudanzas que hizo Michel a lo largo de su vida, siempre se dejaba cosas por el camino, pero aquella fotografía era lo primero que embalaba, y en esos momentos me decía, sin emitir sonido alguno, lo especial de nuestra amistad.



Le abracé de nuevo y le dije:

—Cuenta, empieza, vamos, si es que quieres hablar y desahogarte.

—Estoy hecho polvo, destrozado. Como dice la canción de Raphael, «siento que tengo el corazón en carne viva». Llevo sin dormir tres días. No te había dicho nada, pero estoy peor que nunca. Ninguna de mis rupturas sentimentales me había afectado tanto. No sé. Quizá sea el sumatorio de mis rupturas. Igual es la gota que colma el vaso o mi edad. No soy ningún jovencito.

—Me recuerdas a Mayte y sus reflexiones. Pero ¿qué ha pasado?

—Nada, que se ha ido. Pancho me dejó por Skype y este me ha dejado en mi cara; simplemente me ha dicho que esto se había terminado.

—Pero ¿sin más, sin dar una explicación?

—Sin más. No sé, igual me la da más adelante, porque de momento me ha explicado bien poco. Bueno, nada. Pero lo más fuerte es que no me había enterado de nada. Yo creía que estábamos bien. Con Pancho teníamos nuestras crisis, llevábamos juntos algunos años. Aunque su decisión de dejarme fue rotunda y no me la esperaba, habíamos tenido más de una conversación planteando lo que no funcionaba en nuestra relación. Pero con Jaime creía que todo iba como la seda. Puedes estar viviendo con alguien y estar *offside* de lo que le pasa por su cabeza.

—Solo sabemos lo que pasa por la nuestra. A veces no tenemos ni idea de por dónde anda la mente del otro. No sé, si desde hace tiempo no estaba bien contigo y no te lo decía, me parece mal. Pero si ha sido una crisis reciente, una decisión repentina, poco meditada, casi pensado y hecho, que todo es posible, también mal. Demasiada frialdad. Podría haberlo suavizado para que lo pudieras digerir. Empatía, cero. Lo cierto es que ha salido por la puerta, y lo único que te queda es intentar olvidarlo como pareja.

—Sí, lo sé. Pero es duro y no puedo hacerme a la idea. Me hago cábalas sin respuesta, recuerdo frases tuyas que no puedo aplicar.

—¿Qué frases?

—Hay varias, pero ahora me acuerdo de esa de «el amor no se mendiga» o «no quiero nada con quien nada quiere conmigo».

—¡Uf! ¿Seguro que son más?

—Sí. Lo cierto es que ayer le llamé desesperado y no hice caso de ninguno de tus consejos, porque le mendigué amor. Le dije que no podía vivir sin él, que por favor no me abandonara, que no saliera de mi vida, que se lo replanteara, que haría todo lo que él quisiera, que me diera otra oportunidad. Y, Elisa, aunque él no quiera nada conmigo, es que yo sí quiero todo con él, todo. Yo era su *geisha*. Solo estaba pendiente de sus deseos. He sido un imbécil.

Entrelacé sus manos con las mías.

—¡Oh, Michel! Mi querido Michel, tienes que darte tiempo, todo es muy reciente. La verdad es que no tengo palabras de consuelo. Se me secan las palabras al verte tan afectado. No te preocupes por tu comportamiento. Si esas frases eran mías, yo he sido la primera que las he incumplido. No somos robots y cuando te tocan el corazón todo se desmonta, nos volvemos frágiles, vulnerables. En el fondo, reconocernos humanos tiene un toque maravilloso, aunque duela.

—Bueno, no hago nada más que hablar de mi pena. No sé, Jaime es bastante más joven que yo y el resumen es que ha volado del nido. ¿Y tú con Iván?

—Cielo, para eso he venido, para que me hables de tu pena.

—Ya, pero también quiero saber cómo está mi amiga. Últimamente nos vemos poco.

—Con respecto a Iván, bien, estamos bien, o eso creo yo. Pero también es mucho más joven que

yo. No quiero pensar, quiero disfrutar del aquí y el ahora. Estoy viviendo una de las mejores etapas de mi vida y a veces me asusta el final de mi historia con él; es tan joven... Demasiado. Igual dentro de poco tiempo te llamo yo a las dos de la mañana para que seas tú el que me consuele. El final con Iván intuyo que no está muy lejano, pero lo dicho, no quiero pensarlo.

—Elisa, a estas alturas de nuestras vidas, sabemos que todo tiene un final. A veces nos autoengañamos y queremos eternizar lo imposible. El enamoramiento en la vida real es temporal y las parejas caducan, tanto las que se separan, como las que permanecen juntas.

—¿Por qué hablas así? Veo el final por la juventud de Iván, por ese motivo.

—Mira, con la educación que nos han dado, parece ser que el ideal es mantener la misma pareja toda la vida, como los pingüinos, y a nuestra generación nos prepararon para eso. No nos enseñaron que la vida es dinámica, que cada uno evolucionamos de distinta manera y que estamos constantemente interaccionando con los demás, con situaciones que experimentamos de distinta forma. Nuestra mente es más compleja que la de los pingüinos. Llega un momento en el que, quizá, habría que dejar de caminar juntos, sin perpetuar nada más y sin que eso se viviera como un fracaso. Eso es lo que pienso, aunque ahora me sienta vacío y sin saber qué rumbo tomar porque Jaime me ha abandonado en la plenitud de mi enamoramiento.

—Estoy de acuerdo en que no tendríamos que perpetuar algo, que quizá, por unas u otras razones se acaba. Deberíamos plantearnos qué amamos más, ¿a la pareja o la seguridad que nos proporciona? ¿Qué es lo que más pesa en la balanza de la relación: la comodidad, lo conveniente, la inercia, lo que se llama la zona de confort o el amor por el otro, que te hace sentirlo único y especial? Sí, igual deberíamos saber cuál es el momento de continuar nuestro camino en soledad y afrontarlo con valentía, respeto y honestidad. Yo tampoco creo demasiado en las medias naranjas para toda la vida, en el sentido de empeñarnos en que ese sea el ideal. Aunque cada relación tiene sus matices. Quién más sabe del amor a una pareja es Julia, pregúntale qué opina.

—Sí, lo haré.

—Aunque supongo que te dirá que en los buenos amores que duran muchos años, que también los hay, simplemente algunas cosas se dejan por el camino y aparecen otras. Es difícil mantenerlo todo. Imagino que el amor, el amor tranquilo, se vuelve mucho más fuerte a costa de que se reduzca la pasión. Todo no se puede tener. El que sentía Julia por su marido se volvió resistente a los obstáculos y no se hundió en ellos.

—La verdad es que tengo que reconocer que Julia sí tuvo uno de esos buenos amores que dices, lo sé.

—Sabes, Michel, yo a estas alturas de mi vida y con lo vivido, ya no quiero saber nada de zonas de confort. Me importa un cojón lo conveniente. Me importa poco cómo se vista la relación: con papeles, sin papeles, de todos los días, de fines de semana, clandestina... Yo quiero estar y que un hombre esté conmigo porque nos amemos desde el corazón, y que ese sentimiento sea lo más importante y lo que más pese, con diferencia, en la balanza ficticia de esa relación.

—Eres una romántica, Elisa. Pero ¿eso es lo que tienes ahora con Iván?

—Sí, ahora... Pero ya te he dicho que nuestra relación la veo fugaz.

—¿Sabes lo que te digo?, que deberíamos ser como esos organismos unicelulares que son asexuados.

—Eres muy listo, dar una solución eliminando el problema —Sonreí.

—Bueno, pensándolo bien, ¿qué aburrido si fuéramos amebas!

—Yo fui una ameba unos cuantos años y ya no quiero serlo.

—Ni yo tampoco, aunque a veces esté hasta el moño de ir buscando la piel de otro. Y a pesar de

que esté sufriendo ahora este desamor... , yo tampoco quiero ser una ameba.

—¿Estás mejor, cielo? —le pregunté en tono cariñoso, con una sonrisa azucarada, acercándome más a él y pasando con suavidad la palma de mi mano por su mejilla.

—Sí, me ha ayudado hablar contigo —dijo asintiendo con la cabeza, bajando los párpados y esbozando también una leve sonrisa.

Hice un par de vasos de Cola-Cao y le pedí una camisa de pijama. Por fin a mi amigo, después de tres días sin dormir y de tanto parloteo, le entró el sueño.

—Vámonos a la cama —le dije guiñándole un ojo y en un tono sugerente, como si fuera una proposición indecente.

Y le besé en los labios, como hacíamos siempre que no había presente ningún ojo ajeno. Nos metimos en la cama haciendo la cucharita. Yo le abrazaba por detrás, muy pegada a su espalda, le besaba y le acariciaba. Ese sí era un abrazo protector; hasta que no vi que se quedó dormido, yo no descansé. Qué complicado es el amor, y qué complicados somos los hombres y las mujeres.

## Capítulo 23

*E*ra sábado de finales del mes de junio. La primavera ya había dejado entrar al verano. El fin de semana lo pasaríamos en el pueblo de Iván, un pueblo de la provincia de Albacete de poco más de mil habitantes. El motivo era la boda de su primo hermano, que se celebraba el domingo. A mí, sinceramente, no me hacía ninguna gracia ir, pero a pesar de mis excusas, Iván se había empeñado en que le acompañara.

Marcos y Violeta no habían estado nunca por la Manchuela, y les apetecía venirse. Iván habló con su primo para que le diera el visto bueno al aumento de comensales y para allá que nos fuimos toda la familia. Hasta Rocco se apuntó.

Conocía muy bien La Mancha. Mis padres habían sido maestros y ejercieron en un pequeño pueblo próximo a La Roda. Allí estuvimos viviendo durante seis años. A veces me salen, sin consciencia alguna, palabras o modos de hablar típicamente manchegos. Aparte de alguna que otra expresión, de aquel tiempo, me quedaron muy buenos recuerdos, pero sabía que habría cotilleo. Estaba claro cuál iba a ser la comidilla en el pueblo durante el fin de semana: la novia tan mayor que se había echado el hijo pequeño de la Fabiana. Así era como se llamaba la madre de Iván.

La noche anterior al viaje apenas había podido dormir. Tuve varias pesadillas, aunque la única que recuerdo fue la última, porque me desperté de repente empapada en sudor. En el sueño me encontraba sobre una hoguera como si fuera considerada una bruja, una hereje o la mismísima Juana de Arco. Amarrada a una estaca y con gran cantidad de leña y paja a mis pies dispuesta para prender. A tres metros más o menos, se encontraba una orza de barro gigante, y próxima a ella, la Fabiana. Tenía en la mano un cazo que introducía en la orza una y otra vez y del que sacaba un aceite de color rojizo. Deduje, sin lugar a duda, por ese color tan característico del pimentón, que se trataba de una orza de chorizos, como los que me preparó Iván después de nuestro primer encuentro amoroso.

Mi suegra empezó a echarme el aceite por encima del sambenito que llevaba puesto y sobre la leña. Supongo que, con el fin claro, de que aquello prendiera y la combustión se produjera con rapidez. Al poco, y cuando ya había echado suficiente aceite, dejó el cazo y agarró una antorcha para encender el fuego de la hoguera, y con la tea en ristre se acercó con paso decidido a mi encuentro. Hice un barrido visual de la trágica escena que estaba viviendo y observé que debajo del patíbulo parecía que se encontraba toda la vecindad del pueblo, como si fuera el público que presenciaba la quema de un hereje en pleno auge de Inquisición. En las primeras filas adivinaba, porque no los conocía, a los familiares más directos de Iván, gritándome improperios a los que yo contestaba.

—¡Soy inocente, inocente! No he hecho nada. Fue él quien me sedujo. Yo no quería. No quiero morir. No creáis que soy tan mayor. ¡Miradme! Apenas tengo arrugas. Me queda mucha vida por delante. ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

¿Se seguirían recreando e insultándome cuando empezaran los alaridos de dolor y desesperación? Todavía no se había encendido el fuego, pero yo ya estaba sintiendo que ardía.

Menos mal que pronunciando un «¡No quiero morir!» me desperté y respiré hondo al comprobar que todo había sido un mal sueño.

Casillas del Sordo se encontraba a unos doscientos kilómetros de Valencia ciudad. En principio serían unas dos horas de viaje, aunque no me hubiera importado que fueran más. No quería llegar a aquel pueblo, porque imaginaba que no lo iba a pasar bien. Intentaba, por todos los medios, olvidarme de mis malos presagios e ir predispuesta a disfrutar, pero me estaba costando tener una actitud positiva.

Desde la ventanilla del coche se veían los viñedos, los olivos y almendros, el trigo ya crecido a punto de segar y su cielo ligeramente jaspeado con nubes blancas. No tenían nada que envidiar esos paisajes a los de otras regiones promocionadas en páginas web o en infinitos folletos turísticos.

Iván empezó a canturrear una cancioncilla dando pie a que mis hijos le siguieran con el cántico. ¡Qué bien! Solo faltaba que empezara a cantar el perro. Si pudiera haberme evaporado lo hubiera hecho. No estaba disfrutando del viaje pensando en el destino.

—Elisa, Rocco no va a poder estar en la casa —me dijo Iván al acabar la melodía—. No es que ella me haya dicho nada, pero mi madre no es de tener animales dentro de la casa.

—¿Y dónde lo dejamos?

—Mi padre tiene dos perras de caza en el corral, allí estará bien.

—No sé cómo se lo tomará Rocco, sabes que él se cree humano.

—Estará bien, son dos jóvenes bracos preciosas.

—¿Has oído Rocco? No puedes estar en la casa, pero tienes una *suite* con dos chicas jóvenes y guapas. Yo creo que vas a salir ganando —intervino Violeta.

Por fin llegamos al pueblo. Entramos por una vereda con árboles a los dos lados y enseguida dimos con la casa de la familia de Iván. El lugar era precioso, porque daba al campo y tenía unas vistas espectaculares. Cerca de la entrada había un pozo con un brocal de piedra y un pilón que en sus tiempos servía de abrevadero para el ganado. Sobre el pozo daban sombra las ramas de una frondosa encina, umbría que era muy de agradecer en el mes que nos encontrábamos y que daba tregua al bochorno del mediodía.

Paramos en la puerta de la casa familiar. Era enorme, de una cierta antigüedad, pero exteriormente reformada con pésimo gusto. Parece ser que la reforma era muy anterior a que entrara en valor el gusto por lo rústico y el sabor añejo de lo antiguo.

Al oír el motor, toda la familia salió y empezó a desfilar y a arremolinarse alrededor del coche. La Fabiana, en primer lugar, el padre de Iván, el hermano, la cuñada y sus dos sobrinos. El más pequeño de ellos, de unos siete años, salió corriendo, se abalanzó y de un salto se colgó del cuello de Iván, que lo aupó. Fue el primero que me presentó y le dijo:

—Sergio, te presento a Elisa, mi novia.

El crío me miró y dijo rápidamente.

—Pues sí que es vieja tu novia.

Iván intentó quitarle hierro al asunto y distender de alguna manera, pero yo hubiera cometido un infanticidio en ese mismo instante, haciendo trocitos al sobrinito.

No, si tenía razón, mis presagios se estaban cumpliendo. «¿Para qué he venido? Tenía que haber inventado una enfermedad, algo se me tenía que haber ocurrido para evitar esta visita». ¡Qué me importaba a mí la boda del primo! Si ni le conocía.

Me presentó al resto de la familia. Menos mal que el padre de Iván me piropeó diciéndome lo guapa que era. Aunque no compensó del todo el comentario del niño, lo suavizó en alguna medida.

El sobrino mayor de Iván tenía la edad de Violeta y acompañó a los chicos a acomodar a Rocco en el corral. Iván y yo entramos en la casa.

La apariencia por fuera era igual que por dentro, el gusto en la decoración se lo habían dejado no se sabía dónde. Eso sí, la casa estaba pulcra, tan limpia que se podía comer en el suelo. Estaba claro que la Fabiana dedicaba mucho de su tiempo a procurar tenerla como una patena. Agradecí a Iván que me advirtiera del veto a la entrada de Rocco. Sin lugar a duda, mi suegra se hubiera tirado de los pelos al ver aparecer al peludo dejando el rastro de su pelambreira canela y yendo raudo a localizar un sofá para poner sus posaderas en él.

La nefasta reforma se compensaba con creces con el amplio patio que poseía la casa, un patio manchego con rosales, geranios y petunias fucsias, moradas, blancas, rojas... Algunas colgaban de la pared en macetas por las que sobresalían las flores cayendo en cascada. El patio también albergaba una enorme parra con tres pies que entrelazaban sus sarmientos y que lo cubría en gran parte, dejando un envolvente entorno de luces y sombras provocadas por la combinación del sol y las hojas.

Al entrar en el salón comedor, no pude evitar una sonrisa al ver colgada en la pared una foto de Iván el día de su primera comunión, vestido de marinerito, con las manitas juntas, un tanto regordete, con cara de no haber roto nunca un plato y como si de un momento a otro se le fuera a posar en el hombro el mismísimo Espíritu Santo en forma de paloma.

Desde el comedor se accedía a la cocina, donde se encontraba sentada la abuela. Su abuela se llamaba Amada, un nombre que me pareció precioso. Iván tenía mucho interés en presentármela. La quería mucho. Siempre había vivido con ellos y había sido como una segunda madre para él. Una mujer trabajadora, fuerte, de armas tomar, pero que desde hacía unos años sufría alzhéimer y parecía que la enfermedad avanzaba a pasos agigantados. Iván me contó que hacía un par de meses salió de casa sin que nadie la viera y se perdió en una noche fría y sin luna. Todo el pueblo la buscó, pero hasta que empezó a amanecer no la encontraron en la era de uno de los lugareños, acurrucada debajo de un olivo, vestida con su triste camisón de fino algodón, sin zapatillas, helada y a punto de coger una pulmonía. Iván sentía la fragilidad de su abuela y eso le hacía, de alguna manera, tener la necesidad de acercarse más a ella, a pesar de que su desorientada mente cada vez estaba más lejos. La última vez que la vio lo reconoció, pero esa vez no sabía si se acordaría de que era su nieto.

Cuando llegó a su encuentro se aproximó para abrazarla y besarla. Se agachó para estar a la altura de sus ojos y le habló con dulzura.

—Abuela, soy Iván.

La abuela se quedó como pensativa y le contestó sonriendo.

—¡Ah!, sí, eres de los míos.

Reconocía que era familia suya, pero, parece ser que era incapaz de saber si se trataba de uno de sus nietos, su hijo o quizá su yerno.

Iván le dijo con cariño.

—Claro, abuela, soy de los tuyos. Y mira, te presento a Elisa, que es mía y también es de los tuyos.

Observaba la ternura y el afecto con el que Iván le hablaba a su abuela. Desprendía una sensibilidad que me inundó y adoré a mi chico en esos instantes.

## Capítulo 23 Bis

*A*divinaba en mi suegra la misma antipatía hacia mí. Intuía que nada había cambiado. Éramos dos mujeres que no nos llevábamos mucha edad, pero que teníamos una idea de la vida diferente. Pasaríamos el fin de semana juntas, y yo presentía que ella, al igual que yo, haríamos lo posible para evitar conflictos. Las dos queríamos a Iván y sabíamos que lo único que podíamos conseguir con un enfrentamiento abierto era hacerle daño.

Aunque el patio era espectacular, en verano, la encina era el lugar de encuentro. Debajo había dispuestas unas sillas y una mesa, y dada la hora que era lo propio era tomar un aperitivo. La Fabiana fue a preparar algo a la cocina. Yo le pregunté si la ayudaba, pero me respondió que no hacía falta, por lo que me quedé conversando con el resto de la familia bajo la sombra.

Al poco, apareció una de las tías de Iván, hermana de su madre, la madre y madrina del primo que se iba a casar. Nos saludamos tras las presentaciones y acto seguido entró en la casa. Aunque el aperitivo no estaba preparado, Iván se levantó a por unas cervezas. Como hacía bastante tiempo que no veía a su hermano, por deferencia, hice que permaneciera conversando con él y fui yo la que se acercó a por la bebida.

Cuando estaba ya a punto de entrar en la cocina, desde el salón comedor, oí a las hermanas hablando. Me percaté enseguida de que el tema de la conversación era yo. No pude dar ni un paso más, mis pies se quedaron pegados a las baldosas del suelo del comedor. No era una cotilla, pero se trataba de mí y quería saber lo que estaban diciendo.

—Ya la he visto, Fabiana. Se conserva bien, pero podría ser su madre. El chico que tiene es casi como Iván —dijo su tía.

—¿Has visto que puesta va? Con el pelo *arreglao*, su toque de rímel y un vestuario impecable que parece de pasarela, como una pija de ciudad que viene al campo —dijo la Fabiana.

—Hija, si va bien *apañá*. Digo yo que es mejor eso, que parece que todo lo ves por el lado malo. No sé, el chico me figuro que la habrá elegido por algo.

—Sí, por algo. Yo que sé por qué. Mi hijo es muy listo para algunas cosas, pero para otras un *tontaco*. Podría tener a la que quisiera. Aquí mismo, en el pueblo, dio calabazas a tres que estaban en ansia viva por él, ya lo sabes: la de los Reviejos, la de la Anitilla y la chica del Mantecas, todas ellas de buena familia, con estudios y de su edad.

—¡Ea!, si te entiendo. No me extraña que estés disgustada. Supongo que yo estaría igual, pero haz un poder e intenta pasar el fin de semana lo mejor posible. Y no te reconcomas ni te devanes tanto la sesera. Ya se dará cuenta de que tiene poco futuro con ella.

—No sé, mañana se casa tu chico. Yo esta noche no he podido dormir. He soñado que en lugar del tuyo se casaba el mío con esa mujer y yo iba de madrina, pero con vestido largo de organza hasta los pies y con unos zapatos de tacón divinos, forrados de raso y que sobresalían por debajo del dobladillo de la falda a cada paso que daba.

—¡Ah!, y seguro que te has soñado también llevando peineta y todo, como las madrinas de antes.

—Sabes que se me está cayendo el pelo a *puñaos*. Pues te digo que en el sueño llevaba un moño espectacular, como una gran ensaimada de Mallorca. Y sí, lo llevaba asegurado por una enorme peineta en forma de teja de la que salía una mantilla negra de blonda que me caía por la espalda. Vamos, que ni la reina en algunos actos oficiales. Es por lo único que me gustó el sueño, por mi mata de pelo. Porque por lo demás... Me veía recorriendo todo el pasillo de la iglesia hasta el altar cogida del brazo de Iván, saludando con un ligero movimiento de cabeza y sonriendo a diestro y siniestro como si realmente fuera uno de los días más felices de nuestras vidas. Una pesadilla horrible.

—¡Qué *sacaos* tienes, Fabiana!

Parecía que no solo yo había tenido angustiosos sueños.

En el salón comedor, contemplando la foto del regordete Iván vestido de comunión y mientras escuchaba la conversación, me volví a preguntar: ¿Para qué he venido? ¿Qué hago yo aquí?

Respiré hondo, me recompuse y entré con decisión en la cocina, aparentando que no había escuchado nada. Saludé y dije:

—Venía a buscar unas cervezas para refrescarnos un poco. Fabiana, ¿quieres que vaya sacando ya alguno de los aperitivos? Huele fenomenal lo que estás preparando.

—¡Ah!, ¿te gusta? Me alegro mucho. Me dijo Iván que te apetecía probar la cocina manchega y estoy haciendo unos zarajos y queso frito. Estoy preparando estos platos en tu honor. Y para comer, unas gachas manchegas.

Aquello era la hipocresía en estado puro, pero las dos habíamos decidido actuar e interpretar los papeles de nuera y suegra bien avenidas. Ese fin de semana iba a ser de mucho teatro. No sabía cuál sería la campeona de la falsedad, ni cuál de las dos se llevaría el óscar a la mejor actriz. *And the winner is...?*

Después del aperitivo empezamos con la comida: panceta, cordero a la brasa y las gachas que Fabiana había guisado a la lumbre en una sartén de trébedes. Para beber, por supuesto, el vino que elaboraban, al que habían llamado Casillas de Amada en honor al pueblo y a la abuela. De postre, arroz con leche. Y con el café, unos rollos de sartén y alguna copa.

Observaba a mi suegro de vez en cuando. El vaso del carajillo lo rellenó de coñac en más de una ocasión y, en un momento dado, vi como Casimiro, que así se llamaba, intentaba con insistencia y empecinamiento tapar la botella de coñac enroscando el tapón de plástico del refresco de cola que se había quedado sobre la mesa. Dudé por un momento de la causa, que fuera que había perdido vista o más bien que llevara ya una buena cogorza, duda que se despejó por completo cuando se levantó de la silla y se marchó hacia la casa haciendo eses.

He de decir, en consideración a mi suegra, que la comida, aunque sencilla, estaba deliciosa; o, como dirían en el pueblo, *buenísima*. Sí, tenía que reconocerlo, Fabiana era muy buena cocinera y en eso me daba a mí cien vueltas.

Por la tarde, después de la siesta, Tomás, el hermano de Iván, nos acompañó a visitar la bodega familiar. Había ampliado el negocio y, además de elaborar vinos de alta calidad, todos los fines de semana tenían visitas guiadas, con catas comentadas y paseos explicativos a los viñedos.

Después de la visita a la bodega, como si fuéramos uno de esos grupos de fin de semana, nos llevó a recorrer los viñedos.

Mi hijo Marcos y el sobrino mayor de Iván decidieron ir andando, pero los demás nos repartimos en dos coches. Un todoterreno y un turismo Volkswagen que tenía más de veinticinco años.

A solicitud de Casimiro, yo fui de copiloto con él. Me di cuenta de que mi suegro no perdía la



más mínima ocasión de estar conmigo. Era un hombre curtido en el campo que casi rondaba la edad de la jubilación, pero todavía fuerte. Su piel, morena; su cara, un mapa en relieve lleno de surcos provocados más por la intemperie que por la vejez. El sol había labrado en su rostro más que arrugas. Sus brazos eran musculados y no precisamente por ir al gimnasio, sino por mucho trabajar. Sus manos las percibí encallecidas y ásperas cuando, al presentármelo Iván, al mismo tiempo que me dio los dos besos de rigor, extendió una de ellas para saludarme y noté su piel como de lija al rozarla con mi delicada mano de oficinista. Su vida, según me contó Iván, eran sus tierras: ampliarlas y mejorarlas; ese era su disfrute.

Cuando abrí la puerta del desvencijado vehículo y paseé la mirada por su interior, Casimiro enseguida se disculpó.

El coche en cuestión estaba lleno de tierra, de utensilios y herramientas agrícolas, y tenía como alfombrillas unas cuantas hojas de periódicos.

—Perdona, Elisa, no me ha dado tiempo a limpiarlo. Este solo lo uso *pa'l* campo.

—No tienes que disculparte. Ya me hago cargo de que no lo utilizas para ir a la oficina —le dije con una sonrisa.

No le funcionaba la quinta marcha, aunque *pa'l* campo, era evidente que no le hacía falta. Me senté a su lado. El coche todavía tenía el radiocasete de origen. Casimiro abrió la guantera, que estaba repleta de cintas que le había regalado un primo suyo, y me preguntó qué música quería escuchar. Yo le contesté que me daba igual. Cogió entonces dos de ellas y volvió a preguntarme si quería una del Fary o prefería a Carlos Cano. Yo no dudé en la elección.

Casimiro llevaba la ventana abierta y por la nariz me entraba todo el polvo del camino, provocándome un estornudo tras otro. Me señaló que había pañuelos en mi lado. La caja de pañuelos también tenía su aquel; figuraba impresa la antigua denominación de la marca de una cadena de hipermercados de origen francés que hacía bastantes años que había cambiado de nombre, por lo que deduje que los usaba poco o había hecho acopio de ellos en alguna promoción o las dos cosas. La caja era de un color amarillento difícil de catalogar, seguro que al color de origen se le había unido el tiempo y el resol. Pero junto con el radiocasete, he de decir que aquella caja daba otro toque *vintage* al vehículo.

Así iba yo, con mi suegro, con poca conversación. Nos regalábamos alguna que otra sonrisa para compensar la falta de palabras y echábamos mano de vez en cuando a cualquier frase obligada que evitara los silencios incómodos. La pésima amortiguación de la antigualla y los baches provocados por las ruedas de los tractores nos hacían botar en los asientos mientras me tragaba el polvo del camino y escuchaba a Casimiro canturrear con la música de fondo a todo volumen de *María la portuguesa*.

Aparte de esos pormenores, me encantó el campo manchego. Violeta bajó entusiasmada del todoterreno.

—Mamá, ¿has visto cuántos conejitos cruzaban corriendo por el camino? ¡Qué monos!

Mi hija se estaba haciendo cada vez más animalista, pero le quedaba todavía un toque de ingenuidad que no quise destruir al contarle qué es lo que pasaría cuando acabara la veda con esos preciosos conejitos que saltaban y corrían alegremente por el campo.

Llegamos a los viñedos y, desde luego, el campo de La Mancha me enamoraba. Tenían bastantes hectáreas en cepa, y nos explicaba Tomás que el hecho de que los racimos estuvieran cerca del suelo daba lugar a la producción de un vino de excelente calidad. Me parecía muy interesante lo que nos contaba; se mostraba solícito a responder todas las preguntas que se me ocurrían, se notaba que disfrutaba con su trabajo.

La ruta por los viñedos me compensó y, en alguna medida, me hizo olvidar mi antagonismo con Fabiana. Por otro lado, veía que mis hijos, que habían hecho muy buenas migas con el sobrino mayor de Iván, estaban disfrutando de la estancia.

Por la noche nos fuimos a cenar al centro neurálgico del pueblo, que, por supuesto, era el bar. Entre otras viandas no faltaron el rabo y el forro de cerdo. Desde luego, un día de intensa ruta gastronómica del colesterol.

Aunque parecía ser que el fin de semana no estaba siendo tan malo como imaginaba, deseaba que terminara. Había pasado el primer día. ¡Uf!... Ya solo quedaba el domingo.

## Capítulo 23 Tris

*L*a Fabiana nos dispuso una habitación contigua a la de ellos. La pared sobre la que se apoyaba el cabecero de la cama daba a la de los padres de Iván, por lo que tenía claro que no había que hacer ruido.

Por la mañana, Júnior se despertó juguetón y quería meterse en la cueva en donde más le gustaba estar. Yo mostré algún que otro remilgo, pero luego me dije: «¿Por qué no? ¿Por qué no se van a enterar de que nos lo pasamos bien en la cama?».

A las doce era la ceremonia y nos dispusimos a cambiarnos de ropa para la boda. Me había preparado un vestido vaporoso de gasa en tonos verdes y turquesas, muy favorecedor. Aunque siempre me gustaba ir arreglada, esa vez me había esmerado más, ya que el hándicap de la edad no se podía obviar. Intenté potenciar lo máximo posible mi figura y mi estilo para compensar. Los chicos iban más informales y guapísimos. Con mi vestido de gasa, la cabeza alta, la melena al viento, andaba con garbo de la mano de Iván y presumía de hijos camino a la iglesia del pueblo.

La ceremonia se alargó demasiado. ¡Qué pesado, el cura! No sabíamos cómo colocarnos en los incómodos bancos de madera. Violeta y Marcos me miraban de vez en cuando con cara de «Si lo sé no vengo», a lo que yo respondía también con la mirada, y sin mediar palabra: «Aguantad un poco, que ya acaba». Por fin terminó: el arroz, unas fotos y a comer.

El restaurante se encontraba en un pueblo a unos veinte kilómetros de distancia. Era un sitio agradable, la comida abundante y buena, como toca en una boda, pero antes de los postres y para rematar, por si alguien se había quedado con hambre, considerando que la gente por allí es de buen comer y ajena a los platos de diseño de mucha fuente y poca vianda, empezaron a sacar bandejas de chuletas a la brasa. Todos comieron como si estuviéramos en la posguerra. Me parecía que en cualquier momento iban a empezar a desfilar a los servicios uno detrás de otro, para vomitar y poder así seguir engullendo, como los romanos en sus bacanales. La abuela de Iván, a la que tenía situada a mi derecha, comentó:

—Alguno se va a poner malo. Me parece que estos comen sin ningún conocimiento.

—Sí, abuela, eso me parece a mí.

Llegó el baile. Después del vals de los novios, una de las primeras en salir a la pista fue Severina, la tía abuela de Iván. Siempre había sido muy bailona y, a pesar de sus años y su estado físico, parecía ser que nada le iba a impedir disfrutar de la boda. Severina se levantó de la silla, agarró su andador y arrastrando las piernas llegó hasta el centro de la pista. Cuando alcanzó su meta, con los pies fijos en el suelo, soltó el asidero de su tacatá y empezó a contonearse, de cintura para arriba, moviendo los brazos, las manos y la cabeza. Los familiares del novio estaban acostumbrados a los bailes de Severina, pero el resto de los invitados no pudimos reprimir una sonrisa que en algunos derivó en una irrefrenable carcajada. Me encantó la abuela «Travolta». Pasaba de los noventa, sus pies no la llevaban, pero, desde luego... estaba viva.

Salí a bailar varias veces con Iván y con mis hijos, que se lo estaban pasando de lo lindo.

Mi suegro también me sacó a bailar un pasodoble. Me hizo volar por la pista y yo le di algún que otro pisotón, pues no acabábamos de sincronizar los pasos. Pensé que con el pasodoble ya había cumplido, pero, pasada una media hora, comenzó a sonar la canción de Carlos Cano, *María la portuguesa*. En cuanto comenzó la música, vi cómo se iba acercando a mí con ojos chisposos y como desplegando su cola de pavo real, que para mí carecía de colorido alguno. Me miraba como si esa fuera nuestra canción, como si la música tuviera un código especial entre nosotros; pero sería para él, porque yo lo único que quería era que me tragara la tierra. Realmente me gustaba aquella canción —mira por donde teníamos algún gusto en común—, pero me parecía que iba a acabar aborreciéndola.

Casimiro había bebido, como el que más y el que menos, algunas copas de más. Me cogió en volandas de la silla en la que me encontraba sentada en uno de los descansos de tanto baile. Me llevó al medio del salón y me apretó contra su cuerpo de una manera que me intimidaba. Aprisionada, acercaba su cara a la mía, percibía su aliento a coñac e intentaba separarme, pero ¿cómo hacerlo? Tampoco quería montar un numerito, así que intenté aguantar el tipo. Ni Iván ni la Fabiana se daban cuenta, pero yo me encontraba agobiada por aquel hombre, deseando que terminara ya la canción. Como él iba bastante bebido, yo tenía que controlar los giros en la pista de baile para evitar chocar con otras parejas y sobre todo intentar no tropezar con Severina, que todavía seguía bailando como una auténtica *Dancing Queen*. He de decir que, en aquella situación, me hubiera gustado tener otros ojos en el ángulo occipital de mi cabeza.

Al terminar la pieza quería continuar, no me soltaba. Me solicitó otro baile. ¡Qué hartazgo! Pero puse una excusa y me volví a sentar al lado de la abuela, que era donde mejor estaba.

—¡Vaya cansinismo! Si ya le he dicho a mi hija que no me gusta ese hombre para ella. No te preocupes, hermosa, por el achuchón. Ya no le funciona el pajarito, no puede volar —me dijo Amada.

No pude contener la risa. La abuela, con su alzhéimer, era la que se enteraba de todo. Recordé el revolcón mañanero con Iván y pensé que seguramente a alguno de mis suegros o a los dos les daría un poco de envidia tanta pasión cuando parecía que ya no era posible izar el mástil.

Terminado el baile, comenzamos a despejar el local, nos repartimos en los coches y empezó la caravana para la vuelta al pueblo. Mis hijos irían en el coche de Tomás y la abuela y yo con Iván.

A la salida del restaurante, mientras Iván se despedía de unos familiares, lo esperamos en el vestíbulo. Allí había un gran espejo biselado con el marco de madera patinada que reflejaba la imagen de las dos. La abuela de Iván se puso en jarras delante del espejo y lo miró con cara interrogante.

—Oye, esa del vestido verde eres tú, pero la otra, ¿quién es esa señora? —me dijo.

—La otra es una señora bastante guapa que lleva un vestido que le sienta muy bien —se me ocurrió decirle.

—Pues sí, no está mal esa señora para su edad —asintió.

Terminó la boda y nos fuimos del pueblo con un par de botellas de vino de Casillas de Amada, una fiambarrera de chorizos bañados en aceite y otra de rollos de sartén que nos preparó la Fabiana.

De la casa de Iván, la que mejor me cayó fue su abuela. Los recuerdos y las palabras se le iban borrando, pero en algunos momentos todavía le quedaba, no sé por qué, un halo de una peculiar lucidez y sabiduría.

## Capítulo 24

*M*e desperezaba al lado de Iván. Era un sábado como tantos otros y decidí no dar un bostezo más y salir de la cama a preparar el desayuno. Al poco de levantarme, lo hizo mi chico. ¡Qué guapo estaba recién levantado! Incluso con olor a cama, alguna legaña y el pelo rebelde. Nos sentamos a desayunar y estuvimos hablando de bobadas, riéndonos de las cosas que decíamos. Iván era tan espontáneo y vivaracho que siempre sacaba de mí el lado más alegre. De cualquier cosa hacíamos una gracieta. Pero al final del desayuno dejé de reírme, cuando me contó que esa noche iríamos a bailar a un local llamado Vinilo Blues. ¿Vinilo? Recordé que era el local de César. Nunca había estado allí, pero no había otro con ese nombre y por las señas que me daba, tenía claro que ese era el garito de César.

Recordé por un instante mi breve historia con él, en imágenes que pasaron apresuradamente por mi cabeza. Fue curioso que un hombre que solo buscaba sexo en las relaciones con las mujeres, cuando me sentí preparada y me ofrecí, reculara.

Con el tiempo y la distancia pude ver las cosas más claras. Entendí su comportamiento como una forma de decirme lo especial que era para él y no tuve la menor duda de que me deseó, pero, por los motivos que fueran, no quiso estar conmigo. Supongo que empezó a sentirse implicado emocionalmente y, para eso, él no estaba preparado. Quizá su miedo a iniciar una relación superó el deseo por mí, aunque en mi caso, fue el deseo el que rebasó con creces mi temor, dejándome con verdadera ansia de sentir la piel de aquel hombre.

Parece que Iván me notó en la cara el cambio de expresión, la sorpresa y la preocupación por la posibilidad de encontrarme con César.

—¿Te pasa algo Elisa?

—No, ¿por qué?

—No sé, parece que te ha cambiado la cara y te has puesto seria y pensativa.

—Pues, no sé, te habrá parecido, pero estoy bien, de verdad, no me pasa nada.

Claro que me pasaba. No sabía qué iba a hacer, si poner alguna excusa —jaqueca, tal vez— o ir y apechugar. De todas formas, él no solía estar, era su socio el que se pasaba por el local más a menudo. «No tengo por qué verlo», me decía.

Al final tomé la decisión, iría. ¿Por qué no? Mi relación con César estaba cerrada (o quizá nunca se abrió) e iba preparada para, si me lo encontraba, saber qué decir y cómo comportarme. Yo jugaba con ventaja; César, en todo caso, sería el sorprendido al verme allí y quizá le costara reaccionar.

Estuve todo el día dándole vueltas. No lo podía evitar, pero al mismo tiempo disimulaba para que Iván no me lo notara. No quería decirle nada. Igual ni lo veía, así que, ¿por qué anticipar algo que igual no ocurría?

Llegó la noche. Quedamos con el grupo a cenar cerca del garito y luego, alrededor de las once y media, nos dirigimos hacia el local.

Entramos y pedimos unos *gin-tonic*. Yo ya nunca pedía G´Vine. Cualquiera otro me valía, porque el G´Vine todavía me recordaba a César y al último encuentro con él en el que me dejó frustrada y, como se suele decir, compuesta y sin novio.

Enseguida nos pusimos a bailar. Bailaba con mi chico como una loca. ¡Cuánto me gustaba ese baile! Libera. Y salto va y salto viene, le vi, le vi..., tan atractivo como siempre, con una de sus guayaberas. Hice como si no le viese, pero él también me vio y notaba que no me quitaba la vista de encima. Por el rabillo del ojo, a veces, lo miraba y sonreía. Seguro que se partía de risa al verme bailar. Estaba sentado sobre un alto taburete pegado a la barra, con una copa en la mano que ya sabía de qué era, con su mirada seductora cargada de sensualidad. Allí, tan cerca, se encontraba el hombre al que podía haber amado, pero que no se dejó querer.

Lo estaba pasando mal. Compartía el mismo espacio con dos hombres que me provocaban. Me costaba sobrellevar aquel momento.

Hicimos un descanso al terminar la canción. Yo le dije a Iván que necesitaba ir al aseo, me besó y al instante cogió otra pareja para seguir bailando. No se cansaba, es lo que tiene la juventud. Me fui al baño a refrescarme; aparte del calor provocado por el baile, el motivo real era que no podía aguantar la mirada de César, esa mirada que por unos momentos me poseía y sentía que podía anular mi decisión, dejándome enteramente a su merced.

Pasé al servicio, abrí el grifo del lavabo y mientras me echaba agua por la cara y el cuello, entró César. Sin mediar palabra y con una mirada depredadora se abalanzó sobre mí con ímpetu. Me besó y al instante reconocí su boca. No la había olvidado. Me abrazaba, paseaba sus manos por todo mi cuerpo, me daba pequeños mordiscos, me comía. Noté la dureza de su miembro pegado a mi sexo. Me estaba dejando llevar. Me envolvía su aliento, bebía sus besos, me arrancaba gemidos que intentaba ahogar, pero que me era imposible de silenciar. Con mi mente en blanco, como siempre con él. Era superior a mí, me desarmaba. Pero no sé por qué, me vino la imagen de la cara de la madre de Iván, y la vi llamándome «putaaaaaaaaaaaaaaaaa». Esa voz que parecía que llegaba del más allá y que debió ser la de mi conciencia, me hizo separarme bruscamente de él y salir de allí.

Cuando llegué al encuentro de Iván, seguía bailando, pero antes de acercarme a él, me tomé un buen trago de *gin-tonic* para quitarme el sabor de los besos de César. No podía besar a mi chico con el sabor de los besos de otro. Bebí un trago y otro como si en vez de *gin-tonic* fuera agua. Bebía con el único fin de no dejar el más mínimo sabor de la saliva de César, aunque era imposible: su saliva era mi saliva.

Me di cuenta de que, aunque Iván me hacía sentir plena, no había dejado de desear al francés. Cuando un hombre con el que compartes tu vida te llena en casi todos los aspectos, deja poco hueco en tu cabeza para pensar en otro, pero estaba claro que todavía César ocupaba en mi mente un espacio más amplio de lo que pensaba. ¿Quizá era el deseo no satisfecho el que, en cierto modo, me impedía cerrar la puerta?

Le pedí a Iván que nos fuéramos de allí porque no me encontraba bien y salí del local abrazada a él, pero vestida de culpabilidad. Me preguntaba qué había estado haciendo yo en el aseo teniendo a Iván fuera, aunque me respondía una y otra vez que no había sido yo, que fue él el que vino a buscarme, a embestirme como un toro. Lo cierto es que me gustó y eso era lo que de verdad provocaba que me sintiera tan culpable.

Por la noche hicimos el amor como siempre, pero en aquella ocasión, aunque lo intentaba, no sentía la piel de Iván. Mi mente volaba hacia César, era él el que andaba en mi cabeza. Había creído adivinar infinidad de veces cómo sería su cuerpo debajo de la ropa. Apenas habíamos

pasado de unos besos y unos abrazos, pero nunca me había acostado con él, nunca había sentido su desnudez pegada a la mía. Y cerré los ojos e imaginé que el hombre que recorría mi piel era... Realmente, esa sí fue una auténtica infidelidad.

## Capítulo 25

Llegué al trabajo. Eran las nueve de la mañana y nada más encender el ordenador me encontré el *mail* de Adrián, el portavoz de la junta directiva del grupo. Me puso en antecedentes de la situación: el día anterior se habían reunido y decidido aumentar la plantilla en la empresa con la contratación de algún técnico más. Me encargaba de nuevo a mí buscar a una persona para formar equipo con Iván y conmigo. Le contesté que intentaría hacerlo lo más rápido posible.

La convocatoria la publiqué por los medios habituales y empecé a realizar las entrevistas.

La verdad es que no me gustaba ese trabajo. Había empresas de recursos humanos que se dedicaban a la contratación de personal y hubiera preferido delegar en alguna de ellas, pero Adrián decía que yo era la que mejor conocía la empresa y sus necesidades, por lo que no podía negarme. Así empezaron a desfilar por mi despacho dos o tres candidatos a diario durante tres semanas. Era agotador. Llegaban nerviosos y yo no sé qué impresión les daba, aunque seguro que para alguno, el de una hija de...

Y por fin llegó una candidata que me gustó en todos los aspectos. Se llamaba Irene, de unos treinta años y muy preparada. Había terminado dos grados, realizado tres másteres y, como Iván, hablaba varios idiomas. Trabajaba fuera de Valencia, en una multinacional, pero era valenciana y le apetecía volver por unos años a su tierra.

Irene era la mejor candidata, sí, aunque solo veía un pequeño inconveniente: era lo que dirían algunos, un cañón de mujer. Despampanante, alta, delgada, de piernas bien torneadas, abundante melena, de facciones armoniosas, grandes ojos verdes y labios carnosos. Pero el tema no era ese, el problema era que vestía increíblemente provocativa. Si a la entrevista había venido, se suponía, en su línea moderada y llevaba minifalda y escote de vértigo, luciendo sus encantos sin el menor recato, cuando cogiera confianza no sabía con qué atuendo aparecería. Supongo que era de las que pensaba: «Para que se lo coman los gusanos, que lo disfruten los humanos». No es que yo tuviera problema alguno con eso, era bastante respetuosa con la forma de vestir de cada cual, y la contrataba por su capacidad intelectual. Pero, por otro lado, en la práctica, sabía que iba a meter una bomba sexual y el perfume de su sensualidad llegaría a cada rincón de la oficina. Y precisamente el trabajo que se desarrollaba en la empresa se alejaba bastante del erotismo.

Pero fue la candidata que elegí. Distaba bastante de los otros entrevistados y prioricé el hecho de que buscaba una persona con el perfil idóneo para la empresa, y ese, sin duda, era el de Irene. Sabiendo que la perfección no existe, me preguntaba qué fallo tendría aquella mujer. Con el tiempo lo descubrí; esa mente sobresaliente y ese esplendoroso cuerpo escondían un corazón no tan iluminado. Irene era una apetecible manzana de piel roja y brillante, pero carente de sabor.

Se puso enseguida al día, y en lo que se refería al trabajo empecé a distanciarme cada vez más de Iván. Había parcelas en las que todavía trabajábamos juntos, pero en otras había delegado en Irene. En realidad, había trabajo para todos, ya que la empresa estaba creciendo y se barajaban cifras que hasta un par de años atrás eran impensables.



Iván, por la dimensión que había adquirido la empresa, empezó a viajar y, por otro lado, iba en aumento el espacio laboral que compartía con Irene. ¿Debía sentirme celosa? Quizá sí, pero Iván continuaba deshaciéndose conmigo, estaba siempre pendiente de mí y en la cama seguía siendo estupendo. «La Elisa de antes» no hubiera contratado a aquel bombón ni de coña, hubiera sufrido enormemente con la rivalidad; pero la nueva... ¿Qué pasaba, que a mi chico se le podían ir los ojos detrás de aquel pibón? Bueno, pues señal de que estaba vivo.

## Capítulo 26

Llegó el día de la jubilación de Rosario. Después de cuarenta y cinco años trabajando en la empresa, se merecía un descanso. Estuvo toda la mañana nerviosa. Era su último día, emprendía una nueva etapa de su vida. A partir de las cinco de la tarde, dejaríamos de trabajar y empezaría la celebración. Rosario había contratado uno de los mejores *catering* de la ciudad, no había escatimado en gastos. Llevaba tanto en el trabajo que, incluso, conoció al fundador en su pequeña ebanistería. Era increíble como aquello había derivado en lo que después ha sido la empresa, nada que ver.

Rosario tenía muchas virtudes y un gran defecto: el cotilleo. Pero nadie es perfecto. Siempre me llevé bien con ella. Era como la madre de todos, valoraba su experiencia y sabía de telas, tipos de maderas, acabados y estilos, más que ninguno de nosotros. Pero las nuevas tecnologías la habían superado un poco. Conservaba bastante bien la figura y de vez en cuando venía con modelos de hacía más de treinta años que sacaba de su fondo de armario. Los más jóvenes pensaban que era un *vintage* adquirido hacía poco en alguna tienda de moda del barrio del Carmen e iban a preguntarle dónde lo había comprado. Ella me miraba con complicidad y sabía sin hablar lo que quería decirme: «Que lo he sacado del armario y no recuerdo la última vez que me lo puse. Lo he aireado un poco para quitarle el olor a alcanfor, vamos. ¿En qué tienda les digo a estos que me lo he comprado?».

A mí me hacía gracia ver la escena. Lo cierto es que yo también estaba triste, la iba a echar de menos. Había sido un pilar importante en el trabajo y he de decir que también en mi vida. Recuerdo cuando llegué de jovencita a la empresa, sin tener ni idea de nada, y ella me lo enseñó todo. Me acuerdo del cosido de algún botón en alguna de mis blusas o chaquetas cuando se me había caído de forma accidental y ella, enseguida, se mostraba solícita a recoserlo. De las mañanas tomando café en la máquina de la empresa en pleno tratamiento de quimio, sus ánimos y sus abrazos, como si fuera una hermana mayor. Desde luego, todo eso, sin la menor duda, pesaba mucho más y restaba importancia a sus últimas meteduras de pata. La semana anterior, tuvimos que remitir una carta al colegio de abogados, porque no estábamos de acuerdo con los honorarios de un asunto. La minuta que nos presentó el abogado nos pareció excesiva, realmente abusiva. Rosario siempre me pasaba una copia de las cartas que escribía por *mail*; al leer esa, no sé qué cara puse. Iba dirigida al Ilustre Colegio de «Abobados» de Valencia, que no digo yo que no haya alguno que otro, pero generalizar me pareció feo. No le dije nada. No había necesidad, su jubilación era inminente y hay que ser un poco generosa con la edad. A saber cómo estaré yo cuando tenga sus años y qué fallos cometeré.

Llegaron las cinco y los del *catering* fueron puntuales. Nos fuimos todos para celebrarlo a la sala de juntas y sobre la extraordinaria mesa de nogal se colocó un mantel con todas las viandas. No faltaba de nada, todo exquisito. Incluso se abrieron unas latas de auténtico caviar, regalo de uno de los clientes rusos; la ocasión lo merecía.

Los últimos en llegar fueron Iván e Irene. Yo me dirigí a Iván y le di un beso en los labios; todos sabían que estábamos juntos. Nos pusimos uno al lado del otro, pero con una excusa, se ausentó. Lo encontraba esquivo, como si quisiera huir de mí. Yo conversaba con los demás, reíamos, contábamos anécdotas del pasado vividas con Rosario, pero al mismo tiempo me encontraba rara. El comportamiento de Iván me perturbaba y me impedía disfrutar del evento. Ya hacía unos días que lo encontraba distante.

Pegué un vistazo buscándolo entre la gente. Y lo vi, claro que lo vi, pero al lado de Irene. ¡Joder! ¡Estaban tonteando! Pero tonteando de verdad. Ahí había más que unas simples miraditas. No era una percepción de novia celosa, era una realidad. Creo que en ese momento me subió fuego por todo el cuerpo y no fue precisamente un sofoco menopaúsico. Me quedé estática, no reaccionaba, mi mente no estaba en la sala de juntas. No sé dónde estaba, pero lejos de todo aquello. El calor que sentía se convirtió en frío en una completa somatización y me di cuenta al instante de que el final de mi historia con Iván había llegado.

Fui una estúpida. Yo, con mi mente abierta, había puesto el caramelo en la puerta del colegio. Pero ¿qué pensaba, imbécil de mí, que no se lo iba a comer?

No pude esperar a que terminara el evento. Me despedí de Rosario con una excusa y salí de allí sin decir adiós a nadie más, pero Rosario fue detrás de mí.

—Espera, Elisa, espera.

—Dime.

—Tranquila, no sufras. ¿Ya te has dado cuenta?

—¿De qué? —Me hice la tonta, aunque sabía a qué se estaba refiriendo.

—De lo de Iván e Irene.

—¿Qué sabes?

—Que están liados. Los vi besándose la semana pasada en el despacho. No creas, no iba a decirte nada, pero tú, para mí, eres más importante que ellos dos juntos. Y si él no ha tenido los huevos de decírtelo, te lo digo yo, porque creo que te mereces saberlo.

—Lo sabe todo el mundo y yo como una tonta —dije sin disimular mi aturdimiento.

—No, no lo sabe nadie, creo que solo tú y yo. Yo porque los vi y tú porque eres una chica muy lista y te has dado cuenta solita.

—Gracias, Rosario.

Siempre me había parecido mal su lado chismoso y, en más de una ocasión, se lo había recriminado, pero en aquella ocasión se lo agradecí. Sabía que me lo decía por el afecto que sentía hacia mí e intuía que, por esa vez, lo que habíamos hablado no saldría de allí.

Nos besamos con afecto y nos dijimos un adiós de hasta pronto, aunque ya no la vería más en la antesala de mi despacho. Me fui de allí doblemente triste. Por Rosario y, sobre todo, por Iván.

Me dirigí a casa. Mis hijos estaban con su padre esa semana y, en aquella ocasión, fue una suerte, porque necesitaba estar sola para lamer mis heridas.

Iba caminando por la calle como ida. La tarde, que había sido soleada, empezó a volverse gris, amenazando lluvia. El cielo parecía de acero, frío y oscuro, como me sentía yo. Creía que me pondría a llorar en cualquier momento rompiendo ese estado de *shock*, pero no, seguía así, como alma en pena, empanada, sin creermelo del todo que mi chico había dejado de serlo.

Aunque hubiera sabido desde el principio que nuestra relación tenía los días contados, había pasado poco más de un año. Poco, muy poco. Quería más... Más.

Me volvía a llamar idiota una y otra vez por haber contratado a mi rival. Aunque, en el fondo, pensaba que, si no hubiera sido ella, quizá hubiera sido otra. A él le quedaba mucho por vivir.

Cerca ya de mi casa, recibí una llamada suya que no contesté. Luego oí el sonido de un mensaje. Supuse que era él, pero no lo miré. Al poco decidí ver lo que me decía: «Hola, cariño. ¿Por qué te has ido? Ni siquiera me has dicho adiós, ¿pasa algo?».

«¿Que si pasa algo? ¡Hipócrita! Se está beneficiando a la *top model* de la oficina y me dice el capullo que si pasa algo. Pero ¿qué se ha creído?, ¿que no me iba a dar cuenta? A mis años no me hace falta verlos follando para saber que tienen algo...». Ni le contesté.

Al final, inevitablemente, dejé libres las lágrimas que se me habían quedado agolpadas y rompí a llorar. Me sentía vacía. Me venían a la mente los momentos en los que recorría con sus manos todo mi cuerpo, su sonrisa, y no podía resistir el hecho de que aquello se acabara. Le había llegado a querer más de lo que pensaba.

Aquella noche no pegué ojo. Una y otra vez, sin pausa, volvían a mi cabeza imágenes de la historia con Iván. Parecía una sonámbula por la casa. Si hubieran estado mis hijos, no sé si hubiera podido disimular. Opté por no ir a trabajar al día siguiente, no tenía cuerpo para enfrentarme a un día en la oficina y me importaba un cojón la empresa y la madre que la parió. Además, a los últimos que quería ver eran a los dos tortolitos.

Fingí una gripe, pero una de las buenas, de cuarentena. Iván me llamaba por teléfono y yo hacía mi papel de enferma. Le decía que no viniera, que no quería contagiarle. No quise hablar con él del tema, prefería hacerlo cara a cara. Así pasé desde el jueves hasta el domingo; bien lamidas las heridas, decidí incorporarme al trabajo y a la vida.

El lunes aparecí por la oficina. Lo encontré en la sala que usábamos de descanso, donde tomábamos café o algún bocadillo. En el momento en el que entré, Iván sacaba un café de la máquina. Nos saludamos y enseguida se dirigió a mí para darme un beso en la boca. Yo giré la cabeza convirtiéndolo en un beso en la mejilla, y él recibió ese gesto con extrañeza y sin entender nada.

A pesar de todo, le miré con dulzura. Había preparado lo que le iba a decir. Sin reproches, simplemente hablar de lo nuestro, de lo que había pasado, pero me encontré seca de palabras y solo le dije, como sin venir a cuento.

—Espero que os vaya bien.

Él me miró manteniendo el gesto de desconcierto, con cara de «me ha pillado». No sabría describirla, porque en un instante se dibujó en su rostro dolor, tristeza, vergüenza y no sé cuántas cosas más.

—¿Cómo lo has sabido? —me dijo con la voz entrecortada.

—Lo he sabido por cómo la mirabas. Conozco bien el juego de tus miradas.

—Elisa —Hizo una pausa—, yo te quiero.

—Lo sé, y yo también te quiero. Hace un tiempo no podría haberte dicho esto, creo que ahora podría estar contigo, aunque estuvieras con ella. Podría, Iván, pero estoy segura de que ella no. A pesar de sus modelitos explosivos, es de las tradicionales, de las que no comparten ningún pedazo de lo que consideran suyo. Nosotros somos menos posesivos, quizá un poco más libertinos. Lo cierto es que esto ha llegado al final, cielo, y lo tenemos que aceptar.

—No digas eso, no quiero que te apartes de mí, no quiero que salgas de mi vida —dijo en voz baja y con tono suplicante.

—Iván, por favor, no nos hagamos más daño. A nosotros nos gusta disfrutar lo bueno del medio y no tenemos miedo a los principios ni a los finales. Sabemos que existen y que los finales duelen, pero nos lanzamos y nos entregamos sin pensar en qué pasará. Y vaya si hemos disfrutado de lo del medio. Quedémonos con eso.

—Elisa, no voy a seguir con ella, no, si tengo que elegir...

Dejó colgada la frase porque no le dejé terminar. Le tapé los labios con mi dedo y lo miré con ternura. Pasé mi mano por su mejilla, le besé en la boca y le dije:

—Te quiero tanto que tengo que ser generosa contigo. Sigue con Irene. Solo quiero darte las gracias por aparecer en mi vida y haberme hecho tan feliz.

Diciéndole esas palabras vi cómo le empezaron a resbalar las lágrimas por la cara. Realmente me quería o me había querido, no tuve ninguna duda.

## Capítulo 27

*I*ba pasando el tiempo. Trabajábamos en la misma oficina y era duro encontrarse con Iván y no tocarle, ni besarle, pero no había otro remedio. Tanto él como yo nos mostrábamos contenidos y sabía que le era tan difícil como a mí mantener el tipo.

Estaba tensa en el trabajo y, para liberarme de esa tensión, empecé a practicar más deporte. A mis sesiones de Pilates se unió el *running*. Empecé a salir con las chicas a correr al río. El cauce de Valencia es una maravilla.

No habíamos practicado ese deporte en nuestra puñetera vida. Siempre me había parecido chorra salir a correr, pero cuando empiezas, te engancha. Será por las endorfinas. En ocasiones iba sola. No sabía por qué, pero lo hacía. Me recordaba a Forrest Gum. Lo necesitaba, quizá para apagar el fuego que sentía, las ganas de estar con Iván.

Alguna vez quise plantarme en su piso y decirle: «Aquí estoy, fóllame, fóllame... Porque solo quiero eso, sentir que te mueves dentro de mí». Pero no lo hice. Irene ya vivía con él y eso era un condicionante importante. Nosotros no llegamos a convivir en el día a día, no porque él no quisiera, fui yo la que puse excusas. Después de separarme había saboreado la independencia y ya no quería perderla. Por otro lado, había vivido ya la experiencia y sabía que la convivencia suele matar la pasión y el deseo, y lo último que quería es que lo nuestro acabara en la rutina. Lo cierto es que no lo terminó la rutina, lo finiquitó una morenaza de piernas largas y culo duro que apareció en escena.

Fue una época de salir y no entrar. Me apuntaba a todo: a vivir la noche, a cenar, de copas, a bailar, a conciertos, a viajar... De ninguna manera iba a permitir que mis descabros amorosos me quitaran las ganas de disfrutar de la vida, eso nunca.

Pasaban los días, los meses. Cada año y medio, más o menos, se convocaba un encuentro que pretendía una puesta en común sobre las directrices a seguir por la empresa. Nos reuníamos con los directores de las demás sociedades del grupo. Recordaba la última reunión, cuando Iván se puso a hacerse el gracioso. «Qué diferente será esta», pensé. Teníamos que prepararla también entre los dos, pero en esa ocasión le animé para que expusiera él. Nuestra relación sentimental la habíamos dado por acabada, pero en el ámbito laboral intentábamos que ese hecho no afectara en absoluto al trabajo.

Teníamos que pasar horas juntos y desde hacía tiempo no lo hacíamos. Él era metódico en el trabajo y quería que todo saliera perfecto. Nos quedamos solos en la oficina. Había avisado a mis hijos de que llegaría tarde. Esa semana los tenía yo. Eran más de las diez de la noche, ya estaba todo revisado, me levanté de la silla y le dije:

—Oye, Iván, ¿lo dejamos? Estoy algo cansada.

—Disculpa, Elisa. A veces se me olvida que te esperan tus hijos en casa.

—A ti también te esperan, ¿no?

—Sí, creo que sí, aunque... —Hizo una pausa—. Me quedaría aquí contigo, contigo toda la noche, aunque fuera revisando papeles.

—Por favor, no digas eso, no lo digas.

—Sí, lo digo porque es la verdad. Nadie me entiende como tú, con ninguna mujer hablo ni me río como contigo y he estado con varias, pero a ninguna la he sentido como a ti cuando hacíamos el amor. En la cama seguimos el mismo ritmo, encajamos a la perfección. Tú estás hecha para mí.

—Iván, por favor —repetí con la voz desganada.

Nos encontrábamos de pie, frente a frente. Se aproximó más a mí, sus manos cogieron mi cintura, su boca se acercó a la mía y me susurró:

—Elisa, *please, please*.

Y yo qué iba a hacer. Pues lo que él quisiera, y lo que yo también quería, entregarme a él.

Me besó con pasión y al instante deslizó su mano por debajo de mi falda buscando directamente mi sexo para notar su humedad. A pesar de mi edad, él sabía que solo con empezar el juego sexual me ponía a punto. A Iván le encantaba lo que provocaba en mí, y era cierto que con él no necesitaba de mucho preliminar.

—Hummm —exclamó.

Sus ojos se cerraron y esbozó una sonrisa mezcla de placer y de triunfo, sabor de la reacción que producía en mi cuerpo el deseo por él.

Nos amamos esa noche con una pasión desmedida. Qué bien sabe el contacto de la piel tanto tiempo reprimido, qué buen sabor dejan los besos que no sabemos cuándo volveremos a dar. No, no sabíamos lo que pasaría, pero me entregué por completo a él y él a mí. Con Iván no tenía la más mínima vergüenza, las posturas del *Kamasutra* se convertían en las más inocentes. Era capaz de hacer cualquier cosa para darle placer y él hacía lo mismo conmigo. Allí estábamos los dos sobre la moqueta de mi despacho, sin importarnos nada más que sentirnos el uno al otro, viajando sin descanso con nuestros dedos y nuestras bocas por el cuerpo desnudo del otro.

Al terminar, no podíamos decir nada; era tan pleno que no había palabras para expresarlo. Estábamos sudados; los fluidos de nuestros cuerpos se habían liberado y mezclado de tal manera que habían formado un extraordinario cóctel sexual.

Con poco aliento y con voz intermitente, Iván me dijo:

—Quiero estar contigo, lo tengo claro, lo tengo meridianamente claro.

—Te amo, lo sabes, y te lo digo con la boca llena, pero también sabes que no te puedo ofrecer lo que tú quieres: formar una familia. Cuando estuvimos juntos tuviste la delicadeza de no mencionarlo, pero te conozco y sé que ser padre para ti es importante.

—¡A la mierda la paternidad! Eso era antes de nuestra relación. Lo que quiero es estar contigo y lo demás es secundario.

—Eres muy joven. En realidad, pensándolo bien y después de lo que ha pasado, no quiero estar contigo dos o tres años más y que luego te vayas a cumplir tu sueño con otra. Sé que me destrozaría, lo sé, ahora lo sé, no tardaría solo unos días en levantar cabeza.

—Irene me gusta, sí, o eso creía. Pero estar con ella me ha hecho ver lo que significas tú para mí. A ti te adoro, te adoro. Ninguno de los dos creemos en las medias naranjas, pero si existieran, sé que tú serías la mía, solo ha habido un pequeño error en las fechas de nacimiento.

—Iván, mi niño —le dije con dulzura y en voz baja.

Cogí la cabeza de mi joven amante con las manos, la coloqué sobre mis pechos para cobijarlo y lo abracé con ternura, quizá en un arrebato de instinto maternal.

Me había entregado a aquel hombre que me hizo sentir en nuestra corta relación mucho más que en los veintitrés años que conviví con Víctor. No sé por qué hay personas que pasan por tu vida sin que apenas te dejen huella y otras que en poco tiempo te llegan a lo más profundo. Víctor era

el padre de mis hijos, sí, pero exceptuando eso, nuestra relación de pareja había sido aguada y lo había sentido, como hombre, amante y compañero, sin pena ni gloria. Por el contrario, Iván había llegado a lo más hondo de mi ser y, a pesar de todo lo sucedido, me resultaba en cierta manera maravilloso que a mi edad pudiera tener todas aquellas sensaciones y sentimientos hacia aquel hombre al que le llevaba más de veinte años.



## Capítulo 28

Los encuentros con Iván siguieron de vez en cuando en la oficina cuando ya no había nadie. Era inevitable. Al final buscamos un hotelito y nos veíamos allí. En ese periodo me sentí como una auténtica amante en la clandestinidad y he de decir que aquello también tenía su puntito. Iván era mi amado amante y nos encantaba, por unas horas, perdernos debajo de las sábanas, en nuestro escondite, en nuestro mundo paralelo.

Nos apañábamos para no levantar la menor sospecha. Nunca entrábamos ni salíamos juntos del hotel. Antes de llegar me paraba y miraba a uno y otro lado de la calle con el fin de comprobar que no había ninguna persona conocida. Como en una película de espías: secretismo total.

Pero la inteligente y perfecta Irene no tardó mucho tiempo en enterarse y removió Roma con Santiago para que nuestra relación finiquitara. Y lo hizo muy bien, como todo lo que hacía ella. En una semana dejaron la oficina y se trasladaron a trabajar a la otra empresa del grupo ubicada en Madrid. En un plis plas, Iván dejó su piso y se fue con ella, y yo no hice el menor esfuerzo para retenerle a mi lado. Podía haber intentado prolongarlo y que no se desmoronara lo nuestro, pero no quise apuntalarlo; tenía claro que ya no era nuestro momento. Tampoco me parecía que tuviera que reprocharle nada. ¿Qué le iba a reprochar, su juventud? Estaba triste, sí, pero todo ese periodo en el que me sentí su amante en secreto, fue un tiempo que saboreé al máximo sabiendo que el adiós era inminente.

Le echaba de menos en el trabajo y fuera de él, en el día a día. No sabía cuándo volvería a verle, y aunque sucediera en alguna ocasión, ya nada sería igual. ¿Nos haríamos los invisibles si alguna vez, casualmente, nos encontrábamos por la calle? ¿Qué nos quedaba de lo vivido? ¿Qué me quedaría de él? ¿Qué le quedaría a él de mí? Me imaginaba a su madre dando palmas y con una sonrisa de oreja a oreja. Por fin su hijo había encontrado a la mujer perfecta, que por supuesto, no era yo.

Si hubiera sido más joven, si hubiera podido darle un hijo, al pibón le habría dado una patada en el culo. Pero el hecho de no poder dárselo y su juventud me frenaron. En realidad, creo que era más conservadora de lo que pensaba.

Podía haber intentado tener un hijo con él con las técnicas de reproducción asistida, con un óvulo de donante o incluso con la adopción, pero nunca lo planteó, no me lo pidió. Yo tenía una edad, dos hijos y había pasado por una enfermedad. Tampoco podía proponérselo, pero si él me lo hubiera pedido no habría dudado.

Me intentaba hacer a la idea de estar sin él. Al principio, nos mandábamos algún mensaje de vez en cuando, pero luego dejamos de hacerlo. Todo se fue desvaneciendo y, simplemente, me fui acostumbrando a su ausencia.

Mi mente procuraba olvidarlo, sabedora de que retomar una relación con Iván sería casi imposible. Y con el tiempo y sin darme cuenta, volví a pensar mucho más en César. Pero no solo como una posibilidad sexual, creo que empecé a amar de verdad a aquel hombre a través de su

recuerdo. Ocupaba más espacio en mi mente. Mis pensamientos volaban de uno a otro, pero todo era fantasear, porque en el terreno amoroso volvía a ser una época estéril para mí.

Después de tanto tiempo, años en los que dejé de interesarme el sexo opuesto, por alguna razón, aunque no sabía cuál, habían aparecido en mi vida dos hombres diferentes, que me habían provocado y me habían hecho sentir intensamente. Si tuviera que haber elegido, no hubiese sabido con quién quedarme. Bueno sí, con los dos. La educación monógama nos ha dado mucho por saco.

Quizá no era idóneo para mí ninguno de ellos, uno por su juventud y el otro por su oscuridad y sus miedos para iniciar una relación. Pero en aquella etapa de mi vida me sentía ajena a las apariencias, los intereses y a la superficialidad de la «persona apropiada». Víctor, en principio, era el hombre adecuado para mí, pero en la práctica no lo fue. Quizá me había dado cuenta de que, en la vida, a veces, conviene lo que aparentemente no conviene; tal vez ya no quería perderme el sentir la locura de la pasión o me había vuelto una rara. Iván me había enamorado por sus cualidades, pero lo de César, lo de César era animal, sin explicación. Lo que me provocaba dejaba poco espacio a la razón. Me arrastraba por la insensatez, sin porqués y sin pretensiones de buscarlos. Lo amaba y lo deseaba, porque sí.

A veces nos enganamos más de los amores que no tenemos o de los que tememos perder, somos así. Lo cierto es que quería a dos hombres, pero por unas u otras razones no podía estar con ninguno, y eso me producía una tristeza infinita.

## Capítulo 29

*T*ranscurría el tiempo. Me sentía terriblemente sola y estúpida y no podía evitar darle vueltas y más vueltas a si había tomado las decisiones correctas. ¿Debía haber intentado mantener la relación con alguno de los dos? Uno me ofrecía algo así como amistad. ¿Podía haber empezado por eso? Otro me decía que, si tuviera que elegir, me prefería a mí... Podía haberlo cogido. Pero con César olí a distancia el miedo a iniciar una relación, e Iván había encontrado una mujer que, en principio, era lo que un joven como él debía desear: guapa, inteligente y que podía darle una familia. Recuerdo cuando insistí en casarme con Víctor. Él no necesitaba especialmente formalizar el amor, pero yo, erre que erre. Supongo que entonces creía que casándome tenía garantizado un hombre para toda la vida. ¡Qué idiota!

En otras ocasiones, pensaba que hice bien, que no me había equivocado. César tenía demasiados miedos y los tenía que superar él, e Iván, aunque sabía que me quería, también quería a Irene e imaginaba que negársela le haría pensar más en ella. Pensaría en ella cuando apareciera alguna que otra arruga en mi rostro, pensaría en ella cuando se adivinaran las canas en el nacimiento de mi cabello tintado... Sí, la verdad es que había cambiado, y «la Elisa de después» quería que el hombre que estuviera con ella viniera por sus propios pasos, sin empujones, porque intuía que era la única manera de tenerlo de verdad. No quería un hombre cerca con la mente lejos de mí.

Se acercaba mi cumpleaños, pero tenía pocas ganas de celebrarlo. Sabía que Julia y Michel se acordarían, pero los dos estarían fuera de la ciudad ese día y suponía que me llamarían por teléfono para felicitarme. ¿Y las chicas? Esperaba que no se acordaran. Yo no iba a decir nada, así a lo mejor pasaba desapercibido. Además, tampoco éramos de celebrar mucho los cumpleaños.

Llegó el día. Cincuenta y tres, uno más. Mis hijos me felicitaron los primeros, mis niños. La vida no tiene por qué ser mejor con hijos o sin hijos, simplemente es diferente, pero yo ya no podría vivir sin ellos, son lo más importante para mí. A veces he pensado, incluso, que estoy en este mundo porque tenía que haberlos parido. Bueno, un pensamiento chorra, como otro cualquiera.

A lo largo del día recibí la llamada de mi madre, mi hermana, amigos de siempre, que se encuentran lejos físicamente pero no en el pensamiento, amigos recientes... La verdad es que, aunque estaba para pocas celebraciones, era grato saber que importaba a la gente que era importante para mí.

Del resto de las chicas no sabía nada. Había quedado con ellas esa tarde, alrededor de las seis y media, pero no había recibido ningún mensaje de felicitación por el grupo. Estaba casi segura de que no se acordaban. Cuando es el cumpleaños de alguna, dos semanas antes, la cumpleañera empieza a decirlo y las demás tomamos nota, pero no fue el caso en aquella ocasión.

Nos vimos en el sitio convenido y Mayte comentó que tenía que ir a la tienda en la que habíamos estado la semana pasada a devolver una blusa. Parecíamos una pandilla de

adolescentes. Cuando íbamos de tiendas, muchas veces, nos comprábamos el mismo modelo, con diferente talla o color, pero igualito. Era algo que no nos importaba lo más mínimo. A nuestra edad teníamos claro que la personalidad de cada una era algo más íntimo. Así que nos fuimos todo el séquito a la tienda.

Pasados unos minutos, se pararon de golpe las tres y empezaron a canturrear.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todas, cumpleaños feliz.

La verdad es que me salió una sonrisa. No se les había olvidado, ¡qué majas! Pero ahí no quedó todo. Miré a mi alrededor y vi que nos encontrábamos justo en la puerta de un *sex shop*. ¿Qué hacíamos allí?

—Vamos a pasar. Tu regalo está dentro —dijo Cristina.

¿Qué regalo? No lo entendía, si fuera un objeto me lo hubieran envuelto y entregado. ¿La exhibición de un *boy*? Eso no se hacía en un *sex shop*, había salas para eso o fiestas privadas.

A pesar de mis interrogantes, pasé con ellas sin objetar nada, como si fuera un corderillo.

Ya dentro, dijo Ángeles:

—Hemos pensado, Elisa, que, como estás atravesando una época de escasez, el mejor regalo que te podíamos hacer era una buena polla. Por diversos motivos, no te podemos ofrecer una de verdad, pero con nuestro mayor cariño te damos a elegir la que más te guste del expositor.

Y repitió con énfasis... «La que más».

—Gracias, chicas, es todo un detalle, no esperaba menos de vosotras. —Las miré sonriendo.

Allá que nos fuimos, a la sección de pollas: más baratas, más caras, más grandes, más pequeñas, más gordas, más delgadas, más largas, más cortas, blancas, alguna negra, de doble uso, de distintos materiales... ¡Qué lío para elegir una!

Empecé a pegar un vistazo una por una. La verdad es que no había hecho nunca uso de ninguna, por lo que decidí llamar al dependiente para que nos asesorara y, entre las chicas y la información del dependiente, al final me decanté por una de ellas.

—Pues, esa, esa. —Señalé con el dedo.

—Vale señora, pero les tengo que decir que es la más cara con diferencia. Es lo último, el material usado se asemeja de una manera increíble a la piel: la textura, la consistencia, el tacto. Podría decirle que es casi real —dijo el dependiente.

—No, no, no, otra entonces, una más barata, si para el caso... —dije yo.

—Elisa, esa es la que más te gusta, pues no se hable más, esa es la que te regalamos —dijo Cristina.

—Porque tú lo vales —dijeron todas al unísono imitando el eslogan publicitario.

Y salimos las cuatro del *sex shop*, con mi polla primorosamente envuelta en papel de regalo con estampado de micropollitas. Se le sumó el billete de un viaje a Roma que entraba en el mismo *pack* de regalo. Las chicas se habían portado y yo pensando que no se acordarían. Me encantaron sus detalles.

Usé esa misma noche el regalo del *sex shop*. No es que tuviera muchas ganas, pero como esa polla era «la polla», decidí comprobarlo cuanto antes, y sí... no estuvo mal.

Al día siguiente era sábado, día de descanso, pero yo también me levantaba pronto para sacar a Rocco a su paseo mañanero. Pasada una hora subimos y me puse a hacer algunas tareas de la casa. En la entrada tenía un mueblecito, una cajonera antigua de madera de limoncillo que me había regalado Julia. Era un mueble precioso que me regaló en mi último gotero. Le había dicho que si lo pintaba de blanco no le volvería a hablar. Era un sacrilegio embadurnarlo de pintura, tenía un acabado exquisito. Y de muebles sabía algo.

Sobre él descansaba una urna de metacrilato anclada en la encimera de la cajonera, y en su interior una muñeca de porcelana, herencia de mi abuela. La urna me la hicieron por encargo, ya que en una ocasión se me cayó la muñeca al suelo y se le rompieron varios dedos de una mano. Como la tenía en gran estima, no quería que volviera a suceder.

Me quedé mirando a la frágil muñeca durante un largo rato, allí metidita en una urna, tan protegida. Y de repente pensé: «¡Qué narices! ¿Dónde va a estar más segura que en el fondo de un armario?». Y ni corta ni perezosa me fui al armario donde había guardado el regalo de mis amigas para que no lo encontraran los chicos y cambié la muñeca por mi esplendorosa polla, colocándola dentro de la urna. Al terminar, contemplé a una cierta distancia como quedaba. Me pareció de lo más cómico y solté una gran carcajada al instante.

Cuando se levantaron mis hijos y se dieron cuenta del cambio, me miraron y me dijeron entre risas.

—¡Estás loca, mamá!

—Pero ¿por qué? Es el regalo de cumpleaños que me han hecho Mayte, Cristina y Ángeles. Ya sé que estas cosas se guardan en los sitios más ocultos para que no se encuentren, pero, mirad por donde, vuestra madre ha decidido que nada de esconderlo en cajones o armarios. Lo pongo en la entrada porque me da la gana, y al que no le guste, que no mire.

El chisme en la entrada dio mucho juego. No dejó a ninguna visita indiferente, y yo me partía ante algunas miradas y comentarios. Creo que me estaba dando más vidilla en la urna que dentro del lugar para el que se había diseñado.

Todavía no había recibido la visita de mi madre, pero ese día llegó. Mi madre, desde luego, era una mujer abierta para su edad. Creo que siempre me dio buenos consejos, priorizaba lo que consideraba que era bueno para mí sin importarle la opinión de los demás ni los encorsetamientos sociales. Pero cuando vio a la nueva muñeca dentro de la urna, sin pelo en la cabeza ni vestidito de volantes rematado con puntillas, por muy moderna que fuera, le salió un:

—¡Te has pasado, Elisa!

—Mamá, es solo una gracia, ya la quitaré cuando me canse de verla —le dije.

—¿Sabes a qué me recuerda, hija? A esa especie de urnas de madera con el frontal de cristal en las que se llevaba a los santos y permanecían cada semana en una casa distinta de la vecindad. Iba rodando de unas casas a otras hasta que de nuevo volvía el turno a la tuya y vuelta a empezar.

—Oye, mamá, me estás dando una idea. Le pondré unas velitas alrededor y la semana que viene se la pasaré a mi vecina de la puerta seis, que a la pobre le ha dejado el marido recientemente y estará necesitada. ¡Ah!, pero antes la meteré en el lavavajillas, para dejarla bien limpia.

Las dos nos arrancamos a reír.

Después, mi madre, con un tono un tanto solemne, me miró tiernamente y, desde el corazón, como solo las madres lo saben hacer, me dijo:

—Lo que yo quiero hija... es que tú estés bien, con una de verdad o con una de mentira.

—Lo sé, mamá, lo sé. —Y la abracé con el mayor cariño.

Para mi madre, si el consolador en la urna había servido para sacarme una sonrisa, ese era de momento su sitio. Así era mi madre: estupenda.

## Capítulo 30

Llegó el viaje. Íbamos ilusionadas, aunque ya habíamos estado todas allí, pero Roma siempre es Roma. Como ya habíamos viajado en otras ocasiones, conocíamos el Foro, las Catacumbas y lo que era la Roma antigua, por lo que no pretendíamos hacer esas rutas turísticas. A mí, en concreto, me apetecía ver una exposición antológica de Boldini y alguna otra de pintores italianos actuales. No tenía ganas de ver arte pictórico con los aforos llenos. Se necesita un momento de intimidad para saborear lo que ves y recrearte en la contemplación.

Intentaríamos evitar en la medida de lo posible las aglomeraciones y no ir como ovejas de un inmenso rebaño, pegadas unas a otras sin poder balar. Lo que buscábamos era callejear por la ciudad, disfrutar de sus plazas, cenar o comer en alguna terraza del Trastévere y oír hablar en italiano. Me encanta el italiano, todo suena más hermoso.

Michel nos había hecho un encargo muy peculiar. En una de las maletas llevábamos un par de sus Madelman y algunos complementos, con la finalidad de hacerles algunas fotos en los lugares más emblemáticos de Roma. No le supimos decir que no, y, de vez en cuando, los sacábamos con disimulo de la mochila y los fotografiábamos como si de unos turistas se tratara. ¡Lo que se hace por los amigos!

Nos alojamos en un apartamento en la Vía Labicana, cerca del Coliseo. Era un coqueto apartamento con un patio interior lleno de plantas. Cuando llegamos nos recibió Salvatore, el propietario, un hombre de unos cuarenta y tantos. No era la imagen del típico italiano, pero claro, no todos los italianos van a ser guapos y seductores. Llegó y, tras explicarnos las cuatro cosas que teníamos que saber, se marchó por donde había venido. Demostró tener poco encanto, por lo que a ninguna se nos ocurrió retenerlo por más tiempo.

Desayunábamos en el apartamento y salíamos a recorrer la ciudad. Decidíamos por la mañana la ruta y la modificábamos sobre la marcha. Improvisábamos, sin programar demasiado. Por otro lado, aunque hubiéramos intentado planificar, no nos habría salido bien; los constantes olvidos de Cristina nos hacían variar la ruta cada dos por tres.

Cristina llevaba unas gafas de sol de la marca Vogue con montura de pasta de color rosa palo. Se las había regalado su marido en uno de sus últimos cumpleaños. Eran bastante caras. Se las colocaba normalmente sobre la cabeza a modo de diadema cuando entrábamos en algún local cerrado, pero a veces se las quitaba de manera distraída y las dejaba en cualquier sitio, haciéndonos volver sobre nuestros pasos a rescatarlas. Curiosamente, siempre las recuperábamos.

Aquella noche tomamos unas cervezas en una tasca cerca del apartamento. El local era pequeño, estaba lleno de gente y fuera había unas sillas y algún taburete sin mesa, por lo que decidimos sentarnos al aire libre con nuestras birras en la mano. Cerca de nosotras, un grupo de maduritos italianos, más o menos de nuestra edad, nos echaban un ojo de vez en cuando, a lo que nosotras respondíamos con una ligera sonrisa. No dejaba de resultar gracioso: la coquetería parece que tampoco se pierde con la edad.

Se reían en alto. Nos fijamos en especial en uno de ellos, realmente seductor. Su acento y la gracia en contar las cosas, aunque no acabábamos de entenderlas, lo hacían más atractivo todavía.

Terminamos las cañas y nos marchamos de la tasca, pero, por enésima vez, Cristina se dejó las gafas. Cuando volvimos a recuperarlas nos encontramos al guapo italiano que, nada más vernos entrar, se las colocó con la mano derecha, mientras que con la izquierda hacía ademán de atusarse el tupé. Desde luego estaba gracioso y provocó nuestras risas al ver esas gafas tan femeninas sobre la nariz del atractivo y varonil *gentleman*.

Se presentó y tomamos otra ronda de cervezas con él. Se llamaba Paolo. Estaba divorciado, según nos contó. Su exmujer era española, por lo que hablaba a la perfección el castellano. Nos gustó a todas, pero se veía una química especial con Cristina, era evidente.

Paolo dijo que tenía cincuenta y siete años, aunque no lo parecía. Vestía unos vaqueros con unos parches en la parte delantera del pantalón, de un tono azul más oscuro, que le daban un aire juvenil. Sus ojos azules y su pelo canoso ligeramente largo y ondulado, me recordó a César, y en ese segundo le eché de menos. Sonaba una canción de Gigliola Cinquetti que decía «yo volaré junto a ti a las puertas del cielo y al confín de los mares...». ¡Me hubiera gustado tanto haber tenido una relación con él! Con César todo fue fugaz y me quedé con ganas de volar junto a él. Por un instante, hubiera dado lo que hubiera sido porque estuviera allí conmigo y poderle besar hasta que me cansara.

Invitamos a Paolo a cenar en el apartamento. Era encantador, muy simpático, romano de pura cepa. Nos ayudó a realizar la ruta del día siguiente. Nos informó de los mejores restaurantes donde servían auténtica comida romana y hacían las mejores alcachofas a la judía que tendríamos el gusto de probar. Hubiera sido ideal tenerlo de cicerone, pero era arquitecto y se tenía que marchar unos días por motivos de trabajo a Milán, aunque quedamos en vernos el día anterior a nuestra partida.

Al día siguiente, por la noche, fuimos a la Fontana de Trevi. Cristina llevaba en su bolso un monedero con el bote del dinero que habíamos puesto para los gastos comunes en Roma y, precisamente, fue a ella a la que intentaron robar. Los ladrones metieron la mano en el bolso. Cristina se dio cuenta de la maniobra cuando ya tenía abierta la cremallera. No sabía qué le habían quitado, pero al grito de «¡Me han robado!» intentamos ir detrás de los amantes de lo ajeno. Fue imposible, los dos raterillos se perdieron por las calles que daban a la plaza. Cuando revisó sus pertenencias, por suerte, lo llevaba todo, a excepción ¡cómo no...! de sus gafas. Eran lo primero a lo que se accedía en el interior del bolso y a los ladrones no les dio tiempo de hurgar más. Parece ser que las gafas querían quedarse en Roma.

De vuelta al apartamento, casualmente, nos encontramos a los rateros en el metro. Ellos también hacían sus particulares rutas turísticas. Los arrinconamos y acorralamos entre las cinco. Se negaban a devolvernos las gafas diciendo que no las tenían, por lo que al final decidimos ofrecerles algunos euros para recuperar de nuevo las dichas gafas, evitando luchas y desgaste de energías.

Al final, parece que las gafas no querían quedarse en Roma. No sabía si serían algún símbolo de algo o tendían algún papel que realizar al volver a España, pero no dejaba de ser curioso lo que estaba pasando con ese objeto que parecía tener vida propia.

## Capítulo 31

A Cristina la llamábamos «el oráculo». Cuando nos enfrascábamos en discusiones en las que discrepábamos dando lugar a distintas opiniones, ella escuchaba, permanecía callada y al final de tanto parloteo todas la mirábamos esperando su parecer.

Valoraba las opiniones de todas, los indicios y daba un veredicto basado en la coherencia, la racionalidad y aportando una visión más allá de lo que las demás éramos capaces de ver. Cuántas veces acertó con los múltiples novios de Mayte. Enseguida sabía de qué pie cojeaban: este tiene varias amantes; aquel te oculta que tiene pareja oficial y disfraza que a ti te quiere solo para tener sexo; a aquel otro, en realidad, lo que le pone es el sexo wasapeado, le va lo virtual y no va a llegar a mucho más contigo. Ella parecía tener el poder de la clarividencia y las demás, como bobas, hacíamos cábalas y conjeturas sin respuesta.

Por esa razón nos extrañaba la ausencia de la reina de la rectitud, la cordura, la sabiduría y el buen juicio. Rondaban las doce de la noche y, después de varias horas sin saber nada de ella, todavía no había dado señales de vida. Estábamos preocupadas. ¿Dónde se habría metido?

También nos pareció un poco impresentable el famoso Paolo, del que estuvimos hablando durante todo el viaje. Al final, no vino a despedirse. Y nosotras babeando por el Apolo romano...

A las dos de la mañana recibimos un mensaje.

«Estoy bien, estoy con alguien, no os preocupéis, ya os cuento mañana».

Y pasadas las nueve de la mañana apareció por el apartamento Cristina con cara de felicidad.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Dónde has estado? ¿Y con quién? —preguntaba Julia.

—Con Paolo, fuimos a cenar.

—¿Y? No pasa una toda la noche cenando —dijo Ángeles.

—No, claro que no. Paolo habla perfectamente el castellano, pero esa musicalidad en su voz, las cosas que me decía, esos ojos...

—Todo eso lo sabemos. Al lío, no me puedo creer que te hayas ido a la cama con él —intervino Mayte.

—Pues no te lo creas, pero me he ido.

Al oír esas palabras no pudimos reprimir abrir la boca del asombro. Nos quedamos mudas. De cualquiera de nosotras, incluso de Julia, que parecía haber renunciado a volver a sentir la piel de un hombre, no nos hubiera extrañado, pero ¿de Cristina? Estaba desde los veintidós años con Juan y siempre le había sido fiel. Eran un matrimonio aparentemente sin mucha pasión, pero se llevaban bien, se respetaban y sabía que si a alguno de los dos se le hiciera la pregunta de cómo preferiría su vida, con su pareja o sin ella, la respuesta sería clara, contundente y sin un ápice de duda: su vida era mejor estando juntos.

—Cuenta, ¿cómo fue la noche? Nos tienes en ascuas —dije yo.

—Sé que os disteis cuenta de las miraditas con Paolo. Parece que le gusté desde el primer momento y a mí me pasó lo mismo. Desde que conocí a Juan no había vuelto a tontear con un hombre. Me pidió el teléfono el día que lo conocimos. Yo dudé, pero se lo di, y me llamó ayer



para invitarme a cenar. Le dije que me lo pensaría, que estaba con vosotras, bueno, una excusa, pero al final me animé y... ¿por qué no?

—Desde luego, eres reservada. No nos habías dicho nada —intervino Julia.

—Sigue, que nadie interrumpa —dijo Ángeles de una forma un tanto autoritaria.

—Decidí acceder a su invitación, sabiendo lo que podía pasar. Y no fue la conversación, su mirada ni el vino, aunque, por supuesto, todo hizo su papel. Simplemente, quise hacerlo. Fui a tener un encuentro sexual con Paolo. Hacía mucho tiempo que no tenía verdaderas ganas de estar con un hombre. Yo, la sensatez y la prudencia, decidí dejar esas virtudes de lado y dejarme llevar. Quise perder el control por una noche, quizá, porque soy consciente de mi capacidad para recuperarlo. Lo cierto es que me muero por ese hombre, pero voy a volver a mi vida. No sé lo que ha supuesto para él, no sé si seré una más en su histórico amoroso, pero hace tiempo que no me sentía tan viva. Y esa sensación me hacía falta, me hacía falta sentirme viva para poder continuar con mi vida. No me voy a culpabilizar y paso de eso de la sinceridad. Si se lo digo a Juan voy a estropearlo y desconfiará de mí. No le diré nada a mi marido. —Nos miró con fijeza a cada una de nosotras y nos dijo—. Nos vamos a callar todas como putas.

Nosotras asentimos a su petición como autómatas inexpresivas, moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Vamos, que después de treinta años comiendo solo entrecot, aunque fuera de primera, un buen *risotto* te ha sabido a gloria —dijo Mayte.

—¡Vaya! Luego te metes con las metáforas y las comparaciones de Elisa, pero veo que tú también las bordas. Pues sí, el *risotto* me ha sabido a gloria, pero vuelvo al entrecot de todos los días.

Nos dimos cuenta de que no llevaba su anillo de casada y Cristina no se lo quitaba nunca.

—No llevas el anillo, ¿no se te habrá olvidado en la habitación? —preguntó Julia.

—Si te lo has olvidado, no vayas a buscarlo. Qué manía tenéis algunos de ir marcados como reses de una ganadería, dando imagen pública de una posesión, de un título de propiedad —dijo Mayte.

—Mujer, ¿de qué posesión o título de propiedad hablas? El anillo significa amor y fidelidad —dijo Julia, que seguía llevando su anillo de casada.

—Pues tú te lo podrías quitar ya. ¿A quién le eres fiel, a un muerto? —apuntilló Mayte.

A Julia se le humedecieron los ojos al instante.

—Mayte, no sé de dónde sacas a veces ese ramalazo de dureza. Créeme que no lo entiendo —dijo Julia con la voz entrecortada.

—Lo siento, perdóname, tienes razón, soy una burra, una burra.

Hubo un silencio y después continuó Mayte hablando, alargando las palabras y con una seriedad a la que no nos tenía acostumbradas.

—El amor debería ser algo íntimo, sin alardeos. ¿Para qué coño sirve la fidelidad? ¿Tan importante es la fidelidad del cuerpo? ¿Qué sentido tiene vivir eternamente castrados? ¿Por qué el amor tiene que ser exclusivo?

Remató sus interrogantes con un comentario y una sonrisa desganada.

—¡Me río yo de la fidelidad! Hasta la santa de Cristina ha caído.

La verdad es que Mayte siempre daba un halo de libertad a sus comentarios que nos hacía reflexionar y romper nuestros corsés.

—Bueno, sigo o me callo —dijo Cristina, sin paciencia.

—Sí, sí, claro, claro, continúa —repetimos cada una de nosotras.

—Pues no me olvidé el anillo en la habitación, me lo quité y lo guardé, pero no lo escondí por ocultarle que estuviera casada, le dije abiertamente que lo estaba. Me lo quité porque fui yo la que quise olvidarme de que lo estaba. No quería pensar en mi marido, no quería ver ningún símbolo que me recordara a él y que de alguna forma lo hiciera presente cuando recorriera el cuerpo de Paolo, cuando me deleitara pasando mi mano por esa piel nueva tan apetecible. Esta noche ha sido mía y de mi amante. Juan no pintaba nada en ella.

—Desde luego, seguimos con la boca abierta —dije yo.

—Siempre me he mostrado juiciosa y sabéis que he hecho alguna que otra crítica del *modus operandi* de Mayte, que es la más loca de todas. Incluso de ti, Elisa, antes tan moderada y que ahora te has soltado la melena, supongo que en un intento de recuperar el tiempo y de no perderte más vida de la vida. Pero yo también he querido desinhibirme, romper las reglas, abandonarme y dejarme llevar por mis instintos, sin pensar en más, en las consecuencias, en si está bien o mal. Lo necesitaba, aunque solo fuera por una noche.

—Si nadie te está juzgando —intervino Julia.

—Ya, ya lo sé, he querido contaros lo que siento. Si me dieran a elegir, en el día a día, no cambiaría a Juan por otro hombre; estoy muy bien con él y le sigo queriendo. Pero todo es tan correcto, tan ordenado, tan previsible y planificado... Falta chispa, y esa chispa me la ha dado Paolo. Aunque quiero seguir con Juan, sé que tendré que hacer un verdadero esfuerzo para no pensar en Paolo. Sí, tendré que hacerlo, porque ha hecho que me sienta única. Ha sido un amante diez. Me parece mentira que a mis cincuenta y tantos haya saboreado el sexo de esta manera.

—¡Ay, mi Cristinita! Sigue con tu Juan si eso es lo que quieres, pero vuela, no te reprimas, vuela de vez en cuando con la mente, que con la mente se puede volar a donde quieras —dijo Mayte.

Terminamos de hacer las maletas y salimos hacia el aeropuerto. El vuelo iba a durar poco más de hora y media. En el avión me senté al lado de Cristina. Antes de llegar al aeropuerto de Manises, vi como mi amiga sacó su anillo del oscuro fondo de un bolsillo de su bolso, se volvió a colocar la alianza en su dedo anular y, cuando bajábamos por la escalinata del avión, se puso sus Vogue rosa palo.

Al llegar, Juan nos estaba esperando. Fue a abrazar a su mujer y la miró de una manera especial, como si hubiera intuido que no solo había estado lejos de él físicamente y le quisiera decir con la mirada: «Eres mi amor y nadie te va a querer como yo», pero los ojos de Cristina seguían tapados con sus gafas de sol porque sabía que su marido conocía muy bien sus miradas.

La besó y le dio un largo abrazo.

—Se me ha hecho eterna tu ausencia. Te he echado mucho de menos, cariño.

A lo que Cristina contestó:

—Hombre, ¡que no han sido tantos días!

Cristina podía haber dicho el típico «y yo también». Aunque había tomado la firme decisión de ocultarle la infidelidad de la noche romana a su marido, yo, que la conocía, sabía que tenía meridianamente claro que ese engaño no traspasaría la línea que le hiciera caer de lleno en la hipocresía.

El *affaire* de nuestra amiga se quedó en Roma y nunca volvimos a hablar de él. Como nos solicitó Cristina, todas nos callamos como putas.

## Capítulo 32

*H*abía pasado más de un año desde la marcha de Iván. Eran casi las siete de la tarde, faltaban más o menos unos cinco minutos para salir del trabajo y estaba recogiendo la mesa, cuando miré el WhatsApp. ¡No daba crédito! Era un mensaje de César, de hacía veinte minutos: «Hola Elisa. Espero que estés bien. Estoy aquí abajo. Por favor, me gustaría verte. Te estoy esperando. ¿Bajas? ¿Quieres verme?».

No me lo esperaba. Había pasado mucho tiempo. ¿Qué quería ahora? ¿Se había replanteado las cosas? ¿Por qué quería verme después de tanto tiempo? Igual me había echado de menos. ¿Habría pensado en mí?

No le contesté, su mensaje me perturbó demasiado, pero, automáticamente, agarré la bolsa de aseo que guardaba en el cajón y me dirigí al servicio. Me miré delante del espejo y me contemplé durante unos instantes sin hacer el menor movimiento, sin parpadear siquiera. Solo me miré, y la imagen que me devolvió el espejo fue la de una mujer todavía hermosa.

Me vino de repente el recuerdo de cuando estaba en el sexto gotero y llegó Julia a casa con la intención de sacarme a dar una vuelta. En aquella época salía poco. Por casa iba sin la peluca — mis hijos se habían acostumbrado a verme así—, y solo el hecho de tener que ponérmela para salir a la calle se me hacía cuesta arriba. Se me habían quitado las ganas. Mis amigos ya reconocían mis evasivas, y ya no se me ocurría qué motivo argumentar para no poner un pie en la calle.

Cuando bajábamos por el ascensor nos pusimos de frente a la luna del espejo. Julia siempre ha sido una mujer resultona, aunque en aquella época, cuando venía a verme, se moderaba y no quería excederse en el arreglo personal para no contrastar conmigo. Iba tan guapa como de costumbre. Yo me arreglé como pude, quizá en exceso para que no se notara mi deterioro por el tratamiento. No tenía cejas ni pestañas, me pasé con la pintura en la cara, mis coloretes se asemejaban a los de una muñeca pepona y llevaba mi peluca ¡Qué harta quedé de aquella peluca!

Las dos sonreímos. Nos conocíamos demasiado y sabíamos que estaba horrible, que la mujer que se reflejaba en la luna del ascensor tenía poco de la coqueta Elisa. Las dos pensamos cuánto estaba afectando la enfermedad a mi imagen, pero ninguna dijimos nada, nos quedamos mudas.

Sin embargo, la mujer que se miraba en el espejo del aseo era una mujer radiante, llena de vida y con ganas, con verdaderas ganas de disfrutarla. Cogí la brocha, el rímel y el pintalabios, me di un retoque, me dirigí a la mesa del despacho sobre la que había dejado el móvil y contesté a César: «Síiiiiiiiiiiiiiiii».

Sin una duda, sin un reproche, sin disimulos. «Síiiiiiiiiiiiiiiii». César era mi deseo pendiente. Me había hecho revivir como mujer y me moría de ganas por volver a ver a aquel hombre. Agarré mi bolso y mi abrigo y bajé corriendo por las escaleras sin esperar al ascensor.

Cuando llegué a su encuentro, allí estaba él. Evocaba el pasado, apoyado en la puerta de su Mercedes blanco, con una preciosa sonrisa, con una sonrisa que se ensanchaba a cada paso que me acercaba a él.

Me tendió la mano y yo la cogí al instante. No hubo palabras, pero con su mirada me decía que quería empezar algo conmigo, que había soltado el freno, que estaba seguro. Nos abrazamos y nos besamos, como si nada hubiera pasado, como si no hubiera transcurrido tanto tiempo desde la última vez que nos vimos, como si fuéramos una pareja de amantes que la noche anterior hubiera estado haciendo el amor.

## Capítulo 33

Nos sentamos en el coche, me volvió a coger la mano y ya no la soltó. Intentaba cambiar las marchas sin dejar de sujetarla. Se le veía feliz. Me dijo que venía con miedo por mi posible rechazo, pero que cuando leyó mi contundente «Sí», habría saltado de alegría.

Hablamos poco, creo que ninguno queríamos hablar del pasado. Estábamos juntos y lo demás, ¿qué más daba?

Fuimos a tomar algo y en seguida me hizo la pregunta.

—¿Dónde quieres que vayamos? ¿A un hotel? ¿A mi casa?

—Llévame a donde quieras —le contesté rápidamente.

Y me llevó a su casa. Nunca había estado allí. No me había dicho dónde vivía y nunca se lo pregunté. Me acordé de la primera vez que Iván me llevó a su apartamento para hacer el amor. ¡Qué locura de chico! Con César suponía que sería más tranquilo.

Tenía estanterías llenas de libros, creo que cientos, y de discos de vinilo, fotografías... Le gustaba la fotografía y se había presentado a algún que otro concurso. Me enseñó un par de fotos por las que había obtenido un premio.

Pregunté si podía ir al servicio. Dejé mi abrigo en un sillón orejero y entré en el aseo. No tenía necesidad, pero estaba nerviosa. Había pasado mucho tiempo desde que le conocí y todavía no había estado con él en la intimidad. Demasiado deseo acumulado. La primera vez con Iván fue pensado y hecho. O, mejor dicho, hecho sin pensar. Pero con César era diferente. Todo era tan lento y lo había deseado tanto, tanto... Él me dijo en una ocasión que igual me decepcionaba y no me ofrecía el sexo que deseaba. Pero ¿y yo? Seguramente le decepcionaría yo. Se me hacía cuesta arriba enfrentarme a un cuerpo nuevo por mucho deseo que tuviera por él.

Y ahí estaba, otra vez frente a un espejo, sumergida en mis pensamientos.

Al poco rato oí la voz de César.

—Elisa, ¿pasa algo?

—No, nada.

César abrió la puerta y entró como su madre lo trajo al mundo. Se situó detrás de mí, pegado a mi espalda. Reconocí su abrazo, ese abrazo tan especial, tan de él. Me puso las manos sobre la cabeza peinando con sus dedos mi melena, de tal manera que solo ese movimiento me parecía de lo más placentero. Empezó a desabrocharme los botones de la blusa, despacio, con delicadeza, uno a uno, y me la quitó. Después el sujetador. Lo dejó caer al suelo y empezó a masajearme los pechos como solo él lo sabía hacer. Suavemente, pero con la presión justa, acariciaba con la yema de sus dedos los pezones y comenzó a hacer pequeños círculos que me derretían por completo. Bajó la cremallera de la falda, que al instante se deslizó por mis piernas, y me fue quitando el resto de la ropa hasta dejarme desnuda por completo. Siguió recorriendo mi cuerpo con sus manos, la parte interior de mis muslos, mi sexo. Mirábamos los dos al espejo y nuestras caras reflejaban la expresión del placer. La mirada y la transformación de los rasgos del rostro de César

acrecentaban mi deseo por él. Nunca había contemplado ese rostro tan claramente embargado por el goce. Ver cómo se desarrollaba la escena nos excitaba todavía más.

Necesité sentirme más activa en aquel ritual. Me di la vuelta y nos encontramos cara a cara. Todo se desbordó. Acompasaba sus gemidos a los míos. Nos olíamos de una manera animal. Me encantaba el olor de su cuerpo, el vello de su pecho, sentir la presión de su miembro. Todo rodó solo. Teníamos deseo y nos dejamos llevar, sin expectativas de llegar a un orgasmo increíble, solo disfrutando el uno del otro. Y eso es lo que hicimos, disfrutar del sabor y del olor de la piel del otro.

Ni siquiera acabamos en la cama. Fue en el salón, encima de una manta de cuadros verde que colocó en el suelo y al terminar, le pregunté:

—¿Por qué decías que no me ibas a ofrecer el sexo que yo quería? ¿Por qué, cielo? Me ha encantado.

—¿De verdad?

—Síiiiiii. No sé qué te he parecido yo. La verdad es que estaba cagada de miedo.

—Me ha gustado mucho estar contigo. Si te dijera que me ha sorprendido hasta como me he comportado... Yo follaba, Elisa: mamada, mete y saca, corrida y cada mochuelo a su olivo. Pero contigo he hecho el amor y hace mucho tiempo, mucho, que no lo hacía.

—¿Eres de los que separa una cosa y otra?

—¿Tú no?

—No sé, es que yo quiero que me folles y que me hagas el amor.

Nos miramos y nos quedamos un rato en silencio. Estábamos totalmente relajados. Se nos veía a los dos con ganas de dormir y le dije:

—Bueno, hablando de otra cosa, ¿me dejas una rama de tu olivo o me voy al mío?

César rio con una explosiva carcajada, poco habitual en él.

—Eres muy graciosa. ¡Oh, corazón! Quiero que duermas a mi lado... Tu olivo es este.

## Capítulo 34

*M*e instalé en el olivo de César. No me lo pensé, me liberé de mis prejuicios sobre la convivencia y decidí irme a vivir con él. Agarré algo de ropa, el «joyerío», mi rímel, algún que otro pintalabios, mi ordenador, un caballete de viaje, unos pinceles y unos óleos, y coloqué todas esas cosas en su casa con el mayor cuidado y discreción, tratando de violar lo mínimo posible su espacio. Y así empecé a vivir con él.

La verdad es que tenía algo de miedo por cómo saldrían las cosas, aunque fui con el firme propósito de que fueran bien. César no era un hombre fácil. Su humor era oscilante, su cabecita un tanto caótica y, aunque sus sesiones de psicoanálisis se habían espaciado, las seguía necesitando. Yo era flexible y camaleónica, y decidí limar mis aristas lo mejor posible para ser la pieza que encajara a la perfección en su puzle. Tenía claro que, en un principio, sería yo la que tendría que adaptarse más a él, aunque esa especie de sumisión también sabía que a la larga me reventaría. ¿Cómo podría guardar un cierto equilibrio?

Mis hijos eran bastante mayores. Desde la separación de Víctor, aunque teníamos custodia compartida, por unas u otras razones, habían vivido mucho más tiempo conmigo. En aquella época, si bien pasaban fines de semana con nosotros, vivieron con su padre. Con Gloria se llevaban bien, y yo iniciaba una relación con un hombre un tanto peculiar. Rocco iba y venía en el mismo *pack* de mis hijos. César no era mucho de animales, pero Rocco le cayó bien: el peludo tenía don de gentes y se metía en el bolsillo a cualquiera.

La convivencia era tranquila. Yo, por mi trabajo, estaba durante la semana muchas horas fuera, pero comíamos y cenábamos siempre juntos. Era un excelente cocinero, un experto en cocina francesa y española. Incluso le gustaba elaborar nuevos platos aunando las dos y dándole su peculiar toque. Creo que fue la época que mejor comí. Le gustaba ir al Mercado Central y pasearse para encontrar los productos de mayor calidad. El sábado le acompañaba, casi siempre iba a los mismos puestos. Le conocían. Me explicaba cuál era el mejor pescado, de dónde procedía y qué características debían tener las frutas y verduras. A mí, que tenía un repertorio que no iba más allá de un filete vuelta y vuelta, una ensalada o unos macarrones a la boloñesa, me resultaba enriquecedor tanto conocimiento culinario.

Las tardes de los fines de semana nos quedábamos en casa y ponía música de fondo. Escuchábamos a los clásicos, *jazz*, *blues*, fados y música brasileña. Yo tenía poca cultura musical, pero también aprendí con él a saber escucharla y a disfrutarla.

Generalmente, abría mi caballete y emborrataba algún lienzo mientras él se sentaba en uno de los dos sillones orejeros y se ponía a leer uno de sus infinitos libros. Algunos los había leído dos, tres o cuatro veces en distintas etapas de su vida y me decía que cada vez que los leía encontraba un nuevo matiz.

Con él retomé otra vez la pasión por la lectura. Me descubrió autores que no se encontraban en los círculos comerciales de los *best sellers*, pero que tenían una lectura enriquecedora y audaz que se salía de los convencionalismos y las modas.

Se sentaba en su sillón y, para tener mejor luz, encendía una lámpara de diseño plateada que parecía un secador de pelo de una peluquería de mujeres y que transportaba a todos los sitios donde leía: a la cama, a la cocina, incluso al váter. Una tarde que lo vi tan concentrado en su lectura, con sus gafas que le resbalaban casi hasta la punta de la nariz, se me ocurrió levantarme de la silla donde estaba pintando, coger la lámpara y colocársela encima de la cabeza como si fuera un secador. Tal cual. Y le dije: «Señora, tiene que esperar veinte minutos más, si no la permanente no le va a coger bien».

Si eso se lo hubiera hecho a Iván hubiera soltado una carcajada de tres pares de narices, pero con César... César era tan serio. ¡Uf!

Pero sí, sonrió, no se molestó. ¿Empezaba a tener más sentido del humor o a entender y a respetar el mío?

En otras ocasiones, le daba por fotografiar lo que estaba pintando. Me avergonzaba un poco que le diera tanta importancia a lo que hacía, no era ninguna artista de renombre. Decía que le gustaba fotografiar la evolución del cuadro, que la pintura era un arte especial en el que no había principio ni final porque todo estaba en el momento en el que se termina el cuadro. Me explicaba: «No es como otras disciplinas. Aquí no hay capítulos, ni imágenes sucesivas, ni notas que componen una pieza musical. Todo está en el momento final de la contemplación, pero hay un recorrido y eso es lo que quiero recoger con las fotos». Me sentía una auténtica inculta, pero no me importaba. Me mostraba receptiva a lo que me aportaba y me embobaba escucharle hablar.

Los tres o cuatro primeros meses andaba con pies de plomo. Intentaba no molestarle lo más mínimo, respetar sus silencios, sus cambios de humor, sus ganas y sus desganadas. Alguna que otra vez íbamos a salir y cambiaba de idea a última hora. Le dejaba de apetecer sin más, y yo me cambiaba de ropa y no le transmitía ninguna queja. César era un buen hombre, no tenía ninguna duda, pero los neurotransmisores de su mente no funcionaban como los de la mía. A veces me parecía que solo era una víctima de su química cerebral.

Pasaron esos primeros meses de adaptación y las cosas fueron mejor de lo que esperaba. Él se relajó y olvidó sus prejuicios. Veía que disfrutaba de que llenara sus silencios con mi voz, de compartir su vida conmigo.

Las concesiones que había hecho para que funcionara habían merecido la pena. Mi esfuerzo por amoldarme a él estaba dando su recompensa. Me sentía a gusto a su lado. César envolvía lo cotidiano de tal manera, que dejaba de serlo. La convivencia era cada vez más fácil. En lo emocional, estábamos bien; y en lo sexual, ¡cuánto me gustaba! Y no sabía el porqué, pero a veces, las debilidades que le hacían sentirse vulnerable me hacían quererle más. De César, como decía Julia de su marido, «amaba incluso sus deliciosas imperfecciones».

En ocasiones iba por la casa ligera de ropa y, de repente, me lo encontraba por sorpresa. Se lanzaba sobre mí como un animal carnívoro a la caza. Me abrazaba por la espalda y empezaba a comerme. Me encantaban esos abrazos que sabía en qué acababan. Cada vez que hacíamos el amor era especial. Nos balanceábamos vehementes. Transitábamos desde lo más tierno a lo más salvaje, de las azucaradas miradas que ensanchan el corazón a la sensorialidad de la pura piel. Me sentía en una fusión perfecta con él. Se disipaban las líneas divisorias y no se adivinaba dónde acababa mi boca y empezaba la suya, dónde terminaba mi pubis y continuaba el de él; mi piel era la suya y su piel era la mía.

Cada hombre es diferente. Cada época de tu vida también. Y a cada pareja le das o recibes algo distinto. A César le amaba de una manera visceral. Era singular, diferente a todo lo que había conocido; simplemente, me encantaba aquel hombre y mi vida con él.



## Capítulo 35

*E*stábamos desayunando cuando recibí la llamada de Julia. Cogí el móvil y le dije a César por lo «bajini»:

—Es Julia. Sí, Julia, dime —le contesté.

—Hola, Elisa, ¿has visto lo que ha dicho Cristina por el grupo?

—Sí, ¿lo del anuncio? Quería hablar con ella, no sé de qué va.

—Yo ya he hablado. ¿Sabes que su hermano pequeño es publicista y necesitaba unas «chicas» de nuestra edad para un *spot*? Será mañana por la tarde. Viene el hermano, que nos hará unas preguntas, un cámara y la productora.

—Vamos, que como Cristina sabe que nos apuntamos a un bombardeo, ya le ha dado el OK a su hermano sin preguntarnos.

—Sí, cuenta con nosotras.

—Pero ¿de qué va el anuncio?

—Pues le ha dado pocos datos. No tiene claro si es una campaña de una marca de chorizos o embutidos en general o de compresas para pérdidas de orina.

—Oye, no, eso sí que no, yo paso de poner la cara para lo de las pérdidas de orina.

—Yo le he dicho lo mismo. ¿Y si es para el chorizo?

—Aunque el tema no es muy sofisticado, para eso sí, seguro que echamos unas risas.

—Me ha dicho que su hermano nos hará unas cuatro o cinco preguntas a cada una, pero que no nos quiere dar el cuestionario para que parezca espontáneo y no pierda naturalidad.

—No sé, ¿y qué nos va a preguntar del chorizo?

—A ver, por ejemplo, supongo que serán preguntas de este estilo: «¿Le gusta a usted el chorizo, señora?».

—De verdad, nos metemos en cada berenjenal... Bueno, yo voy a hacer como si te respondiera con naturalidad.

Y poniendo la voz más impostada que pude, contesté.

—Pues mire, menos los políticos chorizos, me gustan todo tipo de embutidos para comer. Y vamos, con alguien en concreto que yo me sé, hummm, «quiero salami» bastante a menudo —dije mirando a César con una cara insinuante y picarona.

César me sonrió e hizo un movimiento de cabeza para un lado y otro como diciendo: «¡Estáis locas!».

Y Julia entre risas, contestó:

—Bueno, muy natural, muy natural, no lo veo, pero no ha estado mal la contestación, aunque de esta creo que no vas a la alfombra roja.

—Te tengo que dejar, voy a llegar tarde al trabajo.

—Espera.

—Sí.

—Podemos quedar un rato esta tarde. ¿Tienes jornada intensiva ya? Es que te tengo que contar una cosa y quiero decírtelo en persona.

—Cuánto secreto, me tienes intrigada.

—No es secreto, pero no quiero decírtelo por teléfono. ¿Te viene bien si te recojo alrededor de las cinco? Aprovechamos y vamos un rato a la playa.

—Vale, luego te llamo y te confirmo.

—De acuerdo.

Iba a ir con César esa tarde a ver una exposición de fotografía, por lo que debía comentárselo primero. Él me contestó que no había problema, que fuera con Julia, que iríamos otro día a la exposición, porque todavía estaría diez días más, y cambiamos el plan por una cena fuera de casa.

Aunque por mi carácter me resultaba más fácil amoldarme a él y hacer más grata la convivencia, veía claramente que César también estaba haciendo un esfuerzo por adaptarse. Había un respeto mutuo por el espacio del otro y eso me gustaba.

Ya pasadas las cinco, me recogió Julia. Llegamos a la playa y extendimos nuestras toallas sobre la arena, nos desprendimos de la ropa y nos apeteció ponernos en *top less* a tomar el sol. Y allí sentadas, mirando la superficie del mar, iniciamos la conversación.

Giré la cara hacia Julia y comencé a hablar.

—Vale, desembucha eso tan importante, que, por cierto, me ha hecho cambiar los planes con César.

—¿Te acuerdas de Tony?

—¿Qué Tony?

—De la Rampa, de cuando éramos unas crías y veraneábamos en El Perellonet.

—Pues... ¡Ah!, ¿el morenito aquel con el que te liaste un par de veranos?

—Sí, el mismo.

—¿Y?

Julia ladeó la cabeza volviendo a dirigir la mirada al mar y con las manos hundió más en su cabeza la pabela de paja que llevaba puesta.

—Bueno, que anoche me acosté con él.

—¡No me digas! —exclamé sonriendo y levantando juguetona el ala de su pabela para poder ver sus ojos—. Julia, ¿de verdad? ¿Tú, la que se había consagrado para el resto de su vida a la castidad? No me lo puedo creer.

—Pues sí.

—Cuenta.

—Ayer por la tarde llegaba a casa con el coche y no encontraba aparcamiento, vuelta tras vuelta, ya sabes cómo se pone la zona. De repente vi un sitio del que estaba saliendo un coche y me esperé para aparcar. Cuando comencé a hacer la maniobra, desde otro coche empezó un señor a increparme. «¡Señora, que estaba yo! ¿Qué se cree que estaba haciendo? Llevo esperando un rato». «Oiga, disculpe, que no le he visto», le dije. Me fijé bien en sus rasgos y empecé a ver en ese señor las facciones de Tony. Me vino como en un *flash* la cara de mi amor adolescente y ya no vi a ningún señor. Se borraron al instante casi cuarenta años y volvió a mí su rostro juvenil. «Oye, ¿tú eres Tony?», le dije, aunque no tenía la menor duda.

»Él se quedó boquiabierto, con cara interrogante, y enseguida pareció también reconocermelo. «Sí, y tú, ¿Julia? —me dijo con una sonrisa—. «Oye, aparca y espérame, voy a buscar un sitio».

»A los diez minutos lo tenía allí. Fue directamente al aparcamiento más próximo para no perder tiempo. Nos fuimos a tomar algo y una cosa llevó a la otra. La noche fue especial.

—Pero ¿en qué situación está él?

—Divorciado. Me dijo que había tenido varias parejas, pero que ahora estaba solo. Esta noche hemos quedado para cenar. Ha dejado el «Tony» y le gusta que le llamen Antonio.

—Me alegro mucho por ti.

—No sé lo que pasará, pero yo también he aprendido de ti y voy a atreverme con el presente. El futuro, como dices tú, siempre es incierto. Me lanzo con él sin red y que pase lo que tenga que pasar.

—Me encanta oírte hablar así.

—Me parece que es recíproco lo que sentimos. Lo nuestro no sé por qué terminó, igual éramos muy jóvenes. Apareció Guillermo, que era arrebatador, me hice novia de él, nos casamos y ya sabes el resto. Pero siempre me acordé de Tony, aunque no te lo haya dicho ni a ti. Algún secreto me tengo que guardar que tú no sepas. Él me confesó anoche que le había pasado igual, que siempre me había tenido latente en su vida.

—Parece ser que vais a aprobar la asignatura pendiente. Ojalá que te vaya bien.

Allí estábamos las dos, encima de la arena, tumbadas sobre nuestras toallas, recibiendo el agradable sol del atardecer que todavía calentaba ligeramente nuestra piel, en *top less*, menopáusicas perdidas, pero todavía capaces de albergar un montón de esas famosas mariposas que despliegan las alas y revolotean en el estómago.

## Capítulo 36

Aquella tarde nos acercamos al garito nocturno de César. El negocio funcionaba bien, por lo que habían decidido remodelarlo un poco sin que perdiera el sabor del *blues*, del *jazz* y de toda esa música envolvente que te transporta a otra época.

Las paredes estaban paneladas de madera que se había oscurecido con el tiempo y producía un ambiente demasiado lúgubre y sórdido. La barra se encontraba bastante deteriorada y las mesas y las sillas también pedían un cambio.

Había quedado con Abel, su socio, y con los operarios que estaban realizando la reforma del local. Con Abel había coincidido alguna que otra vez, pero apenas habíamos cruzado unas palabras. César era de pocos amigos, y Abel era uno de ellos. Su amistad se remontaba más de veinte años atrás, cuando coincidieron en la República del Congo, en el antiguo Zaire, en un campo de refugiados. César trabajaba como sanitario y su amigo, por aquel entonces, era fotógrafo de guerra. Eran muy diferentes. Abel tenía un carácter extrovertido y alegre, nada que ver con mi chico.

Llegamos al local y Abel le estaba esperando. No sabía ni poner un clavo, el experto en bricolaje era César. Cuando llegamos, lo encontramos despotricando con uno de los trabajadores. En el momento en que nos vio aparecer, puso cara de «por fin», saludó y se dirigió a César.

—A ver si te aclararas tú con él. Dice que si ponemos Silestone Calypso en la encimera o mármol gris moro o verde rana, y que cuánto dejamos de medida para el entrepaño interior del muro de la barra. Encárgate tú, que no me entero.

César tomó las riendas y Abel me miró y me dijo:

—Mientras César resuelve estos temas, ¿te apetece que tomemos un café en la cafetería de al lado?

Yo le di una respuesta afirmativa.

Era una especie de tetería. Con un exquisito té con limón aproveché la ocasión para averiguar algo más de mi pareja. A veces César me contaba cosas, pero cuando veía que estaba hablando demasiado paraba de golpe. Se notaba que no quería rememorar el pasado, no le gustaba hablar de él y yo lo respetaba.

—Me dijo César que os conocisteis en Zaire, estando de enfermero.

—Sí, aunque él casi es médico, le quedó solo un año para acabar la carrera, pero nunca se decidió a terminarla, no lo consideró importante. Ha cambiado, pero estuvo unos años muy obsesionado con eso de dedicarse a los demás. Parecía que la misión de su vida era ayudar a las víctimas en los lugares desfavorecidos. Era como una vocación religiosa, los sanitarios de las ONG son de otra raza.

—Ves, tampoco tenía ni idea de que había estudiado medicina.

—Sí, él trabajaba de enfermero en París y al mismo tiempo empezó a estudiar Medicina, pero a un año de terminar rompió con su mujer. Decidió dar un giro a su vida, dejó París y se incorporó a la ONG en activo. Estuvo muchos años en Médicos sin Fronteras.

—No me ha dicho nada, voy descubriendo cosas de él a cuenta gotas. ¿Os conocisteis en un campo de refugiados?

—Fue de una manera casual, sin presentaciones, más o menos después del genocidio de Ruanda. Sí, en un campo de refugiados. Habían destrozado por completo el dispensario donde trabajaba César y asesinado a todo el que se puso por delante. Por suerte, él no se encontraba allí, había ido a atender una urgencia. Después de aquello se unió a uno de tantos grupos de ruandeses que cruzaron la frontera y se instalaron en Zaire. Creo que ha sido el mayor éxodo de refugiados de los tiempos modernos. Al lugar donde nos conocimos se le denominó Ciudad de los Muertos y, desde luego, ha sido uno de los mayores campos de refugiados, si no el mayor de la historia. El trabajo que realizó César allí fue admirable. Se necesita ser de otra pasta. Yo no le llego ni a la suela de los zapatos.

—Es increíble lo hermético que es. Solo me ha dicho que os conocisteis en Zaire.

—César no es un hombre estándar, creo que ya te has dado cuenta. Es muy especial. Un buen tipo, pero hay que aceptarlo como es, no funciona como la mayoría. Pero bueno, hay que respetar también lo diferente. Lo he visto en situaciones límite, de riesgo extremo, y ha sido un valiente, un héroe. Sabe tomar las decisiones correctas en milésimas de segundo, decisiones tan importantes que pueden separar la vida de la muerte, situaciones en las que el miedo y el pánico nos desbordarían a la mayoría de los que nos consideramos «normales». Pero, sin embargo, es un tanto cobarde en las relaciones emocionales, sobre todo con las mujeres. Lo he conocido con varias. Algunas no han pasado de un polvo y me alucina cómo está contigo. Imagino que te estarás esforzando para que funcione. Es un tío muy difícil, pero estoy seguro de que él también está poniendo de su parte. Desde luego le importas mucho, no tengo la menor duda.

—Me alegra que me lo digas. Yo también creo que es así, pero a veces tengo mis dudas. Me pierdo con él, hay momentos que no sé lo que piensa, no le pillo. Tuve una pareja anterior que era cristalina, sin dobleces, y César es tan oscuro a veces...

—Vamos, que no tienes un tipo de hombre en el tema de parejas.

—Pues no.

—¿Y qué pasó con el anterior? Si no te importa contármelo.

—Resumiendo, que era demasiado joven, le llevaba unos cuantos años... Disculpa que esté intentando sonsacarte.

—No me importa, le tengo un gran cariño, te veo buena gente y si tienes más datos supongo que podrá ir mejor vuestra relación. César sufrió mucho con la muerte de sus padres. Cuando tenía catorce años murió su madre en un accidente de tráfico y su padre no supo estar a la altura. Se alcoholizó y murió dos años después. Se quedaron su hermana y él solos.

—Sí, me contó que habían muerto, pero no que ellos eran casi unos niños.

—Su hermana Pauline, a pesar de la dureza, lo llevó de otra manera. Pero César se hizo muy frágil en las relaciones, era como si no quisiera unirse demasiado a nadie para evitar sufrir con la pérdida. De lo que te estoy contando me he enterado por las charlas con Pauline, no creas que César, a pesar de conocernos tantos años, se desahoga mucho conmigo.

Se abrió la puerta de la tetería y entró César.

—Hola, ya está solucionado. No te he consultado nada, lo he decidido todo yo, luego no me echas la bronca.

—Que no, que ya sabes que esos temas no son lo mío. Lo que les hayas dicho tú, está bien.

—Bueno, Elisa, ¿nos marchamos? —dijo César.

Yo asentí y salimos los tres del local, nos despedimos de Abel, y César y yo caminamos calle

abajo dirigiéndonos al lugar en donde habíamos dejado aparcado el coche. Había anochecido y en el silencio de la calle se oían nuestros pasos. Íbamos andando, abrazados, muy pegados el uno al otro y giré la cabeza buscando su mirada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras ahora así?

—Por nada, por nada —dije sacudiendo la cabeza—. ¿Sabes que me gusta mucho estar contigo?

Él me miró embelesado, y me contestó:

—A mí también, corazón. No sabes bien lo que me gusta estar a tu lado.

—Te quiero.

Y me salió ese «te quiero» dulce y en voz baja. Un «te quiero» que él no me devolvió, aunque sabía que iba implícito en sus últimas palabras. Me sonrió y me besó. Hubiera sido un buen momento, pero una vez más se le quedó su «te quiero» frenado por la barrera de los dientes.

## Capítulo 37

La vida con César era apacible. Habíamos conseguido rozar el espacio del otro sin invadirlo. Salvo la música de fondo que le gustaba escuchar y que ya era también mi música, no se oían ruidos, discusiones, ni nada que alterara la armonía de nuestra convivencia. Era una especie de burbuja «zen».

Le animé a retomar su carrera de Medicina. Tenía tiempo y no tuve que insistirle mucho, creo que lo estaba deseando. Le quedaba poco para terminarla y, desde luego, con su experiencia, era un alumno aventajado.

Pero la tranquilidad con la que transcurrían nuestros días cesó cuando se instalaron mis hijos.

Los chicos se quedaban algún fin de semana que otro con nosotros, pero un fin de semana se pasaba pronto.

Mi hija desde hacía un año era vegana y, últimamente, estaba teniendo problemas con la alimentación. Llevaba un tiempo comiendo poco y eso me preocupaba. Por otro lado, Marcos había tenido unos nefastos resultados académicos y le había dejado su primer amor después de dos años.

Víctor y Gloria pertenecían a un club de senderismo y se habían cogido más de un mes de vacaciones para irse a Nepal a subir y bajar montañas. Y yo —aunque alguna vez por su edad, se organizaban ellos solos—, en aquella ocasión, no podía dejarlos con esos problemas. Tenía que estar pendiente, por lo que le di a elegir a César entre la posibilidad de irnos todos a mi casa o la de traer a mis hijos durante esa temporada a la suya. No podía estar ausente en esos momentos difíciles, mi prioridad era ellos.

Por supuesto, vendría también Rocco. Para un fin de semana, el peludo era tolerable, pero para un tiempo y para un hombre al que no le iban mucho los animales era otro escollo a lidiar.

Me daba pánico la convivencia. César, aunque había tenido una hija, solo había vivido con ella durante su infancia. Se separó de su mujer cuando apenas era una niña y luego solo estuvo a temporadas, pero sin convivencia prolongada. Aunque vivió con alguna que otra pareja, había estado mucho tiempo en soledad y eso crea manías y poca tolerancia con los demás cuando se comparten espacios.

A mis hijos tampoco les hacía mucha gracia convivir con aquel señor tan serio que era la actual pareja de su madre, nada que ver con el risueño Iván. Iba a necesitar mucha mano izquierda para armonizar ese ambiente que me olía que era una bomba a punto de estallar.

Llegaron mis hijos a casa de César y la invadieron, como Atila y los hunos. Lo que no había hecho yo, llegando de puntillas, lo hicieron ellos. Aterrizaron con varias bolsas de zapatillas y dos o tres maletas de ropa, llenando armarios y cargados de hormonas juveniles que flotaban por toda la casa.

César no tenía televisión, pero trajimos la de mi casa y se colocó, ocupando medio salón. Aquella impresionante tele parecía uno más de nosotros. Alguna vez llegábamos de dar un paseo y, al entrar en la casa, estaba la televisión encendida; disfrutando de la programación, un único

telespectador: Rocco, que, sentado en uno de los estimados sillones orejeros de César, dejaba sus pelos canela sobre la tapicería y miraba la tele con cara de enterarse de las últimas noticias.

César también bajaba a Rocco alguna que otra vez para aliviar sus incontinencias, hasta que un buen día subió con la cara pálida y bastante enfadado. Dijo que ya no lo bajaba más, que era la última vez. Rocco era un macho sin castrar y esa tarde tuvieron un desagradable episodio. Parece ser que a mi chico, el que había vivido tantas situaciones límite en el África profunda, le habían sobrepasado unos cuantos ladridos y forcejeos de dos machos. Yo lo escuchaba con cara de circunstancias, para que percibiera mi interés, pero lo cierto es que me estaba aguantando la risa al venirme a la memoria un chiste gráfico en el que Tarzán luchaba con un león, vencía y en la viñeta siguiente aparecía corriendo delante de una avispa, despavorido. A veces, la valentía es muy caprichosa.

Los chicos iban a su aire, poniendo la música que les gustaba a todo volumen, dejando la ropa y las zapatillas por el medio y las toallas mojadas en el baño formando un gurrúño. Me pasaba el día haciéndoles ver sus fallos, que en ocasiones rectificaban a regañadientes. Pero la mayoría de las veces claudicaba. Me tenían cogido el punto. Me venían de vez en cuando con algunos comentarios que me alteraban.

—Mamá, es un raro, nos mira con una cara... Te podías haber buscado una pareja normal, como la de papá. Con Gloria da gusto vivir —decía Marcos.

—Ayer me dijo que vaya zapatillas que llevaba, que parecía que se las había quitado a Frankenstein. Pero ¿este no había visto tanto mundo? Mamá, a mí me parece que es un retrógrado —seguía Violeta.

Y yo les decía, más o menos, con algunas variantes:

—Por favor, callaos que os va a oír. Me parece que tampoco estáis poniendo mucho de vuestra parte. Estamos en su casa, y él no será como la «maravillosa» Gloria que decís vosotros, pero es un tipo estupendo y le quiero.

Veía que César se ausentaba cada vez más del piso. No estaba haciendo bien de mediadora. Me sobrepasaban las situaciones, cada día había algún percance. Hasta que aquello estalló, como era previsible.

Aunque yo dedicaba más tiempo a cocinar por estar mis hijos y Violeta también se hacía bastantes veces su comida, el principal cocinero seguía siendo César y, un día, en plena cena.

—César, ¿siempre tienes que cocinar un animalillo? —dijo Violeta.

—¡Violeta, por favor! —exclamé.

—¿Qué, mamá? Sabe que soy vegana. Respeto que vosotros no lo seáis, pero es que son todos los días, todos los días tengo que ver un trozo de animal en la mesa. Hay otras cosas aparte de carne —dijo Violeta, mirándome a mí y ninguneando a César, como si fuera invisible.

César se levantó violentamente, tiró el tenedor que estaba usando encima de la mesa con ímpetu y dirigiéndome la mirada, exclamó:

—¡Elisa, ya no puedo más, estoy hasta los mismos de tus hijos! ¡Son insoportables! ¡Esta ya no es mi casa, me siento un extraño en ella!

Salió de la cocina y oímos un fuerte portazo que nos hizo sacudir la cabeza.

No volvió esa noche, se quedó en casa de Abel. Por la mañana me llamó por teléfono y me dijo que no podía seguir así. Pero yo tomé partido por mis hijos y le dije:

—Mira, el adulto eres tú. Sé que han hecho cosas que no están bien y que tenían que haber respetado más que venían a tu casa, lo sé, pero si te molestan, yo me voy con ellos. Y tú, quédate en tu piso, solo, como un ermitaño, que me parece que no tienes paciencia para vivir con nadie.



No me contestó y ya no hablé más con él. Recogí las cosas de los chicos y me fui con ellos. La verdad es que fue una pena, se podía haber evitado todo aquello. Quedaba poco más de una semana para que regresaran Víctor y Gloria, pero parece que no se pudo aguantar más, había demasiada tensión acumulada.

En los días siguientes intenté centrarme en ayudar a mis hijos con sus problemas y olvidarme de lo que había pasado. A César y a mí nos dominaba el orgullo y ninguno de los dos se puso en contacto con el otro.

Mi madre llegó a hacerme una visita y se extrañó de que no hubiéramos hecho todavía las paces.

—Pero ¿tú le quieres? —me preguntó.

—Mamá, no solo le quiero, yo le adoro, no quiero mi vida sin él. Sé que estamos los dos esperando a ver quién se decide a llamar, pero que sea él.

—Hija, no seas tan cabezona, no estés reconcomiéndote y mándale un mensaje, un cómo estás, algo que rompa el hielo. La verdad es que para vivir con los chicos hay que armarse de paciencia. No le quites la razón, se ha sentido invadido en su propia casa.

—Sí, pero yo le di a elegir, y los chicos no dejan de ser unos críos, no tienen la madurez que pueda tener él. No viven con nosotros, solo era poco más de un mes, algo provisional, podía haber aguantado un poco.

—No mires tanto lo que pasó. Los problemas se han suavizado, los chicos han vuelto con Víctor, y tú ¿qué haces aquí sola echándole de menos?

Hablando con mi madre sonó el móvil. Era él.

—Ven.

Y yo fui.

## Capítulo 38

*E*ran las ocho de la mañana y desayunaba con César. Se levantó de la silla, se acercó a mí, me besó en la frente y puso delante de mí dos billetes de avión, dos billetes de avión a París.

—¿No tendrás ningún plan para el fin de semana que viene? —me dijo.

—Sí, se me está ocurriendo uno en este mismo momento. Irme con un tío «buenorro» a París. Y tú ¿qué plan tienes?

Sonreímos los dos, cómplices. Fue una agradable sorpresa.

París, ¡oh, París! Conocía las ciudades más importantes de Europa, pero por unas u otras razones, nunca había viajado a París. Sin embargo, a pesar de no haber estado, sabía que reconocería muchos de los lugares de la Ville Lumière. Demasiadas imágenes, ciudades tan emblemáticas como París se tienen en la retina, aunque no la hayas visitado.

En París vivía su hija, Jeanne. Había coincidido con ella alguna que otra vez cuando hacía sus visitas fugaces a Valencia. Era una mujer de unos treinta años, muy independiente, a la que le duraban los amores apenas unos meses. César me decía que tenía claro que no le iba a hacer abuelo. Jeanne era una guapa mujer que tenía los mismos ojos azules de su padre. Me recordaba físicamente a Irene. Era una chica impresionante, pero un tanto *hippy* y vegana, como Violeta; al contrario que Irene, en lugar de exhibir, usaba ropa amplia que ocultaba sus encantos. Su padre me había hablado de lo buena persona que era y a mí me daba esa impresión cada vez que nos veíamos. Jeanne, desde luego, era una manzana con sabor. Se dedicaba a la conservación y restauración de obras artísticas. Trabajaba en el equipo del Louvre, era muy buena en lo suyo y, por su profesión, siempre teníamos tema de conversación asegurado.

Me cogí unos días más en la empresa, me debían alguna semana de vacaciones. Decidimos visitar París y luego alquilar un coche para bajar a la Provenza, donde vivía su hermana Pauline.

Aunque Jeanne nos ofreció su casa, nos alojamos en un pequeño hotel. París era como me la imaginé, y era afortunada: contaba con el mejor cicerone. Solo pasaríamos dos días en la urbe, muy poco para esa preciosa ciudad, pero optamos por tener la agenda menos apretada y disfrutar de estar juntos, callejear y dejarnos envolver por el ambiente. Pensamos que París estaba cerca y ya la visitaríamos en más ocasiones.

Paseamos desde Marais hasta el canal Saint-Martin, disfrutando de las galerías de arte contemporáneo, de pequeños lugares de moda para comer y de tomar algún café que otro en alguna de sus terrazas. Por la noche, hicimos el típico paseo en barco por el Sena desde la torre Eiffel hasta la catedral de Notre Dame. Estar con César en París convertía todo en único. Era un auténtico placer.

Terminada la visita, alquilamos un coche y bajamos hacia Digne Les Bains, en la Provenza. Allí se encontraba la casa familiar, la de sus abuelos. Situada en medio del campo, rodeada de silencio y de lavanda, violeta y perfumada, el llamado «oro azul», *l'or bleu*.

Era un caserón maravillosamente restaurado, con antigüedades y muebles típicos de la Provenza. Algunos de ellos eran nuevos, pero se les había dado alguna mano de betún de Judea,

para darles una apariencia más añeja. Las camas y los sofás tenían doseles de forja y las cortinas eran de lino crudo. Se respiraba un ambiente en el que embargaba la serenidad y la calidez.

Hicimos senderismo durante todo el día. César no callaba. Me sorprendía, pero, al igual que durante nuestra visita a París, parecía que necesitaba contarme todo lo que habían supuesto aquellos lugares en su vida. Transmitía una unión, una comunión especial con aquellos paisajes. En Digne Les Bains pasó con sus padres todos los veranos de su infancia y era como si hubiese sublimado aquella parte de su vida, anterior al dolor de la muerte, y se hubiera quedado solo con los buenos recuerdos, esos que intuía que necesitaba volver a saborear al compartirlos conmigo.

Llegada la noche, cenamos con Pauline en la casa familiar. Como César, era muy buena cocinera. Se pusieron mano a mano con la cena: *bouillabaisse* y una brandana de bacalao, todo regado con un vinito *rosé* de la tierra, liviano y afrutado.

Al terminar, César acompañó a Pauline a su casa. Se encontraba situada a medio kilómetro de distancia. Ella era su melliza, aunque físicamente no guardaban parecido alguno. Se veía desde lejos que se querían. Estaban muy compenetrados, se conocían bien. Eso de estar nueve meses compartiendo el mismo espacio y el haber sido compañeros de vida durante tantos años, había creado un vínculo muy especial entre ellos.

Comencé a recoger la mesa y al poco recibí una llamada de César.

—Oye, corazón, voy a retrasarme. Tosco, el mastín, está vomitando y le fallan las patas traseras. No es la primera vez que le pasa. Pauline tiene medicamentos de uso veterinario. Le he dado algo para contrarrestar los vómitos, un antiinflamatorio y un analgésico, pero tengo que esperar un rato para ver su evolución. No sé cuándo llegaré, no me esperes, vete a la cama.

—No, me espero, me quedaré leyendo un rato. Tranquilo, que vaya bien. Espero que se recupere. Mándale un beso a Pauline, sé que lo quiere mucho.

—De tu parte, besos.

—Besos.

No había calefacción, parece ser que no hubo presupuesto en la última rehabilitación y, aunque ya era mediados de junio, la noche era fría. La lumbre de la chimenea estaba a punto de consumirse, apenas quedaban ascuas, por lo que salí a la leñera a coger algún tronco más. Para recibir el calor, me coloqué en un sillón que acerqué lo máximo posible al fuego.

Esperaba a César desnuda. Siempre dormíamos así. Nos gustaba sentir la piel del otro. Lo esperaba envuelta en un edredón que saqué de uno de los armarios de la casa; un edredón guateado, blando y suave, con un estampado de hojas y flores amarillas y con restos de olor a naftalina. Estaba bastante cansada de las excursiones del día, doblé la página y cerré el libro. Tan cerca, casi me quemaba el calor del fuego, pero me resistía a alejarme de su sensual calidez. Deseaba que César llegara cuanto antes y me hiciera el amor. Abrí mis piernas y me pareció sentir las llamas que, como largas lenguas, me penetraban. Me derretía literal y figuradamente.

Empecé a dormir extasiada por aquella envolvente sensación. Apenas si oí la puerta y los pasos de César por encontrarme inmersa en mi placentero duermevela. Entreabrí los ojos ligeramente, como si estuviera bajo los efectos de un opiáceo, y me encontré con la mirada salvaje de César. Se acercó a mí y sin remilgos ni preliminares me penetró, haciéndome abrir más los ojos para no tener ninguna duda de que aquel vaivén genital no era un sueño. Me embestía una vez tras otra, con furia, sin parar, sin ternura, de una manera feroz y tan intensa que me hizo llegar al clímax rápida e inesperadamente. Deseaba y amaba tanto a aquel hombre... Solo una mirada, el contacto con su piel, era sublime.

## Capítulo 39

*H*acía una espléndida mañana. Ese día nos acercaríamos a Grasse a visitar a los primos de César y Pauline. Eran tres, con sus respectivas parejas e hijos. Nos reuniríamos en casa de Adèle, una casa a las afueras de la ciudad.

—Oye, ¿y pueden venir todos? No es festivo —le comenté.

—Sí, los chicos están de vacaciones, y mis primos tienen profesiones liberales. Cuando venimos Pauline y yo nunca ponen pegas para cogerse el día.

Me comentó César que su prima Adèle estaba casada con un valenciano, que se conocieron un verano en el que él y su familia recorrían el sur de Francia de vacaciones. Conoció a su prima, se quedó en Grasse y desde entonces estaban juntos. César me siguió contando.

—Él es ceramista y montó su taller en la misma casa donde viven. Está separado de la vivienda por un jardín de cuento. A mi prima le encanta la botánica. Es una casa que por fuera armoniza con el paisaje, pero por dentro es increíblemente funcional, una vivienda de esas que llaman inteligente. El marido de Adèle tiene una dualidad muy especial, trabaja con el barro, pero la domótica le vuelve loco.

— ¿Qué tipo de trabajos hace?

—Hace más o menos cosas comerciales para ganarse la vida, pero en su parcela más creativa realiza escultura en arcilla. A mí me gusta mucho lo que hace, trabaja con mucha maestría el barro; parte de la obra la esmalta y la somete a distintas temperaturas, cuece en distintos tipos de horno y los resultados son muy sugerentes. Ya verás algunas de sus piezas, creo que te gustarán.

—Estoy deseosa. ¿Cómo se llama el marido de tu prima?

—Fernando.

—Pero ¿Fernando qué?

—Fernando Monterde.

—No será él, pero había un Fernando Monterde que estudió conmigo el bachillerato y también el primer año de Bellas Artes. Luego desapareció, pero si fuera él, ahora que me cuentas, ya veo dónde vino a parar. No tuve con él mucha relación, solo algún que otro intercambio de apuntes. Buen chico, pero no se prestaba mucho a las relaciones sociales, era bastante tímido.

—Pues, entonces, no será Fernando. Fernando es la alegría de la huerta, es la chispa de las reuniones. Le encanta que vaya gente a su casa, hacer barbacoas, una buena conversación y unas risas.

Cuando llegamos a casa de su prima Adèle nos abrió la puerta Fernando, y sí, era él. Lo reconocí al instante. Era el Fernando que estudió conmigo. Apareció para darnos el recibimiento con una amplia sonrisa, con una pala de barbacoa en ristre y como único vestuario unos calzoncillos blancos de Moschino, slíps que no sé de qué temporada eran, pero que reconocí porque los había visto en alguna revista de moda. Los calzoncillos llevaban estampado, justo encima de sus partes pudendas, un paquete de regalo con unos lazos de color rojo. Estaba claro que el tímido Fernando había dejado de serlo.

Nada más abrir la puerta, exclamó.

—¡Elisa Mir! Realmente el mundo es un pañuelo.

—¡Fernando Monterde! —contesté—. Y tanto. Oye, me encanta tu modelito, con dieciocho o veinte años no te lo hubieras puesto ni por asomo.

—¡Cómo lo sabes! Creo que al Fernando que conociste lo dejé en España.

Entramos en la casa y César hizo las presentaciones. Mi francés era nulo y no iba más allá del *bonjour, au revoir, merci, oui* o del estribillo con un toque sensual de la cancioncilla que preguntaba «¿*Vule vu cuché avé mua, sesuá?*»). Pero eso no propició que me sintiera molesta en ninguna medida. Todos se mostraron amables, me sonreían y el de la sonrisa es un idioma universal.

Entre César, Pauline y Fernando me iban traduciendo las conversaciones, aunque alguna vez que otra hablaba en inglés con alguno de ellos. Con Fernando estuve recordando los viejos tiempos del instituto y la universidad. Desde luego, no era el mismo. Los años vividos en Grasse y su pareja le habían hecho ser otro hombre. O, simplemente, ¿había salido de su concha el auténtico Fernando al quitarse la piel de la timidez, los miedos y los complejos?

El jardín, como me había dicho César, era una delicia. En uno de los rincones, Adèle había cultivado tomillo, romero, laurel, ajedrea, mejorana y estragón —entre otras hierbas— para darles también uso en la gastronomía. En el resto, había combinado un sinfín de plantas con flor: rosas, nardos, flores de lis, iris, jazmín y algunas otras que no conocía. Era una exquisita combinación de infinitos colores y perfumes increíblemente grata a los sentidos.

Sí, Grasse era la ciudad del perfume. Adèle había sacado del trastero unos alambiques de su abuelo y le había dado por fabricar aceites de las flores de aquel fantástico jardín. En aquella visita, me regaló uno de rosa de mayo, una rosa —según me contó— con un intenso aroma. Intenté echarme gota a gota esa fragancia, con la ilusión de que me durara eternamente.

En el mismo jardín había dispuesta una gran mesa. Todos colaboramos en poner el mantel, los platos, las copas y las viandas; se respiraba un ambiente agradable de buenas energías. A César lo veía sonreír cada dos por tres y echar alguna que otra carcajada de vez en cuando. Le veía feliz y eso me hacía feliz a mí también.

Fernando empezó la ronda de chistes. Me traducían los chistes en francés y yo intentaba esbozar una sonrisa, pero la verdad es que no me hacían ninguna gracia. Yo conté también alguno, pero al traducirlo, a los franceses les pasaba igual. Parece ser que perdían la gracia al cambiarlos de idioma y a eso se sumaba el peculiar sentido del humor de cada país. El humor tiene un punto cultural.

Al terminar el almuerzo y la conversación, recogimos la vajilla, los restos de la comida y retiramos también la mesa y las sillas. César, en aquel trasiego, a veces me abrazaba o me besaba de forma fugaz. Entre los efectos del vino y los gestos que César me prodigaba, me sentía flotar. En una ocasión me recogió con delicadeza el pelo que me caía sobre la espalda y me besó con dulzura en la nuca. Algo tan simple, tan liviano, me provocó una sensación de placer que sería difícil de describir.

Se quedó una tarde cálida pero agradable porque se levantó una suave brisa. César sacó la cámara fotográfica, dispuesto a hacer algunas fotos familiares. Fernando, en el momento que se percató de que sacaba la cámara, fue a ponerse unos pantalones para salir más presentable, pero César se lo impidió. Había pasado toda la mañana de esa guisa y quería inmortalizarlo así. Empezó a disparar infinidad de veces y al final colocó la cámara en el trípode para realizar las últimas fotos y le dio al botón del automático para incluirse en el grupo.

Al terminar la sesión fotográfica, Adèle puso música y nos dispusimos a bailar. Me encanta bailar, pero nunca conseguía que César bailara conmigo. Recordé por un momento a Iván, mi joven amor, no lo pude evitar.

Pero sí, César se arrancó a bailar. Me dejaba que lo llevara, porque era bastante patoso; pero a pesar de su falta de ritmo para seguir los pasos de baile, me gustaba que bailara conmigo, era algo novedoso. Su amplia guayabera se hinchaba con los giros y la suave brisa. Al final, acabamos abrazados dando vueltas sin parar alrededor de un eje imaginario, como si fuéramos una peonza, y esas imágenes, unidas a sus sonoras risas, se me han quedado para siempre en el archivo donde guardo los documentos que más se acercan a la felicidad.

Al caer la tarde prepararon unos mojitos con la hierbabuena que crecía en el jardín, e hicieron circular también unos cuantos *gin-tonics*. Nos acomodamos en un rincón de ese espectacular vergel, debajo de un sauce llorón. Tumbados entre almohadones escuchábamos melodías *chill out*. Yo me recosté perezosamente al lado de César. La brisa era deliciosa y hacía mover las largas y finas ramas llenas de pequeñas hojas, hojas doradas por un sol que todavía no había decidido marcharse. Me recreaba en el movimiento de las flexibles ramas del sauce. Al beber y saborear los cálidos besos de César no me hacía falta mucho más para tocar el cielo.

El fin de semana en la Provenza había sido inolvidable por muchas cosas, pero, sobre todo, por ver a César, en ocasiones mi sombrío César, tan diferente, tan abierto, tan sociable, tan contento, en resumen: tan vivo.

Cuando llegamos a Valencia, pasó algunas fotos a papel y la de la familia al completo la coloqué en un aparatoso marco sobre el mueble de la entrada, un mueble africano que César había adquirido en Zaire.

En esa foto, todos nos encontrábamos vestidos a excepción de Fernando, que solo llevaba puestos sus originales calzoncillos con la imagen impresa de ese paquete de rojos lazos encima de su «paquete». Cuando entraba y salía de la casa, siempre esbozaba una sonrisa al verlo con aquella pinta, contrastando con el resto de la familia. Cuando coloqué la foto, me acordé del efecto que producía el consolador, regalo de mis amigas, que tuve durante un tiempo en el interior de una urna sobre el mueble del recibidor de mi piso. Por cierto, ¿dónde habrá ido a parar? ¡Qué poco uso le di!

## Capítulo 40

Abel había organizado una exposición. Esa tarde era la inauguración y él era el comisario de la muestra. Convenció a César para hacer una colectiva de fotografía y documentales de los años que pasaron en África. Imágenes en gran formato, básicamente del campo de refugiados, impactantes y sobrecogedoras.

En principio, todo era perfecto. Tanto César como Abel eran dos hombres activos y el trabajo en el garito no era muy estimulante. César estaba metido de lleno en terminar su carrera de Medicina, pero a Abel le sobraban energías, por lo que decidió organizar el evento. Lo que obtuviera por las ventas iría a parar a una ONG de ayuda a refugiados.

La exposición no era solo de César y Abel, también participaba Claire. Claire había sido un antiguo amor de César. No la conocía, apenas me había hablado de ella, pero a César, aunque había mejorado, seguía sin gustarle airear sus emociones ni hablar de sus experiencias vividas. Al hacer alusión a su pasado o a sus sentimientos seguía zanjando el tema con un par de frases breves y yo no seguía preguntando porque sabía que le incomodaba continuar. Por eso había intentado, con cierta complicidad —como en otras ocasiones—, rastrear a través de Abel parte de la vida que desconocía de mi pareja.

César era un iceberg que solo mostraba la punta y Abel era el medio, se convertía en el traje de neopreno que me permitía bucear en las heladas aguas para conocer más de la parte sumergida.

Abel me había relatado la relación que tuvieron César y Claire, y lo cierto es que lo que me contó no me gustó nada.

Me comentó que tuvieron un amor turbulento y apasionado, con sus idas y venidas, pero que la ruptura se olía desde el principio. No es que su relación no tuviera futuro, es que nadie que los conociera podía entender como tenía presente. Eran dos personalidades complejas, fuertes e indomables que se enzarzaban cada dos por tres en discusiones virulentas. Ninguno de los dos cedía. Ambos creían que lo más importante era lo que cada uno hacía. La separación no fue porque se acabara el deseo y la pasión, sino por eso que se llama incompatibilidad. César tomó la decisión de la ruptura, ella intentó volver con él varias veces, pero esa decisión fue firme y rotunda y no le dio más oportunidades.

Claire, al igual que César, era mitad española, mitad francesa —me dijo Abel—, pero había estado poco en España. Era periodista, políglota, ciudadana del mundo. Había recorrido todos los continentes, vivido y trabajado en varios países y escrito varios libros con sus experiencias. En aquella época se ganaba la vida básicamente con los derechos de autor. Era una mujer que participaba activamente en varias ONG ayudando a los desfavorecidos y damnificados, y que siempre había hecho lo que había querido, con valentía, ajena a convencionalismos y reglas acomodaticias. Era eso que se llama un espíritu libre.

Me sudaban las manos al pensar que iba a conocer a una mujer como esa, pero no solo porque hubiera sido tan importante en la vida de César. Había otro motivo que se sumaba al anterior y no sabría decir cuál era más importante: ese era el tipo de mujer que a mí me hubiera gustado ser.

Me encontraba en la galería con César y Abel, charlando y disfrutando de una copa, y de repente entró Claire. Era ella, sin duda. Entró y se iluminó la sala. Vestía con un atuendo juvenil y sencillo y recogía sus cabellos con un vistoso turbante de motivos étnicos. No le hacía falta nada más para brillar. Era algo más joven que yo e iba con su pareja actual, un pelirrojo larguirucho que solo llamaba la atención por eso, por su pelo y su altura, pero que se veía a la legua que era un soso.

Vino a nuestro encuentro. Cuando se acercó a César y se abrazaron y besaron en la mejilla, me llegó al instante la electricidad que desprendían. Yo me di cuenta enseguida, pero el pelirrojo parecía no enterarse de nada. Las manos me seguían sudando, en las piernas empecé a notar un ligero tembleque y me recorría por todo el cuerpo una extraña sensación de inseguridad.

Estuvimos un buen rato conversando. Claire tenía un ligero acento francés. No decía ninguna palabra hueca, todo lo que salía de su boca era interesante, apasionante, lleno de sabiduría, incluso con toques de humor. No cayó en ningún momento en la petulancia ni en la pedantería. A veces, hasta parecía que rayaba la humildad. Intellectualmente era increíble. Me enamoraba por momentos. Ese magnetismo me hacía superar mis prejuicios por haber sido la pareja de César, pero aun así albergaba sentimientos contradictorios. Por un lado, unos celos que no podía reprimir, pero al mismo tiempo estaba sintiendo una atracción lésbica hacia aquella mujer tan atractiva. Quizá eso que se llama «sapiosexualidad». Nunca había sentido ese tipo de atracción por una mujer, pero en ella, hasta la manera de poner los labios cuando hablaba me parecía seductora. Yo me preguntaba: «¿Cómo está César conmigo pudiendo estar con ella?».

Llegó un momento en el que ya no pude aguantar más esa intensa impresión y tuve que salir de allí. La tensión me hizo huir. Con disimulo, agarré una botella de champán, una copa y busqué un escondite en el patio interior que daba a la sala. Me senté en una especie de poyete que sobresalía de la pared y que casi se encontraba a ras del suelo. Me oculté intencionadamente detrás de la vegetación. No quería ver a nadie, tampoco quería que nadie me viera. Cuanto más estaba con aquella mujer, más pequeña me sentía y esa sensación superaba la atracción que producía en mí.

Allí, sentadita, acurrucada, como menguada también físicamente, decidí esperar a que todo aquello acabara. Deseaba evaporarme. Llené la primera copa hasta el borde y la bebí de un trago. Se derramó parte del champán, que resbalaba entre mis dedos. Los sacudí y la llené de nuevo; y así hasta que terminé toda la botella. Me hubiera dado igual beber vino, ron, ginebra... No saboreaba, el paladar lo tenía anestesiado.

Me imaginaba a César y Claire haciendo el amor. Yo había estado con pocos hombres, pero César se había paseado por muchas camas. Seguro que recordaba a Claire como la número uno en el delicioso arte de hacerle gozar. ¿Y yo? ¿Qué lugar ocuparía en ese *ranking*?

Copa va y copa viene, inmersa en mis pensamientos masoquistas, agarré una buena melopea.

Pasado un buen rato, llegó César.

—Pero ¿qué haces aquí, Elisa?

—Nada, estaba un poco mareada.

—Se han ido todos, no te encontraba. Claire me ha preguntado por ti, para despedirse. ¿Estás bien?

Dije un sí con pucheros que fueron las puertas de un derrame de lágrimas incontroladas. César se acuclilló para encontrarse a mi altura, me abrazó y me dijo con ternura:

—Corazón, pero ¿qué te pasa?

—No sé. ¿Por qué estás con una mujer como yo?

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Como tú?

—Tan poca cosa.



—Pero ¿qué estás diciendo?

—Claire es una mujer tremenda en todo, pero en todo, y yo, ¿qué he hecho yo? ¿Trabajar en la misma empresa toda la vida, intentando vender los tapizados de marras? Salvo el año que estuve en Londres aprendiendo inglés, he tenido una vida muy poco aventurera, monótona y rutinaria. ¿Por qué estás conmigo pudiendo estar con una mujer como ella? Una mujer interesante, cosmopolita, con todas esas vivencias, una mujer que desprende sensualidad por cada poro de su piel. ¿Por qué?

—Elisa, por favor, no te infravalores de esta manera. Tú eres una mujer maravillosa, que me hace feliz. No me gusta esa palabra, nunca creí que diría esto, pero es verdad, estando contigo creo que es lo más cerca que he estado de la felicidad. Con Claire todo era tormentoso. Los buenos momentos que compartimos no compensaban el sufrimiento. Fui tremendamente desgraciado. No te cambio por ella — y me volvió a repetir las últimas palabras arrastrándolas con dulzura y susurrándomelas al oído—. No te cambio por ella.

Sí, en alguna medida notaba que César estaba cambiando y no le era tan difícil poner palabras a las emociones. Me enjugó las lágrimas, recogió un mechón de mi pelo, que colocó delicadamente detrás de mi oreja, hundió sus manos en mi cabeza y empezó a peinarme la melena. Desenredaba con sus dedos mis cabellos, como tenía costumbre de hacer cuando empezábamos el ritual sexual o quería tranquilizarme. Con ese suave masaje que me hacía ladear la cabeza y cerrar los ojos, sentía que me iba curando el dolor de los celos.

## Capítulo 41

*H*abían pasado unos meses desde la exposición fotográfica. Nuestra convivencia era buena, pero hacía unas semanas que lo encontraba raro dentro de sus rarezas. Se notaba que intentaba disimularlo, pero ya lo iba conociendo y sabía que algo estaba pasando, aunque no tenía ni idea. Él se mostraba atento conmigo, pero cada vez íbamos espaciando más los encuentros sexuales. Pasaba el tiempo y entendía que quizá se estaba sofocando tanto fuego. ¿Debía pensar eso o es que ya no le atraía tanto? ¿Perdía intensidad la pasión? ¿Dejábamos atrás el amor volcánico y entrábamos ya en el amor sosegado? ¿O se estaba metiendo en otra cama?

Cuando lo conocí era bastante promiscuo, se acostaba con varias mujeres. La verdad es que nunca hablamos de fidelidad, pero pondría la mano en el fuego porque durante ese tiempo me había sido fiel y no había necesitado acostarse con otras, o por lo menos eso quería creer yo.

Había quedado con las chicas esa tarde. Hacía tiempo que no nos juntábamos las cinco. Tomamos algo, una especie de merienda cena, y cada una fue contando las novedades sobre lo que estábamos leyendo o la última película que habíamos visto. Mayte, los comentarios sobre su último amante y Julia... Julia parecía una quinceañera con su Antonio. Se le caía la baba hablando de él. Antonio por aquí, Antonio por allí; en cualquier conversación lo mencionaba, sin venir a cuento. Aunque un poco cansina, me encantaba que mi amiga estuviera tan ilusionada.

Terminamos la tarde con una copa y después nos despedimos. No había cogido el coche y me apetecía irme a casa dando un paseo. La cálida luz de las farolas de Valencia me envolvía, me transmitía una sensación de serenidad, del placer de disfrutar, sin más, aquella noche que me parecía espectacular.

Iba distraída y saboreando la noche, cuando lo vi. Vi a mi chico de espaldas, sí, andando y abrazado a una mujer. La llevaba por la cintura; dos espaldas sin rostro, pero no me quedó la menor duda de que era él. Llevaba la misma camisa que se había puesto por la mañana y los pantalones *beige*. Hubiera reconocido sus pasos entre los de mil hombres. Era él... ¡Dios! Había vuelto a las andadas, yo no le era suficiente. «Pero ¡qué imbécil! Pensaba que lo nuestro era especial».

En una fracción de segundo, la noche dejó de parecerme mágica. Me paré en seco, estaba agarrotada, mis piernas no reaccionaban y me senté en el primer banco que encontré. Todo se me hundió de nuevo. Entre sollozos, recordaba el día que me enteré de la cornamenta que llevaba sobre mi cabeza cuando Iván se lio con Irene. Pero aquello era todavía mucho más doloroso, no era comparable. Con Iván intuía que antes o después llegaría el final, pero con César, aunque era un hombre complicado, esperaba estar con él mucho tiempo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se había derrumbado todo? Parecía que la cabra tiraba al monte. Pensaba que su boca ya solo sería mía, creía que era única y especial para él, pero... no era así.

Cuando reuní el valor suficiente, me dirigí a casa. César no estaba, y lo esperé. Pasó una hora, dos, tres, perdí el sentido del tiempo. Casi a las cuatro de la mañana, llegó.

Yo estaba sentada en uno de los sillones orejeros con cara de pocos amigos. Cuando entró se acercó a mí, me dio un beso y dijo:

—¿Qué haces levantada? ¿No has visto el mensaje? Te he dicho que llegaría tarde. He estado tomando unas copas con Abel que tenía ganas de hablar y se nos ha ido el santo al cielo. Pero ¿qué te pasa?, ¿a qué viene esa cara?

Yo le contesté con seriedad.

—Te he visto esta noche por la calle. Ibas andando por Cánovas, abrazado a una mujer rubia. Os he visto de espaldas, pero te he reconocido.

Apartó la vista y calló unos instantes como sin saber qué decir.

—Sí, es cierto, no lo voy a negar.

—¿Te estás acostando con ella? —Le hice la pregunta a bocajarro.

Calló de nuevo, como intentando encontrar las palabras, pero al poco me miró directamente a los ojos y me contestó con dureza en su mirada y en su tono de voz.

—Sí, me estoy acostando con ella. Nosotros no hemos firmado ningún contrato de fidelidad, me estoy acostando con ella y me gusta hacerlo. Sabías que me gusta el sexo por el sexo y tengo mis peculiaridades. Es muy buena en la cama, folla muy bien. Contigo no puedo hacer determinadas cosas y yo necesito más.

¡Dios! No podía digerir lo que me estaba diciendo. No podía tener tanta escarcha en el corazón. Qué cruel, qué duro. ¿Era necesario tanto ensañamiento, tanta humillación, restregarme esas palabras? Me hacía daño gratuitamente. ¿Por qué me hacía sufrir de esa manera? No era necesario. ¿Por qué se regodeaba en machacarme? ¡Qué cabrón!

Contuve las lágrimas sorbiéndolas como pude. No quería que notara que me estaba rompiendo en pedazos diminutos. Tan pequeños, que si hubiera pasado una ráfaga de aire en esos momentos habría desaparecido.

Todo había sido una farsa. Yo no necesitaba otro hombre. Él me llenaba, pero para él solo era una más. Ni siquiera era buena en la cama. Y yo qué pensaba que había practicado con él casi todas las posturas del *Kamasutra*. Me sentía tan humillada. El mundo que había construido con él se resquebrajaba como un cristal al que se le hubiera propinado un gran golpe, se hubieran formado infinitas grietas y estuviera a punto de partirse.

Con la voz más contundente y firme que pude, sin entrar en discusiones, reproches ni gritos y con la dignidad de la que pude echar mano, le dije:

—Recogeré mis cosas y me iré.

—Haz lo que quieras —respondió con frialdad.

Sin entender nada, me fui con algo de ropa en una maleta, mi ordenador y mi caballete de viaje; abandonando, sin mostrar el más mínimo interés, el resto de mis cosas. Y, lo más importante, parte de mi corazón y los dos últimos años de mi vida. Dos años que en ese momento me parecía que había compartido con un extraño.

César me había permitido posarme en bastantes ramas de su olivo, más de las que pensé, y seguramente, más de las que él imaginó, pero las había serrado de golpe, sin previo aviso, y no me dejó más opción... que la de salir volando.

## Capítulo 42

*P*asé unas semanas bastante dolida. Me era imposible asimilar lo que me había pasado con César. No me esperaba ese final tan cruel, pero intentaba seguir con la vida. Su comportamiento, a pesar de su complicada mente, me parecía desproporcionado. Era como si de alguna manera quisiera herirme. Pero ¿por qué? Devanaba los posibles porqués en mi mente; no me cabía en la cabeza que pudiera ser tan desalmado. Esa apariencia gélida debía de ser una fachada. Había algo que me rayaba y no le veía una explicación lógica por muchas vueltas que le diera.

Pero no iba a dejar de ninguna manera que lo que había sucedido me hundiera por más tiempo. Hay gente que retiene el dolor y yo sabía por otras experiencias que tenía la capacidad de expulsarlo en poco tiempo. Y decidí expulsarlo. Lo echaba de menos. Había pasado dos buenos años con él y quería quedarme con eso y borrar por completo la dolorosa despedida. No entendía qué me pasaba con César, pero no podía guardarle rencor; el rencor pudre por dentro. Me había dado muchos momentos felices y la última noche, aunque me sentí pisoteada, no iba a anular todo lo demás.

Yo quería a César más allá del dolor que me pudiera producir. A veces pensaba que, salvando las distancias, mi amor por él era como el que sentía por mis hijos: incondicional. Hiciera lo que hiciera, fuera lo que fuera, le iba a seguir queriendo.

Una mañana, pasados casi tres meses de la ruptura, me levanté y lo decidí. Aunque él no se hubiera puesto en contacto conmigo, sería yo la que tomaría la iniciativa. Quería que habláramos. ¿Me estaba comportando como un corderillo a merced de su cruel voluntad? ¿Me exponía a que de nuevo me volviera a humillar? ¿Dónde estaba quedando mi dignidad? Pero me negaba a pensar que me había enamorado de alguien que no sentía, de alguien con el pecho hueco. No podía ser que en unas horas hubiera pasado de ser su amor a decirme todas aquellas cosas tan hirientes. Mi intuición me decía que no podía ser, o eso quería creer.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje.

«Hola, César. ¿Cómo estás? Me gustaría hablar contigo. Si hay que cerrar esta historia la cerramos, pero no así. Los dos somos adultos. ¿Podemos hablar?».

Pasaron una, dos, tres, cinco horas... y no aparecía como wasap recibido. Igual tenía apagado el móvil. Dejé un margen de tiempo, pero al día siguiente seguía sin abrirlo y eso ya me mosqueó más. Transcurrieron dos días y seguía sin recibirlo.

No sabía muy bien qué hacer. Iba a contactar con Abel, su socio, pero parece que tuvimos telepatía, porque fue él quien, inesperadamente, me llamó.

—Hola, Elisa.

—Hola, precisamente te iba a llamar. Hace tiempo que no sé nada de César, he intentado comunicarme con él, pero no ha sido posible.

—Bueno, de eso te quería hablar. Oye, estoy cerca de tu casa. ¿Estás ahí? ¿Te importa invitarme a un café?

—Sí, estoy en casa. Sube, pongo una cafetera.

La verdad es que me extrañó un poco su llamada, y me pareció raro que me pidiera subir a casa. Aunque no tenía ni idea de qué me iba a contar, no sé, pensé que igual César se había vuelto a incorporar a la ONG de un modo activo y había dejado el negocio de copas. Pronto lo sabría.

Cuando le abrí la puerta, apareció con un gesto bastante serio, lo que me puso en alerta y me inquietó bastante. Abel era muy diferente a César. Me recordaba a veces a Iván, siempre tenía una sonrisa en la boca.

Nos dimos un par de besos y nos sentamos en el sofá. Ya tenía preparada encima de la mesa mi cafetera italiana con el café humeante.

—Bueno, ¿qué querías decirme que no has podido decírmelo por teléfono? ¿Que tu amigo te ha dejado y se ha ido de nuevo a recorrer esos mundos porque necesitaba un poco de vidilla y eso de regentar un local nocturno es demasiado tranquilo? Como los toreros que dicen que dejan los ruedos y luego vuelven.

No despegaba la boca, me cogió la mano y pasó un rato hasta que decidió hablar.

—Elisa. —Hizo una pausa—. Lo lamento. —Hizo otra pausa—. César murió hace cuatro días.

Por todo mi cuerpo me recorrió una corriente que me dejó inmóvil, sin reacción alguna. Me costó unos segundos salir de mi aturdimiento, hasta que por fin rompí a llorar, a llorar de una manera desgarradora, diciéndole a voz en grito y entre llantos:

—¡No es posible! Dime que no es verdad. No puede ser, no me he podido despedir de él.

En un impulso, le agarré del cuello de la camisa, acerqué mi cara a la suya, le miré a los ojos sin parpadear y le volví a decir entre lágrimas:

—Dime que no es verdad, no puede haber muerto, dime que no está muerto.

Me levanté del asiento, intenté envolver mi pecho con mis propios brazos para poder aguantar el dolor y empecé a decir su nombre. A repetirlo una y otra vez «César, César, César...» como si esa llamada le pudiera hacer volver a mí.

A partir de ese momento dejé de tener claro lo que sucedió. Hubo un lapsus de tiempo que no consigo recordar. Me vienen a la mente imágenes intermitentes en las que Abel intentaba tranquilizarme abrazándome y reteniéndome entre sus brazos.

Cuando conseguí serenarme un poco, Abel empezó a contarme.

—Antes de vuestra ruptura, César ya sabía que estaba enfermo. Le detectaron un cáncer de esos virulentos y mortales. Era un diagnóstico terminal. La metástasis estaba muy avanzada. Era consciente de que no tenía solución y parece ser que tomó la decisión de no someterse a ningún tratamiento. Sabía muy bien a qué se enfrentaba. Sinceramente, creo que no quiso que pasaras por todo el deterioro que tenía que vivir antes de llegar el final. Yo no tenía ni idea, también me lo ocultó. Me he enterado ahora por su hija Jeanne y no sé mucho más de lo que te estoy contando. Pauline me ha llamado también para disculparse por no habérmelo dicho, pero César lo quiso así, decidió irse haciendo el menor ruido.

—No noté nada, Abel —dije, continuando con los llantos y sin poder apenas articular palabra—. No percibí nada. Fui una auténtica tonta, tendría que haberme dado cuenta. —Continuaba sollozando.

—No te tortures, tampoco podías ser adivina. César era demasiado hermético, y si decidió no decírtelo, seguro que hizo todo lo posible para que no te enteraras.

—No tengo palabras, Abel. Yo le hubiera cuidado. ¿Por qué no me dejó? ¿Por qué?

—César me dijo que se iba de viaje, que quería empezar una nueva vida, y en un par de días arreglamos lo del negocio. Parece ser que Jeanne y Pauline le cuidaron hasta que llegó su final. Me ha dicho Jeanne que quería hablar contigo y darte algo. He venido de mensajero. Ha llegado

hoy a Valencia; ahora está en el piso de César, para recoger y embalar sus cosas. Las lleva a la casa familiar de la Provenza. Estará un par de semanas aquí, gestionando también la venta del piso. Pásate y hablas con ella.

Abel se quedó toda la tarde conmigo, consolándome. Incluso me dijo que, si quería, se quedaría a dormir, pero le dije que no.

«Esto no ha pasado —me decía—. No puede haberse ido sin decirme nada. Se fue de mi lado para morir. ¿Por qué? ¿Por qué me ha hecho esto?».

Cuando por fin se fue Abel, me encerré en mi habitación. No quise llamar a nadie. No dejaba de llorar porque era insoportable el dolor. Me hice un ovillo sobre la cama y así pasé horas y horas. Perdí de nuevo la noción del tiempo, no existía el tiempo. Qué me importaba el tiempo. Ni el tiempo ni nada. Le había llegado a querer tanto... Tanto.

Qué ilusa al pensar en mi capacidad de expulsar el sufrimiento, porque sentía que esa pena me estaba arañando el alma con las uñas de un tigre hambriento y salvaje y sabía que pasaría mucho tiempo hasta que pudiera notar algo de alivio. Era demasiado fuerte el dolor... Inmenso.

## Capítulo 43

*E*stuve varios días sin salir de casa. Rocco no se separaba de mí: olía la infinita y profunda tristeza. En el trabajo dije que me encontraba enferma sin dar más explicaciones. Y la verdad es que lo estaba, enferma de dolor. Me superaba el hecho de que nunca más le volvería a ver, que nunca lo volvería a abrazar, a besar, acariciar. Me costaba hasta respirar, me dolía el corazón también físicamente.

Pero, por otro lado, me era difícil perdonarle que se hubiera ido sin decirme nada, sin decirme lo que le pasaba. Que, en lugar de acudir a mí, se hubiera alejado. Yo quería haber estado con él. Sí, quizá era egoísta por mi parte, pero eso hubiese hecho que me encontrara un poco mejor. Me reconfortaría pensar que hice todo lo que estuvo en mi mano. Habría vendido todo, gastado mis ahorros, hipotecado la casa. Hubiéramos ido a donde fuera, a donde le hubieran dado la menor posibilidad de mejoría. Aunque igual él no quería eso. No sabía qué pensar de la decisión que tomó. Pensara lo que pensara, lo cierto es que no me dejó alternativa. Me lo ocultó. Y, como en *La balada de Narayama* se iban los ancianos a morir al monte, César, a mi pesar, decidió que no le acompañara a su Narayama.

Después de más de una semana de profundo duelo, decidí ir a ver a Jeanne. Contacté con ella por teléfono y quedamos en la casa de César, en su olivo y el mío durante dos años.

Jeanne, a pesar de la distancia, en los últimos años había tenido una estrecha relación con su padre. Llamé y me abrió la puerta. Nada más vernos nos dimos un intenso abrazo con el que nos transmitimos consuelo. Permanecemos abrazadas un buen rato, hasta que me invitó a entrar.

Cuando traspasé el umbral, me derrumbé. Todo me recordaba a él. Me parecía que iba a presentarse en cualquier momento, que iba a salir de la cocina, de la habitación. Respiraba su olor, su voz aún la escuchaba, todavía permanecía allí. Estar en el piso que compartimos era otro mazazo. Sobre el sillón orejero estaba la manta verde de cuadros, la que tiramos al suelo la primera vez que sentí la desnudez de su cuerpo y con la que hicimos la mejor de las camas. Sus discos, un rimerero de libros en un rincón... Cajas abiertas en las que se iba guardando una vida.

Nos sentamos y Jeanne empezó a hablar.

—No sé cómo empezar. Bueno sí, diciéndote que mi padre te quería.

—A mí nunca me lo dijo, pero lo sabía.

—No le guardes rencor, por favor. Él pretendía morir solo, ya sabes lo peculiar que era. Hasta había contactado con una clínica para terminar allí sus días sin hacer ruido. Incluso en una de las últimas conversaciones que tuvimos antes de morir, me confesó que barajó el suicidio. Pauline le llamó un día que se encontraba muy afectado y le dijo lo que le pasaba. Mi tía enseguida se movilizó, cogió un vuelo y se presentó en Valencia por sorpresa. Ni siquiera se lo dijo a mi padre. Se alojó en un hotel y le llamó estando ya aquí. Pauline vino con la intención de llevárselo a París para que lo reconocieran los mejores oncólogos. Aunque es muy persuasiva, no lo consiguió. Mi padre tenía muy claro lo que quería hacer primero.

—Me estás contando todo esto y me duele haber estado ausente de lo que le pasaba. Estuve totalmente ajena a los duros momentos que estaba viviendo. Él sufriendo y yo pensando que igual ya no le ponía tanto. Qué estúpida me siento.

—No te atormentes.

—No te corto. Por favor sigue contando.

—Bien, lo cierto es que como te decía, mi tía no consiguió llevárselo. Mi padre sabía de su enfermedad desde hacía casi un mes, y ya se había movilizado. Tenía buenos contactos a través de la ONG y del tiempo que trabajó en París. Habló con especialistas, hizo llegar los resultados de las pruebas a las mejores clínicas oncológicas europeas y americanas, pero los diagnósticos y la esperanza de vida, por desgracia, fueron coincidentes: se trataba de un cáncer terminal. Decidió prepararse para la muerte y pasar de quimios y radios. Hizo un viaje a África de poco más de un mes, a los distintos lugares por los que había transitado durante más de veinte años. Me contó que necesitaba hacer ese viaje como despedida y con la intención de buscar la serenidad suficiente que le diera fuerzas para enfrentarse con su final.

Jeanne seguía hablando y las lágrimas se deslizaban por mis mejillas sin tregua. De alguna manera, al escucharla, también se sumaba a mi dolor una extraña sensación de mujer abandonada. Es curioso, abandonada por un hombre que se estaba preparando para morir.

—¿Qué hizo cuando regresó de África? —pregunté.

—Entonces consintió que nos fuéramos a la Provenza. Decidimos irnos a casa de mi tía Pauline, con un tratamiento paliativo que le pautaron. Sabía la relación tan especial que tenía contigo y más de una vez intenté que te lo dijera, pero él me daba un no rotundo. Y yo, a pesar de mis dudas, decidí respetar su decisión. Aunque en los últimos días pensé que mi padre te habría llamado, pero él se encontraba muy débil. Debería haberte llamado yo, pero tampoco lo hice. Lo siento Elisa, te pido perdón.

—No me pidas perdón, ya ha pasado.

—Tengo una foto de entonces. Salen mi tía y mi padre. No sé si enseñártela.

—Sí, quiero verla.

Cuando la vi, ¡oh Dios! Sentado en una silla de ruedas, parecía un prisionero de Mauthausen. Hasta sus ojos no parecían los suyos, esos ojos que me enamoraron nada más verlos. Jeanne adivinó enseguida el profundo dolor en mi mirada.

—No debería habértela enseñado.

—No te preocupes.

—Es la última foto que tengo de él, en el jardín de la casa.

—Murió allí, ¿verdad? En el jardín.

—Sí, por qué lo sabes.

—Lo soñé anoche.

—Los últimos días también quería salir al jardín, parecía que recibía el sol como si fuera un tesoro.

—Sí, conozco esa sensación.

—La tarde que murió me senté a su lado, como de costumbre en esos días. Se levantó una suave brisa y pronunció las que fueron sus últimas palabras: «Sabes, me acuerdo de una tarde en Grasse, bailando con Elisa, Elisa...». Y cerró los ojos. Supongo que en un afán de recordar ese momento con más intensidad. Esbozó una sonrisa y se fue.

Se hizo un silencio y Jeanne continuó hablando.

—Entiendo que el duelo de mi tía y el mío empezó cuando supimos lo que le pasaba, pero el



tuyo ha empezado ahora.

Se dio cuenta de que no podía hablar. Y siguió con la conversación cambiando un poco de tema.

—En el aseo quedan cosas tuyas. También ropa, tus cuadros.

—Haz lo que quieras con ellas, lo único que me importaba de aquí, ya no está —dije con tristeza.

Se produjo otro interminable silencio en el que las mujeres de César nos entrelazamos las manos y no quisimos evitar que brotaran las lágrimas a sus anchas, sin censura.

—Te las empaqueto y las mando a tu casa —Retomó la conversación Jeanne—. Tienes cuadros preciosos, tu ropa, aunque no es de mi estilo, me encanta.

—Bueno, lo dicho, quédate con lo que quieras, con lo que te guste y lo demás me lo envías. Solo hay una cosa que me gustaría conservar. Le hice algún que otro retrato a tu padre y hay uno que me gusta especialmente.

—De acuerdo. Mi padre me dijo que cogieras lo que quisieras. Dime lo que quieres y te lo embalo con tus cosas. Aparte, te quiero dar otra cosa: es una memoria externa, con sus archivos. Me dijo que te la diera. Están las fotografías del tiempo en que estuvisteis juntos y una carpeta con documentos, similar a un diario. Su psicoanalista le dijo que escribiera para ayudarle en su terapia. He ido a su consulta y he hablado con él. Me ha contado que escribir sus pensamientos y sentimientos era otro apoyo en su tratamiento. Algunos de los escritos van dirigidos a ti, parece ser que escribía algunas cosas que no era capaz o no sabía decirte. Disculpa, pero los he leído.

—No te preocupes, no hace falta que te disculpes, era tu padre.

—Quiero volver a pedirte perdón, de mi parte y de la de mi tía, por haberte ocultado todo y ni siquiera avisarte para el funeral. Y tengo que agradecerte algo.

—Te repito otra vez que no me tienes que pedir perdón por nada. Y ¿qué me tienes tú que agradecer a mí?

—Que aparecieras en la vida de mi padre. Era bastante raro. Como decía mi abuela española, «era candelita de otro portal». Se desvivía por los enfermos, por las víctimas, pero con los que estábamos próximos a él era, a veces, con los que más distante se mostraba. Sé que me quería, pero fue en estos dos últimos años cuando mi relación con él mejoró. Aunque nos viéramos poco físicamente, sabes que todos los días hablábamos, ya fuera por Skype, por teléfono, por WhatsApp... No había un día que no supiéramos el uno del otro. Se interesaba por mí, me quería y me lo demostraba constantemente. Somos parte de las personas que nos vamos encontrando por la vida. Creo que sacaste lo mejor de él y pude disfrutar del afecto de mi padre. Y eso, en parte, te lo debo a ti.

—No sabes cómo me reconforta lo que me dices.

Me despedí de Jeanne con un abrazo infinito, más intenso que el del recibimiento, y me fui con aquella memoria que contenía documentos que suscitaban mi curiosidad, pero que sabía con toda seguridad que me producirían dolor. No quise llevarme nada más de él. No me hacía falta ningún disco, ningún libro. Solo le dije que metiera entre mis cosas el cuadro de César, y la guayabera que llevaba la primera vez que quedamos en aquel lugar de copas y que me haría acordarme siempre de aquellos primeros besos que me hicieron desearle. Aunque igual, ni tan siquiera eso. No me hacía falta nada material que me lo recordara, porque sabía que César siempre estaría conmigo. Nunca podría arrancarlo de mí.

## Capítulo 44

Cogí el mes de vacaciones en la empresa. Me era imposible trabajar, vivía en un mundo de tristeza absoluta. Mi corazón no era tan elástico como pensaba y estaba despedazado. Víctor se hizo de nuevo cargo de los chicos y de Rocco. Tanto él como mis hijos respetaron mi dolor. Fueron precisamente mis hijos los que me dieron protección, en lugar de recibirla. Me sentí envuelta por su cariño. De vez en cuando venían a casa y simplemente me abrazaban, me besaban y me decían lo mucho que me querían. Qué bien me venían esas caricias y esos abrazos. Ojalá me hubieran curado el dolor. Quizá lo suavizaban en alguna medida, pero era demasiado grande y permanente. Solo cesaba cuando conseguía dormir. Soñaba con César y lo imaginaba vivo, pero cuando despertaba volvía a la realidad y otra vez tenía que enfrentarme a mi vida sin él.

Cuando alguien que has amado se va, permanece en el recuerdo, tal cual, no envejece, nada se deteriora, todo lo bueno se magnifica y lo malo que pudo haber queda en un segundo, tercer, cuarto plano... Desaparece. Sabía que lo amaría siempre, que el amor que sentía por él nunca caducaría. Pero decidí encapsularlo para no sufrir. Intenté caminar por una senda que no me invitara a su recuerdo y no alimentar el sufrimiento. Tenía que seguir mi vida. Hacía un verdadero esfuerzo mental para que me interesara lo que no me interesaba, para reírme de lo que no me hacía gracia..., en resumen, para seguir con eso de la vida que, en aquellos momentos, para mí tenía poco sentido. Sí, pasaría, pero qué amargos son los duelos cuando has querido de verdad. Hacer un esfuerzo titánico para llenarse... de nada.

Una noche, a las dos de la mañana y a pesar de mi empeño, no pude resistirlo más y llamé a Michel por teléfono. Julia estaba con su chico y no quise molestarla. Michel estaba viviendo otra vez una etapa sin pareja.

—Michel.

—Dime, Elisa.

No contesté, no me salía la voz. Sabía que en el momento en que por mi boca empezaran a salir las palabras iba a romper en llanto y ya no quería llorar, no quería llorar más. Pero él entendió mi mudez como un grito de auxilio y rápidamente me respondió.

—Voy.

Michel trajo las cosas que necesitaba y se instaló en mi olivo durante un tiempo. Entendió que no se trataba del consuelo de una noche. Se vino a vivir conmigo. Dormíamos en la misma cama, abrazados como dos amantes. Su presencia me ayudó. Conocía el dolor por desamor, pero también los duelos por muerte y, como Julia en otras ocasiones, sabía qué decir o qué no decir en cada momento y qué hacer o no hacer para que yo estuviera lo mejor posible.

La vida te da por saco de vez en cuando, pero me siento dichosa por tener buenos amigos en los momentos de luz y también contar con ellos en los más oscuros.

Cuando me veía con ganas de hablar, hablábamos sin parar. Me desahogaba verbalizar mi dolor. Pero había otros días que no despegaba la boca, porque hablar me hacía daño. Veía cómo estaba atento a mis deseos y solo pendiente de mis necesidades. Solo se ausentaba cuando tenía que ir a

trabajar. Dejó de salir con amigos, de buscar sus encuentros sexuales. Michel, después de vivir una larga lista de desengaños, aparcó el amor y se apañaba con unos cuantos «follamigos» con los que se veía de vez en cuando. Pero los olvidó. Su prioridad era solo yo y siempre se lo agradeceré.

No me atrevía a ver la memoria externa que me dio Jeanne con los archivos de César. Me era imposible. Se lo dije a Michel.

—Elisa, si quieres la veo yo primero y te cuento lo que hay.

—Sé lo que hay, son fotografías y una carpeta con escritos, a modo de diario o semanario, no hay una pauta temporal. Escribía porque su psicoanalista se lo recomendó. Cuando lo conocí era una especie de depredador sexual, tenía problemas inconfesables con el sexo. Eso se combinaba con ciertos trastornos emocionales desde la muerte de sus padres. Pasaba épocas malas y otras en las que conseguía dominar su negatividad. Su psicoanalista se llamaba Alejandro. Le ayudaba bastante a enfrentarse a sus miedos.

—Vaya, Elisa, sé que no está bien hablar mal de los muertos, pero chica, no era ninguna perita en dulce. ¿Por qué te lanzaste con ese historial?

—Creo que me enamoré de él en nuestro primer encuentro. Le amaba... Le amo.

Se hizo un silencio que Michel interrumpió.

—Bueno, cuando tú quieras.

—Sí, tendría que leerlos. Jeanne, su hija, me dijo que César quería que los leyera.

Saqué el portátil y el cable USB. Michel se sentó, colocó el ordenador sobre la mesa, lo encendió y conectó la memoria para visualizarla. Me senté cerca de él, como atornillada al suelo, en un rincón, con la espalda pegada a la pared, tomando posición y preparándome para soportar lo que, imaginaba, iba a escuchar.

—Los archivos vienen por años y meses, tiene varios documentos. ¿Por dónde quieres que empecemos? —dijo Michel.

Medité un momento y recordé lo aturdida que me dejó la vez que quedé con él, pensando que, después de mi abstinencia sexual, sería la primera vez que acabaríamos en la cama, y me encontré con su negativa a tener sexo connigo. Le dije el año y el mes, y Michel empezó a buscar.

—Aquí hay uno del mes y el año que dices, de noviembre. Solo hay tres documentos: uno de principio de mes, otro de mediados y el último de finales.

—Lee el de final de mes.

Y Michel comenzó.

«Hoy he quedado con Elisa. No quería hacerlo, pero ha insistido. No sé qué decirle, pero ya no puedo follar con ella, huele demasiado a sentimiento. Nado entre las aguas del quiero y no puedo. Creo que, de alguna manera, he empezado a quererla. A veces me gustaría ser como esa gente «normal» que sabe manejar sus emociones, que es positiva, pero yo no soy así y sé que no tengo remedio. Me he pasado la vida entre psicoanálisis y fármacos, fármacos y psicoanálisis. Y ella es tan equilibrada. Me da la impresión de que le cuesta poco encontrar el norte, y yo me muevo siempre en el desequilibrio permanente. A veces me sumerjo en la melancolía sin explicación, todo me parece un sin sentido, y lo que hago para liberarme de esa angustia es ir de caza. No puedo estar con ella como quiere. Me he acostumbrado a que mis encuentros sexuales sean una mera liberación orgásmica. No sé si tengo algún grado de psicopatía, como decía uno de mis psicoanalistas, o si he caído en eso que llaman parafilia porque lo que me pone es el morbo de un cuerpo nuevo, el de las desconocidas a las que no quiero conocer. No puedo hacerle el amor, porque creo que ya no sé hacerlo. No sé cómo plantear las cosas para que no se enfade. Quiero tenerla de algún modo en mi vida, siento que en poco tiempo me ha llegado a lo más hondo y no me lo puedo explicar. Pero hay un hilo conductor que, sin el menor sentido racional, me lleva a ella. No quiero perderla porque intuyo que es mi última oportunidad de encontrar la luz

entre mis tinieblas. No me siento preparado, la sometería y la poseería violentamente acabando en tres minutos. Y no es una mujer solo para follar. Sé que quedaría dolida. Tengo miedo de hacerle daño porque me torturaría sentirme culpable. No tengo amantes, porque a las amantes se las quiere y yo ya no sé querer. No duermo nunca con las mujeres con las que follo porque no las amo ni las quiero amar. Hoy he quedado a las nueve y no voy a acostarme con ella, lo tengo claro.»

Este escrito lo digerí bien y le dije a Michel otra fecha, la del día que vino a recogerme al trabajo en su Mercedes blanco, después de bastante tiempo sin saber de él. Michel empezó de nuevo a leer.

«Voy a llamar a Elisa, me voy a verla. Alejandro me ha dado vía libre y me encuentro estupendamente. En todo este tiempo no he dejado de pensar en ella. Tengo las fuerzas y la seguridad suficientes en estos momentos para poder empezar una relación y voy a buscarla. Me muero por verla y abrazarla. Deseo con todo mi ser que esto salga bien, pero temo que me rechace después de tanto tiempo. Sé que estaba con el chico con el que la vi la última vez en Vinilo, pero espero que no tenga a nadie, porque Elisa es de las monógamas. Si está con alguien no querrá estar conmigo, aunque lo desee. Por favor, que no tenga a nadie. ¿Seguirá sintiendo por mí? ¿Y si de alguna manera me ha olvidado? Tengo miedo, un miedo atroz a su rechazo, pero voy a intentar controlarlo. De hoy no pasa.»

—Dime, Elisa, ¿qué busco ahora?

Le dije una fecha próxima y posterior al fatídico día en el que me dejó. Y empezó a leer de nuevo en voz alta.

«Ayer se fue Elisa. Miré por la ventana y la vi arrastrando su maleta. Levantó la mano para pedir un taxi y dejé de verla. Ha dejado muchas de sus cosas aquí. Casi toda su ropa en el armario y sus lienzos, algunos a medio terminar. Apenas sí se llevó algo. Voy al aseo y me encuentro sus cremas, los pintalabios, su perfume. Hoy no he podido resistir ponérmelo, necesitaba olerla. Vendrá seguramente esta semana a terminar de recoger y la podré volver a ver por última vez. ¡Oh, lo estoy deseando!

Se va destrozada, lo sé, pero yo me quedo aquí también lleno de dolor. No sabía cómo terminar con ella. Hace ya casi un mes que me han dado el diagnóstico y me resultaba muy difícil ocultar las consultas para saber el alcance de mi enfermedad sin que ella notara nada. Disimular, hacer tanto teatro, disfrazar que sé que me voy a morir en poco tiempo. He aprovechado su pregunta para soltarle las palabras más duras que se me han ocurrido y, que sabía, que le iban a hacer tomar la decisión de coger sus cosas y marcharse. No le he dicho que era Pauline la mujer con la que me ha visto. A veces parece que, con esa unión que tenemos desde el útero, es capaz de adivinar mis pensamientos. Le he mentado a Elisa, le he dejado creer —con crueldad, lo sé— que era una mujer con la que me acostaba. Sorprendentemente para mí, he dejado la promiscuidad. Siempre fui promiscuo, incluso cuando alguna vez pensaba que quizá estaba enamorado. Elisa sabía de qué pie cojeaba y nunca me preguntaba, tal vez por miedo a mi respuesta. Pero lo cierto es que, estando con ella, no tuve necesidad alguna de tener sexo con otras. Le he dicho que era pésima en la cama. ¡Qué mentira! Ella me hace planear sobre las nubes, me encanta acariciarla, sentirla y, como dice ella, me gusta hacerle el amor. Y también follarla.

Yo también estoy destrozado. Por un momento he deseado gritarle desde la ventana: «Por favor, ¡vuelve! Porque me van a hacer falta tus besos. Sé que tendré hambre de tus caricias. ¡Vuelve! Porque solo quiero cobijarme entre tus pechos como un niño, como lo hago después de hacer el amor. En tus pechos generosos, donde me siento a salvo de todo. ¡Vuelve! Porque estoy sintiendo que con tu marcha ha empezado a morir mi olivo».

Te has ido y no te he dicho que te amo. Te amo, Elisa. No sabía y me has enseñado. Te amo como no he amado a ninguna mujer, porque te quiero sin aderezos, desde lo más hondo, como no pensaba que se podía amar. Ahora me doy cuenta de que no había querido antes de ti. De que los buenos amores existen. De que mi vida ha sido una sucesión de descabros y sucedáneos esperando tu llegada. Amo tu esencia, te amo corazón. Perdóname si nunca te lo dije. Perdóname si no te dejo estar en el final de mi vida. Me queda poco y he optado por no someterme a ningún tratamiento; sé que estando contigo no me hubieras dejado tomar esa decisión porque para ti sería como una rendición sin lucha. El cáncer es como las heridas: las hay superficiales, profundas, más o menos graves. Elisa, la que yo tengo es como una cuchillada directa al corazón, es mortal, y lo sé. Si no fuera así, no tengas la menor duda de que lucharía con uñas y dientes, porque es una verdadera putada que me tenga que

ir cuando mejor estoy aquí. Aquí contigo. No soportaría tampoco tu piedad cuando me convierta en un cadáver andante, ni tu mirada de lástima arrasando con la chispa de deseo que veo en tus ojos cuando me miran. Tu presencia me ata demasiado a la vida y tengo que despedirme de ella. Quiero volver a decirte que te amo...»

—Calla, Michel, no puedo oír ni una palabra más, son como hachazos que no puedo aguantar. Quiero que vuelva, que regrese a mí, quiero morirme, morirme... —decía sollozando—. Michel, vámonos a la calle a tomar un G'vine, dos, tres... Los que sean hasta que pierda la conciencia, hasta que el alcohol pueda hacer que soporte este dolor.

*De repente, paró el llanto, respiró hondo y exhaló como en un último suspiro. Se quedó inmóvil como una estatua, sin parpadear, con la mirada fija, inerte, perdida como la de una loca. Quería que su corazón dejara de bombear, que no entrara más aire en sus pulmones, como si quisiera dejar aquella existencia y lo único que pudiera hacer fuera morir, morir, aunque fuera durante unos instantes. Michel se acercó a ella y se sentó en el suelo a su lado. La cogió entre sus brazos como si fuera un bebé y la meció durante un buen rato en un intento de darle el mayor consuelo. Era lo único que podía hacer, no había palabras que pudiera decir y que fueran capaces de sofocar ese intenso dolor. Él sabía que era imposible, en ese momento, aliviar su pena.*

Acunada entre sus brazos, de nuevo empecé a llorar, como si volviera a nacer después de esa muerte deseada y ficticia.

## Capítulo 45

César se instaló en mi mente en un sufrimiento permanente, sin tregua. La muerte de mi padre y la de César eran dos heridas que hacían que en ocasiones me costara reconciliarme con la vida, que se comportaba a veces como una cabrona. Como decía Michel, ebrio perdido, en aquel brindis que pronunció un fin de año, en el que se cagaba en la hija de puta de la vida. Esa hija de puta a veces te sonrío y te besa y cuando menos te lo esperas te da mordiscos desgarradores que seccionan los músculos y arrancan la piel e incluso amputan partes de ti. Y cuesta mucho tiempo, mutilada, remendada y suturada, incorporarse al día a día de la vida.

Me resonaban constantemente las últimas palabras que me leyó Michel. Me producían amargor, pero también les encontré un ligero toque dulce, porque a pesar de que nunca lo escuché de su boca, por fin, aunque fuera de esa manera póstuma, me dijo que me amaba.

Creo que no me llegó a conocer bien, a pesar de mi carácter transparente y sin recovecos. Hubiera respetado la decisión de no someterse a ningún tratamiento. Si él me hubiera explicado que ese Goliat al que se tenía que enfrentar era demasiado grande para que ningún David pudiera vencerlo, que era una lucha sin posibilidad de victoria, lo habría aceptado, le hubiera acompañado en su viaje de despedida y le hubiera dado calor... Me seguía preguntando por qué no me lo dijo.

Jeanne me envió mis cosas empaquetadas en cuatro o cinco cajas. El retrato que le hice a César y su guayabera. Lo guardé todo en el trastero y la memoria que contenía los escritos y las fotos fue directamente a un cajón. Después de lo que me había leído Michel, no podía leer una palabra más.

Pasaron varios meses hasta que pude desembalarlas, sacar unos vestidos que nunca más me puse y ver las fotos y el resto de sus escritos. Tuvo que transcurrir ese tiempo para sentirme con fuerzas para leer sus palabras y volver a ver todas aquellas cosas que estaban impregnadas de mi tiempo con él.

La memoria la guardé otra vez en el cajón y cerré las cajas de nuevo. De hecho, las sigo teniendo en el trastero. Solo saqué definitivamente la guayabera y no sé por qué. A pesar del tiempo transcurrido, todavía mantiene un ligero olor a él, que creo que solo es perceptible para mí. De vez en cuando, sobre todo cuando he tenido un mal día, la acaricio con suavidad, la huelo, me la pongo y me abrazo en un abrazo imaginario recordando el suyo.

Ojalá hubiera podido guardar en otra caja las caricias y los besos para, de vez en cuando abrirla y recuperar el sabor de su piel y de su boca.

Ana, la hija de Julia, cuando murió su padre me dijo: «El dolor es mayor porque me duele el saber que tengo que vivir toda la vida que me queda sin estar con él».

Eso me pasaba a mí. Me mortificaba pensar que todavía me quedaba mucha vida y que, en todos esos años, César ya no estaría conmigo.

Julia fue la que mejor me entendió. Comprendía la necesidad contradictoria de sentir la huella del hombre que había amado y, al mismo tiempo, querer olvidarla para evitar sufrir. Me decía que,

a pesar de todo, era mejor que no estuviera en la casa ni en la cama que había compartido con él, porque recorrer esos espacios suponía un plus de dolor.

Viví un tiempo de prolongado luto en el corazón y ese duelo se proyectó también en mi exterior. Ni siquiera en las malas épocas pasadas había perdido del todo la coquetería, pero en aquel entonces, la arrinconé por completo. Sin darme cuenta empecé a decantarme por un atuendo más sobrio, neutro y austero; retiré de mi armario la ropa más colorista y atrevida. Dejé de usar mis pulseras, anillos, collares... Eso sí, iba duchada y limpia. La cara lavada y sin el menor rastro de pintura, por lo que opté por repartir entre Violeta y las chicas mis pintalabios y potingues, un equipo de maquillaje que parecía el de un profesional de la estética. Peinaba mi melena en un recogido y creo que no me atreví a cortármela porque todavía recordaba mi cabeza pelada del tiempo de la quimio y me había prometido, al puro estilo de Escarlata O'Hara: «A Dios pongo por testigo que nunca más, por voluntad propia, llevaré el pelo corto». Me sentía cómoda con ese aspecto y en perfecta comunión de mente, alma y cuerpo. Creo que, si hubiera llevado colgada al cuello una cadena con una cruz y un tocado de tela de color negro cubriendo la cabeza y cayéndome por la espalda, mi imagen hubiera sido la de una auténtica monja.

Transcurrió bastante tiempo hasta que conseguí que su recuerdo no me hiciera tanto daño. Me aferré a mis hijos, mi madre, mis amigos, al trabajo y a la pintura.

La pintura fue para mí un bálsamo, una especie de opio que me permitió evadirme de la realidad. Cuando me sentaba a pintar, todo lo demás me era ajeno. Aprovechaba los fines de semana, las tardes después del trabajo. Algún que otro día me daban las tantas de la noche, me pasaba horas y horas delante del caballete.

Vivíamos en el último piso y me había montado una especie de estudio en una de las habitaciones. Consegui que la comunidad de propietarios me permitiera abrir una claraboya en el tejado. No tenía percepción del tiempo cuando estaba en aquella habitación, con esa luz cenital tan envolvente. Entre mis óleos y lienzos, me sentía como en una burbuja protectora que me aislaba de todo. Sus paredes no dejaban traspasar la angustia ni el sufrimiento.

Aun abriendo las ventanas, el olor a aguarrás era intenso. Mi perfume llegó a ser ese: perfume de aguarrás, *eau* de aguarrás. Mis hijos me llamaban para comer o cenar, y yo decía «Sí, sí..., ya voy», pero no dejaba mi taburete y seguía ensimismada con mis trazos y pinceladas.

En aquel tiempo, abandoné bastante la logística de la casa. Se me olvidaba bajar a Rocco y, cuando los chicos no estaban, venía a rascar a la puerta del estudio para decirme: «Elisa, que estoy aquí, sal de tu nube, que el arte está muy bien, pero hay cosas de lo mundano como hacer pis y popó; yo no sé levantar la tapa del váter y a mis años tengo claro que ya no lo voy a aprender».

La ropa sucia desbordaba el cesto, a veces no había casi nada en la nevera, sobre los muebles se podían hacer dibujos con la yema del dedo y las bolas del pelo de Rocco circulaban libremente por el suelo como los matojos rodantes de las películas del Oeste. Pero yo seguía pintando y pintando. Era la mejor terapia que se me había ocurrido. Qué me importaba lo cotidiano. Todas aquellas cosas que tampoco eran tan importantes. Lo verdaderamente importante era que mi mente estuviera bien, tratar de equilibrar mi desequilibrio. La pintura se convirtió en mi mejor ansiolítico, me proporcionó cordura y serenidad para poder sobrellevar la gran ausencia de un hombre que me había llenado el alma.

## Capítulo 46

Los años iban pasando casi sin enterarme. Mis hijos se hacían mayores, mi madre también murió y yo vivía inmersa en mi trabajo y en la pintura, procurando pensar lo menos posible. Había tenido una vida intensa en alegrías y penas que me hicieron ser más yo. Aprendí a sobrellevar el dolor con sosiego y, por otro lado, tampoco sentía que me hubiera tratado muy mal la vida. Mi madre había fallecido por ley de vida, mis hijos estaban bien, hacía lo que me gustaba y, entre otras cosas y a pesar de todo, había sido una afortunada en el amor. A los cincuenta había vivido dos amores cortos, pero increíblemente pasionales. Siempre hay que ver el vaso medio lleno.

Tenía unos ahorros y, después de la muerte de mi madre, mi hermana y yo heredamos algunos inmuebles que teníamos en alquiler y que nos permitían tener unas rentas nada despreciables. Mis padres habían sido unas hormiguitas e invirtieron bien su dinero.

Mis hijos, por aquel entonces, estaban fuera. Violeta en Leuven, haciendo un máster; y Marcos, que había estudiado biotecnología, encontró trabajo en Berlín. Fue entonces, solucionado en gran medida el tema monetario y sin las responsabilidades del día a día con mis hijos, cuando me propuse reunir unos cuantos cuadros y hacer la exposición que con tanta insistencia me solicitaban mis amigos.

Me permití el lujo de cogerme el año sabático en la empresa. Pretendía dedicarme por entero a la pintura que, en ese tiempo, era lo que más me apasionaba y me hacía feliz.

Los chicos se habían marchado, los echaba de menos, pero seguíamos siendo cuatro en casa. Ellos se fueron y llegaron dos gatos que, por supuesto, no iban a ocupar sus lugares, pero junto con Rocco me hicieron la vida más llevadera.

Fue una noche en la que bajé a Rocco al parque. Estaba lloviznando y oí un maullido, me asomé y encontré a una gata recién parida. Estaba mojada, con una delgadez extrema, y no veía bien a los cachorros. Subí inmediatamente a Rocco y recogí un par de mantitas, un cesto y una linterna. Solo había sobrevivido uno de los cachorros. Parecía una gata mansa, supuse que perdida. Los subí a casa y los sequé. La gata se dejaba hacer. Le di de comer y, cuando se sació, fue a donde había dejado al cachorro y se tumbó para darle de mamar. Él empezó a reptar y a acercarse a uno de los pezones: era realmente enternecedor. Así fue como amplíé la familia. Les puse Mum y Son.

Son empezó a crecer y le dio por subirse, trepando por mi bata, hasta mi hombro. Yo iba por toda la casa como un pirata con el loro en el hombro. Cuando se fue haciendo mayor, cambió de postura y le dio por ponerse en mi cuello, como si fuera una estola. Mientras pintaba y escuchaba música de fondo, tenía a Rocco y a Mum dormitando en el sofá y al cachorro colgado en mi cuello. Vamos, un cuadro.

Así transcurrían mis días. De vez en cuando me entristecía pensando en Marcos y Violeta, que estaban lejos, y en mis padres. Con su muerte era como si hubiera perdido un poco mi origen. Pensaba también en César y en Iván, pero intentaba que no me inundara la tristeza. En esos momentos me enganchara, como siempre con fuerza, a lo bueno que tenía cerca: mis amigos, mis peludos y la pintura.



Fue un año tranquilo. Estaba haciendo lo que me gustaba, sin ninguna pretensión, por el simple placer de hacerlo, y vivía como una ermitaña. Mis amigos se enfadaban alguna que otra vez porque, según ellos, me había vuelto un poco antisocial. Pero sabían que eran bien recibidos cada vez que venían a mi olivo. Simplemente, no me apetecían tanto las salidas, no me lo pedía el cuerpo. Con sus visitas, disfrutando de mis animales y del perfume de mi *eau* de aguarrás me sentía satisfecha.

Aquella mañana salí de mi habitación. Al final opté por cerrar la puerta, porque si no, se presentaba toda la tropa a dormir conmigo. Nada más abrirla, a primera hora del día, allí se encontraban Mum y Son. ¡¿Para qué se levantaban estos tan pronto, si no tenían que fichar en ningún lado?!

La primera parada era la cocina, para poner mi cafetera. Detrás de mí venían maullando mis dos pequeños compañeros de cuatro patas. Les daba el desayuno y, al olor de las tostadas, aparecía Rocco. Así nos juntábamos en la cocina toda la parentela para desayunar.

Llevaba unos días que lo veía un poco mustio. Estaba mayor, había perdido vista, olfato y oído, y tenía artrosis sobre todo en el codo de su pata derecha, lo que le producía una cierta cojera. Había superado un par de operaciones y alguna que otra enfermedad, pero ahí estaba, era todo un superviviente.

Aquella mañana, cuando las tostadas ya estaban hechas y no llegaba renqueando, no sé por qué temí lo peor. En todos aquellos años, aunque hubiera flojeado su salud, no había faltado al olor del pan caliente y al aroma del café recién hecho, porque ese olorcillo era la señal para reclamar su desayuno.

Se suponía que estaba preparada para ello, pero, en aquel tiempo en el que parte de mi familia se encontraba lejos y otra parte se había ido definitivamente para no volver, mi familia peluda era muy importante para mí. Con ellos compartía mi día a día y se me hacía cuesta arriba el hecho de que pudiera perder a mi querido Rocco.

Me dirigí a su sofá con miedo. Sabía que cualquier día pasaría y me parecía que ese día había llegado. No encendí la luz y a tientas, como no queriendo ver lo que me podía encontrar, me acerqué a un paso de él y lentamente extendí mi mano para tocarlo y confirmar quizá lo que me temía. La puse sobre su cuello y acerqué mi oído a su nariz... y sí, ¡respiraba!, ¡respiraba! Pero en lugar de reír de alegría, no me quedó otra que ponerme a llorar como una tonta y con el llanto empecé a decirle:

—¡Qué susto me has dado Rocco! No me dejes, te necesito. Por favor, quédate conmigo un año o dos o tres más. Aguanta lo que puedas a mi lado, no te vayas todavía al lugar de irás y no volverás.

Rocco se encontraba tumbado, pero se incorporó y se quedó sentado en su sofá. Empezó a mover la cola, levantó la cabeza y me miró, y con su mirada sabía que me decía: «Elisa, tranquila, no te pongas tan moña, parece que tienes psicosis con eso de la muerte, relájate, a ver si te va a dar un ataque de ansiedad. Llevas unos horarios que son los de una bohemia, no sé a qué hora me acuesto ni a cuál me levanto. Ayer, a las dos de la mañana estábamos en el parque y digo yo que cualquier día nos van a atracar, y ya no estoy para enfrentarme a delincuentes. No seas tan alarmista y melodramática, simplemente me he quedado un poco traspuesto, pero estoy bien y no pienso irme todavía a ese lugar que dices, porque aquí, contigo, estoy estupendamente. Hala, sécate esas lágrimas sin fuste, vamos a desayunar, te das una ducha y te saco a la calle».

Y nos fuimos a desayunar, me di una ducha y Rocco me sacó a dar mi paseo matutino.

## Capítulo 47

Tenía mi protocolo diario y apenas salía de él. Pasaba muchas horas pintando. La galerista al final me había metido prisa. Le había surgido un imprevisto y tenía que adelantar la exposición a la primera quincena de octubre en lugar de noviembre como estaba programado. Eso de ir a contra reloj no me hacía ninguna gracia.

Estaba haciendo una serie de cuadros con un estilo propio, ya no iba de la ceca a la meca. Todos ellos seguían la misma línea, aunque pensaba que, quizá, cuando terminara la exposición, igual me daba por hacer otras cosas. Todo satura.

Pintaba en formato grande y dedicaba tiempo a la preparación de los lienzos. Tenían una parte hiperrealista que ocupaba una reducida superficie, y otra manchada que trabajada con espátula en lugar de pincel. La parte manchada, con poco detalle, abarcaba casi todo el lienzo, dando una sensación de espacio.

Sobre todo, disfrutaba pintando los fondos, despeinando pinceladas en una borrachera de colorido anímica y visual. Me rebozaba, literal y figuradamente, con todos aquellos pigmentos.

La verdad es que estaba mejorando bastante. Yo misma me sorprendía a veces y, cuando terminaba una sesión, me preguntaba: «¡Jo! ¿De verdad he hecho yo esto?». Aunque, en otras ocasiones, era al revés y pensaba que no estaba haciendo nada más que mierdas.

Como modelos, entre otros, había tenido a mis hijos, fotos con imágenes de César —mi querido César—, mis amigos e incluso yo. Nunca fui tan retratada como en el tiempo que viví con César. Cada dos por tres venía con alguna de sus cámaras a disparar. Con mi coquetería de entonces, en ocasiones mostraba un gesto contrariado. Pensaba que no estaba para fotos, pero él me decía:

«Es que quiero captar a la Elisa de este instante. No seas tan remilgada, estás preciosa».

Aquel día iba a venir Julia a posar. Tenía unas hermosas manos, de esas que se llaman de pianista. Largas, con delgados dedos y una piel clara que transparentaba los tonos verdes y azulados de las venas, lo que a efectos pictóricos era muy interesante.

Julia llegó y se sentó relajada, con la mano colgando sobre el brazo del sillón. Me situé y empecé a dibujar. Tenía música de fondo, como siempre. Ya no sabía pintar sin música. La música y la pintura me hacían entrar en aquel mundo paralelo que me había creado y en el que me sentía ajena al dolor, al tiempo y a las obligaciones. Era mi «país de las maravillas».

Hacía tiempo que no hablaba con Julia, a excepción de por WhatsApp, por lo que intuía que se presentaba una tarde de hablar y no callar, un tanto lejos de mi mundo interior. Por aquel entonces seguía viviendo con Antonio, su primer amor.

—Entonces, ¿bien con Antonio? —le pregunté.

—Sí, es un tío estupendo, la verdad es que he tenido suerte. Con Guillermo si hubo algo malo, lo he olvidado y si tuviera una balanza, lo sabes, pesaría mucho más lo positivo. Y con Antonio, nos sorprendemos los dos de lo bien que nos hemos acoplado. Él no ha tenido la experiencia de convivir muchos años con una pareja, no le duraban, pero me dice que se lo hago fácil.

—Oye, ahora me estoy fijando en esa pequeña brecha que tienes en la frente. ¿Qué te ha pasado?

Julia empezó a reírse sin explicación, y yo continúe con el tema.

—Hija, no creía que eso de lesionarse produjera risas.

—Pues sí. Es que me estaba acordando de la escena. Anoche llegó Antonio eufórico, contándome que le habían ascendido en su empresa. Se salía y no sabía qué hacer conmigo para que me embargara también su felicidad. Se le ocurrió hacerme un *streptease* cuando nos fuimos a la cama. Yo, allí recostada, emulando a la maja desnuda, y él de pie, contoneándose, desanudándose la corbata y lanzándomela, desabrochándose los botones de la camisa lentamente y arrojándola también sobre mí. Todo iba bien, pero el problema llegó al quitarse el cinturón. Después de jugar con él como si fuera un látigo, dándole latigazos a los pies de la cama, digo yo que con el fin de darle un sugerente toque «sadomaso», se le ocurrió lanzarme también el cinturón, con tan mala suerte que me dio de pleno con la hebilla en la frente.

No podíamos contener la risa ninguna de las dos, entramos en un bucle que no había manera de detener.

—¡Qué va!, tuviste buena suerte, medio centímetro más abajo y te saca el ojo —dije sin poder parar de reír.

Después de las risas me centré en el trabajo. Mi vista iba de su mano al lienzo, del lienzo a su mano. Me puse un poco transcendental tras un largo silencio y le pregunté.

—Si ahora entrara Guillermo por la puerta, como en una de esas novelas en las que después de años y dándole por muerto, el marido regresa, ya sé que no es el caso, pero imagínatelo: Si regresara, ¿volverías con él?

—Quieres decir sin pensar que ahora estoy bien con Antonio.

—Sí, independientemente de eso, ¿tendrías ganas de volver a hacer tu vida con él?

Julia me contestó un sorprendente y rotundo:

—No... No querría volver a hacer mi vida con él, aunque estuviera sola. Hace casi quince años que murió. Tú has cambiado Elisa, pero yo también. No soy la misma mujer de entonces. No es como con Antonio, nuestro amor no llegó a realizarse. Pero con Guillermo viví muchos años. Ha estado conmigo incluso después de muerto, tú lo sabes. De hecho, siempre estará conmigo. Las dos sabemos que los muertos que hemos amado nunca se van, se quedan en un recuerdo nostálgico dentro de nosotras, pero he conseguido encerrarlo en una especie de cofre y he tirado la llave para poder continuar con la vida. Sé que entiendes perfectamente de qué te estoy hablando. No, ya no querría volver a estar con él como pareja en este mundo. En la mente se tienen que cerrar etapas para poder seguir. Hay que desprenderse de las piedras de la mochila que no te dejan avanzar. Te lo repito sin ninguna duda: no querría volver a estar con él.

—Me sorprendes, pero creo que sí, que te comprendo. A veces, con César, me parece que me está pasando lo mismo, pero yo no lo tengo tan claro como tú. Igual ha pasado menos tiempo y ahora estoy sin pareja. Mis deseos de que esté conmigo se han ido evaporando al chocar con la realidad, pero todavía creo que si volviera... ¡Oh, si pudiera volver! Si entrara por la puerta correría a su encuentro y me colgaría de su cuello, le abrazaría y le comería a besos de la cabeza a los pies y no me separaría ni un momento de él, por si se le ocurriese irse de nuevo a la otra dimensión. Estaría tan pegada que si se fuera..., si se fuera, no le quedaría más remedio que llevarme con él.

—¡Qué cosas dices, Elisa!

—Digo lo que siento, aunque sean fantasías. Ahora que estás con Antonio, ¿tú crees que se puede querer a dos hombres intensamente? Digo, intensamente a los dos.

—No lo sé, igual me lo puedes decir tú.

—Pues yo te digo que sí, que sí, que sigo amando a dos hombres, aunque ninguno esté conmigo; uno por la vida y el otro por la muerte.

—Vamos a dejar de hablar de cosas imposibles y volvamos a la realidad. ¿Qué tal con los vivos? —me preguntó Julia.

—Pero si ya te lo estoy diciendo, no hay novedades.

—Digo de Iván, ¿has sabido algo?

—Profesionalmente sé, por gente de la empresa, que sigue teniendo un cierto contacto con él, y por alguna noticia que he visto en internet, que le va muy bien. Es director y accionista de una empresa de informática. Parece ser que ha sido el artífice de su expansión por distintos países. Yo sabía que su periodo en la modesta empresa donde nos conocimos era temporal, simplemente un aprendizaje.

—Elisa, no te hablo de su carrera profesional.

—Bueno, con respecto a su vida personal, ya te conté que se casó y tiene un hijo, pero poco más, no nos hemos llamado, ni un triste wasap. Sé que sigues siendo reacia a las redes sociales pero te dije que me abrí cuenta en Facebook por el tema de la pintura, y el otro día me salió en personas que quizá conozcas, y estuve a punto de clicar. Él no ha intentado comunicarse conmigo y yo tampoco. No sé cómo va su relación y lo último que quiero es meterme en su vida y estropeársela. Ya te he dicho que sigo pensando en él, cada vez más. Todavía fantaseo alguna vez con la posibilidad de que volvamos a tener algo, pero otras veces me flagelo por tener esas fantasías. Él es un hombre joven, encantador, con buena presencia, con éxito profesional; se lo rifarán. Con sinceridad, no creo que se acuerde mucho de mí.

—¿Tú qué sabes? Seguro que te recuerda. Iván se enamoró de ti de verdad, y quizá las chicas jóvenes tengan un cuerpo que nosotras ya no tenemos, pero carecen de nuestras vivencias y experiencias, y eso también pone mucho.

—¿Qué quieres decir? ¿Que los senos turgentes están reñidos con la sabiduría de la vida? —le dije, esbozando una sonrisa.

—Lo que digo es que es difícil que se den las dos cosas al mismo tiempo y que a Iván, seguramente, le gustaba más tu mente y tu sensibilidad. Creo que no le daba tanta importancia a que tus pechos se hubieran caído un poco con el paso de los años y los efectos de la gravedad.

—Bueno, vamos a dejar de hablar de los amores imposibles y cambiemos de tema, que parece que nos estamos regodeando en la tristeza y en el pasado. ¿Qué sabes de Mayte? Los demás vienen por casa de vez en cuando, pero de Mayte sé lo poco que dice por el grupo de WhatsApp.

—Pues, ya lo viste, está recorriendo la Toscana.

—Pero, ¿con quién se ha ido?

—Bueno, no te lo pierdas, con su jefe —dijo con voz intrigante.

—Pero si comentaba a veces pestes de su jefe, que no tenían *feeling*. ¿Qué ha cambiado?

—No sé si sabes que Mayte se aficionó a ir a locales de intercambio de parejas o de parejas liberales, *swingers* creo que se llaman. A esos sitios se va solo o con pareja.

—Sí, un día aterrizó por aquí y quería llevarme a uno. Me dijo que qué había pasado con mi fuego uterino, que me vendría bien.

—Ya, y ¿qué le dijiste?

—Que no. Si es que yo estoy muy tranquila. Que no juzgo nada. Es más, creo que hay demasiados prejuicios con el sexo y todavía pasarlo bien con el sexo está mal visto, sobre todo en el caso de las mujeres. No sé si nos deberíamos parecer un poco más a los latinos del otro lado

del charco que trivializan más la sexualidad. ¿Sabes cómo le llaman a lo que aquí llamamos parejas de hecho?

—Pues no.

—«Uniones libres». Me encanta.

—Te has vuelto una libérrima.

—Creo que sí. Para lo que duramos aquí, tenemos demasiados corsés sin fuste. Con respeto y sin engaños, que cada uno haga lo que le ponga. Por otro lado, me cuestiono la palabra emoción. Siempre con el rollo de la separación entre el sexo y lo emocional, como si fueran cosas excluyentes, ¿es que el sexo no es emoción?

—Lo dicho, te has vuelto una libertina. Bueno, pues a lo que iba, que se encontró al jefe que iba con su mujer.

—¡No me digas! Si ya lo hemos dicho más de una vez, Valencia es un pañuelo.

—Pues se lo hizo con él, delante de la mujer.

Con una sonrisa y sacudiendo la cabeza, le dije:

—Te lo digo en inglés... *No comment*.

—Resulta que lo suyo ha sido más que sexo. El jefe estaba bastante mal con su pareja y fueron a ese sitio alternativo a ver si le daba vidilla a la relación, pero, mira por donde, se encontró con Mayte. Su jefe tiene hijos ya mayores; no sé si les contarán en las comidas familiares dónde se conocieron. Lo cierto es que ayer me llamó desde la Toscana y me dijo que estaba enamorada y sabes que Mayte eso no lo ha dicho nunca.

—Es increíble, no sé, en el último lugar que imaginaría encontrar un amor es en un sitio de «folleto», pero me encanta lo sorprendente que a veces se presenta la vida.

Me alegraba de verdad por las dos, tanto por Julia como por Mayte, aunque yo me encontrara en el dique seco.

Al final, acabé la sesión con Julia pintando sus ojos, comprobando que el tópico de que los ojos no engañan, que lo dicen todo sin esconder nada, era cierto. Su mirada, que durante mucho tiempo fue opaca, emitía una luz que no pude resistirme a intentar plasmar en el lienzo. Eso intenté, porque era imposible pintar la luminosidad y la alegría que transmitía.

## Capítulo 48

*F*altaba una semana para la exposición y tenía que ir a ultimar con la galerista algunos temas, principalmente económicos. La galería se encontraba en la misma calle del apartamento de Iván. El apartamento era en propiedad y lo alquiló al irse fuera de Valencia, pero la verdad es que no sabía si lo mantenía alquilado o lo había vendido al final.

Cuando pasaba por allí, siempre se me iba la vista de soslayo a las ventanas de aquel piso. Volvían a mí los días y las noches que pasé con él. Duró poco, pero realmente fue una época feliz.

La galerista se llamaba Heliadora Loro y, curiosamente, tenía la nariz ganchuda como la de un loro, pero con independencia de esa nefasta casualidad para ella, ese nombre no era muy propio para moverse en los ambientes artísticos. Por eso se lo cambió por Helia Loran, que quedaba con más estilo. Me di cuenta enseguida de que era una «pesetas». Estuvimos ultimando el tema monetario. El porcentaje que se llevaba en las ventas era considerable, pero aun así quería que yo pagara el cóctel de inauguración y la mitad de la publicidad. Había dedicado todo un año a pintar los treinta cuadros que conseguí reunir: materiales, enmarcación, catálogos... Ella ponía la sala, la clientela y su página web, pero me parecían desproporcionados los gastos que tenía que asumir yo.

Estaba negociando con ella y me estaba empezando a cabrear bastante. Yo pintaba por placer, no por dinero, y, en aquella época, de mi ego pasaba bastante. Había decidido exponer animada por mis amigos, pero no necesitaba el dinero para vivir y las ventas me importaban poco. Echaba humo, me estaba saliendo como una vena barriobajera y me daban ganas de decirle: «So Loro, que eso es lo que eres. Como mucho pondré unas “pelas” en lo del cóctel, porque vienen mis amigos, pero de la publicidad, ni de coña, te encargas tú, porque me importan un cojón las ventas. Que si viniera un cliente y te pidiera tres kilos de cuadros o cuarto y mitad del que tienes en el escaparate, los cortarías, los pesarías y se los despacharías sin el menor apuro. Que vendes cuadros con la misma sensibilidad que si fueran patatas o chóped, y yo pinto por amor al arte, ¿te enteras? ¿Sabes tú lo que es eso, amor al arte?, porque creo que no lo sabes».

Pero como sigo siendo una chica educada, intenté negociar con ella con la habilidad que me habían dado los más de treinta años trabajando en mi empresa y con el objetivo claro de que lo que quería obtener era, por supuesto, que pagara la Loro.

Y al final, de buenas maneras y con argumentos convincentes, conseguí que la galería asumiera todos los gastos de publicidad y también los del cóctel. No hay como hablar bien y con diplomacia para llevar al huerto a quien te interesa. Si le hubiera dicho con crudeza lo que me pasaba por la cabeza, nos habiéramos tirado de los pelos y me hubiera visto descolgando los cuadros de las paredes de la galería antes de la inauguración.

Cuando me despedí de la galerista y salí de la sala, me entró una risilla que no podía contener. Me imaginaba a Helia como si fuera un auténtico lorito al que yo le preguntara:

—¿Y qué va a pagar mi lorita?

Y ella contestara, repitiendo.

—Cóctel y publicidad, cóctel y publicidad, cóctel y publicidad.

—Muy bien, lo has aprendido muy bien. ¡Hala!, y como premio, toma una pipa.

## Capítulo 49 y más allá

*P*or fin llegó el día de la exposición. Michel me estuvo ayudando por la mañana en la galería. El día anterior habíamos llevado los cuadros. Le pidió una furgoneta a un amigo y no hizo falta alquilarla. Estábamos colocándolos, para ver qué tal resultaba el conjunto, en qué pared quedaba mejor este o aquel cuadro. Helia no hacía nada más que dar vueltas y marear sin aportar nada. No me caía bien aquella mujer, era superior a mí.

Cuando terminamos, hicimos un barrido visual y nos quedamos satisfechos. Michel se quedó ensimismado contemplando uno de los cuadros.

—De verdad, Elisa, es increíble lo que has conseguido —me dijo—. ¿Por qué no dejarías antes la empresa para dedicarte a esto que te gusta y se te da bien?

—Bueno, me estoy dedicando ahora. Ahora lo he cogido con pasión. Igual si hubiera empezado antes, quizá no estaría pintando, quién sabe. Este era mi momento y sabes que no me voy a aguar la fiesta con lo que pudo haber sido y no fue, la otra alternativa, simplemente, no ha existido. Y por lo que se refiere al reconocimiento de los otros, para mí ya es un éxito disfrutar del placer de pintar. Como se suele decir, muchas veces el viaje es más importante que la meta.

—Si lo que dices me parece muy bien. Lo planteas como si fuera algo íntimo y con eso tuvieras bastante, pero al final has decidido exponerlos y ahora los verá la gente. Bueno, sabes que yo no entiendo mucho, pero sé que me gustan. Y no solo a mí. Disfruto viéndolos, creo que esta es la línea que tienes que seguir. Después de estar dando tumbos, creo que has encontrado tu sello.

—¡Ay, mi sello! ¡Qué gracioso eres, Michel! Hablas como si fuera una reconocida pintora. ¡Que soy yo, tu Elisa! La misma tonta que llevaba unos escotes de vértigo cuando teníamos dieciocho años y pensaba que te ponía —dije entre risas—. Si te digo la verdad, ahora que contemplo todos estos cuadros, a los que he dedicado horas y horas, que he saboreado cuando los pintaba o me he enfadado cuando no conseguía el color que buscaba o la fuerza o expresividad que trataba de transmitir, en los que he puesto, en cada uno de ellos, parte de mí, una gran parte de mí..., lo único que pienso al verlos es en dejar de pintar como lo he hecho hasta ahora. Quiero hacer algo nuevo, no sé qué, pero no quiero hacer lo mismo, lo tengo agotado en mi mente.

—A veces no te entiendo, Elisa. Creo que esto del «artisteo» te ha rayado un poco —dijo Michel con una sonrisa.

—Puede —le dije devolviéndole la sonrisa—, pero me encanta esta «rayadura». Me puedo permitir hacer lo que quiera y es lo que voy a seguir haciendo. Tengo la suerte de no tener que vivir de mis cuadros. Soy austera, con poco me apaño y, por otro lado, tampoco estoy sujeta a presiones comerciales ni tengo un ego que busque la adulación permanente. No tengo prestigio en el mundo del arte, eso condiciona también. El olor del dinero es atrayente y a algunos marchantes les gusta más ese perfume que el del aguarrás.

Comimos algo y después me fui a casa a descansar un poco, pero a las siete ya estaba de vuelta en la galería. La inauguración era a las ocho. Parecía que iba a venir bastante gente, aunque solo con mis amigos y conocidos probablemente llenaría la sala.



Empezaron a llegar. Michel, Julia, Cristina, Ángeles y Mayte fueron los primeros. Se situaron en distintos puntos de la galería. Había como tres espacios que se comunicaban entre sí. Iban revoloteando de un lugar a otro, explicando a cualquiera que se dirigía a observar alguno de los cuadros qué era lo que había intentado expresar, si había sido ella o él el modelo y si eran sus ojos o sus manos. Alguna que otra vez, oía de refilón que decían alguna mentirijilla, como que mi última exposición había sido en París. Pero lo hacían sin maldad, con la mejor intención. Creo que estaban más ilusionados que yo con eso de tener una amiga artista. ¡Menudo equipo de marchantes!

Yo iba saludando a unos y a otros, me encontraba a gusto. Iba arreglada como siempre, pero mi estilo, mis gustos en el vestir, habían cambiado con los años. Iba más casual. Se notaba que era la pintora. Usaba prendas más amplias y sueltas, nada ceñido, los tacones que alguna vez me calzaba los olvidé por completo, y el pelo y la forma de pintarme era más discreta, aunque después de mi duelo retomé el color rojo de los labios: eso quedaba también muy de artista.

Helia venía de vez en cuando y me susurraba al oído si se había vendido algún que otro cuadro. Yo le sonreía. Aunque decía que pasaba de mi ego, en realidad era mentira. Lo cierto es que me reconfortaba y me resultaba gratificante saber que, a alguien, aparte de a mis amigos, le gustaba lo que hacía e, incluso, estaba dispuesto a pagar unos euros por seguir contemplándolo en alguna de las paredes de su casa.

En eso estaba, en el «ji, ji, ja, ja» intrascendente, cuando entró. Lo vi enseguida. Parecía más hombre, pero era él: Iván. Era como si lo hubiera olido, como cuando Rocco sabía que llegaba antes de abrir la puerta. Entró y ya no vi nada más. Me ausenté de todo lo que me rodeaba; me hablaban y no escuchaba, me miraban y no veía.

Él empezó haciendo un recorrido panorámico del lugar con la mirada. Intuía que me estaba buscando, hasta que encontró mi ojos y percibí que, salvo yo, también dejó de existir lo demás para él. Todo se emborronaba a mi alrededor, sentía que estaba inmersa en uno de mis cuadros, pero el hiperrealismo solo era de los dos. Lo demás era apenas un bosquejo, una mancha. Era difuso, diluido, disipado. Se había ido desvaneciendo, evaporándose por momentos... Solo existía él, solo él y yo.

Nos traspasaba la fuerza de nuestras miradas. Se acercó y me dio un par de besos. Por un momento se creó un espacio vacío de palabras y fue Iván el que rompió el silencio.

—¿Qué tal? —Me sonrió—. Estás diferente.

—Sí, más mayor —le contesté. Le devolví otra sonrisa.

—No, no, no quería decir eso. Estás estupenda. Me refería a tu forma de vestir, de arreglarte. Has cambiado, no sé, vas a parecer más joven que yo —dijo entre risas.

—Bueno, eso va a ser difícil. Pero dime, ¿qué haces por aquí?

—Mi sobrino está utilizando el apartamento. Está haciendo un máster en Valencia. Yo he venido con mi madre y mi hijo a dar una vuelta, tres o cuatro días.

—Sabía que habíais tenido un hijo y que trabajas en una multinacional de informática, pero poco más, te perdí un poco la pista. ¿E Irene? ¿No ha venido con vosotros?

—Sí, desde hace tres años trabajo en una multinacional, viajo bastante. Y con respecto a Irene, nos separamos hace un año.

—Tendría que decir que lo siento, es eso lo que hay que decir, ¿no?

—Bueno, yo ya no lo siento. Estoy bien, las cosas pasan como pasan. ¡*C'est la vie!* Oye, cambiando de tema, enhorabuena por tu exposición.

—Gracias. ¿Sabes? Al final me tomé el año sabático en la empresa y este es el resultado.

—Te podría decir que me ha sorprendido lo que has mejorado, pero sería mentira. Eres una artista, siempre lo he sabido.

—¡Oh, qué adulador!, pero gracias de nuevo.

—Me acuerdo de aquellas noches en las que te contemplaba cuando pintabas. Me encantaba ver cómo evolucionaba el cuadro desde los primeros trazos hasta que le ponías la rúbrica. No me cansaba de mirarte, me resultaba tan sensual verte abstraída, sentada en tu taburete, sumergida en tu mundo. Mucho más que si te hubieras puesto desnuda haciendo la danza del vientre.

—Ha pasado mucho tiempo, no somos los mismos.

—Pero ¿lo recuerdas? Alguna vez me acercaba y te comía a besos, no podía reprimirme. Y tú te abandonabas a mis abrazos y a mi boca y después, toda profesional, retomabas la sesión buscando instintivamente el tiento para apoyar tu mano derecha sobre él y así poder dar las pinceladas con precisión porque te había dejado temblando —me dijo en voz baja y como arrastrando las palabras.

Yo me quedé embobada sin ser capaz de interrumpir su discurso nostálgico. Me ruboricé como una nena ante aquellos comentarios. No lo pude evitar.

—Eso forma parte del pasado —le miré a los ojos con una ligera sonrisa de Mona Lisa y, también, con bastante melancolía, repetí—. Iván, es pasado.

—Para mí no lo...

En eso me reclamó la galerista para saludar a unos clientes. Iván se quedó mudo, con la palabra en la boca, sin poder terminar la frase. No sé por qué tonta razón le dije «es pasado», porque él, siempre sería presente para mí.

—Disculpa, Iván, te tengo que dejar, me alegra haberte visto.

—Elisa, ¿podrías subir un momento cuando termines?, quisiera presentarte a mi hijo.

—Luego nos vamos a tomar una copa, pero bueno, subiré diez minutos.

—Vale, chao.

—Chao.

Cuando solo quedaban mis amigos y la galerista, les pedí que me esperaran diez minutos y subí al apartamento de Iván. Su sobrino no estaba. Saludé a su madre, que me besó y abrazó muy efusivamente. Parece ser que la perfecta Irene no le había salido tan perfecta nuera.

Allí sentado, inclinado sobre la mesa, estaba el hijo de Iván, un crío de unos cuatro años, con unos folios y unos lápices de colores haciendo dibujos. Parecía un pequeño clon de su padre. Me acordé de la foto de marinerito que colgaba en la casa familiar del pueblo. Era un Iván en miniatura.

—David, quiero presentarte a una buena amiga, la pintora de la exposición de abajo —dijo Iván

—Hola, David. ¿Me enseñas tus dibujos?

Empecé a mirarlos, poniendo cara de lo mucho que me interesaban.

—Oye, ¡este es superchulo! Creo, que, sin duda, es mejor que cualquiera de los cuadros de mi exposición. No sé, voy a hablar con mi galerista a ver si puedes hacer tu propia exposición.

Al crío se le agrandaron los ojos, sonrió y exclamó con alegría.

—¡Síiiii!

Iván y su madre observaban la escena con una amplia sonrisa. Recordé lo mal que nos caíamos su madre y yo, pero parecía que eso se había quedado en el ayer.

—Bueno, tú sigue trabajando, que el trabajo es lo que hace mejorar.

Me dirigí a Iván.

—Iván, me tengo que ir.

—¿Puedo acompañaros a tomar una copa? Me gustaría estar un rato con la pandilla.

Pero el niño, al oír el comentario de su padre, dijo:

—Papá, me dijiste que me leerías un cuento antes de dormir.

—Eso es lo que tiene ser padre —dije mirando y sonriendo a Iván.

—¿Cuándo te puedo ver? —me susurró.

—No sé. Ya hablamos.

Salí de su piso y me marché a tomar una copa con mis amigos y Helia, pero mi mente estaba ausente, ausente de todo menos de Iván. Le seguía amando, le seguía deseando. Usaba el mismo perfume y el simple hecho de acercarse a mí para darme un beso en la mejilla me había erizado la piel.

Después de la copa me fui a casa. Iba a bajar a Rocco cuando oí el timbre de la puerta. Era tarde y pregunté.

—Sí, ¿quién?

—Soy Iván.

Me quedé desconcertada, como sin saber qué responder.

Abrí la puerta y allí estaba mi chico, siempre sería mi chico.

—Disculpa las horas, la puerta del portal estaba abierta y he subido directamente.

Yo seguía muda y sin retirarme de la puerta para invitarle a pasar.

—¿Puedo entrar? —me dijo.

—Sí, pasa, pasa —contesté a pesar de mi aturdimiento.

Hubo otra larga pausa, y sin hacer el más mínimo movimiento para traspasar el umbral de la puerta, me hizo otra pregunta.

—Y... ¿Puedo volver a entrar en tu vida?

Las pausas eran eternas. No dejábamos de mirarnos como ensimismados, en silencio.

—Claro... Llevo mucho tiempo esperándote —le dije con solemnidad.

Pasó por fin a mi olivo y nos besamos y abrazamos con vehemencia, como en un sueño. No, mejor que en un sueño, porque aquello no era ninguna de mis fantasías, era de verdad.

Y así Iván volvió a entrar en mi casa y en mi cuerpo, porque de mi mente y de mi alma nunca se fue.

La ventana de la habitación se encontraba entreabierta y el aire, que hasta hacía unos días había sido tan agradable de sentir por la mañana, me obligaba a estirar de la sábana y arroparme hasta el cuello; pero en lugar de eso, para sentir calor, me abracé más al cuerpo desnudo de Iván.

© 2019, Isabel Cortijo

Primera edición en este formato: mayo de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

ISBN: 978-84-17705-22-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.